EL FENÓMENO INTERNACIONAL

LESLIE WOLFE

LA CHICA DE WILDFIRE RIDGE

UN THRILLER DE **KAY SHARP**

JENTAS

La chica de Wildfire Ridge

La chica de Wildfire Ridge
Título original: The Girl on Wildfire Ridge
© Leslie Wolfe, 2022. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Ana Castillo

ISBN: 978-87-428-1309-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2022 by Storyfire Ltd. trading as Bookouture.

CAPÍTULO UNO

La caída

Por fin se había acabado.

Temblando y gimoteando, pudo oír sus voces, despiadadas y viscerales en su indiferencia, salpicadas de carcajadas mientras se alejaban de la cresta de la montaña. Bajaban con prisa, probablemente para aprovechar los escasos restos de luz del día antes de adentrarse en el bosque.

El frío del aire vespertino sacudió su dolorido cuerpo. Incluso las noches de verano eran frías en la cumbre Wildfire Ridge, aunque la nieve se derretía cada primavera y no caía hasta finales de septiembre. Rodando despacio sobre un costado, se abrazó las rodillas mientras las lágrimas empezaban a caer de nuevo. Lágrimas silenciosas, de humillación y derrota, de vergüenza indecible. A lo lejos, las carcajadas menguantes parecían bofetadas en su cara cubierta de lágrimas.

Estaba sola.

Nadie había oído sus gritos. Nadie podía ayudarla.

Las palabras que habían dicho aún resonaban en su mente. Los nombres que le pusieron. Las cosas indescriptibles que le hicieron. Lo único en lo que quería pensar era en su casa, en los brazos amorosos y el tacto curativo de su madre. Volviendo a sentirse segura. Le ocultaría a su padre lo que le había ocurrido, porque no podía imaginarse mirándolo a los ojos si alguna vez se enteraba. Solo su madre lo entendería. Mantendría su secreto a salvo.

Pero su hogar estaba lejos, a tres horas de caminata por la montaña en la oscuridad, ella sola, bajando de la cima por un terreno rocoso y a través de espesos bosques, para después caminar otros veinticinco kilómetros más o menos por carretera desde la ladera suroeste del monte de Mount Chester hasta el pequeño pueblo californiano que llevaba su nombre. Bien podrían ser ciento cincuenta kilómetros en total. La idea de cruzar el bosque en la oscuridad atenazó su corazón como con unos dedos despiadados y helados. Cada sonido del bosque, que solía encontrar relajante cuando el sol brillaba, ahora hablaba susurros amenazadores a través de las hojas de los pinos.

La noche caía con fuerza sobre Wildfire Ridge, los últimos matices de naranja, carmesí y rojo que daban nombre a la cumbre de la montaña se desvanecían rápidamente con la puesta de sol. El rojo profundo y amenazador fue el último en desaparecer, un recordatorio manchado

de sangre del día que había terminado, una amenaza tácita del día que estaba por llegar.

Todavía mareada y más débil a cada minuto que pasaba, intentó incorporarse. Su cuerpo, dolorido y ensangrentado, opuso resistencia, y su fuerza de voluntad enseguida fue derrotada. Apoyando la cabeza palpitante en la tosca roca cubierta de musgo, se resignó a enfrentarse sola a la fría oscuridad de la montaña.

El sonido de una rama quebrada hizo que su cora zón se acelerara, golpeando contra su pecho. ¿Era un oso?

—¿Hola?

La voz, un susurro bajo y gutural, la devolvió a un estado de alerta desorientada. El frío de la noche había sembrado carámbanos en su sangre. Entumecida, temblorosa y congelada, encontró fuerzas para incorporarse.

Quizá había esperanza. Pronto estaría de nuevo en casa, abrigada y a salvo. La confusión envolvió su cerebro como una niebla persistente, aferrándose a cada rincón de su mente, alimentando sus temores. Con un pensamiento fugaz, se dio cuenta de que la habían drogado. Tenía que haber sucedido, pues si no, ya estaría de camino a casa. Al ver la silueta oscura contra la luz de la luna, quiso correr desesperadamente, pero sabía que no podía.

¿Qué hacía allí aquel desconocido? Era demasiado tarde para que alguien paseara por Wildfire Ridge por casualidad.

Se le cortó la respiración y cogió la mano que este le ofrecía, notando de pasada el calor de la piel que tocaba la suya. Se puso de pie y luchó un poco por encontrar el equilibrio, luego soltó la mano del desconocido. El mareo hizo que la cresta de la montaña girara y bailara contra el cielo estrellado de agosto. Al perder el equilibrio, se agarró a una gruesa rama de cicuta y se estabilizó.

Sus ojos siguieron la mirada fría y analítica del desconocido, sin entender por qué veía odio en ella, esperando estar leyéndolo mal. Su ropa estaba hecha un desastre, rota y llena de sangre. Con dedos temblorosos, trató de cubrirse lo mejor que pudo; lágrimas de vergüenza le quemaban los ojos y empañaban todo a su alrededor.

—¿Me vas a ayudar? —gimoteó.

Una breve carcajada rasgó el silencio de la noche montañosa.

—¿Ayudarte? Querida niña, lo que te ha pasado hoy ha sido por tu culpa, y nada menos que lo que te mereces. No eres más que una calientapollas.

Las palabras cayeron sobre ella como lápidas, pesadas, amenazadoras, mortales.

El miedo se apoderó de su pecho, paralizándola. Le temblaba la barbilla, amenazando con sollozos que ella no deseaba.

—¡Por favor! Yo no... No he hecho nada...

El golpe llegó inesperadamente, cortando de golpe su respiración. Jenna oyó cómo el desconocido partía el aire antes de sentir cómo le quemaba la cara, le reventaba el labio y le hacía ver las estrellas en un torbellino dentro del cerebro.

Esto no estaba pasando. Tenía que ser una pesadilla. Algo que no podía existir a la luz del día, solo en las profundas y turbulentas sombras de Wildfire Ridge. Sin embargo, el sabor metálico de la sangre en sus labios demostraba lo contrario.

Temerosa de recibir otro golpe, Jenna dio un paso atrás, y luego otro. Intentaba poner más distancia entre ella y el asaltante a cada paso que daba, pero, en cambio, se reducía. Al resbalar con una piedra, perdió el equilibrio por un instante. Gritó y siguió tanteando el terreno, retrocediendo sin mirar, incapaz de apartar los ojos de la mirada amenazadora y vengativa que se acercaba a ella.

Sus pasos vacilantes soltaron algunos guijarros y los lanzaron por el límite del acantilado, repiqueteando y rebotando contra los afilados bordes de la roca hasta que ya no pudo oírlos. Estaba más cerca del abismo de lo que se había dado cuenta. Temerosa de caerse, se detuvo, dispuesta a alejarse del borde del precipicio y a luchar hasta ponerse a salvo si era necesario.

El desconocido sonrió y dio un paso más, con los ojos brillando como el frío hielo contra los débiles rayos de la luna creciente.

Gritó al caer, agarrándose con desesperación mientras la mano despiadada la empujaba con firmeza por el borde de la cresta. Entonces el grito se detuvo bruscamente, invitando al silencio de la noche a tomar el relevo una vez que los ecos se extinguieron.

CAPÍTULO DOS

Renovación

Un día más, quizá tres, y la cocina estaría terminada.

La detective Kay Sharp se lo había estado diciendo a sí misma durante los últimos días, cuando se obligaba a abandonar el calor de su cama antes de que amaneciera, para dedicarse a enmasillar las paredes de la cocina antes de empezar el día.

Frotándose los ojos y luchando inútilmente contra un bostezo, se estiró y entró en el pequeño cuarto de baño. El agua fría disolvió los restos de sueño que aún le quedaban en los párpados. Cuando se miró en el espejo, sonrió con timidez, como si fuera a flirtear con un galán en un baile elegante y no a pasar una lija sobre un enlucido seco para alisarlo.

Era una época de renovación, de curación.

Ya era hora.

Kay volvió a su dormitorio, se puso unos pantalones cortos vaqueros manchados de pintura y una vieja camiseta de Metallica. Hacía un par de años que había condenado a regañadientes a llevar esa camiseta para las tareas domésticas tras un incidente con una copa de vino tinto derramado. Varias tenues manchas moradas seguían esparcidas por la tela, subrayando el nombre de su grupo de *rock* favorito de antaño.

Al igual que la camiseta, las paredes de la cocina tenían historias que contar, una por cada rozadura, arañazo, abolladura o agujero. A diferencia de la mancha de vino que se desvanecía, aquellas historias eran en su mayoría dolorosas, grabadas para siempre en su memoria con el sonido de los llantos y los sollozos de su madre. Con el olor a sudor de borracho de su padre. Con el sabor de las lágrimas en sus labios. Y con el miedo en los ojos muy abiertos de su hermano mientras se agachaba detrás del sofá.

Cicatrices conmemoradas en paneles de yeso desgastados; un testimonio de los años que Kay quería olvidar desesperadamente.

Tal vez una capa de pintura amarillo claro en la pared bien pulida que haría que un contratista profesional se ahogara de envidia podría borrar algunos de esos destellos de pesadilla aún incrustados en su memoria.

Tras caminar de puntillas hacia la cocina, llenó la cafetera en silencio, con cuidado de no despertar a Jacob. Instantes después de pulsar el botón, el aroma a vainilla francesa llenó la cocina con la promesa de un día excelente. Esas dos horas que se tomaba por las

mañanas para arreglar las paredes eran suyas. Ella sola. Seguía buscando la cura, procesando su trauma, reviviendo cada momento, con suerte, por última vez. No había razón para meter a su hermano en eso; él parecía haber dejado atrás el pasado con el típico estilo masculino sin complicaciones. Su papel se había limitado a dar el visto bueno al color de la pintura, pues sus protestas fueron ahogadas por la voz de su hermana, secundada por la de su novia, en una alianza instantánea de dominio femenino en todo lo relativo al aspecto que debía tener una casa.

Kay quitó la tapa del bote de masilla y empezó a tapar algunos agujeros con la pasta rosa que se volvía blanca al secarse. Olía a fresco, a paredes nuevas y a limpieza. Lijar lo enmasillado el día anterior era lo segundo en la agenda para cuando Jacob se despertara. Lijar paredes, incluso a mano, era ruidoso.

Había recorrido la cocina en el sentido contrario a las agujas del reloj, empezando por la ventana que había sobre el fregadero. El día previo se había dado cuenta de que la estructura de la puerta trasera necesitaba una reforma, ya que su marco se había aflojado tras años de ser golpeado con furia por la mano de su padre. Pero Jacob le había reservado una agradable sorpresa. El armazón estaba estabilizado, y las paredes que lo sostenían estaban listas para ser trabajadas.

Kay se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración durante un rato mientras terminaba de arreglar un profundo rasguño de la pata de una silla que había sido arrojada al otro lado de la habitación durante uno de los arrebatos de borrachera de su padre. Introdujo aire en sus pulmones poco a poco y lo retuvo un par de segundos antes de soltarlo. Si cerraba los ojos un instante, podía oír los gritos y ver la silla volando por encima de la mesa y golpear contra la pared con un ruido sordo antes de caer al suelo.

Su mano se congeló en el aire después de cargar la espátula con más pasta rosa. Entonces empezó a temblarle y se volvió pesada. Kay dejó caer la espátula en la lata, con los ojos ardiendo en lágrimas mientras miraba un pequeño agujero en la pared. Desde que empezó el proyecto de renovación unos días antes, había estado evitando ese lugar. Llevaba dieciséis años desviando la mirada.

Su tembloroso dedo índice tocó los bordes del pe queño agujero, donde la pared de yeso se había agrietado y desmoronado cuando había extraído la bala con la punta de un cuchillo para carne. La bala que casi mata a su hermano. La bala que ella había disparado con la pistola de su padre.

Un sollozo rompió su aliento y se detuvo en sus labios mientras se tapaba la boca con la mano.

—Oh, Dios —susurró mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

—Tranquila, hermanita —susurró Jacob, rodeándola con sus fuertes brazos. Perdida en su pasado, no lo había oído entrar en la cocina—. Pronto ni siquiera sabrás dónde estaba este agujero —añadió con un toque de humor en la voz. La meció ligeramente hacia delante y hacia atrás mientras ella sollozaba, con la cara hundida en su pecho—. Todo será de un uniforme, um, amarillo merengue de limón. ¿Ese es el color con el que vamos a pintar estas paredes?

—Ajá —murmuró, secándose los ojos con el dorso de la mano. Se apartó un poco, pero no pudo mirar a su hermano a los ojos. No todavía.

—¿Quién pone esos estúpidos nombres a los tonos de pintura? ¿Te imaginas tener ese trabajo? ¿Inventando estupideces y locuras todo el día y llamándolo trabajo?

Kay miró un instante a Jacob y luego apartó la vista. Sus ojos encontraron la ventana, donde el sol naciente ahuyentaba la persistente penumbra de la noche. A pocos metros, dos enormes sauces proyectaban largas sombras teñidas de los tonos anaranjados y dorados del amanecer.

Jacob le apartó la mirada de los sauces con dos dedos que le empujaban suavemente la barbilla.

—No te hagas esto, hermanita.

—Podría haberte matado ese día. Es un milagro que no lo hiciera. —Kay alzó por fin la vista hacia él y le sostuvo la mirada durante un breve y cargado instante, luego miró el suelo manchado.

—No lo hiciste, y se acabó. Hace años que se acabó. —Jacob le levantó la barbilla hasta que los ojos de Kay se encontraron con los suyos—. Espero que te hayan enseñado a disparar en Quantico.

No pudo evitar la sonrisa que ahuyentó sus últimas lágrimas.

—Se podría decir que sí.

—¿O fue tu pésima puntería la razón por la que dejaste el FBI y te resignaste a ser policía de pueblo? Los perfiladores son más bien burócratas, ¿no?

Ella se sobresaltó. ¿Hablaba en serio? Estaba a punto de recordarle por qué había vuelto a su ciudad natal, pero el secreto bien guardado se veía escrito en sus ojos. Entre ellos pesaban verdades no dichas, algunas insoportables. La culpa de Kay había sido una carga dolorosa todos esos años, pero Jacob siempre había estado ahí para ayudarla a llevarla. Esa culpa aún persistía, aunque sabía que lo que había hecho dieciséis años atrás era lo correcto. Justificado. Necesario. Y, aun así, nunca había conseguido librarse de esa culpa, de las pesadillas que la acompañaban, alimentadas por la implacable angustia de su mente. Por el secreto que ambos protegían.

Una oleada de indecible tristeza la inundó. No importaba cuántas capas de amarillo merengue de limón aplicara a esas paredes, no

cambiaría lo que había hecho. Nunca nada lo haría. Y, si la verdad salía a la luz, su vida estaría acabada. La de Jacob también.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Jacob la miró atento, con el ceño fruncido.

Sin mediar palabra, se arremangó el pijama de rayas azules, cogió el bote de pasta de masilla de la encimera y cargó la espátula con una nueva porción de color rosa. Luego lo aplicó a la pared, cubriendo el agujero de bala con un movimiento rápido y expertamente coreografiado. Una vez hecho esto, la miró con una pregunta silenciosa en los ojos.

Kay asintió y sonrió débilmente, admirando su trabajo, y luego levantó la mirada para encontrarse con la suya. Había fuerza en esos ojos, vulnerabilidad también y amor. Una a una, las cicatrices del pasado se iban desvaneciendo, aunque algunas seguían siendo agonizantes.

—¿Por qué parar ahora? —preguntó ella, señalando un profundo rasguño en la pared que había que nivelar.

Jacob sacudió la cabeza con incredulidad.

—Nunca quise volver a pintar la casa, ¿sabes? —respondió, cargando más pasta en la espátula, y terminó el trabajo con rapidez.

—¿Has dicho «casa»? —Kay sonrió. Su hermano se estaba dando cuenta.

Suspiró.

—No soy idiota, hermanita. Sé que no solo vas a arreglar la cocina.

—Eres muy listo, hermanito —bromeó, pero la falsa alegría no tocó sus ojos ni coloreó su voz. «*Finge hasta que lo consigas*», pensó, queriendo sonreír por el bien de su hermano.

—El dormitorio principal será probablemente el siguiente —dijo Jacob, parcheando los agujeros con rapidez—. Luego los baños y después el resto de la casa porque sí.

—Sí —admitió ella, sirviendo café en la taza de Jacob antes de ponerla en la encimera cerca de él.

Él hizo una pausa en su enérgico ritmo de trabajo y bebió un sorbo, luego dejó la taza sobre la encimera.

—Ugh, está ardiendo. —Estudió un gran agujero junto a la nevera, la cual había movido hasta el centro de la cocina, y refunfuñó una palabrota—. Esto necesitará algún material específico de relleno.

El puño de su padre había atravesado los paneles de yeso y se había detenido contra la viga de dos por cuatro del otro lado. Kay aún recordaba aquel día, aquella pelea, el sonido del contundente puñetazo resquebrajando la pared. Apuntaba a la cabeza de su madre, demasiado borracho para asestar el golpe que habría sido mortal. Se estremeció al hacer desaparecer aquella visión de pesadilla.

—También podríamos mudarnos —dijo Jacob, mirándola fijamente

—. Vender esta casa, arriesgarnos e irnos. Desaparecer. —Se quedó mirando el suelo un momento y luego señaló las paredes—. Dejar toda esta mierda atrás. Todos los malos recuerdos.

Se miraron sin decir palabra y Kay desvió los ojos hacia la ventana, donde se alzaban los sauces y los rayos del sol atravesaban su follaje.

Nunca podrían moverse.

Jacob se encogió de hombros y reanudó su trabajo.

—Bueno, al menos esto está pagado. Te ayudaré a ponerlo bonito.

Kay le apretó la mano con suavidad.

—Pongamos azulejos en la cocina y cambiemos los armarios.

—Guau, espera un minuto.

Pero Kay estaba frente a él con las manos apoyadas en las caderas, la mandíbula adelantada y una expre sión en el rostro que solía reservar para los interrogatorios de sospechosos.

Los brazos de Jacob cayeron en un gesto de derrota. Kay sonrió. Una victoria fácil.

—Es lo menos que puedo hacer, ya que no pago alquiler.

—¿Alquiler? También es tu casa.

Ella asintió.

—Vale, pero te quedarás con el dormitorio principal en cuanto esté listo. Será lo siguiente que arreglemos. A Lynn le encantará.

De repente, se creó un momento de silencio, pesado, no deseado, como una nube oscura de tormenta que ahuyenta la luz del sol.

—Era su habitación —susurró Jacob—. No dormiré allí. Quédatela tú si quieres.

Había una severa finalidad en su declaración.

Ella tampoco se veía durmiendo en la habitación de sus padres. Demasiados recuerdos sembrando pesadillas sin fin.

Logró esbozar una débil sonrisa.

—¿Por qué no volvemos a discutirlo después de que esté reformada e irreconocible? Tu novia podría tener la última palabra en esto, ya sabes. —Le guiñó un ojo. No sonrió, no levantó la vista del linóleo desgastado—. Las paredes no tienen la culpa, Jacob —susurró ella, apretándole el brazo—. Ahora es nuestra casa. Nuestro futuro depende solo de nosotros.

El fuerte timbre del teléfono los sobresaltó a ambos. Kay tenía un nuevo mensaje.

Lo leyó después de que un rápido vistazo a la pantalla le dijera que eran casi las siete.

Una tal señora Jerrell la esperaba en comisaría para denunciar una desaparición.

Su hija adolescente se había esfumado.

CAPÍTULO TRES

Rutina

Se había traído algunas cosas del Estado de la Estrella Solitaria. Algunos sombreros de vaquero de ala ancha. Una pequeña colección de hebillas de cinturón, lo bastante grandes como para freír en ellas los huevos del desayuno sin ensuciar la cocina. Y un caballo cuarto de milla marrón de seis años con una mancha blanca que le recorría desde la frente hasta la sensible nariz.

Las mañanas de Elliot empezaban siempre igual. Heno fresco en el cubo para su caballo, recibido por el animal con un resoplido entusiasta. A continuación, un paseo juntos hacia el pie de la montaña, a través de campos y por el bosque, reservando uno o dos kilómetros para un galope a gran velocidad. Y un paseo enérgico de vuelta a casa, interrumpido por alegres resoplidos y vaho de niebla a través de las fosas nasales en el frío de la madrugada.

Siempre dejaba las puertas del establo abiertas después de meter al caballo en el prado vallado para que pastara a sus anchas. Casi todas las mañanas recompensaba al animal con una o dos manzanas crujientes. Sus frentes se tocaron durante una breve despedida mientras él acariciaba con suavidad el cuello del caba llo y luego lo rascaba con movimientos largos, arriba y abajo, antes de meterse en la ducha.

Esa era su rutina.

La mañana del miércoles no era diferente, al menos en apariencia. Su mente estaba preocupada, escapando al pasado cada vez que intentaba pensar en el futuro. En el centro de sus pensamientos estaba su compañera, Kay Sharp.

La doctora Kay Sharp, nada menos, como si sus mundos no estuvieran ya muy separados.

Era psiquiatra y muy buena. Podía leerle la mente con solo mirarlo medio segundo. La había visto con sospechosos y testigos. La había visto charlar con despreocupación con asesinos, violadores y criminales empedernidos, retorciendo sus mentes sin sudar.

La mujer podría cargarse el infierno con un cubo de agua y apagarlo para siempre.

Y, sin embargo, había algo que le impulsaba a querer protegerla de todo lo oscuro del mundo como si fuera una niña frágil, temerosa y perdida. No tenía ningún sentido, pero su mente podía discutir contra la pared sobre la cuestión de Kay Sharp, la detective, la psiquiatra, la

hermosa rubia de ojos avellana que le había robado el corazón sin que ella siquiera fuera consciente.

Fue en ese momento del galope de sus pensamientos cuando el pasado se le vino encima. Hacía nueve años era un policía de Austin, Texas, con la cabeza llena de ambiciones y sueños. Casi dos años después, justo cuando acababa de construir un establo para su nuevo caballo —un potro de un año con mucha actitud y buen corazón—, conoció a su nueva compañera. Charlene Sealy era una novata morena y fogosa, recién salida de la universidad. Cometió el error de enamorarse de ella, de involucrarse sentimentalmente con una colega, con otra policía. Su compañera.

Su imprudencia había traído consecuencias.

Seis meses después, abandonaba el estado de Texas con toda su vida empaquetada en la parte trasera de su camioneta y un caballo joven e impaciente en un remolque enganchado detrás del Chevrolet azul y oxidado.

Fuera lo que fuera lo que Kay Sharp conseguía hacerle sentir cada vez que lo miraba, no iba a repetir la historia. Había aprendido la lección.

¿O no? Tenía sus dudas, dado que todas las mañanas, en torno a la curva del río, necesitaba recitarse a sí mismo ese mantra solo para fortalecer su fuerza de voluntad.

Cuando cruzó el río a través del agua fría salpicada por los cascos al galope, se permitió pensar, por última vez, ¿y si...? ¿Qué pasaría si dejara que sucediera, si le dijera a Kay lo que sentía? Entonces recordaría una vez más la terrible idea que podría ser.

Inmerso aún en sus pensamientos, se afanó en la rutina matutina. Se duchó. Se afeitó. Se vistió con unos vaqueros ajustados encalados y una camiseta azul marino. Y se lo pensó un momento, pero eligió el sombrero negro, como el día anterior y el anterior a ese. Luego cerró la puerta y se puso al volante de su Ford Interceptor negro sin matrícula, con una sonrisa ladeada en la cara.

Le encantaba su trabajo. Era bueno en lo que hacía y no se veía trabajando en otra cosa.

Y parte de eso era Kay.

La primera parada de su viaje fue la cafetería Katse, en lo alto de la colina. Dos dedos tocando el ala de su sombrero fue todo lo que necesitó para poner en marcha la orden permanente. Charló con la ruborizada camarera durante un par de minutos, saboreando el embriagador olor a café recién tostado y esperando a que los dos cafés grandes estuvieran preparados y el cruasán de mantequilla de Kay se calentara hasta alcanzar la crujiente perfección. Pagó todo y dejó el cambio en el bote de las propinas antes de marcharse.

Cuando llegó a la comisaría, aún no eran ni las siete y media, pero el

todoterreno de Kay ya estaba aparcado delante del edificio blanco de una sola planta. Frunció el ceño mientras cogía los vasos de café y la pequeña bolsa marrón que exhalaba el apetitoso aroma de la bollería caliente, y luego cerró la puerta de su todoterreno con un rápido empujón del codo.

Algo estaba pasando.

En cuanto atravesó la puerta de cristal, vio a Kay corriendo hacia la sala de interrogatorios. Parecía tensa, con un bloc de notas y un bolígrafo pegados al pecho.

—Eh —dijo, levantando la bolsa con el cruasán en el aire para llamar su atención.

Ella se volvió y sonrió un momento al verlo, luego se apresuró hacia él.

—Caso de persona desaparecida, una adolescente. ¿Quieres sentarte? —Cogió la bolsa y expuso con pericia el cruasán sin tocarlo con los dedos desnudos, lo suficiente para darle un mordisco.

—Por supuesto. No he recibido ningún mensaje al respecto— respondió. Una mota de algo blanco en la comisura de los labios de Kay llamó su atención. Alargó la mano para limpiársela, pero sus dedos se congelaron en el aire antes de tocar su piel.

Los ojos inquisitivos de ella siguieron su movimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, masticando con ra pidez. La tensión que había notado antes arrugaba su ceño y hacía que su voz sonara fría, distante.

—Tienes algo... ahí. —Su dedo se acercó, señalando, pero aún flotaba a unos centímetros, como si temiera tocar su piel. Tragándose un juramento, forzó una sonrisa inocente. Se comportaba como un idiota.

Kay soltó una leve risita mientras daba otro bocado, y luego hizo un gesto con ambas manos. Una sostenía el cruasán; la otra, el bolígrafo y el bloc.

—No muerdo —dijo ella en cuanto tragó saliva, y se acercó a él en una invitación tácita—. ¿Quieres un poco? —le ofreció—. Démonos prisa. La mujer está esperando.

Él mordió lo que quedaba de cruasán, dejando un buen trozo para ella. Luego, conteniendo la respiración, le frotó la sustancia blanca de la cara con la punta del dedo. Sus miradas se cruzaron durante un instante antes de que Kay apartara la vista y diera un paso atrás. La chispa que creyó ver en sus ojos al tocar su piel debía ser fruto de su imaginación.

La mota blanca era sólida, pero se deshizo fácilmente entre sus dedos, convirtiéndose en un polvo fino. Lo estudió con curiosidad.

—Es masilla —dijo Kay, haciendo una bola con la bolsa del cruasán vacía, y la tiró a la papelera de la cocina de la comisaría—. Es una larga historia. Vamos.

Se dirigió a la sala de interrogatorios con paso ligero y la espalda recta. Corriendo por el pasillo que conducía a la sala, miró por encima del hombro como para ver si él seguía detrás de ella.

¿Dónde iba a estar si no?

CAPÍTULO CUATRO

Viaje

—En serio, tío, estás empezando a cabrearme. —Pete se secó la frente sudorosa con la manga—. ¿Quién diría que podrías ser tan remolón? —Se adelantó trotando, con la guitarra aún en equilibrio sobre el hombro derecho, como para demostrar lo fácil que era la caminata, y luego se dio la vuelta y retrocedió, solo para enseñarle el dedo corazón a Bryan.

Los tres jóvenes podrían pasar por hermanos. Vestidos con lo que habían acordado como atuendo apropiado para la excursión, habían planeado ir de compras al Metreon, como si necesitaran más vaqueros rotos y camisas de cuadros en rojo y negro, con algo de gris mezclado en el caso de Bryan. Todo el viaje era el resultado de una apuesta deportiva que Pete había ganado contra sus dos mejores amigos.

Pete había nacido con el gen de la hiperactividad, según palabras de su propia madre. En opinión de Zack, el chico tenía TDAH, con un foco que brillaba con intensidad en la H. A los veintiún años, tenía una resistencia increíble y el impulso de moverse constantemente, de superar sus propios límites. Por desgracia para los más comunes Zack y Bryan, Pete también tenía mucha suerte y rara vez hacía una apuesta a me nos que estuviera seguro de que iba a ganarla. Sus dos compañeros de universidad aún no se habían dado cuenta de esa parte, y él les hacía participar habitualmente en apuestas que luego perdían. Le era tan fácil que debería ser ilegal.

Pete nunca apostaba dinero, porque no lo necesitaba. Varias décadas antes, en un momento de pura inspiración, su abuelo había vendido todo lo que tenía y había comprado acciones de Apple. Una acción simple pero legendaria tuvo consecuencias que se extendieron a lo largo de generaciones, siendo la más notable la riqueza familiar que se creó a partir de esa única decisión. Contada en las reuniones familiares una y otra vez, la audacia del abuelo de Pete se refería a menudo como un acto de locura inspirada.

Así que, cada vez que Pete hacía una apuesta, lo que quería era compañía en alguna actividad al aire libre que había planeado, y necesitaba influencia para atraer a Zack y Bryan. Le gustaba pasar tiempo con ellos, pero los dos debían ser los adictos a la pantalla más vagos y apagados que había conocido.

Zack estaba bien formado; sus hombros eran más anchos que los de Pete debido a las incontables horas que pasaba en el gimnasio del

Embarcadero Center levantando pesas. Pete creía que en secreto quería convertirse en estrella de cine, pero Zack nunca admitió tener tal sueño. Pero estaba bien cachas. Sus abdominales desnudos se mostraban orgullosos porque Zack rara vez se abotonaba la camisa, aunque la mañana de montaña fuera fresca. Puede que levantara pesas como un profesional, pero no sabía hacer senderismo ni de coña. Le faltaba convicción.

Al menos no se quejaba como Bryan, que iba todo el rato con el móvil, quedándose atrás y sin aliento cuando intentaba alcanzar a sus amigos. Llevaban unas dos horas subiendo y Bryan ya se había detenido dos veces para descansar. La última vez que pararon, lio un porro con una destreza inesperada y se lo fumaron como si fuera un ritual secreto con largas caladas, reteniendo el humo en los pulmones durante uno o dos segundos para adormecer el dolor, en palabras del propio Bryan.

La excursión de tres días que Pete había planeado no era nada que una anciana no pudiera soportar si se lo proponía. Habían llegado en coche la noche anterior desde San Francisco, donde los tres cursaban su segundo año en la Universidad Estatal. Habían disfrutado de una buena cena en el hotel, seguida de cervezas en la terraza, mientras Pete rasgaba su guitarra y cantaba, ajeno a los turistas que se congregaban lenta y silenciosamente para oírlo tocar.

Se acostaron lo bastante tarde como para que a Pete le costara sacarlos de la cama por la mañana, pero al final consiguió ponerlos en marcha. Se suponía que debían subir la montaña por la ladera bajo el telesilla y luego, por la cresta rocosa que, según habían leído, se llamaba Wildfire Ridge. Al parecer, las vistas desde allí arriba eran espectaculares. Después bajarían y pasarían la noche en el mismo hotel, cogerían un barco en el Lago Silencioso y pescarían al día siguiente, para volver a casa por la noche.

De repente, se oyó un fuerte aullido y Bryan cayó de culo, golpeándose en la pierna.

—Ah, mierda —gimió, frotándose la rodilla con ambas manos justo donde se había rasgado la tela del vaquero y aparecía un fino reguero de sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Pete, deteniéndose y tragándose una maldición. Habría sido más fácil ir de excursión con un niño pequeño.

—Sí —respondió Bryan, mirando a su alrededor como si hubiera perdido algo. Metió la mano entre las rocas cubiertas de hierba que había a un lado del sendero, sacó su teléfono móvil y comprobó la pantalla—. Uf, no está roto.

Pete puso los ojos en blanco.

—Madre mía, ya te vale.

Zack se rio entre dientes.

—Que os jodan —dijo Bryan—. A los dos. —Se levantó y se pasó las manos por la ropa, quitándose algunas briznas de hierba—. Esto no es lo mío, ¿de acuerdo? —Se desabrochó otro botón de la camisa—. En serio, ¿qué demonios tiene de malo el aire acondicionado y un poco de *Call of Duty*, eh?

Pete ya no le prestaba atención. Había empezado a escalar, ansioso por adentrarse en el bosque y empezar a trepar por la pared vertical de la cresta de la montaña, una de las pocas rutas de nivel tres que tenían a poca distancia en coche. Se encogió al imaginar lo que diría Bryan cuando viera esa sección. Por supuesto, también podrían subir todo el camino por la suave pendiente de hierba que se extendía bajo el telesilla, pero ¿dónde estaba la gracia en eso?

Cuando llegó a la linde del bosque, Pete se detuvo, apoyó las manos en las caderas y respiró hondo y pausado. El aire era fresco, el sol de la mañana quemaba la niebla que aún quedaba y le marcaba líneas de bronceado en el borde de las mangas. El cielo azul de California era estupendo, ni una nube a la vista.

Al ver lo rezagados que se habían quedado Zack y Bryan, buscó a su alrededor algo en lo que sentarse y encontró una roca cubierta de musgo. Marcando el ritmo con el pie contra un tronco, empezó a cantar *On the Road Again,* de Willie Nelson. Su voz se propagó por el valle, con una alegre melodía que animaba a sus amigos a moverse más deprisa.

Los dos le increparon con gestos amplios y gritos desafinados.

Sin cesar, él siguió cantando. Cuando lo alcanzaron, ambos cantaban con él, animándolo y gritando.

Ansioso por seguir adelante, se puso en pie, pero Bryan le colocó una pesada mano en el hombro.

—Canta otra, hermano. Necesito un minuto para recuperar el aliento.

Pete, resignado, pensó en otra canción. Entonces vocalizó las primeras notas de otro clásico que todos adoraban, (*I've Had) The Time of My Life.* Se sentaron y escucharon callados, como siempre hacían cuando cantaba esa melodía y algunas otras.

Siguieron unos instantes de silencio después de que terminara el himno de *Dirty Dancing*. Después, Pete se levantó y dio un par de pisotones, listo para partir. Zack y Bryan siguieron su ejemplo con gemidos; el de Bryan, bastante fuerte y salpicado de improperios.

La parte boscosa del sendero era oscura y ominosa, la gruesa capa de hojas en forma de aguja de los abetos absorbía cada sonido que los chicos hacían. A su izquierda, una sima se abría poco a poco, la pared de granito azul casi vertical, de varios cientos de metros de altura.

Encabezando la marcha, Pete miró por encima de su hombro en busca de Zack y Bryan. Necesitaban estar más juntos en ese tramo. Zack estaba solo unos metros por detrás, pero Bryan se encontraba

casi en el punto de partida, caminando despacio mientras miraba su teléfono. Por los rápidos movimientos que hacía con los dedos sobre la pantalla, estaba jugando a algún estúpido juego.

Pete corrió hacia él y le tendió la mano.

—Dámelo —exigió—. Tienes que prestar atención, o podrías romperte el cuello aquí.

Bryan se rio desdeñosamente.

—Bah, estaré bien.

Zack se acercó.

—No, tiene razón. Deja ya el estúpido móvil, tío. Subamos y volvamos, ¿de acuerdo?

Bryan no iba a ceder. Escondió el teléfono tras de sí e intentó pasar corriendo junto a Pete, pero su pie resbaló en las hojas. Cayó de costado con un gemido y un fuerte golpe. El móvil resbaló de su mano y rodó por el barranco, rebotando y traqueteando, y enseguida desapareció de su vista.

—¡Oh, mierda! —gritó, cogiendo la mano de Zack para levantarse—. ¿Y ahora qué?

—Ahora bajas y lo recoge —dijo Pete, sonriendo con malicia. El barranco era profundo, la ladera tenía una pendiente pronunciada y el terreno era traicionero, con rocas y peñascos sueltos cubiertos de musgo y hojas secas—. O puedes dejarlo ahí; cualquier cosa me parece bien.

Bryan lo miró con frustración. La hora de las risitas había acabado. Pete esperaba que Bryan le pidiera que fuera él a por el teléfono en su lugar, y lo habría hecho de buena gana, solo que Bryan se había vuelto de repente tan testarudo y orgulloso como ofendido. Como si fuera Pete quien hubiera tirado su teléfono al barranco.

Bryan inició el descenso, ignorando a propósito todos los consejos que Pete intentaba darle. Principiante en todo lo relacionado con el senderismo, lo hizo todo mal; bajó demasiado deprisa, agarrándose a ramas delgadas para mantener el equilibrio, demasiado endebles para aguantar su peso. Al final, una de esas ramas cedió y Bryan cayó. Se deslizó hacia delante sobre su propio trasero durante un rato, rebotando como un muñeco de trapo, aullando y gimiendo cada vez que chocaba con algo. Al cabo de unos diez metros, se detuvo en el fondo del barranco y gritó, retorciéndose desesperadamente para alejarse de ahí, y su voz envió ecos que rebotaban contra la pared rocosa.

Entonces volvió a gritar, pero esa vez con un alarido espeluznante de puro terror.

CAPÍTULO CINCO

Desaparecida

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, Kay se detuvo un momento junto a la ventana de observación y miró dentro.

La mujer sentada ante la mesa metálica abollada y arañada vestía un atuendo hospitalario azul claro y parecía cansada. Las ojeras le brillaban por las lágrimas. Inquieta, se retorcía las manos sin parar, mirando preocupada hacia la pared por encima del espejo de doble dirección, donde un reloj mostraba la hora.

Kay abrió la puerta y entró. Elliot la siguió.

El aire de la estrecha habitación estaba viciado y olía mal, a sudor y miedo, a miseria humana. La luz fluorescente del techo parpadeaba, uno de los tubos amarilleaba y estaba a punto de morir, dando a las paredes el aspecto de un sótano decrépito.

—¿Señora Jerrell?

La mujer se levantó de un salto y las patas de su silla metálica chirriaron en protesta contra el suelo manchado.

—S-sí —asintió. Tenía los ojos rojos e hinchados—. Soy Brenda Jerrell.

Kay señaló la silla.

—Por favor, siéntese. ¿Necesita denunciar la desaparición de una persona?

La mujer tragó con fuerza y se lamió los labios resecos.

—Mi hija, Jenna. Anoche no vino a casa. Se llama Jenna —repitió. Se le quebraba la voz a pesar de sus visibles esfuerzos por contener las lágrimas. Sus manos se agarraron al borde de la mesa, con los nudillos blancos como si estuviera a punto de caer en un abismo y esa mesa fuera lo único que la mantenía con vida.

—¿Cuándo vio a Jenna por última vez?

—Ayer por la mañana, pero eso no viene al caso —tartamudeó—. Hago turnos dobles estos días y nunca estoy en casa. Mi marido la vio por última vez ayer por la tarde, sobre las cuatro. Volvió del instituto, se cambió y se marchó enseguida diciendo que había quedado con unos amigos.

—¿Sabe con quiénes? —preguntó Elliot. Seguía de pie, apoyado en la pared arañada.

La señora Jerrell se limpió el rabillo del ojo con los dedos.

—No le preguntó. —Bajó la mirada al suelo—. Verá, era una de las primeras veces que salía desde abril. Nos alegramos por ella.

Kay frunció un instante el ceño. ¿Una adolescente que no sale?

—¿Qué edad tiene?

—Ha cumplido diecisiete este verano. —Se soltó del borde de la mesa y juntó las manos con fuerza, como si rezara en silencio—. En junio.

—A los diecisiete años, ¿no sale con amigos? Eso no es habitual —comentó Kay, con cuidado de no infundir más ansiedad en el corazón de la mujer.

La señora Jerrell asintió un par de veces, luego levantó la mirada del suelo y miró a Kay con una súplica silenciosa.

—Solía hacerlo antes de que... —Su voz se desvaneció en una respiración entrecortada—. Creemos que algo le pasó a Jenna la primavera pasada. —Sus manos volvieron a agarrarse al borde de la mesa y se inclinó hacia delante, más cerca de Kay—. Creemos que la acosaron, o algo peor.

—Dígame qué ocurrió —pidió Kay, empujando una caja de pañuelos por la mesa—. ¿Qué les contó Jenna?

La señora Jerrell negó con la cabeza.

—No lo hizo; ese es el problema. Nuestra hija no confió en nosotros para contarnos lo que sucedía. Ella tan solo... dejó de vivir. Ya no salía. Se pasaba todas las tardes en su dormitorio con la puerta cerrada. A veces, cuando yo trabajaba de día, la oía llorar hasta dormirse.

—¿Le preguntaron qué estaba pasando?

La mujer apretó los labios y miró a Kay con gesto adusto.

—Ella no iba a decir nada, por mucho que la presionáramos su padre y yo. Pero deje que le enseñe algo. —Cogió su bolso del respaldo de la silla y extrajo una cartera con cremallera. La abrió y la dejó plana sobre la mesa, dándole la vuelta para que Kay pudiera ver las dos fotos que había bajo el bolsillo de plástico transparente.

Una mostraba a una hermosa y sonriente muchacha de largo cabello castaño y seguros ojos marrones, vestida con una camisa azul abotonada y con un fino collar dorado. Rebosaba felicidad y elegancia, el tipo de persona que presagia que su futuro está a punto de florecer.

La segunda imagen contaba una historia diferente. Los ojos de la chica estaban embrujados, la expresión era de intensa desesperación, de abatimiento. Su rostro estaba demacrado y pálido. Toda la confianza anterior en sí misma había desaparecido sin dejar rastro. En esa foto llevaba el pelo más corto y despeinado, y una blusa negra y arrugada.

Kay miró inquisitivamente a la señora Jerrell.

—Esta foto fue tomada el pasado mes de marzo para su solicitud de ingreso en la universidad. Va a ir a Cal State, ¿sabe? —añadió, con un tinte de orgullo maternal en la voz—. Esta otra es de junio, del día de su cumpleaños, hace solo tres meses. Tuvimos que sacarla a rastras de

su habitación para que comiera tarta.

Kay estudió las dos fotos en silencio durante un momento. El cambio concordaba con alguien que estaba atravesando una situación grave. Y, aun así, no había dicho ni una palabra a sus padres. No podía ser un problema médico; su madre era enfermera. Habría visto síntomas, habría reconocido una enfermedad. No podía haber sido un embarazo; se habría empezado a notar. O tal vez había abortado sin que su madre se enterara.

Elliot acercó la mano a la cartera.

—¿Puedo? —La señora Jerrell asintió—. Necesitaremos copias de estas fotos. —Las cogió y salió.

—Cuénteme lo que ha ocurrido con Jenna desde el pasado marzo. Cualquier cosa digna de mención podría darnos una pista de dónde encontrarla.

La señora Jerrell asintió sin apartar los ojos de Kay.

—Ocurrió gradualmente, y creo que no noté nada hasta finales de abril. Dejó de salir tanto con los amigos, pero poco a poco. Luego ella y su novio rompieron, y durante un tiempo pensé que por eso lloraba tanto. Entonces, una noche después de un turno de día, la encontré dormida con la cara manchada de pintalabios, untado a propósito, como si se lo hubiera puesto y enseguida se hubiera pasado la mano por la boca, emborronándolo todo. Cuando la desperté, no me dio ninguna explicación; se limitó a sentarse a un lado de la cama, con la mirada perdida en la nada. —La mirada de la mujer se desvió hacia el suelo y luego se posó en sus manos entrelazadas—. Me di cuenta de que se había cortado el pelo esa noche, y lo había hecho fatal, creo que de manera intencionada. Esa noche analicé su orina en busca de drogas. Estaba limpia. —Un largo y doloroso suspiro abandonó sus pulmones—. Me sentí muy aliviada de que no fueran drogas, y atribuí todo a las hormonas de la adolescencia y a problemas con el novio. Pero no, no era nada de eso. Jenna se odiaba a sí misma, y yo no me di cuenta.

El silencio llenó la habitación cuando la señora Jerrell dejó de hablar. A lo lejos, dos agentes del sheriff discutían sobre un partido de béisbol, con voces subidas de tono y risas mezcladas con improperios e insultos. Entonces la charla se interrumpió bruscamente. Un momento después, Elliot volvió con las fotos de Jenna.

—Gracias —dijo, colocándolas con suavidad sobre la mesa.

La señora Jerrell asintió. Una nueva lágrima manchó su uniforme. Sollozando, se secó los ojos con un pañuelo de papel.

—Eso es lo que pasó, y no supimos cómo abordarlo.

—¿Hablaron con alguien del instituto al respecto? —preguntó Kay.

—Sí, lo hicimos, más de una vez. Durante un tiempo sospeché que era por algo que ocurría allí, pero nadie sabía nada ni admitió nada.

Sus notas habían bajado un poco, pero...

—Háble me de las últimas veinticuatro horas antes de que desapareciera. —Kay se comunicaba en voz baja, con paciencia, aunque deseaba que la entrevista terminara lo antes posible. Cada minuto era crítico—. ¿Usted o su marido discutieron con ella? ¿Estaba ayer más alterada que otras veces?

Una chispa de pánico iluminó los ojos de la señora Jerrell.

—¿Está usted insinuando que se fue? ¿Que se escapó? —Un tono de pánico agudo tiñó su voz.

—Es una posibilidad que tenemos que considerar. El año pasado, más del noventa por ciento de los adolescentes desaparecidos eran, de hecho, fugitivos.

Las lágrimas corrían por el rostro de la señora Jerrell. Se levantó y caminó alrededor de la mesa. Kay también se puso en pie; era dolorosamente consciente de que la señora Jerrell no podía soportar más preguntas.

Con el pecho agitado, la madre agarró las manos de Kay.

—Por favor, por favor, no se rindan con su búsqueda. Ella nunca nos habría dejado. Lo sé de corazón. De verdad, lo juro. —Se deshizo en lamentos incontrolables—. Por favor, encuentren a mi pequeña.

Kay la ayudó a sentarse en la silla y se agachó frente a ella, sin soltarle la mano.

—Haremos todo lo posible para encontrar a Jenna. Se lo prometo. —Buscó la mirada de la mujer y repitió su compromiso, mirándola a los ojos—. Le prometo que no nos rendiremos hasta que tengamos respuestas.

Elliot desapareció y regresó enseguida con una bote lla de agua y un vaso de plástico. Desenroscó el tapón y llenó el vaso para la mujer. La señora Jerrell bebió un sorbo, con los ojos entrecerrados, rebosantes de lágrimas. Luego dejó el vaso sobre la mesa y dijo:

—Díganme qué tengo que hacer.

—Respirar —dijo Kay con suavidad—. En primer lugar, respirar. Usted conoce el procedimiento. Tiene que cuidarse primero para ser fuerte por su hija. —La mujer asintió—. Antes de empezar, una pregunta más, si me permite. No tengo muy claro cómo no pudo saber que Jenna no estuvo en casa en toda la noche.

Su labio inferior tembló por un momento.

—Estos días trabajo doble turno. Nunca hay suficiente dinero, y Jenna va a ir a la universidad el año que viene. Ayer trabajé en los turnos de tarde y noche, y he llegado a casa hoy sobre las siete de la mañana. Su cama estaba hecha, y nunca la hace ella misma; yo se la hago.

—¿Y su marido? ¿No estaba en casa?

Una sonrisa triste se dibujó en la comisura de sus labios.

—Bill siempre está en casa. Es un veterano de la Marina, va en silla de ruedas desde Afganistán. Tiene fuertes dolores y toma medicación. A las siete de la tarde, está dormido como un tronco.

—¿Cree que Jenna podría haber vuelto anoche sin que el señor Jerrell lo supiera?

La señora Jerrell se tomó un momento para considerar la idea, pero luego sacudió la cabeza.

—No había rastro de ella en la casa después de que se fuera ayer por la tarde. No tocó la cama, no comió nada ni hizo nada que yo pudiera notar.

Kay miró por encima del hombro el reloj de la pared. Jenna llevaba ya dieciséis horas desaparecida. Y, si Kay tuviera que hacer una conjetura, diría que su desaparición estaba relacionada de algún modo con lo que le había estado ocurriendo desde la primavera.

La señora Jerrell siguió su mirada, juntó las manos y se las retorció con nerviosismo.

—Veo la tele en mis descansos y leo cuando los turnos de noche son más ligeros. Las primeras veinticuatro horas son... Quiero decir, mi niña todavía está viva, ¿verdad?

El teléfono de Kay sonó antes de que pudiera contestarle a la señora Jerrell. Lo ignoró, pero al cabo de un segundo sonó también el teléfono de Elliot. Sus cejas se fruncieron mientras sostenía la pantalla ante los ojos de Kay.

—¿Es ella, detective? —La señora Jerrell cruzó la mesa y agarró la mano de Kay—. Por favor, dígame que va a estar bien.

A Kay se le heló la sangre al mirar la pantalla. El mensaje enviado decía: «*Cuerpo de una joven encontrado en Wildfire Ridge. Unidad móvil en camino*».

CAPÍTULO SEIS

Escena

Aún no era mediodía, pero hacía un calor de mil demonios fuera, y era todavía peor dentro del Interceptor. Tres horas de luz solar directa habían calcinado el todoterreno negro hasta el punto de que Elliot no podía tocar el volante sin murmurar un juramento. El aire abrasador era algo inusual en Mount Chester, donde las temperaturas tomaban prestada la frescura del clima alpino de la montaña cercana durante los veranos. Pero acogió el calor como un recuerdo de sus orígenes, con una leve sonrisa y un toque de melancolía. No echaba de menos el polvo que se posaba en su cara ni los tábanos, pero había algo en aquellas interminables praderas de Texas que seguía aferrado a su corazón.

Kay subió al todoterreno sin decir palabra. Desde que habían sido enviados a la escena del crimen, se había vuelto silenciosa y sombría. Tenía la mirada fija en la carretera, la mandíbula apretada y la respiración entrecortada, como si acabara de recibir un golpe en las tripas.

—¿Crees que es Jenna? —le preguntó Elliot. Las ruedas del Interceptor aplastaron la grava suelta del arcén al tomar el desvío de la autopista a gran velo cidad, en dirección a la estación de esquí. Desde allí tenían otros tres kilómetros hasta los alojamientos del complejo Winter Lodge, y luego otro kilómetro y medio más hasta el aparcamiento del sendero de la cresta Wildfire Ridge. Pronto lo sabrían.

Kay al principio no contestó. Tenía los labios apretados en una fina línea, tensos y rígidos.

—Espero que no —dijo finalmente—. Pero, sea quien sea, sigue siendo la hija de alguien. —Ella lo miró un instante, y a él le pareció ver el brillo de las lágrimas en los ojos de su compañera—. Y tendremos que hacerle saber a otra madre que su hija nunca volverá a casa. —Respiró hondo para templar sus nervios—. A veces, este trabajo me afecta, eso es todo.

No solía demostrarlo. Ni en lo más mínimo. Durante la emotiva entrevista con la señora Jerrell, su compañera había hecho gala de un autocontrol impecable y de una habilidad asombrosa para consolar a la angustiada progenitora. Parecía como si nada de eso la conmoviera. Los ojos de Kay habían permanecido secos mientras él luchaba; la pena, como la mayoría de las emociones humanas intensas, es

contagiosa.

Resistiendo el impulso de detenerse a un lado de la carretera para estrecharla entre sus brazos y sellar aquellos labios bajo un beso ardiente, pisó el acelerador a fondo y el todoterreno se desvió y rebotó en la irregular y curvilínea carretera de montaña. La inesperada vulnerabilidad de Kay le hizo sentir cosas que no quería reconocer.

La carretera se curvaba durante kilómetros, flanqueada por altos árboles de hoja perenne a ambos lados que filtraban la luz del sol y ocultaban a veces la impresionante vista de la montaña, cada vez menor a medida que se acercaban. Condujo alrededor del complejo Winter Lodge y pronto vio las luces rojas y azules parpadeantes de dos vehículos señalizados al pie de las pistas, cerca de la terminal del telesilla.

Elliot volvió a mirar a Kay. El anterior momento de debilidad desapareció como si nunca hubiera existido. Sus ojos estaban secos y concentrados; su comportamiento, alerta.

—Sí, creo que se trata de Jenna —dijo. Su voz era tranquila, firme, profesional—. Lo más probable es que esto no sea una coincidencia.

Elliot redujo la velocidad cuando se acabó el asfalto, sustituido por una mezcla de grava suelta en un camino de tierra con dos surcos que conducía al aparcamiento del inicio del sendero, nada más que un trozo despejado de pradera señalizado con dos carteles y rodeado de altos abetos.

Tradicionalmente lleno de al menos una docena de vehículos de turistas, la mayoría de ellos con matrícula de California, el aparcamiento del inicio del sendero estaba ese día casi desierto. Los dos vehículos de los agentes con las luces intermitentes y la furgoneta del forense probablemente disuadieron a los excursionistas.

Elliot aminoró la marcha hasta detenerse cerca de uno de los todoterrenos señalizados. El agente Hobbs estaba ocupado descargando unos vehículos de cuatro ruedas de una plataforma enganchada a su coche. Le quedaban los dos últimos de los seis vehículos todoterreno que la oficina del sheriff del condado de Franklin utilizaba para intervenciones en terrenos escarpados.

—Hola —saludó Elliot a través de la ventana abierta, tocándose el sombrero con dos dedos—. ¿A qué distancia está?

—Hola, detective —respondió Hobbs sonriendo. Era joven y un poco regordete, lo suficiente para que los botones de la camisa de su uniforme se estiraran al límite. Normalmente pálido, el joven tenía la cara roja por el sol abrasador, o quizá por el esfuerzo al que visiblemente no estaba acostumbrado. Las gotas de sudor le marcaban la frente, aunque una mancha en la manga derecha demostraba que se las secaba con la misma de vez en cuando—. A un kilómetro y medio más o menos, pasando la terminal del telesilla. —Se enjugó la frente

con la manga en un rápido movimiento acompañado de una sonora respiración—. Farrell está ahí arriba con un par de vehículos.

—De acuerdo —respondió Elliot, mirando a Kay para ver cómo quería proceder. Ella asintió ligeramente. Detrás de ellos, unas luces rojas intermitentes y una sirena familiar les advirtieron de que se acercaba un camión de bomberos—. ¿Dónde está el fuego?

Hobbs se rio entre dientes.

—No hay fuego, detective. Solo un barranco profundo. No pueden sacar el cuerpo, por lo que he oído. —Una amplia sonrisa mostraba dos hileras desiguales de dientes manchados de tabaco—. Escuché que los perpetradores ya fueron atrapados, así que no hay prisa.

—De acuerdo, jefe —respondió Elliot con sarcasmo. Todos creían tener todas las respuestas, pero pocos se molestaban en hacer preguntas. Dio suficiente gas al todoterreno para que avanzara dando bandazos, lanzando gravilla suelta contra sus bajos de acero—. El día en que llegue a la escena del crimen y los delincuentes ya hayan sido detenidos —murmuró— seré tan útil como el segundo carro en un pueblo de un solo caballo, pero hoy no creo que la suerte esté de mi lado. —Sonrió—. O del tuyo, para el caso.

Pero Kay no prestaba atención a su parloteo infantil. Estaba observando con atención el entorno: el sendero se estrechaba gradualmente a medida que subían, las ruedas del todoterreno se hundían en profundos surcos; las ramas de los abetos cercanos, bajas y pesadas, arañaban los lados del vehículo. Había bajado la ventanilla hasta la mitad y sus fosas nasales se agitaban al viento como las de un depredador en busca de su presa.

—Tienes cinco sentidos, seis si tienes suerte —le había dicho ella una vez cuando trabajaban juntos en su primera escena del crimen—. Úsalos todos.

Elliot inhaló el aire y notó el olor a abeto fresco y savia, la sequedad del aire, el matiz de polvo caliente que lo impregnó todo conduciendo solo uno o dos minutos detrás de otro vehículo. Seco como un hueso, el camino estaba cubierto de polvo fino levantado en el aire en una nube marrón rojiza que tardaba un rato en asentarse tras el paso de cada vehículo.

Otra vuelta y llegaron al final del camino transitable. Un ensanchamiento de la carretera permitió aparcar varios vehículos entre los árboles que bordeaban el sendero. La agente Denise Farrell les hizo señas con amplios gestos de la mano y luego señaló un espacio entre dos viejos abetos donde cabía el Interceptor de Elliot.

Farrell se acercó mientras Elliot reducía la velocidad y saludó con la cabeza. Ese día llevaba el pelo recogido en una coleta.

—Puedo llevaros desde aquí si queréis. Os espera un todoterreno más adaptado.

—¿A qué distancia estamos de la escena? —pregun tó Kay. Salió del todoterreno con la agilidad de una adolescente. Algún día sería una buena amazona.

—Alrededor de seis kilómetros. Está a los pies de la cresta Wildfire Ridge. —Cuando Kay se acercó a Farrell, la agente bajó la voz—. He oído que son malas noticias. —Kay asintió y las dos mujeres se miraron durante un instante. A continuación, Farrell señaló el vehículo aparcado en el arcén, junto al del sheriff—. Tenéis un todoterreno biplaza, o puedo daros un *quad* para cada uno si lo preferís.

Elliot buscó los ojos de Kay.

—Está bien, nos llevaremos este. —Dejó las llaves de su Interceptor en la mano de Farrell y se subió al biplaza.

El camino estaba lleno de baches y se volvía más traicionero a cada minuto, con rocas sueltas y un perfil cada vez más estrecho que se sumaba a los retos de una pendiente cada vez más pronunciada. Tras varios minutos, que más bien parecieron horas, llegaron al lugar de los hechos.

Los tres jóvenes vestían de forma casi idéntica, con el típico atuendo hípster imitación de leñador de montaña que solo se puede encontrar en los centros comerciales elegantes de San Francisco. Estaban sentados en un gran peñasco cubierto de musgo bajo la atenta mirada del agente de tráfico Leach. El sheriff Logan había llevado a todos a la escena del crimen, incluido aquel oficial delgado y de aspecto tímido, que irritaba a Elliot como la mostaza sobre una quemadura en carne viva.

A uno de los sospechosos le había ido mucho peor que a los otros dos. Su pecho afeitado estaba arañado, magullado y sangrando. La camisa desabrochada de cuadros rojos, grises y negros estaba manchada de vómito y sangre, y desgarrada por varios sitios.

—¿Él encontró el cuerpo? —preguntó Elliot, haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Lo encontraste? —se burló Leach, y le dirigió a Elliot una mirada impertinente, algo arrogante—. Él fue quien lanzó a esa pobre chica ahí abajo.

—¿Es eso verdad? —dijo Kay en voz baja, estudiando a los tres—. ¿Quién fue el primero en llegar?

—Novack —respondió Leach, pasándose la lengua por los dientes.

«Gracias a Dios por los pequeños milagros», pensó Elliot. Leach no sabía ni hacer la O con un canuto; por algo había trabajado en tráfico durante toda su carrera. Pero Novack tenía cerebro y sabía cómo usarlo.

Kay pareció estar de acuerdo; su rostro se iluminó ligeramente mientras caminaba hacia el agente.

—Detective —la saludó con voz severa. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol espejadas—. Te estábamos esperando.

Novack tenía cabeza, pero necesitaba aprender modales. A Elliot le habría encantado enseñarle algo.

Imperturbable, Kay ignoró el comentario.

—Cuéntame lo que sabes.

Novack abrió su bloc de notas.

—La llamada entró a las nueve y diecisiete de esta mañana —murmuró, siguiendo con el dedo las notas garabateadas—. Llegué aquí a las diez y cuarto. Encontré a esos dos graciosos al borde del barranco, intentando sacar al tercero con la rama de un árbol.

CAPÍTULO SIETE

Detalles

Kay caminó hasta el borde del precipicio y miró hacia abajo. El cuerpo apenas era visible en el fondo, protegido de la vista por varios abetos y arbustos. Las campanillas azules se alzaban sobre la hierba, meciéndose ligeramente con la brisa veraniega. Algo se movía en la base del barranco, apenas visible a través de todo el verdor, unas manchas blancas que se apreciaban entre las hojas oxidadas por el viento.

—El forense está ahí abajo —dijo Novack como si leyera su mente—. No quiso esperar al camión de bomberos. Lo bajamos con el cabrestante del todoterreno del jefe. —El agente lanzó una mirada a los tres jóvenes esposados y curvó el labio—. El doctor dijo que ese chaval jodió mucho la escena. Orinó y vomitó en el cuerpo, se quedó a gusto. Apuesto a que se lo pasó en grande ahí abajo con esa chica. —Se guardó el cuaderno en el bolsillo y apoyó las manos en las caderas, deslizando los pulgares bajo el cinturón.

Quizá Novack sería menos odioso si se hubiera molestado en hacerse una pregunta: si el autor había orinado sobre la víctima como parte de su ritual homicida, ¿por qué lo había hecho con los pantalones puestos y toda la cremallera subida? La mancha que marcaba los vaqueros del joven contaba otra historia. Se había meado encima por miedo o por el *shock*.

Kay no discrepó en voz alta sobre la teoría de Novack y, mientras, siguió examinando el cadáver desde el borde del barranco.

—¿Cuál es la historia de los chicos?

—Dijeron que el alto, Bryan Danko, intentaba recuperar su teléfono móvil cuando resbaló, cayó al barranco y descubrió el cadáver. Entonces llamaron al 911. —Novack se subió las gafas de sol por la nariz con un dedo—. Creo que entraron en pánico cuando el joven Danko no pudo volver a salir del barranco, y por eso llamaron. Les leí sus derechos. —Sonrió con aire de superioridad—. De nada, detectives.

Los labios de Elliot se estiraron en una rápida sonrisa, probablemente anticipando la reacción de Kay ante la decisión del agente de dar el caso por resuelto.

Pero la mente de Kay iba en otra dirección.

—¿Tienes una identificación confirmada de la víctima?

—Todavía no —respondió el oficial, cambiando el peso de un pie a

otro, molesto.

—¿Hora de la muerte?

—N-no. El doctor sigue ahí abajo.

—¿Estos chicos son de la zona?

—No, están en un viaje de tres días, han venido desde San Francisco con el dinero de papá. —Su voz estaba cargada de un desdén sin filtro, del tipo que envenena la mente de alguien dejándola corroída y oscurecida, como si hubiera sido forjada en fuego, incapaz de ver más allá del odio.

Kay caminó hacia los tres jóvenes y Elliot la siguió. El más alto parecía el más mayor, pero no por mucho. Estaba tranquilo, sereno, esperando con paciencia a que se resolviera la situación. Kay se dio cuenta de que aquel chico no tenía miedo; solo estaba preocupado, y probablemente era porque no había hecho nada malo. Sus vaqueros estaban limpios; no había ni una mancha de sangre en su ropa ni en sus manos, y lo mismo ocurría con el tercero. Esos dos nunca habían puesto un pie en el barranco.

—Quítales las esposas —le dijo Kay al agente, mirándolo fijamente. Tras dudar un momento, este decidió obedecer sin rechistar. «*Chico listo*», pensó Kay, agradecida de no haber tenido que discutir con el agente.

Una vez liberadas las muñecas, los tres se pusieron de pie y empezaron a masajeárselas enérgicamente. Uno de ellos cogió la guitarra que estaba apoyada en el tronco de un árbol y la inspeccionó. Luego se acercó a Kay.

—¿Podemos irnos ya?

—Enseguida, después de que le deis vuestra información de contacto al agente. —Se volvió hacia Bryan Danko—. Cuéntame lo que pasó.

Todavía aturdido, el joven se esforzaba por encontrar las palabras mientras su mirada iba de un lado a otro. Se frotaba las muñecas enrojecidas una y otra vez, obsesivamente.

—Nosotros, um, yo solo la encontré, eso es todo. Se me cayó el móvil y se fue por ahí. Bajé para intentar recuperarlo. Toda mi vida está en ese teléfono.

Eso era justo lo que Kay creía.

—¿Lo recuperaste?

El chico asintió enérgicamente, pero no encontraba las palabras.

—¿Tocaste el cuerpo o le hiciste algo?

—N-no, señora —respondió con rapidez—. Tan solo me caí encima. —Un ataque de náuseas le abrió las fo sas nasales y le arrugó la nariz. Probablemente había descargado su desayuno cerca del cuerpo.

Kay apretó los labios en una fina línea de desaprobación. Por accidente o intencionadamente, la escena del crimen se había visto comprometida.

—Quédate aquí un rato más, ¿vale? —Se volvió hacia Elliot con una mirada decidida—. Voy a bajar.

No esperó su respuesta. Él sabía que no la esperaría. Unos minutos más tarde, vestido de pies a cabeza con un mono protector blanco, Elliot descendió el primero por el barranco, utilizando el gancho del cabrestante para sujetarse y ralentizar el descenso. Una vez abajo, hizo una señal a Leach y el cable empezó a subir. Momentos después, Kay se unió a él, todavía enfadada porque él hubiera sido el primero en bajar. Tenía que hacer de macho protector. Aunque era un acto encantador y conmovedor, sentía que eso le restaba profesionalidad a ella.

Una vez en el fondo, pisó los arbustos hasta llegar al cadáver. El forense del condado era un viejo conocido de Kay; ambos compartían una amistad que hablaba de años juntos en el cuerpo.

El doctor Whitmore los saludó, pero Elliot miraba sin habla a la víctima, con la mandíbula visiblemente apretada.

Su rostro, hermoso incluso muerto, descansaba con los ojos abiertos bajo el cielo azul. Su cabello, castaño y sedoso, se agitaba alrededor de su cabeza, resaltando la palidez como alabastro de su piel. Sus labios, algo entreabiertos, como si aún respirara, como si aún susurrara su despedida. Sus brazos, levantados a lo largo del cuerpo, con los puños levemente abiertos, en una última postura defensiva contra un agresor invisible. Su ropa, desgarrada y ensangrentada, revelaba la historia de su prematuro destino. Lo más revelador eran los moratones alrededor del cuello y en los brazos, las manchas de sangre seca en el interior de los muslos y las uñas rotas por haber luchado por su vida.

Era Jenna.

Kay se arrodilló junto a la cabeza de la chica para examinar los moratones que tenía alrededor del cuello. La gruesa capa de hojas de aguja de abeto había absorbido la mayor parte de la sangre, pero el resto se había coagulado en la roca bajo su cabeza.

—¿Causa de la muerte, doctor? —preguntó Kay.

—Consistente con una caída desde una altura significativa, muy probablemente desde ahí arriba. —El forense señaló con un dedo enguantado la cresta Wildfire Ridge, a mil doscientos metros por encima de ellos—. La declararé como homicidio.

Elliot miró al doctor, pero no preguntó nada. El forense parecía haberles leído la mente.

—Incluso si se cayó sin ser empujada, veo suficientes pruebas de que fue víctima de una agresión sexual violenta. Si su muerte se produjo durante la perpetración de esa agresión, la ley es clara: su violador es también su asesino, aunque su intención hubiera sido otra.

—¿Hora de la muerte?

—Entre las siete y las diez de anoche. —El doctor se acercó a Kay, pero permaneció de pie—. Esperaba que fuera un accidente, algún excursionista que perdió pie, pero... —Suspiró, el doloroso aliento que salía de sus pulmones puso fin a su lamento—. Me pregunto por qué la serenidad y el aislamiento de esta montaña sacan lo peor de algunas de las personas que la escalan.

El silencio llenó el aire por un momento.

El doctor Whitmore se agachó junto a su botiquín abierto y extrajo dos bolsas de plástico y cinta adhesiva. Luego se acercó al cadáver y se arrodilló junto a la mano de la chica, al otro lado de Kay.

—¿Te importaría, querida? —Le ofreció a Kay una bolsa; no fueron necesarias más instrucciones. Si Jenna había arañado a su agresor durante el ataque, sus uñas podían contener pruebas de ADN, que debían conservarse cuidadosamente.

Una vez selladas las bolsas alrededor de las muñecas de Jenna con dos capas de cinta adhesiva, el forense se puso en pie e hizo señas para que los detectives se acercaran. Levantó el brazo de Jenna, dejando al descubierto un pequeño objeto rosa. Kay cogió una bolsa de pruebas y capturó el objeto, que el doctor Whitmore recogió con dos dedos enguantados.

Era una pinza de plástico para el pelo, infantil y barata, con forma de mariposa de alas anchas. Podría haberse caído del pelo de Jenna. O podría haber sido uno de los muchos objetos que los excursionistas de Wildfire Ridge encontraban entretenido arrojar al abismo que se abría a sus pies, completamente ajenos al fallecimiento de Jenna.

La apertura de las bolsas para cadáveres siempre helaba la sangre de Kay, y esa no fue una excepción. Dos bomberos se les habían unido en el fondo del barranco, llevando una camilla tipo cesta. Ayudaron al doctor Whitmore a cargar el cuerpo en la bolsa, luego en la camilla, y lo aseguraron con correas en zigzag. Después, los dos bomberos desaparecieron con su carga mientras el forense seguía recogiendo su equipo y organizando las bolsas de pruebas selladas y firmadas.

—Encontré esto en uno de sus bolsillos —dijo, mos trando una bolsa de pruebas. Era el teléfono móvil de Jenna—. Está roto.

CAPÍTULO OCHO

Madre e hija

Alexandria golpeó el suelo con su sandalia amarilla de tacón alto, arañando la madera pulida. Nada le salía bien esa mañana. La vida se burlaba de ella.

Esa mañana, cuando había mirado atentamente su reflejo en el espejo, se había encontrado una cana en la ceja.

Una. Cana. En. La. Ceja.

Solo tenía treinta y seis años... no era justo. No cuando aún aparentaba veinticinco. La gente pensaba que era la *hermana* de Alana, no su madre. Acababa de empezar a salir de nuevo, a tener citas. A vivir de nuevo.

«*Bueno, no exactamente citas*», pensó siendo honesta, sus ojos brillando ante su reflejo en el espejo.

Tenía las cejas finas por naturaleza, pero no dudó. Se secó las lágrimas con el dorso de las manos y moqueó, decidiendo que no importaba. No era un signo de envejecimiento; no podía serlo. Tenía que ser algún desequilibrio químico. A lo mejor necesitaba abastecerse de vitaminas y empezar a tomárselas a puñados por las mañanas, como esos fanáticos de la salud que salen en la tele. Cogió las pinzas con mano firme y arrancó el vello ofensivo, dejando un lugar vacío. A continuación, colocó los pelos restantes con un pequeño cepillo redondo hasta que quedaron perfectamente alineados.

Listo. Desastre evitado.

Un desastre, en cualquier caso.

El otro, su rebelde y desafiante hija Alana, era una crisis continua que requería una inmensa paciencia. A punto de ir a la universidad, la rubia de diecisiete años, de una belleza impresionante, había heredado el buen aspecto de su madre, lo que le recordaba constantemente a Alexandria que, a la edad de su hija, ella solía ser alguien. Precisamente dieciocho años atrás, luciendo con orgullo la corona de *miss* Wyoming en la cabeza, había quedado segunda finalista en el certamen de Miss Estados Unidos. Fue el año en que América recordó de repente todas las islas que poseía y se sintió obligada a reconocerlas, corrompiendo los concursos de belleza de costa a costa. La corona fue para Hawái y el primer puesto, para Puerto Rico. Era obvio que la competición estaba amañada. *Todo el mundo* quería más a las rubias que a las morenas.

Destrozada por una decepción lacerante, la rubia de corazón roto no

vio las puertas que se le abrían ni siquiera como segunda finalista. Sin rumbo, buscó consuelo en los brazos de un *ranger* del ejército recién retirado de su Wyoming natal llamado Billy Joe.

Una semana más tarde, acompañó a Billy Joe a ver a su cirujano ortopédico, desesperada por encontrar algo que hacer con su tiempo que la distrajera del estúpido concurso. El sábado siguiente, estaba cenando en uno de los mejores restaurantes de San Francisco con el médico de Billy Joe, el doctor Aaron Keaney, originario de Kentucky. En cuanto a Billy Joe, nunca lo volvió a ver.

Cuatro meses después, estaba embarazada de Aaron. Otros tres meses después, se casaron en la iglesia de San Ignacio, en el centro de San Francisco, ante unos pocos familiares y amigos de ella y cientos de los de Aaron.

Y así, su antigua vida terminó abruptamente y comenzó una nueva. Una vida que algunos llamarían cómoda, una vida con la que muchos solo podrían soñar. Pero para Alexandria fue una vida de soledad y aburrimiento, de ver cómo su belleza se marchitaba bajo las realidades estiradas y flácidas de la maternidad. Aaron estaba siempre ocupado, trabajando en el hospital, dando conferencias, enseñando medicina en Stanford o apareciendo en televisión como experto en lesiones traumáticas de ricos y famosos, desde Tom Cruise o Keanu Reeves, que se rompieron huesos realizando sus propias acrobacias en plató, hasta jugadores de la NBA y la NFL con nombres que incluso a ella le resultaban familiares. Mientras tanto, ella iba a la universidad, pero no era lo más divertido para una futura madre. Un semestre después, lo dejó todo aparcado hasta que dispusiera de más tiempo y recuperara el aspecto físico de una universitaria.

No ocurrió durante años. Con el tiempo, volvió y terminó la carrera de Empresariales con un rendimiento mediocre y un desinterés creciente. Nunca trabajó en el campo que había elegido; de hecho, la única vez que utilizó alguno de los conocimientos adquiridos en la universidad fue cuando negoció su divorcio. No tardó en pillar a Aaron enviándose mensajes con una residente de segundo año, una chica pelirroja, pecosa, de piernas largas y grandes ojos azules, llamada Rachelle.

Alexandria había llorado hasta quedarse dormida justo una noche después de descubrir las pruebas de la traición de Aaron. El insulto por haber sido engañada se desvaneció con rapidez cuando se dio cuenta de que se le ofrecía la oportunidad de volver a ser libre. A diferencia de la libertad que recordaba de sus días en los concursos de belleza como niña pobre de Wyoming, esta vez tendría dinero. Y eso era la verdadera libertad.

Alexandria tenía mucho que agradecer a Rachelle. La cómoda casa de Mount Chester, una cuantiosa pensión alimenticia para ella hasta que

volviera a casarse y para Alana hasta que cumpliera veinticinco años y dos millones de dólares en efectivo fueron las condiciones del acuerdo de divorcio. Aaron se quedó con el apartamento de San Francisco y con la mayor parte de su dinero, y su divorcio no se complicó más.

Por supuesto, Alana se quedó con ella. Era un ángel rubio que crecía rápidamente, y en ella afloraba una vena cortante de la terquedad de su padre cada vez que madre e hija discrepaban. Eso ocurría casi todos los días, sobre casi todo.

Entonces Alana se convirtió en una adolescente con un aspecto que le recordaba a Alexandria quién solía ser. Pero no de un modo que la hiciera sentirse orgullosa, sino más bien como un arrebato de dolor al darse cuenta de que se estaba haciendo vieja, de que era una solterona, mientras que la desafiante y rebelde rubia la iba sustituyendo poco a poco, acaparando todo el protagonismo.

El futuro era suyo; Alexandria era el pasado.

Le llevó todo el primer año de universidad de Alana el hacerse a la idea de lo que estaba pasando. Alexandria luchó por encontrar un nuevo propósito; incluso fue a terapia durante unos meses, pero al final lo consiguió. Apuntando a su hija con la precisión y la inevitabilidad de un misil guiado por láser, decidió que iba a darle a Alana todo lo que ella hubiera deseado tener cuando era joven. Apariencia perfecta, acceso a todos los círculos correctos, una educación en Stanford. (Stanford, solo porque los gilipollas de Harvard no sabrían lo que les conviene ni aunque les dieran un golpe en la cabeza, y habían rechazado la solicitud de Alana).

Alexandria estaba teniendo otra oportunidad en el estrellato a través de su hija. Había vuelto al juego. Con renovado fervor, orquestó la trayectoria vital perfecta para su hija.

Entonces conoció al Semental —como a ella le gustaba llamarle— y redescubrió la pasión carnal en los brazos de un hombre más bien egocéntrico y joven, con unos ojos preciosos y un nivel de destreza entre las sábanas que nunca habría soñado. En pocas semanas se había vuelto adicta a él y esperaba sus mensajes como una adolescente, con la esperanza de verlo todos los días. Pero su nuevo amante era un cabrón escurridizo que la mantenía en vilo, probablemente como parte del embriagador juego que practicaba.

Cada día que se vestía, esperaba que fuera él quien la desnudara. Nuevos bodis de satén de Fleur du Mal, monos para dormir de Cosabella y lencería de encaje de La Perla habían ocupado recientemente los cajones de su cómoda, haciendo que Alana enarcase las cejas de vez en cuando.

Esta mañana no había sido diferente. Un conjunto de sujetador y bragas color *nude* de Fleur du Mal con exquisitos detalles bordados hacía que su esbelto cuerpo pareciese el de una modelo de lencería

paseando por la pasarela. Una maxifalda blanca de satén brillante que se ceñía a sus largas y tonificadas piernas y un top amarillo a juego le daban un aspecto boyante y juvenil, perfecto para el sereno día de verano que había planeado para su hija y para ella.

Pero Alana no estaba preparada; nunca estaba lista a tiempo a menos que ella hubiera quedado. Llegaban tarde a su cita y a Alexandria se le estaba acabando la paciencia. Llevaba a su hija al dentista, el mejor al norte del Golden Gate, para que la volviera a evaluar después de haber permanecido un año con Invisalign. Su sonrisa aún necesitaba un poco de trabajo.

—¿Vienes ya? —gritó Alexandria, pisando rítmicamente con el talón derecho y con las manos apoyadas en las caderas. Su voz se oyó en el amplio salón, seguida de un silencio—. ¿Alana? —llamó, su voz empezaba a sonar amenazadora.

—Que sí, que sí, ya voy —respondió por fin Alana, corriendo con un top blanco con los hombros descubiertos, unos vaqueros ridículamente cortos y unas chanclas con pedrería—. Ni que la casa estuviera en llamas.

—No vas a ir al dentista así vestida —dijo Alexandria, templando la voz todo lo que pudo.

—Tienes razón, porque no voy a ir al dentista. —Se recogió el pelo largo en una coleta con movimientos rápidos y precisos. El coletero azul que había elegido estaba cubierto de lentejuelas. De él brotaban largos hilos de cuentas plateadas que tintineaban suavemente con cada movimiento que hacía.

—Sí que vas a ir. —Alexandria se interpuso en su camino—. ¿Y sabes con quién? —Su pregunta era un reto al que Alana debía optar por no responder.

—No, ¿por qué no me iluminas? —respondió su hija, tecleando algo rápidamente en su teléfono móvil—. Porque no me explico por qué tendría que volver a ir al maldito dentista después de llevar plástico en la boca durante un año.

«*Tal vez está harta de los aparatos*», pensó Alexandria. Se acercó a Alana y le tendió la mano para acariciarle la mejilla, pero su hija se retiró como si su tacto le hubiera quemado la piel. Adolescentes.

Alexandria introdujo aire en sus pulmones, contó hasta tres y exhaló despacio. Estaba funcionando; ya estaba más tranquila.

—Una sonrisa perfecta es tan importante para tu futuro como tus notas de selectividad, Alana, ya lo sabes. Puede hacer o deshacer una carrera. Puede abrirte puertas. Los dientes, la ropa, el pelo, la forma de andar, la postura, todo es importante.

La chica se encogió de hombros, y el ridículamente endeble top se deslizó más hacia abajo por su hombro izquierdo.

—Nick viene a recogerme a las diez. Vamos a la playa. Todo el

mundo va.

—Nick otra vez, ¿eh?

Alana no contestó; ni siquiera le dirigió una mirada de reojo, absorta en lo que estuviera pasando en su teléfono.

—Primero el dentista, luego haces lo que quieras.

—Pero mamá —suplicó—, no es tan frecuente que tengamos un día libre en el instituto.

—Eso es una gilipollez, jovencita, y lo sabes. Acabas de volver de las vacaciones de verano y has hecho lo que te ha dado la gana todos los días. Playa, Nick, películas, viajes por carretera, lo que se te ocurría. No trabajaste, no hiciste las tareas de la casa...

—¡Ja! ¿Me tomas el pelo? —dijo Alana, acercándose desafiante a su madre—. ¿Me harías hacer tareas de casa cuando tenemos asistenta?

Su conversación no llevaba a ninguna parte. Pero Alexandria seguía siendo la madre. Al menos en teoría, las madres siempre ganaban ese tipo de discusiones.

—Vamos al dentista, luego te llevaré yo misma a la playa. —Habló con calma, pero su voz sonó tan amenazadora como ella había querido, enfriando enseguida el aire entre ellas—. ¿Entendido?

—Lo que tú digas.

Alexandria miró la hora y puso los ojos en blanco, mirando al techo durante unos instantes, pidiendo paciencia al cielo.

—Tienes exactamente dos minutos para ponerte una falda o unos pantalones cortos decentes y unas sandalias. Vas vestida como una pordiosera y la gente te tratará como tal. —Alana se burló y sonrió con insolencia—. No solo la gente que te importa una mierda... —susurró Alexandria, al límite de su ingenio—. La gente que te importa será la primera en juzgarte. Y te tratarán como a un trozo de carne.

—Mira quién habla de carne —murmuró Alana, con los ojos bajos y la voz apagada—. Tú eres la que me trata así. Siempre buscando mejorar mi *envoltorio* —dijo con inesperada amargura mientras lanzaba una rápida mirada a su madre—. Las mujeres están liberadas hoy en día, por si no te has enterado. No pienso competir en un estúpido concurso solo para salir de Casper, Wyoming. No estoy sin blanca, y tengo algo más a mi favor que mi culo.

El aliento entró en los pulmones de Alexandria con un fuerte jadeo. Necesitó toda su fuerza de voluntad para mantener la compostura. Miró fijamente a su hija y le dijo:

—Cámbiate. Ahora.

Siguió a Alana hasta su dormitorio para asegurarse de que esta vez había elegido bien los pantalones cortos y los zapatos. La vio deslizarse dentro de una ajustada falda vaquera elástica. Una breve punzada de envidia le recorrió la mente al contemplar la figura perfectamente esbelta de su hija, sus pechos incipientes y su piel

bronceada y luminosa.

—Todo lo que crees que tienes a tu favor, señorita, puede *explotar* en un instante —dijo Alexandria de camino al coche, gesticulando con las manos—. Entonces lo único que te quedará serás tú misma.

—No soy tú, mamá, ¿de acuerdo? —protestó Alana, subiendo al asiento del copiloto con un mohín en los labios maquillados con *gloss* —. Tengo a papá, y tengo... —Se detuvo en seco, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando por la ventanilla mientras Alexandria se incorporaba al tráfico y tomaba la carretera hacia la interestatal.

—Siempre es por Nick, ¿no? —Alexandria suspiró con amargura. Desde que Alana había conocido a Nick Papadopoulos, sus vidas se habían complicado bastante.

Alana no respondió, solo guardó un silencio de desaprobación.

—¿Qué crees que pasará el año que viene, cuando vayas a la universidad? —Seguía sin contestar, pero a Alexandria le pareció oír un gemido ahogado—. Va a ir a Harvard, ¿no? ¿Y te va a dejar atrás? —preguntó, metiendo sin piedad el dedo en la llaga, dándose cuenta de que, después de todo, había algo bueno en la decisión de Harvard de rechazar a su hija. Estaría mejor en Stanford, donde el apellido Keaney significaba algo, donde su padre podría abrirle algunas puertas. Estaría mejor sin Nick.

Alana le lanzó una mirada de odio puro y destilado que le heló la sangre.

—No tan rápido, mamá —dijo con frialdad—. Nos queda un año por delante, y pienso aprovecharlo al máximo. No voy a dejar que nadie me detenga. Ni siquiera tú.

Un año por delante.

Y después se quedaría sola en esa gran casa de la colina, volviéndose loca poco a poco.

CAPÍTULO NUEVE

Familiar cercano

Salir del barranco fue un reto, aunque Kay se aferrara al cabrestante para mantener el equilibrio. El terreno estaba resbaladizo, cubierto de una gruesa y húmeda capa de hojas de abeto y musgo. Una vez que llegó al borde del barranco, se apresuró a coger la mano de Elliot para que la subiera por la cornisa. Ya de pie, se pasó las manos por el cuerpo, distraída, olvidando que llevaba un mono de trabajo para la escena del crimen.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Jenna. Al morir, la angustia por la que había pasado la niña se había disipado, dejando tras de sí serenidad y calma. Eso era inquietante; sencillamente, algo estaba mal. Una chica de diecisiete años no debería encontrar serenidad en la muerte.

Un pensamiento inquietante asaltó la mente de Kay. ¿Había subido a la cresta con la intención de saltar al vacío? No se podía ignorar el suicidio como posible motivación, no para su muerte real, pero ¿qué habría llevado a Jenna a abandonar su casa, teniendo en cuenta lo que su madre había compartido sobre el reciente estado mental de la chica? Si hubiera querido acabar con su vida, habría mentido a sus padres y luego habría subido sola a la montaña. Solo que allí arriba, en Wildfire Ridge, se había topado con un depredador.

¿O había sido atraída hábilmente por alguien con la intención de hacerle daño? En ese caso, debía haber sido alguien en quien confiaba, alguien que creía que era un amigo. Pero ¿cómo hace amigos una chica de diecisiete años que no sale de casa?

Por internet.

—No creo que quieras guardar eso como recuerdo, ¿verdad? —preguntó el doctor Whitmore, sosteniendo abierta una gran bolsa de basura. Había recogido los monos de todos y esperaba pacientemente el suyo. Su sonrisa era amable, pero sus ojos eran tristes, como los había visto en ciertas escenas del crimen.

Kay se bajó la cremallera de su mono y se lo quitó de encima. Lleno de electricidad estática, se aferró y chisporroteó en señal de protesta, pero finalmente se apagó. Lo arrugó y lo metió en la bolsa.

—Gracias, querida —dijo el médico forense.

Sin decir palabra y sin saber muy bien por qué, se puso de puntillas y depositó un beso en la mejilla de Whitmore. Habían trabajado juntos unos años cuando ella era perfiladora en San Francisco y él era

médico forense del condado antes de jubilarse en Mount Chester, pero nunca había tenido un gesto así con él.

Boquiabierto, el forense la observó mientras se acercaba a los tres jóvenes que habían encontrado el cadáver. Se sentaron en el mismo peñasco de antes; sin esposas, pero vigilados por Novack con indudable recelo. Se habían abrochado las camisas hasta arriba, aunque empezaba a hacer calor.

Cuando se acercó, los tres chicos se pusieron en pie, ansiosos.

—¿Dónde estuvisteis anoche entre las seis y la medianoche?

Se miraron brevemente y Bryan Danko se acercó dando un paso.

—Ayer vinimos en coche desde la ciudad. Sobre las seis y media nos registramos en el hotel y luego fuimos a cenar.

—Tomamos unas cervezas en la terraza del restaurante —añadió Pete.

Kay estaba perdiendo la paciencia.

—¿Cuándo salisteis del restaurante?

Los ojos de Bryan se desviaron hacia Zack y luego, de nuevo a Kay.

—¿Sobre la una de la madrugada?

—¿Quieres decir que tres jóvenes como vosotros pasaron, cuánto, seis horas cenando? —intervino Novack, sin ser invitado.

Kay ahogó un suspiro de frustración. El agente siempre sacaba conclusiones precipitadas; quería llegar a detective algún día y buscaba arrestos fáciles para impresionar al sheriff Logan, pero estaba metiendo la pata. El hotel tenía cámaras por todas partes. La coartada de los chicos era fácil de comprobar.

Sin inmutarse, Bryan sonrió.

—Pete tenía su guitarra, y cuando toca, la gente viene y escucha.

—Eres libre de irte —dijo Kay, mirando a su alrededor en busca de Elliot. Traía el todoterreno biplaza—. Asegúrate de que puedo encontrarte si tengo más preguntas. —Se acercó un paso más a los tres chicos y bajó la voz—. Será mejor que no encuentre ninguna foto de la escena del crimen en internet, porque sabré de dónde vienen y os acusaré de obstrucción más rápido de lo que podéis decir «redes sociales». —Miró a cada uno de los chicos durante un segundo—. ¿Entendido?

—Sí, señora —respondió Bryan, asintiendo con entusiasmo—. Tiene mi palabra. —Los otros dos siguieron su ejemplo.

Elliot se colocó con el vehículo junto a ella, pero aún no estaba lista para marcharse.

—Tenemos que encontrar la escena principal del crimen—le dijo a Novack—. Necesito un K-9 aquí dentro de una hora; háblalo primero con el sheriff, ¿de acuerdo? Y confírmalo conmigo cuando lleguen.

El oficial aceptó la orden en silencio. Apretó los labios con fuerza, con una pizca de desaprobación grabada en sus facciones. El hombre

guardaba rencor como ningún otro policía con el que había trabajado.

Kay se subió al vehículo y se agarró a las barras mientras Elliot conducía cuesta abajo por el escarpado terreno, con el biplaza rebotando en rocas y surcos. Unos minutos después, abandonaron aquel todoterreno y cogieron el Ford de Elliot para dirigirse de nuevo a la ciudad.

Viajaron en silencio durante un rato; Kay, mirando al cielo con el gesto preocupado. Varias nubes oscuras, algo poco habitual en agosto, se habían agrupado sobre la cima de la montaña. A lo lejos, hacia el océano, se acumulaban más nubes. Comprobó su teléfono. Estaba previsto que lloviera a última hora de la tarde. Con ello, su escena del crimen se iría directamente al infierno.

—No puedo creerlo —dijo Elliot, lanzándole una rápida mirada—. Me refiero a la ropa de Jenna.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Subirías a la cresta de la montaña en falda?

—¿Por qué no? —Se lo pensó un momento. Tal vez él estaba pensando en algo—. Bueno, yo, personalmente, no lo haría. Pero Jenna...

—¿No es incómodo? —Se aclaró la voz—. ¿No ver dónde pisas?

—Las faldas, sobre todo las fruncidas, dan libertad de movimiento y son cómodas de llevar.

—¿Fruncidas?

—Unas que son sueltas y con mucha tela.

—Ah.

—Pero tienes razón. Me habría puesto *leggings* o algo así. —Un pensamiento la acribilló—. Podríamos encontrar algo de esto en la escena principal del crimen.

—Oh —respondió Elliot, bajando la mirada un momento mientras giraba hacia la entrada de la familia Jerrell.

Kay se tomó un momento antes de salir del vehículo. Hacía un par de horas le había prometido a la madre de Jenna que encontraría a su hija. Con cada fibra de su ser, había creído que encontraría a la chica con vida.

Elliot la miró sin decir nada, esperando. Ella abrió la puerta, salió y se acercó a la puerta.

CAPÍTULO DIEZ

Dolor

Los Jerrell vivían en un pequeño *bungalow* de una sola planta con revestimiento verde claro y tejado casi plano. Parecía anticuado, aunque no había caído en el abandono. El césped estaba limpio de basura y cortado, aunque mostraba algunas calvas aquí y allá. La puerta de color melocotón estaba decorada con una corona de flores silvestres blancas. En el porche, dos viejas mecedoras y una mesita de madera habían sido pintadas en el mismo tono de rosa.

La mano de Kay se detuvo en el aire, a punto de llamar al timbre, cuando la puerta se abrió de golpe. Los ojos de la señora Jerrell, llenos de esperanza, buscaron los de Kay y encontraron la verdad que ella temía más que cualquier otra cosa. Jadeando, cayó de rodillas, gimiendo. Sus manos agarraron la ropa de Kay.

—No. Mi pequeña. No. —Mientras Elliot la ayudaba a levantarse, la mujer miró a Kay, suplicante—. Dígame que no es verdad.

Kay conocía las palabras que había que decir en tales ocasiones; había entregado notificaciones de parientes más veces de las que quería recordar. Sin embargo, las palabras no le vinieron ese día, no cuando el recuerdo del cuerpo de Jenna yaciendo roto y en sangrentado en el fondo de aquel barranco estaba tan fresco en su mente. No se atrevió a hablar; en lugar de eso, cogió la mano de la señora Jerrell y la apretó.

Un hombre estaba sentado en una silla de ruedas con la boca abierta y los ojos hundidos, bloqueando la entrada. Hizo rodar la silla hacia atrás, dejándole sitio a Elliot, y luego observó impotente cómo la señora Jerrell se acomodaba en el sofá, sollozando en brazos de Kay. El hombre se limitó a mirar a Elliot con una pregunta tácita en los ojos.

Elliot asintió levemente, con la mirada baja y el sombrero en la mano.

—La estaban acosando —dijo el padre de Jenna. Tenía la voz ronca, como si fumara o se hubiera resfriado hacía poco—. Brenda me ha dicho que lo mencionó esta mañana. —El hombre, cuya edad se notaba en las arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras hundidas de la boca, hablaba en voz baja, como si toda la lucha hubiera abandonado su cuerpo—. Si supiera quién...

—Lo averiguaremos —dijo Elliot—. Le doy mi palabra de que lo averiguaremos.

—Quienquiera que fuese está aquí, en alguna parte —dijo, rodando hasta una mesita, y volvió con un portátil sobre las rodillas. Se lo dio a Elliot—. Encuéntrelos. Haga que paguen.

—Lo haremos —añadió Kay, separándose con suavidad de la señora Jerrell—. ¿Hay alguien a quien podamos llamar? ¿Familia, alguien que pueda estar con ustedes?

—No tenemos a nadie —dijo la señora Jerrell, su voz era apenas un susurro—. Ella era todo lo que teníamos. Mi hermana... está en Detroit.

—Desde lo que hablamos esta mañana —dijo Kay, aún cogiendo la mano de la mujer—, ¿hay algo más que pueda contarnos sobre Jenna?

La madre levantó los ojos llenos de lágrimas y miró a Kay.

—¿Cómo...? ¿Sufrió?

Kay negó con la cabeza.

—Se lo prometo; no sufrió. Fue instantáneo.

—¿Y cómo? —preguntó el señor Jerrell, con voz débil y quebrada. Miró un instante a Kay con sus ojos embrujados, huecos.

Ella dudó, pero tenía derecho a saberlo.

—Se cayó de la cresta de Wildfire Ridge.

El señor Jerrell bajó la cabeza. Una lágrima cayó sobre sus vaqueros, dejando huella en la tela.

—No sabía que se iba de excursión. Dijo que había quedado con unos amigos.

—¿Alguna idea de con quién se reunió? —Kay dudó un momento y luego añadió—: Me temo que hay más... La agredieron sexualmente. Lo siento mucho.

La señora Jerrell jadeó.

—Mi pobre niña —sollozó, tapándose la boca abierta con las manos.

Su marido sacudió la cabeza con amargura. Le tembló el labio inferior.

—Debería haberle preguntado. Si lo hubiera hecho, aún estaría viva. Menudo padre estoy hecho.

—Señor, no hay... —empezó a decir Elliot, pero el hombre levantó la mano con fuerza, deteniéndole.

—Después de que Brenda volviera de la comisaría, ella y yo recordamos que la depresión de Jenna empezó después de que se fuera de acampada con el instituto.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Kay.

—En abril, el día 17.

—Fue solo una excursión de un día —añadió la señora Jerrell.

Kay asintió, se levantó, se sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la dejó sobre la mesita.

—Si me hubiera dicho quién le daba problemas, habría hecho entrar en razón a esa persona. —El señor Jerrell respiró entrecortadamente

—. Ahora es demasiado tarde.

Miró a Kay y luego, a Elliot. Hizo rodar su silla junto al sofá y cogió la mano de su mujer entre las suyas, después se la llevó a los labios y la mantuvo allí un momento, sollozando en voz baja.

—Lo siento mucho, por favor, perdóname —susurraba una y otra vez. Le acarició el pelo a su mujer y apoyó la frente en la de ella durante un largo rato. Luego miró a los detectives y dijo—: Necesito estar solo ahora, si me disculpan. —Se dio la vuelta y desapareció en el dormitorio.

Un momento después, cerró la puerta del dormitorio tras de sí. Kay sintió una punzada de ansiedad en el estómago; había una finalidad que se sobrentendía en las palabras del hombre, en cómo las había dicho, en la calma que lo envolvía, congelando el dolor en sus facciones como si estuviera grabado en piedra.

Tal vez ella estaba imaginando cosas; él estaba angustiado, algo comprensible. Antes de abrir la boca tuvo que pensar en las consecuencias, por si se equivocaba. Tras sopesar sus opciones, dejó escapar el aire de sus pulmones con un suspiro y decidió guardarse sus preocupaciones para sí misma.

Kay y Elliot se dirigían a la puerta, listos para salir, cuando la señora Jerrell dijo:

—Hablen con Mackenzie Trenton y Alana Keaney; son las mejores amigas de Jenna.

Kay enarcó las cejas.

—Oh, ¿así que tenía amigas íntimas después de todo? Desde abril, quiero decir.

Los labios de la mujer temblaron.

—Ya no lo sé. Solía tenerlas. Pero incluso esas chicas dejaron de venir. Quizá les digan por qué.

El agudo sonido de un disparo rasgó el breve silencio.

Venía de detrás de la puerta cerrada del dormitorio.

CAPÍTULO ONCE

Charla de chicas

Dejando al dentista en el retrovisor, Alexandria condujo hacia la costa mientras Alana se enfurruñaba con los brazos cruzados, encorvada en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla.

Su hija se había portado como una niña malcriada en la visita. Apenas saludó al personal, mirando a todo el mundo por encima de los cristales de sus enormes gafas de sol. Se había retorcido y lloriqueado durante un procedimiento totalmente indoloro, una simple exploración de sus dientes. Luego soltó varias palabrotas cuando oyó que el dentista le daba la razón a Alexandria y le pedía alineadores para tres meses más de tratamiento de ortodoncia.

Costó un poco conseguir los nuevos alineadores. Al principio, el dentista se puso a la defensiva, probablemente pensando que Alexandria estaba intentando conseguir los nuevos alineadores gratis. Una vez aclarado el tema del dinero, el dentista se tranquilizó, aunque se había atrevido a decir que un poco de sobremordida no le quedaba tan mal Alana.

Menudas agallas.

«*No le quedaba tan mal*» no era suficiente para su hija. Sus incisivos tenían que ser perfectos. Todo tenía que ser perfecto.

A veces fantaseaba con que ella era Alana, joven e ingenua, y que alguien con medios y buenas intenciones había invertido tiempo y recursos en hacer de ella lo mejor que podía ser. Tal vez si sus dientes hubieran estado rectos y perfectamente espaciados, *miss* Hawái habría sido la finalista y ella se habría llevado la corona. Tal vez, si se hubiera podido permitir unos zapatos mejores, hoy sería una estrella de cine en lugar de esa puertorriqueña que había pasado por delante de ella, repiqueteando en el podio con sus Louboutins de suela roja.

Alana no sabía de esas cosas como sabía ella. Por eso su trabajo consistía en enseñar a su hija a ganar en el juego llamado vida, costase lo que costase. Fuera justo o no.

El silencio ya había durado bastante.

—Vamos, no ha ido tan mal, ¿verdad? —dijo Alexandria con voz alegre, mirando a su enfurruñada hija con una rápida sonrisa alentadora.

—Lo que tú digas. —Alana mascaba chicle ruidosamente, con la boca abierta, y hacía con él pompas que reventaba con obstinación, lanzando gotas de saliva al aire. Sabía que no debía hacerlo, pero esa

era su manera de castigar a su madre, comportándose como una ordinaria total, alguien salido de un parque de caravanas en lo más profundo del Medio Oeste.

No era la primera vez, y Alexandria había aprendido a no dejarse agraviar por el espantoso comportamiento de su hija. Una vez, cuando había arrastrado a Alana a una cita con el médico que ella no quería, su dulce hijita se vengó contando chistes verdes a un grupo de sudorosos obreros de la construcción que es taban colocando baldosas en el edificio. Cuando volvió de la clínica, Alexandria habría jurado que al menos tres de ellos tenían erecciones. Las muecas lascivas de sus caras le revolvieron el estómago. Quiso sacar a Alana de allí arrastrándola por el pelo, pero supo que no debía humillar a su hija delante de ellos.

Esta vez, estaba decidida a ignorar el enfurruñamiento y fingir que no pasaba nada. Después de todo, ella también se merecía un buen día, no solo *miss* Simpatía.

—Sé cómo te sientes —dijo Alexandria como si estuvieran manteniendo una conversación real—. Algunos no hemos sido bendecidos con dientes rectos, y tenemos que trabajar para conseguirlo.

Alana cruzó las piernas, haciendo rebotar el pie rítmicamente contra el fino cuero de la puerta del coche. Dirigió a su madre una mirada de desaprobación y volvió a observar el paisaje. Cedros y robles vivos bordeaban la autopista; sus formas, más contorsionadas a medida que se acercaban a la orilla, donde soplaba el viento.

—Por ejemplo, Jenna —continuó Alexandria, con voz suave como un cuchillo con mango recubierto de terciopelo—. Nació con una dentadura perfecta. Si no, esa pobre chica... No creo que sus padres pudieran permitirse un aparato. Si pudieran, tendría que ser uno de alambres barato. —Lanzó una rápida mirada a su hija—. Pero ella no necesita ortodoncia. Su sonrisa es perfecta, ¿verdad?

Alana miró a su madre sin decir palabra. Infló un globo de chicle hasta que le cubrió la mayor parte de la cara. Siguió soplando hasta que reventó, cayendo en jirones pegajosos y asquerosos contra su nariz y bar billa. Con un rápido movimiento de la lengua, recogió los restos y siguió masticando con la boca abierta.

Alexandria sonrió brevemente. Su táctica estaba funcionando.

—Es muy dulce, ¿verdad?

—¿Quién? —Otro estallido.

—Jenna. ¿No es tu mejor amiga?

Pop.

—Que le den a Jenna, ¿vale?

—Ooh. He tocado fibra sensible, ¿no? —Sonrió con calidez y apretó la rodilla de su hija—. No quería molestarte.

—No me molesta. Ella y yo ya no estamos tan unidas.

—¿Qué ha hecho la pobre para que estés tan enfadada con ella?

Un momento de silencio.

—Nada. ¿Quién ha dicho que haya hecho algo?

—Entonces, ¿por qué ya no sois amigas? Pensé que tú, Jenna y Mackenzie erais inseparables. —Alexandria se rio entre dientes—. Uña y carne, ¿verdad?

—Mierda... ahora el sol se ha ido —murmuró Alana, mirando las nubes que se acumulaban sobre el océano.

—Esa boca —dijo Alexandria bruscamente—. No toleraré ese tipo de comentarios basura.

—No seas hipócrita, mamá. Tampoco eres exactamente una dama cuando hablas por teléfono con tus amigas. —Agarró el chicle con dos dedos y lo extendió, luego lo masticó despacio. El olor a fresa llenaba el coche—. Amigas y amigos.

Alexandria se quedó boquiabierta.

—¿Has estado escuchando mis llamadas?

—No has sido demasiado discreta al respecto. No es culpa mía si hablas tan alto. Me molesta un poco, pero, como soy una niña, no puedo quejarme de nada, ¿verdad? Tú puedes hacer lo que quieras, que a mí no me importa.

Dieciséis kilómetros más y llegarían. Alexandria se dio cuenta de que estaba deseando dejar a su hija y disfrutar de un poco de paz y tranquilidad junto al océano, sin la lucha constante que suponía estar con ella.

—¿Qué ha pasado entre Jenna y tú? —insistió.

—No ha pasado nada, ¿vale? —Alana alzó la voz y se volvió hacia su madre, con el rostro crispado por la ira—. ¿Por qué no puedes dejarlo pasar?

—Solía venir a casa todo el tiempo, ahora ya no.

—Ella ya no hace nada —respondió rápidamente Alana—. Ya no sale de casa. Somos demasiado buenos para ella o algo así, no sé.

Era como si su hija estuviera celosa de la que una vez fuese su mejor amiga.

—¿Nick se acostó con ella? ¿Eh? Dímelo. ¿Es eso lo que ha pasado?

Con la boca abierta, Alana la miró con incredulidad.

—Dios, mamá, estás loca. Esto no es un culebrón. Somos chicos normales, haciendo cosas de chicos normales. Si Nick estuviera interesado en otra chica, lo hablaría con él.

—Nick es muy popular, ¿no? —soltó Alexandria sin piedad—. No me parece demasiado comprometido. Tal vez él no se interesó, pero Jenna podría haber movido ficha igualmente, ¿no?

—¿Con el novio de su mejor amiga? —se burló Alana—. Nadie volvería a hablar con ella hasta la graduación. No se hacen cosas así;

es nuestro código. —Hizo un estallido rápido, fuerte y furioso con el chicle—. Las amigas van antes que los chicos, ¿recuerdas eso?

—Entonces, ¿qué pasó entre vosotras dos? —preguntó esta vez Alexandria con suavidad, pellizcando a Alana suavemente por la barbilla.

La chica se apartó y se encogió de hombros.

—Creo que estuvo saliendo con alguien; no lo sé.

—¿Alguien del instituto?

Alana se mordió el labio y le lanzó una mirada escrutadora a su madre, como si quisiera averiguar si era de fiar.

—No, mamá. Un chico mayor, no un crío. Un hombre de verdad.

—¿Un hombre mayor, quieres decir? —«*Malditos pervertidos... están por todas partes, acechando cerca de los patios de los colegios*».

—Sí. Eso creo.

—¿Cuánto más mayor?

Su hija miró por la ventana y su única respuesta fue un encogimiento de hombros desdeñoso.

—Tienes que contarme lo que sabes sobre esto, Alana. Tendré que decírselo a la madre de Jenna, quizá incluso a la policía.

Alana apretó los puños y levantó los brazos en un gesto de desesperación.

—Argh. Mamá, por eso nunca te cuento nada. Déjalo ya. Cumplirá dieciocho en unos meses.

Alexandria aminoró la marcha y se detuvo en el aparcamiento de la playa. Alana se movió en su asiento, rebosante de emoción, y su enfado anterior pareció desvanecerse al ver el BMW rojo descapotable de Nick. Otros coches que reconoció de la última fiesta de cumpleaños de su hija estaban aparcados cerca, en un grupo apretado.

—¿Os importa si me quedo con vosotros un rato? —preguntó Alexandria con serenidad.

Alana reaccionó como si hubiera pisado una serpiente.

—¿Qué? No, mamá. Nadie viene con su madre a estas cosas. Seré el hazmerreír de todo el instituto. Tienes que irte. Nick me llevará de vuelta.

Impertérrita ante las súplicas de su hija, Alexandria salió del coche y se estiró, aspirando el aire fresco y salado lleno de humedad. No venía a la costa tan a menudo como quería.

Más allá del límite del aparcamiento, la playa se extendía varios metros hasta donde el oleaje del Pacífico llegaba a la orilla, brillando bajo la luz filtrada del sol. Las olas tenían el tono aguamarina más perfecto que jamás había visto.

Alana cogió su bolsa del maletero y corrió hacia el grupo de charlatanes que descansaba en la arena a unos metros de distancia. Pasó corriendo junto a ella, lanzando por encima del hombro otra

súplica:

—Por favor, mamá, vete.

Alexandria no se precipitó. Se apoyó en la oxidada barandilla del aparcamiento que daba a la playa y cerró los ojos, absorbiendo los rayos de sol que atravesaban las nubes y sintiendo la humedad del océano sobre su piel caliente.

Cuando abrió los ojos, Alana había alcanzado a sus amigos. Nick le dio un beso en los labios, luego cogió su bolsa y la dejó sobre la toalla a su lado. ¿Su hija se acostaba con Nick? Probablemente sí.

Volvió a cerrar los ojos y se apoyó en la barandilla con ambas manos, estirando los hombros. Una fuerte ráfaga de brisa fría del Pacífico le levantó la falda, envolviéndole las piernas. La suave tela ondeaba furiosa alrededor de sus muslos. Se sentía bien. Joven, descarada. No hizo ningún esfuerzo por contenerla, aunque a veces se le veían las bragas de encaje. El viento tocó su piel como la mano de un amante, apresurado, tembloroso, dejando un rastro de fuego a su paso.

Cuando volvió a abrir los ojos, Nick estaba de pie frente a ella, sus ojos evitaban los suyos. Alana estaba a su lado, descalza en la arena, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba puesto aquel bikini de tirantes que apenas le cubría los pezones, aunque Alexandria le había dicho repetidamente que no lo usara. Juraría que lo había tirado a la basura hacía un par de semanas.

—Hola, señora Keaney —dijo Nick—. Solo quería que supiera que yo mismo llevaré a Alana a casa esta noche.

—No más tarde de las ocho —dijo con calma, ignorando aún lo que el viento hacía con su falda de seda blanca. Todavía lo disfrutaba.

—¡Mamá! —gritó Alana en señal de protesta, pero a su novio no parecía importarle aquello—, ¿por qué siempre tienes que ser tan...?

—Entendido, señora Keaney —respondió Nick. Cogió la mano de Alana y ambos corrieron hacia el océano, riendo y chillando bajo el sol deshilachado. Su hija parecía muy contenta. Se le notaba en la forma en que se volvía hacia su novio riendo, echándose el pelo por encima del hombro y mirándolo de reojo. En sus dedos entrelazados con los de Nick, sus brazos se balanceaban hacia delante y hacia atrás en sincronía. Alana se estaba enamorando de él.

Maldito fuera ese chico, no daba más que problemas.

CAPÍTULO DOCE

Excursión

La culpabilidad nunca ayudó a nadie.

Kay se lo repetía a sí misma mientras las lágrimas la ahogaban, amenazando con salir. Tenía que haber avisado. Había visto las señales, pero había dudado de sí misma y había decidido callarse. Y ahora un hombre estaba muerto, en parte por su silencio, por su cobardía. Su viuda, en estado de *shock*, tuvo que ser trasladada al hospital.

La mano de Elliot apretó la suya, devolviéndola a la realidad.

—No podías saberlo —dijo. Su voz era suave, comprensiva, pero con un trasfondo de tristeza que le decía que estaba tan preocupado como ella por lo ocurrido.

—*Sí* lo sabía —respondió ella con amargura—. Ese es exactamente el problema. Lo sabía y no dije nada.

—No creo que lo supieras —respondió con calma—. Creo que lo *sospechabas,* y hay una diferencia.

Ella apretó los labios y se quedó mirando la carretera sin ver nada. Había ofrecido su apoyo a los Jerrell. Bill no había dicho una sola palabra que confirmara sus sospechas. Si se hubiera equivocado, habría internado a un padre afligido en un psiquiátrico contra su voluntad. ¿Qué clase de persona haría eso a un padre discapacitado que acaba de perder a su hija?

Habría sido mejor que lo que acababa de ocurrir. Cualquier cosa habría sido mejor. ¿O no?

Elliot apretó la mandíbula un momento, los músculos se le anudaron bajo la piel.

—¿Cómo le dices a una madre afligida que crees que su marido está a punto de volarse los sesos? —Sacudió la cabeza y entró en el aparcamiento—. ¿Te imaginas decir eso y equivocarte? —Apagó el motor—. No, compañera. No soy psiquiatra, pero, bajo mi perspectiva, la muerte de Jerrell es culpa del mismo perpetrador que la de Jenna. Y vamos a atrapar a ese hijo de puta aunque sea lo último que hagamos. —Esperó una reacción de ella, pero Kay permaneció en silencio—. ¿De acuerdo?

Ella asintió, desviando la mirada hacia el aparcamiento. El remolque todoterreno con la insignia de la oficina del sheriff del condado de Franklin estaba vacío. Les esperaba un todoterreno, un biplaza, y la agente Farrell, que estaba apoyada en él, enviando mensajes de texto.

Salieron del vehículo de Elliot y, al igual que antes, el detective ocupó el asiento del conductor en el todoterreno.

—¿Dónde están todos? —preguntó Kay, consciente de que había dicho que volverían de visitar a los familiares hacía una hora o así, y habían pasado más de tres.

Farrell se guardó el teléfono en el bolsillo.

—El jefe estuvo aquí. —Hizo un rápido movimiento de ojos—. Envió a gente a peinar los senderos. Todo el mundo está ahí arriba. —Se quitó la radio del cinturón y pulsó un botón. El aparato provocó un sonido de interferencias—. Farrell a Novack. ¿Dónde estás? Cambio.

Otra ráfaga de interferencias, luego la voz confusa del agente, apenas inteligible.

—Estamos más allá del barranco, a un kilómetro y medio más arriba. Nada hasta ahora.

Kay se subió al todoterreno y dio las gracias a la agente con una inclinación de cabeza.

—¿Los K-9 están aquí también?

—No, no han llegado todavía. Tuvieron que llamar a uno del condado de Marin. —La agente miró a su alrededor con cautela. El aparcamiento estaba vacío—. Una cosa más —dijo Farrell, bajando la voz como si alguien pudiera oírlos—. Logan quería que le llamaras en cuanto llegaras. Parecía cabreado.

Estupendo. Esperaba tener noticias del sheriff Logan tarde o temprano, desde que vio que les seguía la furgoneta de las noticias. No había forma de mantener alejados a los periodistas una vez que olían la sangre. En un lugar pequeño como Mount Chester, la oportunidad rara vez se presentaba, y no podían desaprovecharla.

Gimiendo, marcó el teléfono de Logan con el altavoz activado. Respondió a la llamada con un escueto «Sí», sobre un fondo auditivo de ráfagas de viento y voces cercanas.

—Soy Kay Sharp, señor, y tengo a Elliot conmigo. ¿Quería hablar con nosotros?

El sheriff murmuró algo ininteligible, como si hubiera tapado el micrófono con la mano y estuviera hablando con otra persona.

—Principalmente te quería a ti, Sharp. ¿Qué demonios ha pasado en casa de los Jerrell?

Ella tomó aire y estaba a punto de responder cuando él continuó:

—¿Lo viste venir?

—S-sí, creo que sí —respondió ella, preparándose para lo peor.

—Maldita sea —murmuró el sheriff—. Y no pudiste hacer nada, ¿verdad?

En el breve silencio que siguió, oyó el sonido de un encendedor. Probablemente el jefe se estaba encendiendo uno de sus famosos cubanos, su vicio más peligroso, como le gustaba anunciarlo.

—Mi código ético profesional deja muy poco margen a la interpretación, señor. —Su voz era tranquila, mesurada, fría, como si estuviera haciendo una crítica de la actuación de otra persona—. Debería haber informado.

—¿Y lo hubieran encerrado en el psiquiátrico? —dijo Logan—. ¿Te imaginas qué habría dicho la prensa después de eso?

—Señor, no atendemos a la prensa...

—No, no la atendemos —la cortó bruscamente, y luego exhaló lo que sonó como una bocanada de humo mezclada con frustración—. Pero algunos de nosotros tenemos que ser elegidos cada pocos años si queremos conservar nuestros puestos de trabajo. Fuiste allí como policía a entregar una notificación de muerte, Sharp, no como su terapeuta.

Ella estaba a punto de empezar a discutir con él cuando Elliot le hizo un gesto con la mano para que se lo tomara con calma. Tenía razón. Discutir con su jefe sobre los dilemas éticos de su otra profesión no habría tenido sentido, habría sido incluso perjudicial.

—Dígame entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

—Estoy casi en la cresta, y no hemos encontrado nada hasta ahora.

—¿Está aquí? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí, y no tengo todo el día. Sube en el todoterreno por el camino del telesilla y déjalo en la terminal superior. Luego cruza el prado hasta la vertiente oriental.

—Oído —respondió ella frunciendo el ceño y mirando el reloj. Eso le ahorraría tiempo.

—Bajaré el todoterreno y los K-9 pueden traerlo de vuelta. La luz del día se está yendo y está a punto de empezar a llover.

—Entendido.

—Mientras vas de camino, averigua cómo mantener a raya a la prensa. Contén la tormenta de mierda por mí, Sharp. Hazlo lo mejor que puedas.

La llamada terminó bruscamente. Elliot arrancó el todoterreno y lo condujo con rapidez hacia el camino del telesilla. El sistema se había construido como un elevador cercano a la superficie y se abría estacionalmente en cuanto una gruesa capa de nieve cubría el suelo, atrayendo a esquiadores de todo el estado.

Kay estaba a punto de llamar a Barb Foster, su única conexión en los medios de comunicación locales, cuando se dio cuenta de que el telesilla funcionaba. Las sillas vacías se movían arriba y abajo de la montaña, zumbando y repiqueteando.

—Dirígete primero a la terminal —dijo, mirando al cielo nublado con preocupación.

Su llegada llamó la atención del ascensorista, que salió de la terminal con una mano apoyada en la cadera y otra sobre los ojos, pare hacerse

sombra. Llevaba un gorro de punto que le llegaba a la frente sudorosa, aunque era uno de los días de verano más calurosos que la montaña había visto en años.

Elliot enseñó su placa y el hombre frunció el ceño de inmediato, se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un paso.

—Somos los detectives Young y Sharp, de la oficina del sheriff del condado de Franklin.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Están aquí por la chica que murió ayer?

—Sí. ¿Sabe algo de eso?

—Ajá. Pero solo que no es la primera que muere en esta montaña. Y tampoco será la última. —Se rascó la cabeza a través del gorro de punto verde. Tenía las manos sucias, llenas de grasa, como cabría esperar de un técnico de ascensores.

Kay señaló las sillas que se movían.

—No sabía que el telesilla funcionaba en verano.

—Y no funciona —respondió con calma—. Es por el mantenimiento programado. No hay mucha gente que recorra la cresta de la montaña en verano. Es una pérdida de dinero hacerlo funcionar.

—¿Así que ayer no subió a nadie a la montaña? —preguntó Elliot.

—No, señor —respondió con un atisbo de sonrisa, dando un pequeño paso adelante.

Parecía más cómodo relacionándose con Elliot que con Kay. Aun así, ella le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Jimmy. Jim Bugarin. Y este montón de chatarra es mío —añadió, dirigiendo al telesilla una mirada de fastidio—. Funciona, ya sabe, y es un medio seguro si uno quiere dar un paseo rápido por la montaña. Estaré encantado de ayudarlos, si quieren subir. —Sonrió, mostrando unos dientes irregulares y manchados.

Kay echó un vistazo a las nubes de tormenta que se acercaban a la costa. Era tentador, pero Logan estaba esperando el todoterreno en la terminal superior.

—Esta vez no, pero gracias.

—Bueno, llámenme si me necesitan —añadió, señalando un número de teléfono pintado en la pared de la terminal para la venta de permisos de temporada—. Estaré jugueteando con la maquinita al menos un par de días más.

Estaban casi en la terminal superior cuando vieron una silla con dos pasajeros: un hombre de uniforme y un perro policía sentado a su lado. El agente rodeó con el brazo los hombros del perro, abrazándolo como a un niño. El perro jadeaba y parecía receloso, aunque el telesilla iba bajo, cerca del suelo, y podría haber saltado sin problema y continuar la caminata a pie.

—¿Es una broma? —dijo Elliot, mirándolos—. No hay nada que estos perros no hagan.

Una vez en la terminal, el todoterreno cambió de conductor y Kay tuvo que decirle a un furioso Logan que aún no había hecho nada para controlar la situación de los medios de comunicación.

—Llámalos —la instó Logan desde el asiento del conductor del vehículo—. Hoy. Ahora. Quiero que me los quiten de encima.

Luego aceleró cuesta abajo por el camino regular que había junto al telesilla.

Kay llamó a Barb Foster esperando que contestara. Creyó reconocer los colores de la cadena de televisión local en el logotipo de la furgoneta blanca que les había seguido por toda la ciudad. En lugar de Barb, recibió la respuesta de su buzón de voz.

Continuaron la caminata con la unidad K-9, un pastor belga *malinois* llamado Spartan y su adiestrador, el oficial John Deramus, del condado de Marin.

—Alguien tiene sentido del humor —comentó Kay al oír el nombre del perro. Spartan era el nombre del detective protagonista de la película de acción *Demolition Man*, una de las favoritas de Kay.

Deramus sonrió ampliamente, radiante de orgullo. Debió ser él mismo quien le puso el nombre al perro.

—Pensé que ibas a empezar a rastrear al final del sendero —dijo Elliot.

—No nos serviría de mucho —respondió Deramus. El perro iba delante, con la correa tensa, aunque caminaban a paso rápido—. La encontraron en el barranco, ¿no?

—Sí. —Elliot bebió un sorbo de agua de una botella de plástico tras ofrecérsela a Kay.

—Nos llevaría a donde el olor es más fuerte, y eso es el barranco. Y no queremos volver allí.

—Cierto.

—Pero, si empezamos aquí, primero encontrará la escena del crimen y luego señalará dónde cayó por el borde.

Los agentes estaban a la vista mientras subían por la última parte de la pendiente oriental. Spartan tiró de la correa, jadeante, y Kay apenas pudo seguirle el ritmo. Había superado el borde rocoso del sendero y entraba en el último tramo de la caminata cuando Elliot vio un envoltorio de caramelo cerca del sendero. Lo recogió con un guante y lo selló dentro de una bolsa de pruebas.

—Me sorprende que no hayamos encontrado más —dijo, continuando a paso ligero para ponerse al día.

Por delante de ellos, Novack y Leach buscaban pruebas entre los arbustos. Spartan los condujo más allá de los agentes y casi se habían perdido de vista cuando Kay, sin aliento y rezagada, se dio cuenta de

que el agente Leach había recogido algo del suelo y se lo había metido discretamente en el bolsillo.

Se dio la vuelta y caminó directa hacia él.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó.

Este sacudió la cabeza, un poco nervioso.

—Nada —respondió señalando una gran bolsa de plástico que contenía numerosas bolsas de pruebas—. Todo lo que encontramos lo colocamos en esas bolsas.

Kay extendió la mano.

—Dámelo.

El hombre murmuró un improperio en voz baja y Kay fingió no oírlo.

A unos pocos metros, Novack observaba la escena con una sonrisa de satisfacción.

—Ahora —insistió ella.

Leach curvó el labio y se metió las manos en los bolsillos.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elliot. Se había dado la vuelta, probablemente al darse cuenta de que Kay ya no iba de excursión con ellos.

—Tu bolsillo izquierdo —dijo Kay, imperturbable. No quería tener que llamar a Logan por eso o meter su propia mano en el bolsillo del hombre.

Elliot miró a Leach con los ojos abiertos de sorpresa. El agente bajó la mirada y se metió la mano en el bolsillo, de donde extrajo un porro parcialmente fumado que llevaba en la palma de la mano.

—Puede que hayas puesto en peligro las pruebas —dijo Kay, con la voz cargada de frustración—. Lo sabes de sobra, ¿qué demonios hacías? —Abrió una bolsa de pruebas y Leach introdujo el porro—. Si no podemos obtener ADN de él, habrá...

—Es mío —respondió Leach, mirándola con ojos fríos rebosantes de odio—. A veces, vengo aquí a fumar. Esa colilla es mía; sé dónde me siento cuando vengo aquí y dónde las tiro. Pero juro que no toqué a esa chica.

—Vas a recibir una amonestación formal por esto —anunció Novack, tomando finalmente partido.

Kay levantó la mano para silenciarlo.

—Entonces, ¿por qué embolsar la colilla? —preguntó a Leach.

Se burló y la miró con puro desprecio, como si fuera demasiado tonta para darse cuenta por sí misma.

—¿Me vas a decir que si encuentras mi ADN ahí no me vas a meter en la lista de sospechosos?

Tenía razón. Kay no podía decir que aprobaba lo que había hecho, pero podía entender por qué. Su motivación era entendible, a menos que ocultara algo más.

Apretó los labios un momento y luego preguntó:

—¿Dónde estuviste anoche, entre las seis de la tarde y la medianoche?

Irritado como el demonio y poniéndose colorado, Leach dio una palmada y el sonido resonó contra las paredes de piedra.

—¿Ves? ¿Qué te he dicho? Ahora soy sospechoso. Estaba en casa, ¿dónde diablos iba a estar si no? Me tomé un par de birras en el Hilltop y luego me fui a casa. Tuve un día muy largo.

—Muy bien, has terminado aquí por hoy —dijo Elliot—. Baja en el telesilla si aún está en marcha e infórmame de que has llegado a la estación. Y quédate allí hasta que volvamos.

—Hijo de puta —murmuró Leach, marchándose con rapidez.

Kay lo observó yendo cuesta abajo durante un momento y luego siguió subiendo por la cresta. Solo quedaban cincuenta o sesenta metros, los más traicioneros, por un estrecho sendero de afilados peñascos cubiertos de musgo.

El ladrido de Spartan rasgó el apacible silencio de la montaña. A lo lejos, Kay pudo ver al K-9 sentado, moviendo furiosamente la cola.

Habían encontrado la escena principal del crimen.

CAPÍTULO TRECE

Escena principal

La cresta se ensanchaba en ese punto y se aplanaba hasta convertirse en una pequeña plataforma cubierta de musgo. Abetos viejos, dispersos y maltrechos —siempre curvados hacia el este por los prolongados efectos de los vientos racheados del oeste que soplan desde el Pacífico— daban sombra a los excursionistas estivales que querían pasar tiempo allí arriba, contemplando el maravilloso paisaje.

Wildfire Ridge era el segundo pico más alto de la montaña; su majestuosa pared rocosa dominaba las llanuras occidentales, que se ondulaban suavemente hacia el océano. Un tronco de árbol caído era el asiento preferido de los excursionistas que escalaban para contemplar la puesta de sol o hacer fotos del paisaje. En un día despejado de verano, se podían ver las suaves olas del Pacífico brillando bajo el sol.

Pero ese día no.

Las nubes se acumulaban sin cesar, amenazando lluvia o incluso tormenta. A lo lejos, los relámpagos parpadeaban a veces tras las nubes teñidas de naranja y rojo por el sol poniente.

Kay alcanzó a Spartan y a su adiestrador. El perro seguía ladrando a intervalos, señalando su hallazgo. Bajo un viejo abeto de ramas bajas y pesadas, había encontrado unos *leggings* negros rotos y unas bragas manchadas de sangre.

Tras ponerse un par de guantes nuevos, recogió la ropa en cuanto Novack terminó de fotografiarla después de haber colocado junto a ella un marcador de pruebas amarillo que llevaba el número siete.

A un par de metros, encontró el lugar donde Jenna había sido inmovilizada y agredida sexualmente. Fibras de tela blanca se aferraban al tocón de un árbol. Las afiladas rocas aún mostraban las manchas de su sangre. Las gotas rojas habían caído sobre una roca, y junto a ellas se veía una mancha de algo blanco. Alumbró el lugar con una pequeña luz ultravioleta que se iluminó en la penumbra.

Semen.

El sudes era desorganizado y descuidado; había dejado un generoso rastro de pruebas, que Kay estaba encantada de seguir. Agachada junto a las manchas con una sonrisa de satisfacción, la detective tomó varias muestras. Aún estaba cerca del suelo cuando notó algo colorido bajo el abeto. Dos envoltorios de condones rotos llegaron a las bolsas de pruebas, misma marca, mismo color. Buscó los condones usados,

pero no los encontró. Tal vez Spartan lo lograría si el perpetrador no los hubiera arrojado al abismo.

Kay se quedó mirando la escena a unos metros de distancia, cambiando de perspectiva. Una gran gota de agua le salpicó la cabeza.

—¡Lluvia! —gritó—. Quiero toda esta zona cubierta de plástico. Usad las bolsas grandes, colocad dentro piedras para que no salgan volando.

Los agentes se apresuraron a entrar en acción, colocando bolsas de plástico sobre determinadas zonas y lastrándolas con pequeñas rocas. Uno de ellos había colocado una lámina de plástico sobre una sección que Kay había pasado por alto.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, dirigiendo al cielo una mirada desdeñosa.

—¿Esto? —respondió Hobbs. Era un agente joven y bastante regordete, siempre entusiasta y con ganas de aprender. Levantó la lámina de plástico lo suficiente para que Kay viera lo que señalaba. El plástico ondeaba al viento, crujiendo con rabia—. Creo que es una uña. Una postiza.

Kay se acercó y se agachó para mirar más de cerca. Hizo señas a Novack para que trajera un marcador de pruebas y tomara fotos, y luego cogió la uña con dos dedos. Antes de depositarla en una bolsa de pruebas, la estudió detenidamente. Era rosa y brillante, y había sido arrancada a la fuerza del dedo de alguien, quizá de Jenna, si había suerte y ella había arañado a su agresor durante el asalto.

—Tengo múltiples huellas aquí —llamó Elliot. Estaba cubriendo la parte del terreno próxima al tronco caído con varias bolsas de plástico superpuestas.

La lluvia había dejado de caer, pero las nubes seguían agolpándose y arremolinándose sobre sus cabezas, pesadas, acercándose a los picos.

Kay extendió la mano, pero ninguna gota de lluvia fresca la mojó.

—Muy bien, rápido, terminemos con esto.

Hobbs trajo marcadores de pruebas y Novack sacó fotos de varias huellas que Kay señaló con gestos rápidos. Justo delante del tronco de árbol caído, el suelo estaba yermo, probablemente por haber sido pisoteado por demasiados pies, y blando, con algunas huellas parcialmente borrosas. La mayoría de las huellas eran viejas, parciales, casi indiscernibles, pero tres huellas distintas captaron el interés de Kay.

Dos eran de zapatillas de hombre, una del número cuarenta y seis y otra del cuarenta y siete, claras, recientes. La tercera era una huella más pequeña y estrecha, una zapatilla de correr de mujer del cuarenta. Una segunda huella de calzado femenino, probablemente de una zapatilla Converse, era parcialmente visible bajo una de las huellas masculinas, pero parecía bastante nueva. Y también más pequeña; Kay pensó que era del treinta y ocho. Actuando con rapidez y eficacia,

Hobbs vertió moldes de todas las huellas relevantes.

Aunque esas huellas no llevaban a ninguna parte.

Aparte del trozo de tierra estéril frente al tronco caído, y un par de puntos más donde el espeso musgo o la tierra permitían distinguir las huellas, la superficie estaba cubierta de rocas.

Kay se apartó del tronco y observó toda la zona, visualizando el ataque.

—Primero se sentaron en el tronco —dijo Elliot, apareciendo a su lado—. No creo que lo hicieran después del ataque.

—No, tienes razón —respondió Kay, frunciendo el ceño. Había algo que le tiraba de las tripas. ¿Por qué dos huellas masculinas recientes? Solo había una mancha de semen, una marca de condón, pero dos paquetes rotos. Aun así, se habían abierto exactamente igual. Pronto sabrían si las huellas eran las mismas en ambos envoltorios—. No hay sangre junto al tronco —añadió, un poco distraída, aún elaborando escenarios en su mente.

—¿Crees que fue una violación? —Elliot se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el pelo y volvió a po nérselo—. Debió venir aquí con alguien que conocía. —Miró su reloj y luego, a su alrededor. El sol se había puesto hacía rato y las sombras se habían hecho más largas y pesadas—. Entonces oscureció y el agresor supo que no vendría nadie más por aquí.

—Tal vez —admitió Kay, sin dejar de mirar el tronco y luego la roca junto al viejo abeto, donde habían encontrado las manchas de sangre —. Hobbs —llamó—, tráenos algo de luz por aquí, ¿quieres?

El agente abrió la cremallera de una gran bolsa de lona llena de material para la escena del crimen y extrajo una linterna led plegable que funcionaba con pilas y estaba sujeta a un pequeño trípode.

—¿A dónde quieres que enfoque?

—Aquí, junto a estas huellas. —Se volvió hacia Elliot—. No tienen mucho sentido. —Se mordió la punta del dedo índice, como hacía cuando estaba preocupada por un pensamiento inquietante—. ¿Te fijaste en los zapatos que llevaba Jenna? ¿En el dibujo de sus suelas?

—En el dibujo, no —respondió Elliot—. Pero creo que llevaba zapatillas negras de lona con cordones blancos; ya sabes de qué tipo. Son populares entre los jóvenes.

—Unas Converse —murmuró Kay—. Mierda.

—¿Por qué te has colocado más baja que un agujero de topo?

—¿Cómo? —preguntó ella, sorprendida como siempre por su inusual forma de expresarse—. Oh, estoy así por estas huellas. Estoy tratando de entender lo que pasó aquí. —Se acercó al centro del tronco y se detuvo antes de pisar el suelo, donde aún se veían las huellas, ahora manchadas por los restos de silicona azul.

—¿Qué pasa con las huellas?

—Recuerdo que llevaba unas Converse —respondió Kay—. Y esta huella es de una suela de Converse. —Señaló la huella de zapatilla parcialmente cubierta—. Muy reconocibles, con estos cuadrados cortados por la mitad por líneas continuas que van de la punta del pie al talón. Esta otra huella vino después de la de la Converse, y es mucho más prominente.

—Tal vez Jenna se paró primero y caminó hacia allá, luego el tipo caminó casi sobre sus pasos, detrás de ella.

—¿Y esto? —Kay señaló la zapatilla de correr de mujer de la talla cuarenta.

—Podría ser de antes —respondió, encogiéndose de hombros—. Parece reciente, pero no hay forma de saberlo. Apostaría a que todos los que caminan por esta cresta acaban sentándose en este tronco para descansar.

Kay sacó su linterna y buscó por todo el espacio más huellas del número cuarenta. No había ninguna más. ¿Coincidencia? Sería del tráfico turístico anterior, como las muchas otras huellas parciales que bordeaban el terreno yermo. Como la otra huella masculina. Porque nadie había escalado la montaña desde que habían encontrado el cuerpo de Jenna.

El ladrido de Spartan, seguido de un aullido largo y lastimero, rasgó el silencio. Kay vio al K-9 y a su adiestrador de pie junto a la orilla del precipicio. Al ver que pisaba rocas de bordes afilados y cantos rodados sueltos, Kay se acercó con rapidez.

—Uf, esta zona es peligrosa. Deberían instalar una barandilla. Aquí es donde la chica cayó —dijo Deramus.

—¿Por qué aúlla?

—Está triste por no poder llevarnos allí abajo. Es su trabajo.

Kay encendió su linterna sobre el borde de la roca, acercándose con cuidado. Un paso en falso y podría caer directa a su muerte, al igual que Jenna.

A un par de metros del borde, encontró otra huella parcial de Converse. Jenna había estado ahí, de espaldas al abismo.

Colocó un marcador de pruebas y pidió a Novack que le hiciera una foto con un gesto de la mano.

—Elliot, ¿por qué alguien se pondría tan cerca del borde, de espaldas a la caída?

—Podría haber oscurecido ya, ¿no? Podría haber estado desorientada después del asalto. Quizá no sabía que el borde estaba ahí.

—O tal vez la empujaron.

CAPÍTULO CATORCE

Marido y mujer

Eran casi las diez de la noche cuando Richard William Gaskell volvió a su casa después de estar en la de su mejor amigo, Rennie. A este joven de dieciocho años, alto, bien plantado y con el pelo medio peinado hacia atrás imitando la coleta de los primeros tiempos de Justin Bieber, le molestaba volver a casa. Faltaba menos de un año para que por fin se pudiera marchar a Harvard a estudiar Derecho, igual que sus padres. Sin embargo, no quería parecerse en nada a ellos, salvo por una cosa.

El dinero.

Menuda diferencia entre la casa de Rennie y la suya.

A su mejor amigo, Renaldo Cristobal, casi un año más joven que Richard y también en el último curso, le había tocado una mano totalmente distinta en el juego de azar llamado vida. Rennie había crecido sin padre, criado por una madre que estiraba hasta el límite cada dólar de su sueldo de fisioterapeuta. Aun así, la pequeña, sencilla y a veces desordenada morada de Rennie era más acogedora que la gran casa ultramoderna de dos plantas a la que Richard se veía obligado a llamar hogar.

Algunos abogados eran como traficantes de droga, y él quería ser así algún día, con su número de teléfono como contacto de urgencia de los criminales más ricos, temidos y poderosos del país. Richard solía decir que su casa era el mejor inmueble que el dinero de la droga podía comprar al norte de San Francisco, porque su padre era un abogado criminalista de éxito cuya lista de clientes parecía las *Páginas Amarillas* de los cárteles colombianos y los empresarios de la Yakuza. Lo único que Richard seguía admirando de su padre eran sus ingresos de siete cifras.

Su madre, también abogada penalista, solía especializarse en delitos de fraude antes de decidir que el trabajo ya no era lo suyo y quedarse en casa para arruinarle a su hijo la vida. Había tenido el descaro de echarle la culpa de su pereza, de decir que había perdido su carrera y una parte importante de los ingresos familiares porque su hijo necesitaba orientación práctica para ser más responsable y aprender a tomar las decisiones correctas en la vida.

Pocas semanas después de aquella atroz declaración, su satisfactoria vida en el Nob Hill de San Francisco se mudó a la cabaña de Mount Chester. Llamar cabaña a esta estructura cubista de hormigón, acero y

vidrio templado de cuatrocientos metros cuadrados era un insulto tanto para las cabañas de montaña como para la arquitectura moderna.

A Richard no le importaba nada de eso; habría vivido feliz en una tienda de campaña instalada en el patio trasero de Rennie. Echaba de menos a sus amigos de la ciudad, y a las chicas en minifalda y tacones altos que llevaban maquillaje caro y joyas de verdad, y siempre buscaban pasárselo bien. Justo cuando había alcanzado la edad suficiente para salir y tener una vida de verdad, le habían encerrado en una pequeña ciudad del siglo pasado que pronto sería otro barrio de las afueras sobrevalorado de San Francisco. En lugar de la bulliciosa vida de la ciudad, podía oír a los ruiseñores por la noche. Había sido enterrado vivo, con su autoritaria madre haciendo de Hades y Cerbero a la vez.

Desde que cumplió dieciocho años, cada día que pasaba se planteaba la misma pregunta: ¿debía huir y acabar con todo aquello? La promesa de ir a Harvard y de que sus padres le pagaran la matrícula y la vivienda era demasiado seductora para ignorarla. Día tras día, apretando los dientes y los puños, decidió quedarse. Solo un año más. Harvard iba a ser mucho más divertido con dinero llenándole los bolsillos.

Pero no tenía por qué gustarle.

Richard buscaba refugio en casa de Rennie cada vez que podía. Cuando empezó a ir al instituto en aquel lugar abandonado hacía dos años, descubrió que Rennie era el blanco preferido de los matones del lugar. El chico, sensible, de piel pálida y pelo oscuro, era tímido y algo afeminado, y aguantaba las palizas y los abusos sin oponer mucha resistencia. Delgado y no muy alto, Rennie era lo bastante listo para intuir que resistirse solo habría motivado a sus matones a golpear más fuerte y durante más tiempo.

El acoso terminó un par de días después de que Richard empezara las clases, enfadadísimo y buscando un desahogo. Se había tropezado con los tres brutos idiotas que empezaban a aporrear a Rennie y les había dado una lección. Solo era uno, y quizá tan fuerte como cualquiera de los tres, pero las innumerables películas de artes marciales que había visto le habían enseñado unos cuantos movimientos hábiles y, ade más, estaba enfurecido. La locura vence a la fuerza todo el tiempo.

Cuando la pelea terminó con los tres matones en el suelo sangrando y retorciéndose de dolor, le ofreció la mano a Rennie para que se levantara y selló el comienzo de una amistad duradera. Cuando el centro investigó la pelea, el asunto se cerró rápidamente; todos los alumnos que la habían presenciado juraron que los tres matones se habían peleado entre ellos. Y así, en solo unos días, Richard se había convertido en el héroe anónimo del instituto.

Natalie Gaskell, madre de Richard, estaba encantada con la amistad de su hijo con Rennie. Según sus propias palabras, Rennie era un chico dulce, una buena influencia, educado, inteligente y cortés, nada que ver con los matones callejeros con los que Richard solía salir en San Francisco. A ella no le importaba que pasara tiempo en casa de Rennie, y él se iba allí todo lo que podía.

El viejo sofá de la pequeña y oscura sala de estar de Rennie, con su tela desgastada y sus cojines abultados, era más cómodo que el amplio sofá seccional de cuero blanco de la casa de Richard. La madre de Rennie rara vez estaba en casa y, cuando lo estaba, preparaba comida y refrescos fríos para los chicos, que veían la televisión o jugaban a videojuegos, llenando la pequeña casa de gritos y risas.

Pero aquella tarde había empezado un poco mal. Cuando llegó, encontró a Rennie viendo las noticias. Un locutor de televisión estaba diciendo que el cuerpo encontrado en el fondo del Wildfire Ridge era el de Jenna Jerrell. Visiblemente sorprendido, Rennie lo miró.

—¿Lo sabías?

—¿Qué coño? —preguntó Richard, acercándose al televisor para subir el volumen—. ¿Jenna está muerta?

Rennie asintió.

—No han dicho nada más.

Richard se encogió de hombros.

—Me pregunto qué demonios ha pasado. —Y, tras un momento de silencio que no disfrutó especialmente, añadió—: Vamos a jugar *al Call of Duty*.

Después de la partida, Richard pasó el resto de la velada instruyendo a su tímido e inusualmente nervioso amigo en el arte de llevar a una mujer al orgasmo utilizando ayudas visuales en las webs para adultos más populares de internet. Luego tuvo que marcharse a regañadientes. Eran casi las diez y la madre de Rennie había vuelto del trabajo; no podía quedarse más tiempo. Se subió a su Jeep Wrangler personalizado y condujo de vuelta a casa, con el ánimo por los suelos a cada kilómetro.

Cuando llegó, pudo oír a sus padres desde la entrada, incluso antes de apagar el motor. Volvían a las andadas.

Su madre, con una bata de seda azul suelta y aspecto desaliñado, gritaba a su padre. Él, aún con su traje gris oscuro de mil dólares, se lo tomaba con cobardía, mirando al suelo, sin decir gran cosa. Richard los observaba desde la entrada a través de las grandes ventanas sin cortinas, tentado de volver al Jeep y marcharse. Pero ¿a dónde iría? ¿Y por qué arriesgarse a que la bruja le gritara al día siguiente por romper el toque de queda?

Resignado, entró en la casa, con cuidado de cerrar la puerta en silencio tras de sí y planeando refugiarse de inmediato en su

dormitorio con sus auriculares Bose para silenciar los sonidos de la pelea. Pero algo lo detuvo en seco. Esa discusión no era como ninguna otra de las que había presenciado.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —le decía su madre. Con cada gesto de rabia de su mano, daba un paso adelante, acercándose a su marido, Ed—. Fingías preocuparte por el bienestar de Richard, cuando en realidad querías que me fuera de San Francisco para poder tirarte a... ¿cómo se llama? ¿Bambi? —Su puño blanco golpeó el aire cerca de la cara de Ed. Se retiró—. Oh, es Heidi, sí... Cómo podría olvidarlo. ¿Es legal, al menos?

Boquiabierto, Richard se quedó inmóvil en el arco de entrada del salón, mirando a su padre con incredulidad. ¿Cómo podía soportar ese tipo de humillación y no decir nada? Su cobardía le revolvía el estómago. Edward Gaskell, uno de los defensores penales más respetados de California, se había quedado sin habla por culpa de una zorra enloquecida de lengua venenosa y acusaciones infundadas. Había convertido a su padre en un calzonazos y a Richard, en un peón al que sacrificaba según le convenía, una bola de *pinball* que rebotaba de un lado a otro en una discusión para ganar puntos.

Al percatarse de su llegada, ambos padres confirmaron su presencia con una rápida mirada, pero la pelea no pasó a mayores porque la arpía de su madre no lo permitió.

—Quiero que empieces a trabajar desde casa. Desde aquí —añadió, señalando con un dedo furioso al suelo—. Irás a la ciudad solo cuando tengas citas en el tribunal. Y despide a esa tal Heidi antes de que vaya yo y la saque a rastras de tu despacho agarrándola de sus falsas extensiones de pelo.

Su padre se pasó las manos por el pelo ralo como si quisiera arrancárselo de la cabeza.

—Cielos, Natalie, estás fatal. Heidi es licenciada en Derecho. Es una profesional.

—¿Profesional de qué? —respondió ella con una sonrisa torcida—. ¿Dónde solía trabajar antes de aterrizar en tu regazo, en Tenderloin? ¿En la esquina de O'Farrell con Hyde? —preguntó, refiriéndose a un popular punto de encuentro de las prostitutas de San Francisco.

Como si no pudiera más, Ed se golpeó los muslos con las manos.

—¿Qué quieres de mí, Natalie? —preguntó, después de vaciar sus pulmones de aire con un suspiro frustrado—. No puedo trabajar desde aquí más que un día a la semana, como mucho. Tengo una oficina, reuniones con clientes, declaraciones. Necesito estar allí.

—Entonces, conduce de vuelta a casa todas las noches —respondió ella, con las manos apoyadas en los muslos.

—¿Aquí? —Ed se llevó la mano a la frente, frotándosela con furia—. Es un viaje de dos horas, solo ida, ¡con exceso de velocidad! Estás

siendo ridícula. Es absurdo. —Ed miró la habitación, sus paredes, como si fueran una celda que lo mantuviera confinado—. ¿Por qué no vuelves a la ciudad conmigo? Tenemos el apartamento. A Richard le encantaría.

Al chico le dio un vuelco el corazón.

—¡Sí!

—¿Y tenerlo persiguiendo mujeres y fumando hierba todos los días, como su padre? —Ni siquiera miró a Richard cuando se refirió a él; solo movió la mano en su dirección en un gesto de desprecio.

—Es joven, Natalie. Es lo que hacen los chicos. Lo controlas demasiado. Déjale vivir, nena...

—No soy tu maldita nena, ¿de acuerdo? —Natalie pegó un fuerte pisotón con rabia contra el suelo de madera—. Heidi, o Bambi, o quien sea que venga después, lo son. —Sonrió con maldad—. ¿Verdad, *cariño*? —Su voz estaba impregnada de veneno cuando escupió la palabra.

Ed enderezó la espalda y una línea de severa tensión apareció en su mandíbula.

—¿Qué quieres, Natalie?

—Quiero a Bambi fuera...

—Te refieres a Heidi.

Ella apretó los dientes.

—Como se llame. Quiero que se vaya. A partir de ahora, contrata a abogados y asistentes jurídicos hombres.

—¿Qué más? —Ed estaba inexplicablemente tranquilo.

—Ya no habrá más cenas con clientes; solo almuerzos.

Una pizca de sarcasmo coloreó la mirada atónita de Ed.

—¿De verdad? ¿Te imaginas cómo afectará eso a mi clientela?

—No me importa. Y deja de engañarme —le gritó, más irritada por su serenidad que por su enfado.

—¿Por qué dices que te engaño? Juro que no he...

—¡Ni se te ocurra! —Ella levantó las manos para detenerlo—. ¡Prohibido cruzar esa línea! —Se detuvo un momento, sin aliento. Con dedos temblorosos, se recogió la holgada bata alrededor del cuerpo y se ajustó el cinturón, luego se recogió un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja—. Sé que me engañas, Ed. Encontré los condones.

—¿Qué? —preguntó Ed en voz baja, con los ojos redondos de incredulidad—. ¿Ahora revisas mis bolsillos?

Ella asintió.

—En el paquete de tu bolsillo faltan cuatro condones. En el de tu maletín, dos.

—No hay límite contigo, ¿verdad? —dijo Ed; su voz, apenas un susurro.

—Ah, ahórrate tus comentarios —respondió ella con una mueca de disgusto—. Tú me enseñaste, ¿recuerdas? Solías decir: «La gente es responsable de su propio destino si no puede empujarse a sí misma a encontrar la verdad, aunque duela». ¿Te he citado correctamente?

Ed miró en dirección a Richard sin establecer contacto visual.

—Sí, correcto.

—Y me dolió encontrar a esos condones. Pero estaba dispuesta a darte el beneficio de la duda. Quizá eran viejos... o los olvidaste porque ya no *necesitabas* condones. —Miró a Richard un instante y luego se burló con amargura—. La fecha de caducidad del envase morado es dentro de cuatro años. Llamé a la empresa con el número de serie. Han confirmado que los compraste después del pasado mes de febrero, cuando este lote se puso a la venta en las tiendas. —Natalie murmuró algo ininteligible mientras contaba con los dedos—. En seis meses, has usado seis condones, que yo sepa. —Miró a un lado, aparentemente derrotada—. La acusación descansa, su señoría.

—Natalie, espera un momento. No es lo que piensas.

—¿Ahora vas a decirme que te también trabajas como voluntario para una educación sexual limpia y que esos condones son limosnas para los jóvenes que no pueden permitírselos? Déjame —dijo ella, dándole la espalda y mirando por la ventana—. Cualquier excusa que se te ocurriera ya la había pensado tratando de perdonarte. —Hubo un instante de silencio—. Ojalá tuvieras el valor de admitirlo como un hombre, y no amedrentarte y mentir como un cobarde. —Se secó una lágrima con el dedo índice—. No voy a dejar que arruines la vida de mi niño para que puedas mantener tu bragueta cerrada.

La ira subió a la garganta de Richard. ¿Por qué lo metía en su lucha? ¿Y cómo se atrevía a hablarle así a su padre? Los hombres tenían necesidades. Fue culpa de ella que decidiera mudarse a Mount Chester. ¿Qué debía hacer su padre? ¿Hacerse monje? Lo miró, pero parecía perdido, consternado; sus ojos, entristecidos, miraban al suelo.

Su madre había castrado a un hombre temible. Si Richard no prestaba atención, pronto lo castraría a él también.

Sin decir palabra, se dio la vuelta y se marchó, cerrando la enorme puerta tras de sí. Con unas cuantas zancadas apresuradas, llegó a su Jeep y saltó por encima de la puerta, deslizándose en el asiento del conductor mientras la llave encontraba el contacto y el motor arrancaba. Al salir marcha atrás de la entrada, oyó a su madre gritar de nuevo.

—¿Ves? Ahora estás alejando a nuestro hijo. Si le pasa algo, te juro...

El resto se desvaneció tras él mientras atravesaba a toda velocidad la accidentada y dormida calle, y luego cruzaba la ciudad en dirección a la estación de esquí. Allí arriba, en la montaña desierta, bajo las estrellas, podría encontrar algo de paz.

CAPÍTULO QUINCE

Preliminar

El sol asomaba por detrás de Wildfire Ridge, enviando rayos penetrantes que quemaban la niebla persistente que teñía las cañadas y barrancos de un gris brumoso. Iba a ser otro hermoso día de verano.

Kay apenas lo registró; su mente estaba sumida en la oscuridad que rodeaba la brutal muerte de Jenna. ¿Qué podía haberle ocurrido a esa chica en abril para que pasara de ser una adolescente segura de sí misma y despreocupada a alguien que parecía haber perdido todo lo que tenía algún significado para ella? Tenía que averiguarlo. Podría no estar relacionado con su muerte, pero el instinto de Kay no lo dejaba ir. Lo que fuera que hubiera ocurrido en abril había convertido a Jenna en quien había sido en los últimos meses de su vida, lo que demostraba la victimología. Tal vez, bajo su reciente coacción de origen desconocido, Jenna de alguna manera se había vuelto vulnerable, y alguien lo sabía. Alguien que la quería muerta.

—¿Por qué te hiciste policía? —preguntó Elliot, rompiendo el silencio que había reinado entre ellos desde que salieron de casa de Kay. Conducía el Ford hacia la oficina del forense por calles casi desiertas; la ciudad aún dormía a esas horas. El doctor Whitmore había pasado otra noche en vela y les había citado en su despacho con las primeras luces del alba.

Elliot le lanzó una rápida mirada desde debajo del ala ancha de su sombrero vaquero favorito, uno de fieltro negro con una pequeña hebilla plateada en la cinta y una pronunciada caída frontal. Había recogido a Kay unos minutos antes. En cuanto recibió la invitación del médico, ella interrumpió su rutina matutina de enmasillar paredes y lijarlas para pintarlas, pero, aun así, apenas tuvo tiempo de vestirse y prepararse para salir antes de que Elliot llegara. Un pensamiento rezagado le dio un codazo: ¿había cerrado la tapa del recipiente de masilla? ¿O la encontraría toda seca y apelmazada en trozos quebradizos, blancos e inútiles?

La pregunta de Elliot la sumió en un torbellino de emociones y recuerdos.

—¿Quieres decir ahora? Ya sabes por qué —desvió ella el tema. Elliot era parte de la razón por la que había decidido quedarse en su ciudad natal en lugar de volver a su vida anterior en San Francisco, pero no estaba dispuesta a decírselo.

Esbozó una rápida sonrisa que se apresuró a contener.

—No, no me refiero a ahora. Digo cuando te uniste al FBI.

—Oh. —Ella consideró su respuesta durante un breve instante.

Como muchas personas traumatizadas, había elegido la carrera de Psicología, probablemente en un intento tópico de resolver sus propios problemas. Pero había pasado al siguiente nivel cuando el FBI le había ofrecido un trabajo al graduarse. Aceptó la oferta con entusiasmo, renunciando a los sustanciosos sueldos que los psicólogos ganaban como terapeutas de los millonarios de Silicon Valley o como profesionales de los negocios. Nunca había mirado atrás; quería que su vida tuviera sentido, y para la licenciada de veintitrés años que era hacía ya ocho años, eso significaba evitar que otras familias pasaran por el infierno que había pasado la suya. Si pudiera salvar a una familia, si pudiera evitar que una hija tuviera que...

No. No podía permitirse volver a pensar en ello.

Desde sus primeros días en el FBI, su concepto de por qué ser policía había cambiado, había evolucionado a la par que su carrera, pero el motivo seguía siendo salvar vidas, dar voz a las víctimas, descubrir la verdad y llevar a los responsables de delitos ante la justicia.

—¿Por qué? ¿No crees que tengo talento para ello? —respondió, no con una pregunta, sino con dos, un ejemplo perfecto de cómo deben tratarse las consultas no deseadas.

La sonrisa de Elliot reapareció, quedándose un momento en sus labios. Estaba al tanto de sus tácticas evasivas.

—Eres más rápida que un rayo esquivando preguntas.

Sin inmutarse, Kay calculó cuánto tiempo más tenía que esperar. Dos minutos más, como mucho, hasta que se detuviera frente a la oficina del forense.

—Quería que mi vida significara algo. Si pudiera salvar una sola vida... —Sus palabras se interrumpieron al darse cuenta de que se estaba acercando peligrosamente a permitir que Elliot viera más allá de sus defensas—. Eso no significa que no trabajara en mi parte de delitos financieros y casos de malversación. —Frunció el ceño un momento, pensando a dónde quería llegar con esas preguntas y por qué creía que lo que estaba diciendo le parecía mal—. Esos también son importantes, y en muchos casos se salvan vidas de la pobreza y la desesperación, pero no es...

—¿Cómo pasaste de investigar a ladrones de guante blanco a asesinos en serie? —dijo Elliot, girando hacia la calle del médico forense con los neumáticos chirriando ligeramente.

Sonrió mientras se agarraba a la manilla de la puerta para mantener el equilibrio.

—Fui en busca de problemas. Hubo un caso en San Francisco; era mi segundo año. —Kay dejó de hablar cuando Elliot apagó el motor delante del edificio gris de una sola planta que albergaba la oficina del

doctor Whitmore—. Otro día te lo contaré —dijo, contenta de centrar toda la atención en Jenna y no en sí misma.

Más rápido que ella en subir los escalones delanteros, Elliot le sostuvo la puerta abierta. Kay se volvió para darle las gracias al entrar en el edificio y notó la mueca de disgusto en el rostro de su compañero cuando el aire frío de la morgue con toques de formaldehído golpeó sus fosas nasales. Ella disimuló una sonrisa y cruzó el vestíbulo desierto, luego empujó las puertas batientes de acero inoxidable que conducían a la sala de autopsias, pasando con rapidez junto al mostrador de recepción vacío. Aún era demasiado pronto para que alguno de los ayudantes del doctor Whitmore estuviera presente.

La sala de autopsias estaba inundada por una potente luz procedente de varios tubos del techo y de una lámpara led de quirófano instalada en un brazo flexible móvil atornillado también a la parte superior de la sala. Solo una de las dos mesas de autopsias estaba ocupada; el cuerpo descansaba sobre ella cubierto con una sábana blanca.

El doctor Whitmore estaba sentado en su taburete de laboratorio de cuatro patas con ruedas, pasando tranquilamente del microscopio a la centrifugadora que zumbaba junto a la pared, utilizando las manos para empujarse o impulsarse contra los bordes de la mesa. A su lado, una fila de portaobjetos contenía muestras tratadas y listas para su examen.

Sobre una larga mesa de azulejos que ocupaba casi toda la longitud de la pared izquierda, bajo la cabina de rayos X y el monitor de pared, había un montón de aparatos. Tenía la espalda encorvada, la bata de laboratorio arrugada y levantó la mano enguantada para saludarlos un poco tembloroso. Con los ojos aún pegados al equipo en el que trabajaba, murmuró:

—Qué rápido habéis venido.

Kay se acercó a la mesa en silencio. Un mechón del sedoso pelo castaño de Jenna se había escapado de debajo de la sábana blanca y colgaba por el lateral de la fría mesa de acero. Luchó contra el impulso irracional de meterlo bajo la sábana; ya no importaba. Nada importaba ya para los cadáveres que aterrizaban en la mesa del doctor Whitmore, salvo la verdad que estaban dispuestos a compartir, las pruebas que podían aportar.

Deteniéndose junto al doctor, le apretó suavemente el hombro. Este le lanzó una breve mirada a través de los gruesos cristales de sus gafas de montura negra.

—Llevas más de un baile con esta ropa —dijo ella, observando las manchas de sudor en su camisa, donde la bata de laboratorio estaba abierta.

—Uf, ¿tan mal está? —preguntó, compungido y avergonzado,

mientras se echaba una mirada de desaprobación a la axila.

—Oh, no —respondió Kay—. Solo lo decía por las arrugas de tu camisa. —Un instante de silencio—. Y las que tienes alrededor de los ojos.

—Estos ojos tienen años de entrenamiento —dijo, levantándose con dificultad, con una mano apoyada en la cadera izquierda. Una mueca de dolor bañó su rostro mientras se ponía en pie—. Trabajo mejor por la noche, cuando todo el mundo se va y puedo concentrarme. —Se aclaró la garganta en silencio, mirando el delgado cuerpo sobre la mesa—. Algunas pruebas son sensibles al tiempo, como bien sabéis.

—¿Como qué? —preguntó Elliot, acercándose un paso a la mesa. Mientras estaba en la sala de autopsias, siempre le gustaba mantener las distancias, probablemente contando los segundos que faltaban para poder marcharse de allí. Algunos policías se acostumbraban con el tiempo a la fría sala de autopsias, mientras que otros acababan jubilándose sin conseguir nunca digerir una necropsia de principio a fin. Una buena dosis de curiosidad profesional fue haciendo que su compañera comenzara a comprender.

—Como las huellas dactilares en la piel, por ejemplo —dijo el doctor Whitmore, cogiendo una lupa de un cajón y entregándosela a Elliot—. Echad un vistazo ahí, por encima de su codo derecho. Es la huella del pulgar del asesino. —Bajó la sábana y dejó al descubierto el brazo de Jenna. La visión de su piel tocando la mesa de acero hizo que Kay se estremeciera.

—Encontré una huella latente y la preservé con vapores de cianoacrilato. —Una rápida mirada a la cara de confusión de Elliot hizo que el doctor añadiera—: Pegamento fuerte. Si no, en unas horas, habría desaparecido. —Señaló con la punta azul de su dedo enguantado—. ¿Veis aquí y aquí? La sujetaron así —demostró, simulando sujetar los brazos de Kay sin tocarla—. Lo más probable es que fuese inmovilizada. En la parte inferior del brazo tenía la piel lacerada en varios sitios, probablemente por piedras afiladas. ¿Veis esto? En la zona dorsal del brazo tiene los hematomas de las manos del agresor y en la ventral, las laceraciones de la superficie contra la que fue inmovilizada con fuerza. —Elliot apretó los labios—. Pero nos estamos saltando partes.

Cogió un mando a distancia de la mesa del laboratorio y lo pulsó varias veces, mostrando radiografías digitales en rápida sucesión. Luego se detuvo en una del cráneo de Jenna. La forma blanquecina presentaba grietas y abolladuras en varios lugares, sobre todo en la parte posterior, el pómulo izquierdo y el temporal.

—Murió en la caída, ¿verdad, doctor? —preguntó Elliot, acercándose un paso más a la pantalla mural.

—Sí. La causa de la muerte es un traumatismo contuso consistente

con la caída desde una altura significativa, acorde con los resultados del distanciómetro láser, de mil doscientos metros, que medimos desde arriba en Wildfire Ridge hasta el fondo de la caída. Cualquiera de estas fracturas de cráneo podría haberla matado en el acto. —Volvió a pulsar el mando a distancia y las radiografías de la columna vertebral de Jenna aparecieron en pantalla—. Su columna vertebral estaba destrozada en varios lugares, lo que también coincide con su aterrizaje en terreno rocoso a velocidad terminal. Las costillas rotas le atravesaron el corazón en varios sitios. —Otro clic para mostrar radiografías de sus brazos y manos—. Aquí es donde terminan las consistencias con una caída libre. Sus dos húmeros muestran grietas en espiral, coherentes con la fuerte torsión de sus brazos. Se observa lo mismo aquí —dio un golpecito en la pantalla donde se mostraba la imagen de una mano—, en su tercera falange proximal de la mano izquierda. Y una fractura frontal en su segunda falange proximal de la mano derecha. —Se volvió hacia ellos y les hizo una demostración con las manos en alto—. Le retorció las manos así, forzándola a arrodillarse. —Miró un momento la pantalla—. Oh, y hay una fractura en espiral en su muñeca también. Esto ocurrió cuando le inmovilizó la mano, así. —Apoyó la mano izquierda en la superficie de la mesa con la derecha—. Ved las laceraciones correspondientes en el lado dorsal de la mano. —Hizo una pausa y añadió—: Lo consideraré una agresión sexual mortal. Esto fue un asesinato; no hay duda.

En el denso silencio, solo se oía el lejano zumbido de las estanterías frigoríficas que recubrían la pared trasera de la sala de autopsias.

Una frase resonó en la mente de Kay: «*Las costillas rotas le atravesaron el corazón en varios lugares*». Se preguntó si Jenna había saltado hacia la muerte después de la agresión para que se acabara el dolor. El dolor psicológico grabado en su bello rostro y el dolor físico que había encontrado en Wildfire Ridge. ¿O el sudes acabó con ella de un empujón? De cualquier manera, había muerto con rapidez. Al menos había eso. «*Las costillas rotas le atravesaron el corazón en varios lugares*». Y, aun así, pensar en ello provocó escalofríos en Kay.

Se le había secado la garganta; tragó antes de hablar.

—¿Se cayó directamente?

—Es difícil saberlo. Las fracturas costales de aquí, que se corresponden con una laceración profunda y alargada en la espalda —señaló la caja torácica de Jenna sin quitar la sábana—, indican que su cuer po chocó con una protuberancia rocosa de la pared vertical al descender. Las personas no rebotan en las rocas; ruedan y se deslizan. No veo ninguna evidencia de eso, pero algún borde rocoso podría haber estado sobresaliendo y le dio en la espalda. Si quieres, puedo tomar escaneos de la montaña y determinar...

—En realidad, no importa para la investigación, doctor —respondió

Kay enseguida—. De cualquier forma, sigue siendo el mismo sudes que necesitamos encontrar. Háblame de él, si puedes.

Una breve sonrisa se esbozó en los labios del doctor Whitmore, sin tocar sus ojos.

—Puedo, y mucho.

Retiró la sábana que cubría el cuerpo de Jenna con un suave gesto y la dobló con habilidad antes de dejarla a un lado de la mesa, cerca de sus pies. Elliot dio un paso atrás y bajó la mirada al suelo.

—Hay pruebas de agresión sexual con penetración oral, vaginal y anal. Abrasiones y hematomas en mejillas, encías, paladar y labios. Hay laceraciones significativas de tipo dividido, orientadas radialmente a las cinco, seis y siete en punto, laceraciones en la zona inferior posterior de los labios menores y hematomas en toda la zona labial genital, que son habituales en penetraciones forzadas. Hay más que suficiente daño en los tejidos para apoyar el hallazgo como agresión sexual. Se encontraron rastros de lubricante para condones, consistentes con los dos envoltorios de los preservativos que recuperaste de la escena. —Se subió las gafas de montura gruesa por la nariz con el dorso del antebrazo—. Pero este agresor es inexperto, me atrevería a suponer, porque le dejó manchas de semen en la cara interna del muslo y en la mejilla. —Volvió un destello de la sonrisa triste de antes—. El ADN de ambas muestras está analizándose.

—Bien —respondió Kay, absteniéndose de frotarse las manos. El ADN significaba que encontraría a ese sudes y que su caso sería irrefutable más allá de toda duda razonable.

El doctor Whitmore la miró brevemente y luego, a Elliot.

—Fijaos en esta laceración de la cara —dijo, señalando junto a un arañazo de varios milímetros de ancho que iba desde el pómulo derecho, cerca de la sien, hasta la punta de la nariz—. Había un rastro de un tipo sustancia en ella, y la tengo analizándose también en el espectrómetro de masas. Puede examinar muestras del tamaño de una molécula, así que, sea lo que sea, pronto lo sabremos. Estuve a punto de no verlo al ser tan pequeño, pero tenía una ligera reflectividad. Brillaba a contraluz.

Kay frunció el ceño.

—¿Alguna idea de lo que puede ser?

—Ninguna todavía. —El doctor se quitó los guantes, los tiró a una papelera y se metió las manos en los bolsillos.

—Muy bien, doctor, este es un buen comienzo. ¿Algo más? —Cambió el peso de un pie a otro, ansiosa por marcharse. El misterio de las recientes penurias de Jenna mantenía su mente ocupada en especulaciones, y no hay nada peor en una investigación que la especulación en lugar de los hechos.

—Aún no he terminado —respondió. Al notar la expresión de Kay,

cogió la sábana y la desplegó, luego cubrió el cuerpo de Jenna. Kay ayudó desde su lado, asegurándose de que la sábana cubriera cada centímetro de la piel de la chica.

Algo en su joven cuerpo expuesto bajo el intenso círculo de luces, desnudo y vulnerable, tiró de su corazón. Y Jenna no era la primera chica cuyo cadáver Kay había visitado en una sala de autopsias durante sus ocho años en las fuerzas del orden, pero esta era diferente. Era como si Kay aún pudiera aliviar su dolor de alguna manera. Como si aún pudiera arreglar las cosas para ella, más allá de atrapar a su asesino.

—Encontré dos fibras capilares, sin folículos, por desgracia, que aún se adherían a su ropa. —El doctor se acercó a la mesa del laboratorio y trajo una bolsa de pruebas, sellada y firmada, que contenía un mechón de pelo enrollado. Lo sostuvo a contraluz y luego lo bajó junto a la cabeza de Jenna—. No tuve tiempo de examinarlo todavía, pero parece ser de un color diferente al de Jenna, más claro, un poco más largo también. Estudiaré sus características un poco más tarde y las compararé con las de Jenna para asegurarme.

Quizá fuera del pelo del sudes. Muchos jóvenes llevaban el pelo más largo; algunos incluso se lo decoloraban de rubio. Cuando no se lo teñían de verde o azul.

—¿Cuánto de largo dirías que es, doctor?

—Alrededor de cuarenta centímetros. Si quieres, puedo...

—No hay prisa, me hago una idea de lo que puedo buscar. El pelo puede esperar, pero las huellas dactilares no. ¿Encontraste algo en esos envoltorios de condones?

—Ah, sí. Casi se me olvida —añadió, avergonzado por un momento —. La vejez, supongo. —Recogió dos bolsas de pruebas, que contenían los envoltorios morados, cubiertos de polvo oscuro para huellas dactilares—. Ambos envoltorios tienen huellas dactilares, pertenecientes a la misma persona. También se desgarraron precisamente de la misma manera. Uno de los condones tenía una huella parcial que probablemente pertenezca al mismo individuo, pero necesitaré las evidencias de los otros ADN que saque para confirmarlo.

Kay se encogió. El ataque había sido largo, repetido. Y brutal. Había parado, pero luego quiso más y volvió a violarla. Se encontró deseando que Jenna hubiera estado inconsciente por ello.

—¿Pasaste las huellas por el sistema de identificación?

—Estoy en ello. Pero no tengo nada todavía. —El doctor Whitmore se sentó en el taburete con un gemido silencioso y luego revisó sus notas —. Esto es preliminar, lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Elliot—. ¿Nos avisarás cuando tengas algo más?

El médico asintió, sin dejar de mirar su cuaderno, siguiendo los

garabatos de la página con la punta del dedo.

—¿Contenido estomacal? —preguntó Kay—. Necesito mapear las últimas veinticuatro horas de su vida, y eso me ayudaría.

—Es lo siguiente en mi lista —dijo el forense, quitándose las gafas antes de frotarse el puente de la nariz entre el pulgar y el índice—. El análisis toxicológico también está pendiente.

Estaban casi en la puerta cuando el doctor Whitmore los alcanzó.

—Sabía que olvidaba algo. Encontré unas huellas en la pinza de plástico rosa que hallamos en la escena. No coinciden con las de Jenna.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Borracho

No se vistió hasta mucho después de que Nick recogiera a su hija para ir al instituto en el BMW rojo. Se permitió disfrutar del suave tacto de su mullido albornoz, y planeó en secreto un largo y relajante baño en el *jacuzzi* después de que Alana se marchara y pudiera dejar de discutir con ella. ¿Qué le pasaba a esa chica, que buscaba contradecir cada palabra que ella decía, empujando los límites al máximo, deseando que se rompieran? Echaba de menos a la hija que Alana había sido solo hasta hacía unos años, cuando decía: «Te quiero, mamá», y luego se ponía sobre las puntas de los pies para recibir un beso.

Aquellos días habían quedado atrás para no volver una vez que la adolescencia se abatiera sobre ella, sucumbiéndola a ofrecer miradas con ceño fruncido y palabrotas cada dos palabras. Alexandria se aferraba con fuerza cada día al compromiso de invertir cada gramo de energía y empeño que tenía en hacer de Alana la niña que ni ella misma podía ser a su edad. Una triunfadora, una belleza célebre, la joven más deseada que podría elegir hombres, carreras y todo lo que quisiera. Lo bueno fue que leyó en alguna revista femenina que las adolescentes también envejecían y, a los veinte años, redescubrían el amor por sus madres. Lo único que tenía que hacer era esperar a que pasara la adolescencia y no quemar ninguna relación con su hija rebelde.

Se puso a remojo durante una hora, dejando que su mente vagara sin rumbo. Luego se puso un conjunto de lencería de encaje negro de Fleur du Mal y eligió una camisa de seda azul marino para combinar con unos vaqueros elásticos que hacían que su trasero pareciese más prieto y turgente de lo que era. Un toque de corrector bajo los ojos, un poco de brillo de labios y colorete para dar rubor a su pálida piel, y ya estaba lista.

Se quedó en la cocina, intentando decidir qué hacer durante aquel día. Podría conducir hasta la costa, hasta aquella pintoresca cafetería con vistas al océano, donde podría tomarse su tiempo tomando el sol con un capuchino en la mano, charlando con el joven camarero que siempre parecía interesarse por ella. O podría ir de compras a la ciudad; hacía tiempo que no conducía hasta allí. El centro comercial Westfield tenía toneladas de nuevos artículos de moda cada mes, Hillsdale también. Definitivamente valdría la pena disfrutar de ellos

en su tiempo libre.

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos. Pasándose con rapidez los dedos por el pelo cuidadosamente peinado, se miró en el espejo mientras se dirigía a la puerta principal y sonreía, satisfecha de su aspecto juvenil. Una mirada a través de la ventana lateral y reconoció el coche de su amante, aparcado en la entrada.

Un sofoco recorrió su sangre cuando abrió la puerta. Él estaba de pie en el porche, desabrochándose la camisa, sus ojos clavándose en los de ella con ur gencia. Ella bajó la mirada, siguiendo los dedos de él mientras se abría con rapidez en el último botón y luego se entretenían con la hebilla del cinturón. Ya estaba empalmado por ella, impaciente, exigente. El deseo la invadió y se apoderó de su mente, vibrando en cada fibra de su cuerpo, incendiando su sangre, haciendo que sus entrañas se estremecieran de necesidad.

Lo agarró la parte delantera de la camisa suelta y lo arrastró al interior, encontrando sus labios mientras empujaba la puerta para cerrarla. Él la levantó y ella rodeó su cuerpo con las piernas mientras él la llevaba al dormitorio. Cuando aterrizó en la cama, se agarró a su pelo alborotado y lo estrechó contra sí, sin querer dejar que el beso terminara, pero él se apartó y se colocó encima de ella, estudiándola con una mirada intensa y seria, como si estuviera decidiendo qué hacer. Cómo follarla.

Ella se retorció y gimió, ansiosa y necesitada, pero él la hizo callar con un dedo contra sus labios. Luego dejó que ese dedo viajara hacia el sur hasta encontrarse con la deliciosa tela de su camisa. Despacio, desabrochó un botón cada vez; sus ojos, dominándola para que siguiera sometida. Su pecho se agitó con respiraciones atormentadas mientras él lo dejaba al descubierto al quitarle la camisa, que tiró a un lado del suelo. Sus vaqueros fueron los siguientes, y luego los de él. Ella lo alcanzó con ambas manos, deseando tocar su piel, pero él le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza y la mantuvo sujeta, observándola, esperando.

—Por favor —susurró—. Me estás volviendo loca.

Él le acercó los labios a la oreja.

—Por favor, ¿qué?

Ella gimió, perdida en un torbellino de emociones mientras él le hacía el amor, lenta pero apasionadamente, acumulando deseo en su cuerpo en lugar de apagarlo. Ella era suya. Ella vivía por su toque, por un momento de caricias, por otro día como aquel. No había escapatoria.

Agotada y deliciosamente cansada, se movió en su abrazo, pasándole la punta de los dedos por el pecho.

—Me encantan tus pelos en el pecho —susurró—. Nunca te los afeites.

Él se acercó y le besó los labios.

—Lo he estado considerando. Todas las estrellas de cine lo hacen hoy en día. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque me gusta así —dijo ella sonriendo—. Es un signo de virilidad y me excita.

Él se rio entre dientes.

—No será para tanto, no sé. —Sus ojos estaban serios, tensos. Se sentó a un lado de la cama y buscó su ropa. Se iba.

Siempre se iba.

Y ella no tenía derecho a pedirle que se quedara.

Una oleada de tristeza se abatió sobre ella, amenazando con arruinar el momento. Se obligó a sonreír y se incorporó, cubriéndose con la arrugada sábana.

—¿Cuándo volveré a verte?

Sus labios se estiraron en una sonrisa lujuriosa.

—¿Quieres más?

Había perdido toda su dignidad el día que él la tocó por primera vez.

—Sí —respondió ella, con la voz temblorosa, ahogada por la cruda emoción—. Sabes que sí.

—Entonces, volverás a verme —dijo, caminando hacia la puerta mientras se metía la camisa por dentro y se ajustaba el cinturón.

Ella corrió tras él, envuelta en la sábana morada que olía a él y a su forma de hacer el amor. Se detuvo en la puerta abierta, no estaba dispuesta a salir con ese aspecto.

—Espera —le llamó cuando estaba casi en su coche—. Yo...

Él se dio la vuelta y corrió hacia ella. Todavía hambriento de Alexandria, encontró sus labios y la besó sin aliento, inclinando su cabeza hacia atrás en un ardiente abrazo que fundió sus cuerpos. Luego la soltó.

—Adiós, nena. Tengo que irme.

Momentos después, mucho después de que el coche de él se hubiera alejado de la entrada de su casa, ella cerró la puerta y echó el pestillo. El silencio de la casa vacía le hacía llorar, lágrimas que no debía derramar, lágrimas que despreciaba.

Se esforzó por hacer la cama y recoger lo que había ensuciado, y luego volvió a vestirse, esta vez con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta. Ya no iba a ir de compras, no ese día.

Encontró el sofá y se tumbó, dando un respiro a sus temblorosos músculos. Estaba loca... esa relación no era sana. No estaban saliendo, ni siquiera eran amigos. Ella sabía muy poco de él, y él probablemente sabía aún menos de ella. Pero la química entre ellos no era algo que Alexandria hubiera encontrado antes. Un toque, y ella se prendía fuego al instante, ardiendo por él, necesitándolo más de lo que había creído posible.

¿Qué futuro tenía todo aquello?

Ninguno. Ningún futuro en absoluto. Un día, uno de los muchos que pasaría deseando que fuera a visitarla, vistiéndose para él, anhelándolo, dejaría de ir. Se quedaría sola, vacía, olvidada, incapaz de acercarse y preguntar por qué había desaparecido, ya que ella ya lo sabía.

Pertenecía a otra.

Eso hizo que Alexandria se aborreciera a sí misma y a su amorío secreto tanto como necesitaba que él volviera a tocarla. Para otros hombres, solía ser la novia, la prometida, la esposa. ¿Qué era ahora para él?

Un día sería la última vez que harían el amor, y ella ni siquiera lo sabría, no durante un tiempo. ¿Había llegado ese día?

Gimió, estremeciéndose ante la idea. Ahuyentando el terror, se levantó y se dirigió a la cocina, donde encontró una botella de vino en la nevera. Tras luchar un poco con el sacacorchos, consiguió abrirla y se sirvió una copa, llenándola hasta el borde. Luego la llevó de vuelta al sofá y empezó a beberla a pequeños sorbos hasta que el miedo desapareció y solo le quedó el recuerdo de sus sensuales susurros.

La segunda copa estaba casi vacía, abandonada sobre la mesita. Se había quedado dormida tan solo un minuto cuando Alana llegó a casa y el portazo la despertó. Intentó ponerse en pie, pero se sintió débil y se resignó a apoyarse en los cojines.

—Vaya, mamá, deben ser las cinco en algún sitio, ¿eh? —bromeó Alana sin piedad, dirigiendo a su madre una severa mirada de desaprobación—. Bueno, no pares la fiesta por mi culpa. Solo he venido para cambiarme. He quedado con Nick para ir al cine a las seis.

Una sensación desconocida le dejó un mal sabor de boca.

Envidia.

Alexandria envidiaba a su propia hija por ir al cine con su novio, por la vida normal que llevaba. Por un momento, se imaginó a sí misma poniéndose lencería y un vestidito negro para su amante, anticipando la cita y lo que seguiría después de la película, las mariposas en el estómago.

No iba a ocurrir. No para ella. No con él.

Cerró los ojos, pero las lágrimas que intentaba detener seguían cayendo. Rellenó la copa con el vino que quedaba en la botella y se llevó el borgoña a los labios para que aliviara su dolorido corazón.

CAPÍTULO DIECISIETE

Nombre

Uno de los secretos mejor guardados de Elliot era su desprecio por las redes sociales. Este detective nacido en Texas, que se guardaba sus opiniones para sí mismo a menos que alguien se las pidiera, creía firmemente que las redes sociales eran las únicas responsables del daño psicológico que sufrían los jóvenes de todo el mundo.

Ese maldito invento escupía narcisistas más rápido que una prensa bien engrasada, creando hordas de gente ocupada en darse palmaditas en la espalda, tan mimados que eran inmunes a todo. Y afectaba sobre todo a los jóvenes. Los mayores, tal vez hasta su generación, continuaban contagiados un poco por la educación a la antigua usanza, cuando los chavales aún tenían que esforzarse y demostrar su valía antes de ganarse el derecho a abrir la boca.

Las redes sociales habían reescrito la forma en que la policía investigaba los delitos. A pesar de sus sentimientos hacia las plataformas que le chupaban el tiempo, le comían el cerebro y le entumecían los huevos, tuvo que estudiar detenidamente miles de publicaciones, fotos y comentarios estúpidos para inten tar reconstruir lo que una víctima o un testigo podría haber dicho, visto o hecho.

Ya nadie hablaba con nadie. La gente no llamaba a los demás, les enviaba mensajes de texto. Tenían seguidores a los que no conocían y amigos en línea a los que nunca habían visto. En algunos casos, esos supuestos amigos eran acosadores, pederastas y asesinos que esperaban la oportunidad propicia para atacar.

Para ser justos con dichas plataformas, y aunque no por ello las apreciaba más, las redes sociales aportaban cierta ventaja. La gente desnudaba allí sus pensamientos más íntimos, sin freno ni censura, sin darse cuenta de que todo lo que ponían en internet ya no era privado. Por supuesto, esas mismas personas también mentían en las redes sociales, se hacían pasar por algo que no eran y cazaban presas mejor que leones en una jungla. Algunos incluso habían nacido para ello, dotados por naturaleza para ocultarse a plena vista y engañar como camaleones.

Elliot accedió a las noticias y publicaciones de Jenna para saber qué había estado haciendo la chica desde abril. Kay se había empeñado en averiguar qué le había ocurrido a Jenna para provocar el cambio de comportamiento que sus padres habían descrito. No es que su compañera tuviera que insistirle en que lo hiciera; tenía mucho

sentido, como todo lo que ella proponía.

Dividían las tareas para abordarlas con más rapidez y quemar la menor cantidad de energía posible. Con un gemido comprensible, Kay había cogido una, dejándole la otra a él. Ella utilizaba su propio ordenador para acceder al contenido de Jenna mientras él estaba con el portátil de la chica a un lado del escritorio de Kay. Y llevaba un rato desplazándose por todas sus redes.

No se había publicado nada en las cuentas de Jenna desde abril. Fuera lo que fuese lo que la había desarraigado su mundo, nunca hablaba de ello. Dejó de hablar por completo, ya no respondía ni participaba en las publicaciones de los demás.

Antes de abril, y en concreto el día diecisiete, sus redes sociales contaban una historia diferente.

Aquellos chicos se pasaban el día mirando las musarañas, publicando en esos sitios, y Jenna no había sido diferente por aquel entonces. Por curiosidad, se tomó un momento para contar, y había más de cien *posts* que Jenna había escrito o con los que había interactuado durante un día antes de abril. ¿Cuándo tenían tiempo esos chicos para las tareas del instituto? ¿O para cualquier otra cosa?

Al darse cuenta de que sus pensamientos parecían los de un viejo amargado, refunfuñó algunas palabrotas y reanudó su interminable recorrido por las reflexiones de los estudiantes de último curso de secundaria de Mount Chester. Solo tenía treinta y cinco años, no había necesidad de pensar como un viejo chocho. Puede que el trabajo policial tradicional se hubiera convertido en un arte en extinción en favor de la videovigilancia, las investigaciones en las redes sociales y las búsquedas en bases de datos, pero cada generación de jóvenes conseguía sorprender, superar e impresionar hasta al más cínico de los críticos. Esos chicos probablemente harían lo mismo en la suya, y acabarían bien.

Sus pensamientos le valieron una rápida mirada de Kay antes de que volviera a hundir los ojos en su propio montón de estiércol digital. Él siguió su ejemplo y leyó algunos intercambios entre Jenna y sus contactos más cercanos.

Solía tener algunos amigos íntimos. Había dos chicas, Mackenzie Trenton, cuyo avatar era el cartel de la película *Crepúsculo*, y Alana Keaney, cuyas fotos parecían más propias de una aspirante a chica de revista que de una estudiante de instituto. Alana estaba obsesionada con las joyas de todo tipo y siempre mostraba piel en poses lascivas, incluso en fotos con su aparente novio, Nick Papadopoulos. A ese joven le gustaban los BMW y las carreras y hablaba de competir en *rallies* una vez que fuera a Harvard. Parecía que ya había sido aceptado, pero publicaba al menos una vez cada pocos días que aún estaba sopesando sus opciones, como diciendo: «Voy a Harvard,

capullos, y no voy a dejar que nadie lo olvide». Qué imbécil caprichoso.

Jenna también tenía novio, un joven llamado Tim Carter. Le gustaban los Ferraris y los gatos, y esquiaba mucho en Mount Chester; incluso había ganado un par de competiciones. Así había sido hasta abril. Tras una breve ausencia en las redes sociales, Tim había reaparecido con una chica nueva, una estudiante de segundo año llamada Kendra Flannagan. Su última publicación sobre Jenna había sido el 15 de abril. La primera sobre él y Kendra, el 24 de junio.

Confundido por la ausencia de preguntas sobre Jenna, Elliot volvió a sus últimos días activos en internet. Justo antes del 17 de abril, Jenna había publicado a diario, aunque un poco menos en los últimos días previos a esa fecha. Luego desapareció de la red social. Y nadie se había molestado en acercarse a ella, preguntar por ella o comentar su ausencia. Mackenzie siguió publicando noticias sobre Kristen Stewart y Robert Pattinson, qué llevaban puesto, qué otros papeles in terpretaban en qué películas y con quién salían. Alana Keaney era todo ella misma y nadie más, y se tomaba al menos quince *selfies* al día. Cada movimiento que hacía quedaba documentado en internet. Qué llevaba, dónde estaba y con quién, qué comía, qué ropa se compraba. Y se compraba muchas cosas.

Jenna había dejado de relacionarse con su grupo de amigos, y nadie había dicho ni una palabra. Ni siquiera por curiosidad, lo que significaba que todos sabían por qué había desaparecido. Lo sabían y lo mantuvieron en secreto, sin comentar nada al respecto. Ninguno de ellos, ni siquiera por accidente.

Joder.

Tal vez un buen trabajo detectivesco a la antigua respondería a sus preguntas, suponiendo que él o Kay pudieran hacer hablar a esos chicos.

Un último paso antes de cerrar la tapa de la vida en las redes sociales de Jenna fue pasar por su aplicación de mensajería. La misma historia se reflejaba en sus chats: muchas interacciones con los mismos amigos hasta abril, luego silencio. Excepto por un perfil, un hombre al que llamaba DeGraw en sus mensajes.

El tal DeGraw era un nuevo amigo, alguien a quien Jenna había conocido por internet después de abril, más concretamente el 7 de mayo. Habían chateado un rato, y Elliot pudo ver en sus mensajes que estaba deprimida, que no quería nada y que chateaba con él más que nada para tener un hombro sobre el que llorar. Casi una hora después de leer innumerables mensajes, Elliot pudo notar cómo su relación florecía, cada vez más comprometida, con Jenna abriéndose a ese hombre y desarrollando sentimientos por él. Entonces ambos concertaron una reunión cara a cara.

El pasado junio, el día nueve, en Mount Chester.

DeGraw condujo desde San Francisco solo para conocer a Jenna. Según mensajes posteriores, su primera cita era algo que Jenna recordaba con cariño. Luego se reencontraban una y otra vez, al menos una vez cada dos semanas, cuando el hombre misterioso viajaba para ver a la esquiva adolescente que poco a poco se iba enamorando de él.

Hizo clic en su nombre en el chat para abrir su perfil. No había ninguno, solo un avatar en blanco y ninguna información personal, ni fotos, ni interacciones con nadie.

—No tengo nada —dijo Kay, dejando escapar un largo suspiro cargado de frustración—. No puedo creer la cantidad de mierda que generan estos chicos cada día. Nada útil; es como si se hubiera desvanecido por completo después del 17 de abril y a nadie le hubiera importado darse cuenta. Ni un *tweet*, ni un *email*, nada. —Se frotó vigorosamente la nuca, como si quisiera disipar la tensión que allí se acumulaba—. Hay algo que me falta. ¿Tú has tenido suerte?

—Sí —respondió él, girando el portátil hacia ella—. Necesitamos una orden. Salía con alguien, un hombre que venía de la ciudad cada pocas semanas para estar con ella.

Kay frunció el ceño al leer los mensajes más recientes entre Jenna y su novio secreto.

—Esta persona es más mayor, Elliot —susurró, y luego se mordió la punta del dedo índice—. Un adulto. Podría ser un depredador, algún pervertido que la encontró en internet y... —Dejó de hablar, concentrada en lo que estaba leyendo—. Este hombre es un fantasma. Tenemos las fechas en las que viajó aquí y las horas aproximadas. Si nada más funciona, las cámaras del peaje del Golden Gate nos ayudarán a localizarlo. Necesitamos saber quién es en realidad.

—Necesitamos una citación para que la red social revele la identidad del hombre.

Ella arrugó la nariz.

—Creo que puedo tener una ruta más rápida para conocerla.

Por supuesto que tenía una ruta más rápida. Siempre la tenía, como si su tiempo estuviera hecho de minutos neoyorquinos, más acelerados de lo normal. Esperar era un concepto desconocido en el vocabulario de su compañera.

—Un viejo amigo mío del FBI podría estar dispuesto a hacer una búsqueda no oficial para nosotros. —Kay sacó su teléfono móvil del bolsillo y recorrió la lista de contactos guardados hasta encontrar a quien buscaba. Inició la llamada y esperó impaciente con el teléfono en la oreja, golpeando con los dedos la superficie rayada del escritorio —. Hola, soy Kay Sharp —habló en voz baja al auricular, levantándose y poniendo distancia entre ellos—. ¿Tienes un minuto? —Acercándose

a la ventana que daba al aparcamiento, mantuvo el rostro alejado de Elliot, como si lo que tuviera que hablar fuera privado. Personal.

Él se inclinó hacia delante despreocupadamente, fingiendo que seguía hojeando el portátil de Jenna, pero aguzó las orejas como si estuviera cazando jabalíes por la noche.

—Necesito que me hagas un favor —decía—. Tengo una víctima que ha estado saliendo con alguien que conoció por internet. El nombre de usuario es DeGraw, pero estoy segura de que es falso. Lo encontrarás en la aplicación de mensajería de mi víctima. —Una pausa—. Sí que puedo. Se llama Jenna Jerrell, tiene diecisiete años y es de Mount Chester. Sí, California, ¿dónde si no? —Se rio, la risa tenue y cálida de las personas que han compartido algo más que un despacho—. Claro, espero. —Se paseó de un lado a otro frente a la ventana, vigilando con cautela cualquier movimiento en la comisaría. Todo estaba tranquilo a esa hora, casi las cuatro de la tarde, y el sheriff Logan aún no había regresado—. Sí, sigo aquí —dijo, tras unos minutos de tensa espera—. ¿Cómo dices que se llama? —Un instante de silencio—. ¿Estás seguro?

Elliot juraría que vio que la consternación sombreaba su rostro, incluso desde aquella distancia. Un poco pálida, terminó la llamada y deslizó el teléfono en su bolsillo, luego volvió a su escritorio como si nada hubiera pasado.

—¿Y? —preguntó Elliot despreocupadamente, levantando los ojos de la pantalla del ordenador—. ¿Ha habido suerte?

La mirada de Kay se desvió hacia los lados.

—Oh, me llamarán cuando tengan un nombre.

Estaba mintiendo.

No estaba seguro de demasiadas cosas en su vida, pero podía apostar su granja en eso: su compañera nunca le había mentido antes. Y ahora parecía a punto de desmayarse.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Degraw

Kay condujo hasta su casa a pesar de las protestas de Elliot. Dijo que se sentía mal, y no era mentira; no tuvo que fingirlo como excusa para irse antes. Sentía como si el suelo se moviera, girando sin control, y no había nada a lo que pudiera agarrarse para mantener el equilibrio. Tuvo que interrumpir su discusión con él y correr al baño para vaciar el estómago.

Salió de allí dándose toquecitos en la boca con un pañuelo y tocando la pared gris para estabilizarse. La esperaba con una mirada preocupada.

—Deja que te lleve —volvió a decir él—. No me importa si vomitas en mi Interceptor. He tenido delincuentes que han hecho eso antes. —Su intento de aligerar su estado de ánimo fue reconfortante, haciéndola sentir aún peor por haberle mentido.

Ella evitó su mirada, le hizo un gesto de no con la mano y se detuvo junto a su escritorio para recoger las llaves.

—Estaré bien, Elliot. Debe ser algo que comí. El sándwich estaba un poco pasado. —Una mentira siempre invitaba a más hasta que un enjambre de ellas zumbaba en su mente, empeorándolo todo.

—Podrías dormirte de camino a casa, si...

—No, Elliot, por favor. —Su voz era severa, más fría de lo que ella hubiera querido—. Lo siento. No me encuentro bien.

Confuso, se levantó el sombrero y se rascó las raíces del pelo, observándola mientras salía del edificio. En algún momento tendría que darle explicaciones, pero no allí.

Kay abrió su todoterreno y se puso al volante. El intenso calor le devolvió las náuseas, pero por fin estaba sola. Podía dejar caer la máscara.

Al arrancar el motor, dejó que las lágrimas que la habían estado ahogando cayeran libres mientras se alejaba de la comisaría. Al girar en la calle principal, vio acercarse el coche del sheriff. Apenas tuvo tiempo de ponerse las gafas de sol antes de que los dos vehículos pasaran uno junto al otro, encendiendo los faros en lugar de saludarse. Unos minutos insoportables después, estaba en casa.

Cerró la puerta tras de sí y dejó caer las llaves sobre la encimera de la cocina, luego anduvo hasta el salón y se dejó caer en el sofá. Sus lágrimas se habían secado, dejando espacio al desconcierto, presa del pánico.

DeGraw.

Ahora entendía por qué Jenna había apodado DeGraw a su novio secreto.

Porque su nombre de pila era Gavin. Como el cantante pop cuyos mejores éxitos seguían sonando en la radio una década después de haber llegado a las listas, inspirando el apodo que Jenna le puso. O tal vez lo había elegido él mismo.

Pero eso no fue todo. El nombre completo del novio secreto de Jenna era Gavin Sharp.

Igual que el padre de Kay. Exactamente como él. Mismo nombre, misma edad.

Durante un breve e irracional instante, Kay se preguntó si aquel hombre podría ser su padre. Con el corazón latiéndole en el pecho, sacudió la cabeza como si aquel gesto pudiera haberla ayudado a deshacerse de aquel pensamiento errante e inoportuno que no tenía ningún sentido.

Su padre no podía haber sido el novio de Jenna porque estaba muerto.

Solo Jacob y ella sabían la verdad sobre dónde estaba su padre; todos los demás pensaban que había huido una noche después de casi matar a golpes a su mujer, y se creía que estaba en algún lugar de Arizona.

Solo que eso no era verdad.

Su cuerpo se pudría poco a poco bajo los sauces del patio trasero de Kay. Levantó la mirada y miró al exterior. Podía ver las majestuosas copas de los árboles a través de la ventana, moviéndose despacio con la brisa veraniega, imperturbables.

Aún mareada y con náuseas, se puso en pie y se dirigió vacilante a la cocina. Las paredes estaban parcheadas con masilla y lijadas, casi listas para ser pintadas. Solo quedaba una pequeña parte, estropeada por los arañazos y abolladuras acumulados a lo largo del tiempo causados por los objetos arrojados y los puñetazos propinados durante las borracheras de su padre. Aquella parte cercana al frigorífico aún mostraba las manchas de sangre de su madre, aunque había hecho todo lo posible por limpiarla.

Sin darse cuenta, Kay estaba donde había estado casi dieciocho años atrás, reviviendo la pesadilla. Tenía trece años y por aquel entonces aún se hacía llamar Kathy, antes de que la repugnante lascivia de su padre hiciera insoportable el sonido de su propio nombre. Su hermano apenas tenía doce años. Su padre estaba inmovilizando a su madre contra la pared, estrangulándola con una mano y manoseándola con otra, al lado de donde solía estar la nevera.

Le había golpeado la cabeza contra la pared porque no quedaba vino en la casa para beber.

—Gavin, por favor, no. —Los gemidos de su madre llenaron la habitación

vacía como si aún estuviera allí, cayendo al suelo bajo sus puños—. De verdad, no queda nada para beber.

Sus palabras le enfurecieron al instante, como si su doble rechazo hubiera avivado tanto su rabia como el fuego que ya ardía en su interior. Golpeó a Pearl contra la pared y ella cayó al suelo, pareciendo demasiado débil para resistir su ataque.

Kathy se levantó de un salto y Jacob la acompañó. Ambos corrieron al lado de su madre, y Jacob trató de apartar la atención de su padre.

—Si quieres, puedo ir a preguntarle al vecino si nos puede dar una botella para ti —ofreció Jacob con voz temblorosa.

—Ajá, hazlo, hijo —respondió su padre, mirando a Kathy y relamiéndose los labios, con los ojos inyectados en sangre y lujuriosos—. Apuesto a que esta jovencita no me dirá que no —dijo mientras sus torpes dedos luchaban por desabrocharse la hebilla del cinturón—. Kathy, bonita Kathy, mi dulce Kathy, papá te quiere, de verdad —dijo con voz cantarina, que terminó en un ataque de tos—. Ven aquí, Kathy, devuélvele a papá el amor que te da.

Kathy lo miró con los ojos muy abiertos, sin saber hacia dónde correr. Pearl gimió, pero consiguió ponerse en pie de nuevo, agarrándose a Kathy para apoyarse y luego protegiendo a su hija con su cuerpo debilitado y dolorido.

—Es tu propia hija, Gavin, de tu carne y sangre —suplicó—. No la toques.

Gavin se bajó los pantalones, con la mente aparentemente decidida, y dio dos pasos hacia Kathy, pero Pearl apartó a la niña de su camino y se plantó frente a él, temblorosa.

—Toma, cógeme a mí —se ofreció Pearl, desabrochándose el botón superior de la camisa con dedos vacilantes.

Él la empujó a un lado y cogió a su hija, murmurando palabras que Kathy no entendió. Dejando escapar un pequeño grito, Kathy salió corriendo y se refugió en el otro extremo de la habitación, junto a la cómoda, donde buscó con desesperación algo que pudiera utilizar como arma mientras el miedo hacía que sus dedos se debilitaran, temblorosos, inútiles.

Kathy apartó un instante los ojos de él, revisando los cajones lo más rápido que podía, cuando oyó un alboroto. Por el rabillo del ojo, vio a su madre golpear a su padre en la cabeza con una sartén.

Este apenas se inmutó.

Soltó una carcajada áspera y luego, como incitado por las acciones de Pearl, se abalanzó hacia la cocina, donde ella se había refugiado junto a la encimera, y la golpeó con fuerza, haciéndola caer al suelo. Entonces se dio la vuelta, cogió el cuchillo más grande del bloque y levantó el brazo, dispuesto a asestarle un golpe mortal.

—¡Acabaré con vosotros, escoria de esta tierra! —bramó.

—¡No! —gritó Kathy. Sus manos rebuscaron temblorosas en el cajón

superior y encontraron la pistola que sabía que él guardaba allí.

Disparó justo cuando Jacob cargaba contra él con su bate de béisbol; la bala apenas rozó a su hermano pequeño. Horrorizada, gritó, pero entonces vio a Jacob alejándose de la línea de fuego, con el bate repiqueteando al caer de sus manos. Seguía en pie, ileso.

Su padre gimió, con el cuchillo aún en la mano, bajando con fuerza hacia el pecho de Pearl.

Kathy volvió a apretar el gatillo.

Al revivir el momento, Kay jadeó como si el disparo hubiera atravesado la carne y los huesos en lugar de la memoria, sobresaltándola.

Se apoyó en la encimera, mirando el suelo donde había caído aquel día el cuerpo de su padre. Su mente le estaba jugando malas pasadas, superponiendo recuerdos sobre la realidad, las viejas manchas de sangre en el linóleo cubiertas de polvo de yeso y gotas de imprimación para pintura.

Gavin Sharp estaba muerto.

Sin embargo, su nombre volvía a perseguirla, a traer el recuerdo de su padre borracho y maltratador a la mente de las fuerzas de seguridad locales después de que les hubiera costado tantos años olvidarlo. ¿Cómo sobreviviría a sus preguntas, a su legítima curiosidad? ¿Cómo iba a seguir mintiéndole a Elliot?

El secreto que había guardado durante años amenazaba con salir a la luz y arruinar su vida y la de Jacob, en un malvado giro del destino que no podía explicar.

Y en algún lugar acechaba un depredador de cincuenta y seis años llamado Gavin Sharp, que se había reunido con Jenna días antes de que la mataran.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Discusión

Después de pasar la noche del miércoles en el patio del restaurante del complejo Winter Lodge hecho un ovillo en una de las tumbonas con los dientes castañeando, Richard se había ganado una congestión nasal y tos. Sin el techo duro del Jeep para taparle, y los asientos que no se reclinaban más que un par de centímetros, no tuvo más remedio que buscar refugio en el patio cubierto del restaurante.

Su ropa olía a algo acre mezclado con su sudor. Era extraño que hubiera sudado a pesar del frío que había pasado durante la noche; debía haberse puesto enfermo. No creía que pasar frío mucho tiempo resfriara a la gente. No. Eso solo ocurría si la temperatura era bajo cero. Debía haberse acercado a alguien enfermo en los últimos días. Alguien y su suerte de mierda eran los culpables de lo mal que se encontraba.

Al amanecer, cuando se vio obligado a salir pitando de allí antes de que apareciera el personal del restaurante, tuvo la tentación de pasar por su casa para darse una ducha caliente y ponerse ropa limpia. Pero la idea de toparse con aquella zorra y aguantar sus gritos le parecía más de lo que estaba dispuesto a soportar tras pasar una noche helado y con el estómago vacío. No se fiaba de sí mismo en su presencia. Ya no.

En lugar de eso, aparcó su trasero en un viejo tocón de árbol que se encontraba en la base de la montaña, donde se ubicaba el telesilla; el sol temprano tocaba el suelo. Encendió un cigarrillo, y luego otro. La moda de los cigarrillos electrónicos y el vapeo de nicotina con sabor a canela no había calado en él. No había sustituto para el fino olor del tabaco cuando la llama del mechero lo prende por primera vez. Vapear era a fumar lo que la masturbación era al sexo. Te llevaba al mismo resultado, pero no era igual.

Bajo los débiles rayos del sol mañanero, se debatía entre ir al instituto o tomarse el día libre. Se podría quedar dormido enseguida en aquel prado cubierto de hierba, en cuanto hiciera un poco más de calor. La idea era tentadora, pero él era una persona racional y controlada a la que le gustaba pensar antes de actuar. Dormiría allí, ¿y luego qué? Necesitaba dinero, comida y un lugar donde reclinar la cabeza por la noche. No estaba dispuesto a quedarse sin hogar, como tampoco estaba dispuesto a renunciar a su futuro sueldo como abogado de la escoria más rica de California solo porque su padre no

tuviera carácter y su madre fuera una zorra vengativa.

Llegó puntual a clase, sucio y despeinado, con trozos de paja colgando de la ropa y el pelo. Su Jeep necesitaba gasolina y su estómago gruñía. Su cartera estaba vacía, salvo por un par de billetes de un dólar que no podían comprarle gran cosa. Rennie convirtió su almuerzo en el desayuno de Richard y vio cómo lo engullía rápidamente a grandes bocados cuando el profesor no miraba.

Richard no llevaba ni treinta minutos en la primera hora cuando su madre empezó a mandarle mensajes.

«*¿Dónde estás?*», preguntó, terminando su pregunta con un emoji de cara enfadada.

«*En el instituto*», respondió enseguida.

«*No te creo*», le contestó.

Silenció el timbre un momento, esperó a que el profesor le diera la espalda y sacó una foto rápida para enviársela, después tecleó: «*Déjame en paz, joder*».

Eso la había hecho callar durante el resto de la insoportablemente aburrida asignatura de historia del arte, y luego durante trigonometría y cálculo. Cuando empezó la clase de biología, la nariz le goteaba como un grifo roto y estaba ardiendo.

«*Vuelve a casa después de clase*» fue un nuevo mensaje de su madre. Maldita fuera esa mujer.

—Las procariotas son como los apartamentos tipo estudio de las células —decía su profesor con su molesta voz nasal, dibujando una figura en la pizarra con varios colores—. ¿Qué tienen de especial? ¿Alguien lo sabe? —Dejó pasar un momento para que el aula se pusiera en marcha, sin resultado. Nadie le prestaba demasiada atención.

En ese momento de mutismo, un nuevo mensaje vibró en el teléfono de Richard, también de su madre. Esta vez, había escrito: «*Si no estás en casa para cenar, te cortaré la línea telefónica*».

—Hija de puta —soltó antes de poder contenerse.

El profesor se volvió como si algo le hubiera mordido en el culo. Con la cara roja y agitado, miró directamente a Richard.

—Señor Gaskell, levántese, explique su arrebato y discúlpese ante la clase.

Richard apretó los dientes hasta que le dolieron, pero consiguió parecer humilde y arrepentido ante los estudiantes vestidos de cincuentones con trajes baratos de poliéster y zapatos gastados. —Me he hecho daño, eso es todo. Tengo una astilla bajo la uña y me duele como un... —Hizo una pausa dramática y levantó el pulgar—. Lo siento mucho, de verdad. Discúlpeme.

El profesor lo observó, aparentando inseguridad sobre si le estaba tomando el pelo o no. Miró a los ojos a Richard, que le sostuvo la

mirada con calma y añadió:

—Carecen de núcleo y de otros orgánulos unidos a membranas. Por eso son el apartamento tipo estudio. Tienen todas las instalaciones en una sola habitación.

Otro momento de silencio.

—Exacto —dijo el profesor, volviendo a su dibujo mientras Richard seguía echando humo. Durante el resto de la clase, se distrajo pensando en su futuro, a largo plazo e inmediato, y en cómo podría sacar provecho de la inestabilidad de su madre.

Justo antes de que sonara el timbre del recreo, algo que dijo el profesor le llamó la atención, devolviéndolo a la realidad.

—... del fallecimiento de su compañera de clase. Tenemos psicólogos y terapeutas especializados en duelo disponibles, en persona y por teléfono, si alguien desea hablar con un profesional sobre Jenna. La policía pide a todos los que tengan información pertinente que pueda conducir a una detención que llamen a la oficina del sheriff.

Richard se volvió hacia el tipo de atrás y le pidió que le prestara diez dólares. El chico accedió enseguida y dos billetes de cinco cambiaron de manos. Luego se acercó a Rennie y le dio el dinero.

—Para comer —susurró. Blanco como el papel, Rennie lo miró como si no lo hubiera visto nunca—. Espabila de una vez —animó a Rennie con un guiño—. Tengo que irme a casa ahora, pero me pasaré por la tuya más tarde. ¿A qué hora estarás?

—Um, a las siete —respondió Rennie. Tenía los labios pálidos y los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma.

—Señor Gaskell —dijo el profesor, alzando la voz con frustración—, estábamos a punto de guardar un minuto de silencio por su compañera. ¿Cree que es capaz de hacerlo?

Él iba a responder con más disculpas cuando sonó el timbre. El momento del intercambio había sido divertidísimo, y unas risitas pusieron fin al enfrentamiento. En menos de un minuto estaba conduciendo de vuelta a casa, con el indicador de gasolina del salpicadero parpadeando en naranja y la canción *Bad Habits*, de Ed Sheeran, a todo volumen en la radio.

Mientras se alejaba, su mente divagaba. No recordaba haber visto uno de esos montones de flores, tarjetas, velas y ositos de peluche que parecían como si el camión de la basura se hubiera averiado y estuviera esparciendo la mercancía a su paso. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Altares? Se llamaran como se llamaran, no había visto ninguna de esas ofrendas para Jenna. Tal vez hubiera una al otro lado del edificio del instituto, donde dejaban a los alumnos que cogían el autobús, pero no había oído a nadie recaudar dinero para ella ni hacer las tonterías habituales que hacían las niñas ricas aburridas en tales ocasiones. Habría esperado que Alana Keaney fuera la primera en la fila para

hacerlo y publicar un millón de *selfies* sobre el tema, con esa zorra prejuiciosa a cuestas, Mackenzie Trenton.

Llegó a casa en unos minutos y utilizó la puerta trasera para colarse en el interior sin pasar por el salón, donde su madre estaba leyendo un libro. Cuando levantara la vista de su lectura, vería su Jeep aparcado en la entrada, pero para entonces él estaría en la ducha o, mejor aún, profundamente dormido.

Su plan casi funcionó, solo que perdió unos minutos de pie en la puerta abierta de la nevera, devorando algunas sobras de la cena de la noche anterior. Luego se escabulló hasta su habitación y se metió bajo las sábanas. Cuando su madre se fijó en él, se hizo el dormido y ella lo dejó pasar con un largo suspiro.

Durmió como un tronco hasta cerca de las seis, luego se levantó y se vistió, listo para ir a casa de Rennie. Su amigo necesitaba compañía esa noche; parecía alterado por la noticia de la muerte de Jenna. Era un blandengue, poniéndose nervioso como si fuera él quien la hubiera matado.

Estaba casi listo para irse cuando su madre lo detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó. Llevaba unos pantalones de vestir azules y una blusa de seda, también azul, en tonos a juego. El pelo bien peinado, como si acabara de volver de la peluquería.

—A casa de Rennie —respondió, desviando la mirada hacia los lados —. ¿Por qué, necesitas algo?

Ella se acercó más a él.

—Sí, que me mires.

Él accedió, se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un paso. Apretando los labios, mantuvo la boca cerrada a pesar de las muchas cosas que quería decirle.

Ella intentó acariciarle el pelo, pero él se retiró, con el ceño fruncido, en silencio.

—Lo que tu padre y yo dijimos anoche no tiene nada que ver contigo —dijo sonriendo a modo de disculpa—. Lo sabes, ¿verdad?

La rabia le llenó el pecho, quemándolo por dentro.

—¡Claro que no, mamá! —Dio un fuerte golpe con el pie contra la madera—. ¿Qué hago aquí? ¿Qué *haces* aquí, en este maldito lugar, lejos de la ciudad donde teníamos una vida tan buena?

Ella se quedó boquiabierta. Por un momento, se quedó mirándolo, sin habla. Su mano se detuvo en el aire, tentada entre tocarlo y retirarse.

—No era una vida tan buena, Richard. Estabas empezando a...

—No te atrevas a culparme de nada de esta mierda, ¿me oyes? ¡No he hecho nada para merecer esto! Querías dejar de trabajar y me utilizaste para justificarlo. Ahora papá te engaña, y es todo culpa tuya.

—¿Cómo te atreves? —susurró ella, con los ojos brillantes de rabia. Tenía la cara enrojecida, de rabia o de vergüenza.

—Dime que no es verdad —espetó Richard—. ¿Qué se supone que tiene que hacer papá? ¿Marchitarse y pudrirse?

El golpe resonó con fuerza en el gran salón, haciendo eco en los techos abovedados. Le ardía la cara donde ella le había abofeteado y unas lágrimas inesperadas le escocieron los ojos. No quería llorar; ya no era un niño pequeño. La miró amenazadoramente, dispuesto a calmarse, decidido a marcharse sin decir ni hacer nada más.

Natalie se tapó la boca con la mano.

—Lo siento mucho —balbuceó—, no quería...

—Me pones enfermo. —Escupió las palabras como si fueran amargas al paladar y se dio la vuelta para marcharse. Ella no le siguió.

En el pasillo, junto a la puerta, Richard vio el bolso Chanel de su madre abandonado sobre la mesa de la consola. Abrió rápidamente la cremallera y rebuscó en ella hasta encontrar su cartera. Cogió todo el dinero que había y su tarjeta American Express Gold, y volvió a meter la cartera en el bolso. Al salir de la casa, dio un portazo y los grandes ventanales sonaron en señal de protesta.

Al volante, se frotó la cara donde aún le dolía, mascullando un juramento interminable. Con suerte, se sentiría lo bastante culpable por lo que había hecho como para dejarle en paz unos días. Y un día, pronto, se lo haría pagar a esa zorra.

Cuando su Jeep se alejó de la entrada con los neumáticos chirriando contra el asfalto, una sonrisa se dibujó en sus labios. Tenía dinero y tenía tiempo. El cielo era el límite.

Y no había razón para pasar la noche solo.

CAPÍTULO VEINTE

Pesadillas

Kay dio las gracias en cuanto el cielo nocturno empezó a iluminarse hacia el este. No había pegado ojo y ya no soportaba dar vueltas en la cama, sola con los fantasmas de su pasado. Todas esas preguntas que se había hecho a lo largo de los años la perseguían. ¿Podría haber hecho algo diferente? Si hubiera dudado, ¿habría muerto su madre aquel día?

Se puso la camiseta raída y los pantalones cortos y entró descalza, de puntillas, en la cocina. Encendió las luces, puso en marcha la cafetera y pasó unos segundos cerca de ella, aspirando el aroma de la fuerte y fresca infusión. Luego cogió la espátula y procedió a limpiar los restos de pasta seca de la hoja de la misma.

Encontró la tapa cerrada a presión del cubo de masilla y suspiró aliviada. Lo último que quería era aporrear la puerta de la ferretería a las seis de la mañana para conseguir uno nuevo. Abrió la tapa y cargó la espátula con la pasta rosa, luego continuó por donde lo había dejado el día anterior. Justo donde solía estar la nevera, donde el puño de su padre había hecho un agujero en la pared, tan grande que Jacob tuvo que consolidar la reparación con un trozo de panel de yeso que había cortado a medida y atornillado contra la pared de dos por cuatro.

Junto al borde de aquel agujero aún se veía la vieja pintura de la pared, fea y desgastada y manchada con una descolorida mancha de sangre. La sangre de su madre. Con dedos temblorosos, tocó el borde de la marca, luchando contra las lágrimas con la mandíbula apretada. Deseó poder retroceder en el tiempo y estrechar a su madre entre sus brazos, calmar su dolor, decirle que todo iba a salir bien. Un gemido le subió por el pecho y brotó de sus labios, haciéndola caer de rodillas, y se tapó la boca con las manos para acallar el sonido.

Sintió que Jacob la rodeaba con sus fuertes brazos y dejó que la abrazara, meciéndola de un lado a otro como solía ella hacer con él cuando era pequeño y se hacía daño. Luego se levantó, agarrándose a su brazo, y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—No pasa nada —dijo—, solo estoy de duelo.

Él había cruzado los brazos sobre el pecho y la estudiaba con cara de incredulidad. Llevaba un pijama arrugado, con la parte superior casi totalmente desabrochada. Tenía el pelo apelmazado y sudoroso, un aspecto natural fuera de la cama que algunas mujeres pagaban

pequeñas fortunas por imitar.

Pensar en ello le hizo esbozar una tímida sonrisa. Dieciocho años, y aún no había superado aquella noche. Vaya psiquiatra que era si no podía curarse a sí misma.

—Nos hizo mucho daño, ¿verdad?

—Sí —respondió su hermano, luego se acercó al mostrador y tapó el recipiente de masilla—. Esto se seca muy rápido, hermanita —dijo—. ¿Por qué no me dejas terminar estas paredes a mí? Sería más rápido. Lo tendría listo en una hora.

Ella asintió con la cabeza, todavía sorbiéndose los mocos.

—Lo sé, y tú lo harías mejor que yo. —Clavó una larga mirada en las paredes—. Pero déjame cambiar esta habitación. Toda, por favor. Suelos nuevos, armarios nuevos. Es curativo para mí. Me ayuda a borrar su mancha de mi memoria, centímetro a centímetro.

Su hermano se burló en voz baja, bajando la mirada para ocultar su enfado.

—Sí, seguro que te olvidarás de él con el otro Gavin Sharp en boca de todos. De verdad, ¿cuántas probabilidades podría haber? —Se acercó y cogió una taza de café del armario, luego la llenó hasta el borde de la máquina—. Anoche no pude dormir. No puedo creer que esto esté pasando. ¿Cómo lo vas a manejar?

Una bocanada de aire abandonó los pulmones de Kay.

—No lo sé. La cosa es que podría ser nuestro sudes, el asesino de Jenna. ¿Qué hacía un hombre de cincuenta y seis años teniendo citas con una menor de edad? No se me ocurre una buena razón para ello.

Jacob se encogió de hombros con una arruga de disgusto en el labio.

—No sé... será un pervertido, supongo.

Ella miró hacia los sauces y luego se apartó de la ventana al ver la mirada de desaprobación de Jacob.

—Por muy molesto que nos resulte, tengo que seguir las pistas hasta donde me lleven. El mero hecho de pronunciar su nombre o leerlo en los informes policiales y en las bases de datos me resulta muy extraño. Me da escalofríos.

—¿Tu vaquero sabe algo de esto? —preguntó Jacob, con un toque de diversión en los ojos mientras se desviaban hacia la ventana delantera, como si esperaran que Elliot entrara por la puerta en cualquier momento.

Ella le dio un falso puñetazo en el hombro.

—No es *mi* vaquero, Jacob. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Pero lo podría ser —respondió su hermano, hablando despacio—. Colgaría su sombrero en ese clavo en un santiamén.

Kay fingió fulminarlo con la mirada durante un breve instante y luego se apartó para ocultar una sonrisa. Tal vez... si las estrellas se alineaban, y Jacob no se equivocaba en su evaluación. Pero eso

complicaría mucho las cosas.

—No, él no sabe nada. Ayer le dije que estaba enferma, y lo estaba de verdad. Vomité cuando oí que me decían ese nombre. Sentí como si...

—Sí, no hace falta que me lo expliques, hermanita. Sentí un puñetazo en las tripas cuando me lo dijiste anoche. —Jacob sonrió con tristeza —. Pero para eso está el alcohol, ¿no?

—No a las seis de la mañana —dijo ella, levantando su taza de café, que se encontró con la de él en el aire como si ambos estuvieran bebiendo vino—. Salud.

Bebieron en silencio durante un instante, sorbiendo despacio el líquido caliente y amargo, saboreándolo. Luego ella dejó la taza sobre la mesa y cogió la espátula. Tuvo que volver a limpiarla.

Volviendo su atención a la reparación que había hecho Jacob, arrancó varios trozos de malla adhesiva del rollo y empezó a aplicar la pasta. Pronto desaparecerían todos los golpes y las manchas de sangre.

—Me pregunto por qué mamá no lo denunció como defensa propia —dijo Kay, pensando en voz alta. No esperaba una respuesta a la pregunta que había estado en el centro de sus pensamientos durante años cada vez que tenía que sudar durante una prueba del polígrafo. Por suerte, cuando la habían sometido al polígrafo durante su estancia en el FBI, no le habían hecho preguntas en las que hubiera tenido que mentir; ni siquiera a los del polígrafo se les había ocurrido preguntarle si había matado a su padre. Pero había aguantado la respiración cada vez que le habían hecho la prueba—. Era legítimo, ya sabes.

Por aquel entonces, la niña de trece años estaba aterrorizada por lo que había hecho y, al mismo tiempo, sabía que no había tenido elección. Sin embargo, recordarlo le producía escalofríos.

—Puedo decírtelo, porque se lo pregunté a mamá —respondió Jacob. Kay lo miró y casi no lo reconoció. Se había convertido en un adulto responsable de la noche a la mañana. Desde *aquella* noche, hacía dieciocho años. Ya no era su hermano pequeño, al que tenía que mecer de un lado a otro en sus brazos cuando se raspaba una rodilla; hacía tiempo que no era así. Era un hombre fuerte, un protector—. No quería que nuestros nombres aparecieran en los medios, en internet. Y temía que te detuvieran y te sometieran a un juicio para el que no teníamos dinero. —Tragó saliva y apartó la mirada un momento, con los ojos humedecidos—. Ella te estaba protegiendo, y a mí, a nosotros. Quería que nos liberáramos de él. —Le tendió la mano a Kay y se la apretó—. ¿Qué te parece si hacemos realidad su deseo, hermanita?

Ella asintió mientras una lágrima se abría paso por su mejilla. Se la limpió y sonrió justo cuando el ruido de guijarros molidos bajo neumáticos en movimiento llamó su atención.

—Oh, mierda —dijo Kay, reconociendo el Interceptor de Elliot. Ni siquiera eran las siete. ¿Qué demonios *le* había hecho ir tan temprano?

Kay corrió al baño y se metió en la ducha. Mientras se secaba, oyó a Elliot y Jacob hablando despreocupadamente, riendo como si no pasara nada. Tenía que reconocer que Jacob mentía mejor de lo que ella pensaba.

Al salir vestida unos minutos más tarde, se encontró con la mirada preocupada de Elliot, aunque con una sonrisa tranquilizadora.

—Buenos días. ¿Jacob te ha ofrecido café? —Ni rastro de sus lágrimas anteriores aparecía bajo su reciente maquillaje.

—Sí, servido con una historia de tus aventuras.

—¿Cómo? —Lanzó una rápida mirada a su hermano, pero él estaba relajado—. ¿Debería preocuparme?

—Solo si decides volver a comer algo de la máquina expendedora.

—Ah, ya veo. —La máquina expendedora, aunque mereciera la mala fama que tenía con la gente a la que alimentaba con sándwiches rancios y comida basura sobrevalorada, había venido bien como excusa. El único inconveniente sería la ceja levantada de Elliot si alguna vez decidía volver a comer de ella.

Se puso los zapatos y cogió las llaves del coche.

—Vamos, compañero, tenemos que atrapar a un asesino.

La sonrisa de Elliot desapareció.

—Por eso estoy aquí tan temprano. Hay otra chica desaparecida. Pensé que habías recibido el mensaje de la central.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Desayuno

Alexandria estornudó y cogió la caja de pañuelos sin mirar. Se le aguaron los ojos, entrecerrados en previsión de un segundo estornudo. Sacó con rapidez tres pañuelos de la caja y se los puso debajo de la nariz.

El segundo estornudo la hizo llorar. Odiaba estar enferma. Tenía planes para cada momento de cada día, y ninguno de esos incluía sentirse como una mierda con la nariz taponada y fiebre, ver telenovelas interminables en la tele y sudar bajo una manta.

Decidida a combatirlo con uñas y dientes, hizo gárgaras de vinagre de manzana, con la cara crispada por el amargor tras escupirlo, y luego se puso unas gotas en la nariz. Con la cabeza echada hacia atrás, no vio a Alana entrar en la cocina.

—¡Salud! —dijo Alana—. Bueno, aunque sea con retraso. Te he oído estornudar desde la ducha. Espero que no hayas traído a casa alguna mierda repugnante.

Alexandria estaba a punto de darle las gracias a su hija; rara vez ocurría que dijera algo agradable, aunque lo llenara de sarcasmo, impertinencia y lenguaje soez. Su sonrisa murió en sus labios y el «Gracias» que dijo fue apenas un susurro.

—¿A dónde vas? —preguntó Alexandria, frunciendo el ceño—. Tienes instituto.

—Y ahí es a donde voy —respondió Alana, acercando una silla y tomando asiento a la mesa del desayuno sin molestarse en prepararse nada.

Alexandria comprobó la hora con un rápido movimiento de sus ojos desde la cara de su hija al reloj digital de pared y viceversa. Eran las siete de la mañana de un viernes. Tenía veinte minutos para conseguir que su hija cumpliera el código de vestimenta del instituto.

—No, vestida así, no puedes ir.

Alana se levantó de un salto con las manos en las caderas. La silla, empujada violentamente hacia atrás, cayó y golpeó la pared, dejando una abolladura antes de aterrizar en el suelo de baldosas con un traqueteo.

—Ah, ¿no? —preguntó, con voz tensa, grave, amenazadora.

Alexandria sopesó sus opciones. Quizá Alana tuviera el síndrome premenstrual o algo así; estaba de mal humor, aunque minutos antes parecía estar bien. Pero llevaba un top negro de rejilla sobre un

sujetador deportivo blanco, junto con unos vaqueros deshilachados y demasiado cortos y un cinturón negro con tachuelas. Se había adornado con numerosos brazaletes, pendientes largos y varias cadenas y colgantes que tintineaban con cada movimiento. Llevaba sombra de ojos gris, y un grueso *eyeliner* completaba su maquillaje, poco apropiado incluso para una fiesta de viernes noche.

—Veo que esta mañana te has puesto en plan motera de pacotilla —dijo Alexandria con calma, paseándose. Iba a ser una larga batalla—. Te queda bien —añadió con una sonrisa angelical.

Alana frunció el ceño. Una mirada de sospecha la hizo mirar a su madre un momento antes de hablar.

—Gracias... supongo.

—¿Estás haciendo recaudación de fondos para el funeral de Jenna?

Las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—No iba a hacerlo.

—¿Por qué, cariño? Era tu mejor amiga.

Los ojos de Alana se desviaron y volvieron a mirar a su madre.

—Sí.

—¿Crees que ese hombre tiene la culpa? ¿Hm? ¿El adulto con el que dijiste que estaba saliendo?

Alana se encogió de hombros; sus joyas marcaron el gesto con un tintineo.

—No lo sé. —Guardó silencio un instante, marcado por una bocanada de aire frustrada y ostensiva. Sus manos abandonaron sus caderas y se colaron en sus bolsillos—. Y no me importa, la verdad.

—Oh, cariño —dijo Alexandria, y caminó hacia ella con los brazos abiertos—. Siento mucho que se haya ido. Esto debe de ser terrible para ti y Mackenzie. Estabais muy unidas.

Alana miró por la ventana como un animal atrapado que busca una salida. Su tacón izquierdo golpeó el suelo varias veces, nervioso.

—Bueno, últimamente no salía mucho. No con nosotras, al menos.

Alexandria le acarició su larga melena rubia y le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Pero aún la queríais, ¿verdad?

Alana bajó los ojos, pero no dijo nada durante un rato.

—Supongo.

Alexandria volvió a abrazarla, ignorando la falta de respuesta de su hija.

—Entonces, haz esto por ella, cariño. Te hará sentir mucho mejor. —Se volvió hacia la encimera y sacó la cartera del bolso—. Seré la primera en contribuir. —Levantó dos billetes de veinte dólares.

Alana miró el dinero como un ratón miraría el queso de una trampa como cebo. Luego lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—Gracias —murmuró de mala gana.

—¿Crees que deberíamos decirle algo a la policía sobre ese hombre?

Alana puso los ojos en blanco.

—Lo último que necesito es hablar con unos malditos policías.

—Es importante que sepan de ese hombre, cariño. —El silencio pesado y reprobador de su hija llenó la habitación por un momento—. ¿Me dejas decírselo a mí si no tú no te ves capaz?

Alana apretó los labios en lo que parecía un esfuerzo por no maldecir en voz alta.

—Si esos estúpidos policías valen algo, encontrarán a ese hombre por sí mismos.

Tenía razón.

—Muy bien. Démosles unos días, y si no oímos nada al respecto en la televisión, entonces les llamaremos. ¿Te parece bien?

—Como quieras —respondió Alana, jugueteando con su teléfono. Sus pulgares tecleaban con rapidez, y los efectos de sonido marcaban el envío y la recepción de cada nuevo mensaje. Estaba conversando con alguien.

Se hacía tarde para ir al instituto.

—¿Por qué no te pones algo más apropiado, ya que estás dirigiendo la recaudación de fondos de Jenna y todo eso? —Se detuvo un momento, esperando que Alana explotara—. Estoy segura de que a Nick no le importará que hoy lleves vaqueros y una camiseta o algo así.

Al oír su nombre, los ojos de Alana se clavaron en los suyos.

—¿Desde cuándo eres una experta en lo que a Nick le importa o no? —Frustrada, golpeó el teléfono contra la mesa y empezó a dar vueltas —. ¿Recuerdas siquiera cómo era ser joven?

A Alexandria se le cortó la respiración. Aún lo recordaba... aún *era* joven. Se acercó a la silla volcada, la recogió y la deslizó bajo la mesa con un ruido seco.

—Lo recuerdo, Alana. Yo estaba igual que tú, dispuesta a enamorarme, a demostrar a todo el mundo quién era, a salir ahí fuera y dejar huella. Pero hay tiempo. Y no deberías esforzarte tanto. La gente se ríe de las mujeres desesperadas, tengan la edad que tengan. Sobre todo los hombres.

Alana se la quedó mirando un rato, inmóvil y con la boca un poco abierta. Luego, con lentitud, empezó a quitarse los brazaletes y después los pendientes largos.

—¿Me enseñarás, mamá? —acabó preguntando.

—¿El qué, cariño? —Era difícil averiguar dónde estaba la mente de su hija.

—Cómo hacer que alguien se enamore de mí y solo de mí —susurró, ruborizándose bajo la ligera capa de maquillaje—. Para siempre.

«*Oh, Dios*... —pensó Alexandria para sí—. Nick Papadopoulos otra

vez. La pesadilla de mi existencia». Pero sonrió alentadora, tratando de infundir algo de confianza en el corazón de su hija.

—Por supuesto. Te lo prometo. —Besó la frente de Alana y no encontró resistencia.

Por el rabillo del ojo, Alexandria vio el descapotable rojo de Nick apareciendo en la entrada.

—Tu taxi está aquí.

Alana echó un vistazo por la ventana y se le iluminó el rostro al instante.

—Dile que tardaré un minuto —dijo, corriendo a su dormitorio para cambiarse—. Vamos al cine después de clase y luego, a la fiesta de cumpleaños de Tim.

Alexandria frunció el ceño, perturbada por la idea de que alguien celebrara una fiesta de cumpleaños justo después de que uno de sus amigos hubiera fallecido.

—¿Tim Carter? ¿No es el novio de Jenna?

—Lo era —fue la vacilante respuesta de Alana desde el interior del dormitorio—. Pero lo dejaron por abril o mayo.

—¿Y vais a dar una fiesta cuando ella acaba de... morir?

Alana salió del dormitorio vestida con vaqueros elásticos y una camisa negra, con los dos botones de arriba desabrochados, mostrando demasiado escote. Pero aun así iba mucho mejor. Se había desmaquillado y solo llevaba brillo de labios rosa. Hizo un gesto con las manos en el aire, dibujando dos círculos que no se cruzaban, pero evitó la mirada escrutadora de su madre.

—Mundos diferentes, mamá. —Se sonrojó al decirlo. Puede que se hiciera la desentendida, pero Alexandria se daba cuenta de que a su hija le había afectado la muerte de su amiga.

—Ni siquiera la han enterrado todavía —protestó débilmente Alexandria.

Alana se puso unas sandalias blancas de tacón.

—Bueno, ¿cuánto tiempo es suficiente para esperar a hacer una fiesta después de que alguien muera? ¿Y quién decide eso? —Depositó un beso apresurado en la mejilla de su madre y agarró el picaporte de la puerta—. A ella le parecería bien, de todos modos. Me aseguraré de que guardemos un minuto de silencio y todo eso. —Se puso nerviosa y volvió a evitar la mirada de su madre.

Alexandria apostaría hasta su último centavo a que no iba a haber ninguna fiesta, solo sexo con Nick en algún lugar, en su casa, lo más probable. Debió pensar en esa mentira hacía tiempo, antes de la muerte de Jenna, y simplemente no se había dado cuenta de que la mentira que había ensayado en su mente ya no encajaba.

—No llegues tarde —dijo, pero la puerta ya se había cerrado tras ella.

Miró por la ventana y vio a Alana subiendo al BMW rojo de Nick. Conteniendo la respiración y luchando contra unas indeseadas lágrimas de frustración, lo vio rodear con sus brazos el esbelto cuerpo de Alana y darle un largo beso.

Hacía rato que se habían ido, pero Alexandria seguía mirando la entrada, ahora vacía, con una sensación de pavor insoportable anidando en su estómago. Deseó que su hija nunca hubiera conocido a Nick Papadopoulos, que nunca se hubiera enamorado de él.

Si pudiera volver atrás en el tiempo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tareas

Elliot se dio cuenta de que a Kay no le había gustado que no le hubieran informado del nuevo caso de persona desaparecida. Justo después de que Elliot lo mencionara, comprobó su teléfono y no encontró nada. Ni correo electrónico, ni mensajes de texto, ni llamadas perdidas.

—Tal vez porque sabían que estabas enferma —dijo Elliot, ganándose una mirada de desaprobación llena de incredulidad—. Estoy seguro de que no ha sido con mala intención, Kay.

Ella se limitó a asentir y abrió su vehículo mientras Elliot subía al suyo. Condujeron por separado hasta la comisaría, lo que no era habitual. Sin ningún acuerdo formal entre ellos, él había empezado a llevarla a casa y a recogerla a la mañana siguiente mientras su Ford Interceptor sin matrícula pasaba las noches en el aparcamiento casi vacío detrás del edificio de la oficina del sheriff.

Elliot intentó no pensar en eso, su mente ya estaba atormentada por la muerte de Jenna y ahora, por la desaparición de otra adolescente. Vio una conexión entre los dos casos, pero, en realidad, ¿había alguna?

Siguiendo al Ford de Kay a poca distancia, se dio cuenta de que su compañera no le había preguntado para conocer los detalles de la chica desaparecida. Rebobinando en su mente la película de los acontecimientos del día anterior, estaba seguro de no haber hecho ni dicho nada que la molestara. En lugar de preocuparse por ello inútilmente, más le valdría armarse de valor y preguntarle sin tapujos.

Increíble lo complicadas que se podían poner las cosas si su compañera era una mujer, sobre todo si encima era de la que se estaba enamorando. No era su primer rodeo, y el último había terminado con varios corazones rotos y una mudanza fuera del estado. No tenía sentido preguntarse cómo acabaría este, porque aún no había empezado. ¿Lo haría alguna vez?

Frustrado, apretó los labios, manteniendo un juramento cautivo en su pecho. No quería comportarse como si fueran una pareja; no lo eran. No quería ni pensar en eso, en Kay y él juntos, porque todo estaba muy mal y no quería que empeorase. El calor se enfría si la avaricia lo permite, dicen. Tendría que sujetar sus caballos, y eso significaba, en la mayoría de los casos, su boca. Boca cerrada. Tenía que abstenerse de hacer preguntas estúpidas. Y dejar de ser sobreprotector; su

compañera podía cuidar de sí misma muy bien. ¿No decían en alguna revista o programa de televisión que sobreproteger a una mujer independiente era insultar sus capacidades y su intelecto? Entonces, ¿por qué demonios estaba diseñado para hacerlo a toda costa?

Entró en el aparcamiento justo al lado de ella y se reunieron en la puerta de la comisaría. Ella apenas lo miró, desviando la mirada enseguida. No parecía disgustada ni dijo nada; solo se la veía cansada, como si corriese con una rueda caída y el eje arrastrando.

Joder.

Si ella le dijera qué le pasaba, él podría ayudarla.

—Buenos días, sheriff —dijo Kay con frialdad. Su voz sonaba un poco nasal, como si hubiera estado llorando.

En medio del pasillo, Logan les esperaba con las manos apoyadas en las caderas. Su mirada no prometía nada bueno; por alguna razón, su problema parecía ser con Kay.

—Anda, pero si es la detective Kay Sharp. —Dio una palmada y luego se frotó las manos con fingido entusiasmo—. La única que prometió alejar a la prensa de mi espalda. E hizo exactamente nada.

Kay bajó los ojos durante un breve instante.

—Tiene razón, jefe, y lo siento. Le dejé un mensaje de voz a Barb Foster, pero debería haber insistido y no lo hice.

—Bueno, Barb salió en la tele el miércoles por la noche con la noticia de la muerte de Jenna, que no estaba coordinada con esta oficina. Me sorprende que se molestara en esperar la notificación a los familiares.

—Sheriff, yo... —Kay empezó a hablar, pero el sheriff la interrumpió enseguida.

—Anoche Barb también salió en televisión, nada menos que en horario de máxima audiencia, afirmando que nuestra oficina se negaba a devolverle las llamadas. ¿Es eso cierto, detective?

Kay frunció el ceño. Sacó el teléfono del bolsillo y revisó con rapidez los mensajes. Luego apretó los labios y miró brevemente al sheriff.

—No tengo nada. Quizá llamó a la línea de mi oficina, pero yo no estaba...

—Sí, lo sé —volvió a interrumpirla Logan—. Espero que te encuentres mejor —añadió, dirigiéndole una mirada larga e insistente, como si quisiera averiguar si estaba dispuesta a lo que tuviera en mente—. Tu primera misión hoy es encontrar a Barb Foster y bailar para ella hasta que nos haga parecer superestrellas en las noticias de esta noche. Y no tengo ni la más remota idea de cómo lo harás, porque... ¿tenemos algún sospechoso? —Se detuvo un momento, frotándose la barbilla, pero Kay dudó en contestar—. ¿Alguna pista? ¿Algo? Denunciar un arresto por el asesinato de Jenna Jerrell sería una forma directa de conseguir subir nuestro estatus. —Esperó un segundo más, giró sobre sus talones y se dirigió a su despacho—.

Venid conmigo —dijo, sin mirarlos.

Cumplieron. Kay, poco habladora y segura de sí misma como de costumbre, tomó asiento en uno de los sillones de cuero negro reservados para las visitas del sheriff Logan y pareció aliviada de no estar de pie. Elliot sí permaneció de pie detrás de Kay, con los brazos cruzados.

Logan abrió una carpeta azul que le esperaba en su escritorio, sobre una pila de casi ocho centímetros. Llevaba una etiqueta blanca con el número de caso en la esquina superior derecha; probablemente era de Jenna.

—No veo mucho aquí. ¿Qué ocurre?

—Hay más en la muerte de Jenna de lo que habíamos previsto en un principio —respondió Kay, con voz tranquila y firme—. Una revisión exhaustiva de sus cuentas en las redes sociales reveló que estaba saliendo con un hombre de San Francisco que ocasionalmente conducía hasta Mount Chester para reunirse con ella. Sospechamos que es un individuo mucho mayor —añadió ella con indiferencia—. Se están realizando esfuerzos para identificar a este hombre. He hecho algunas llamadas.

Esa afirmación sorprendió un poco a Elliot. No tenía ni idea de que sospechaban que era un hombre mucho mayor. Mayor que Jenna, sí. Pero ¿era una especie de depredador adulto? Lo más probable. Pero ¿mucho mayor? ¿Qué era lo que Kay no decía?

—¿Recibisteis un informe preliminar del doctor Whitmore? —preguntó el sheriff, con la voz un poco más grave que antes. Parecía menos agraviado.

Kay asintió al mismo tiempo que Elliot.

—Fue brutalmente agredida. Tenemos huellas dactilares y muestras de ADN. No hay coincidencias en el sistema de identificación de huellas, pero ya sabes que el de ADN tarda más.

Logan chasqueó los dedos un par de veces, como hacía cuando estaba pensando en los siguientes pasos.

—Todavía no puedo creer que ese forense usara su propio dinero para comprar una máquina de ADN. Aunque supongo que eso nos ayuda mucho. Debe estar chalado o algo así.

Kay sonrió como se hace antes de corregir a un niño.

—Es un profesional apasionado con recursos financieros a su favor, sí. Tenemos suerte. Si no, habrían pasado seis meses hasta que tuviéramos los resultados del ADN.

—¿Y para cuándo estarán listos con la máquina maravillosa del doctor?

—En un par de días como mucho.

—¿Has dicho que no hay coincidencia de huellas dactilares?

Kay sacudió la cabeza.

—Lo encontraremos. Y, cuando lo hagamos, tendremos a alguien con quien comparar las huellas. Menos de un tercio de la población del país está en el sistema de identificación de huellas; lo más probable es que, si no tiene antecedentes penales, no esté ahí.

—Conozco las estadísticas, Sharp. Puede que sea un viejo policía rural, pero este no es mi primer partido. —Cerró el expediente de Jenna y cogió otro—. Hay una adolescente desaparecida, Kendra Flannagan. Anoche cenó con su familia y luego desapareció. A las cinco de la mañana, sus padres encontraron su habitación vacía, su cama sin deshacer. Tiene dieciséis años, es joven. Me gustaría que los dos...

—En realidad, tenía razón con su primera impresión, sheriff, cuando no me notificó lo de Kendra. Creo que es mejor que mi compañero lleve este caso mientras yo me centro en la investigación del asesinato de Jenna.

Logan frunció el ceño.

—¿No crees que estos casos estén relacionados?

—Todavía no veo ninguna similitud, sheriff —respondió—. Jenna salió a reunirse con unos amigos y acabó muerta a las pocas horas tras una violenta agresión. ¿Qué sabemos de Kendra? Podría haber huido.

Elliot cogió la carpeta de la mano del sheriff y leyó el informe con rapidez.

—Estas chicas iban al mismo instituto, Ash Creek High.

Kay lo miró un instante por encima del hombro.

—Pues claro. Solo hay un instituto en esta ciudad, Austin. —Le ponía ese apodo siempre que quería llamar su atención sobre las muchas diferencias que existen entre los pueblos pequeños y las grandes ciudades como Austin, Texas, en lo que se refiere al trabajo policial. Hasta ese día, solo lo había hecho en privado y de forma entrañable; su voz era cálida al pronunciar el nombre de su ciudad natal, y a él le encantaba. Pero ese era diferente; su voz sonó fría, impersonal.

Kay definitivamente no estaba en su mejor momento y parecía decidida a mantenerlo a distancia.

—¿No te parece sospechoso que dos chicas del mismo instituto salieran de sus casas una noche, una para ser asesinada y otra, aún desaparecida, con pocos días de diferencia? —insistió Elliot, pero de mala gana. Si no lo quería a su lado, ¿qué sentido tenía reiterarse?

—Tengo que ocuparme de la prensa —respondió Kay—. Perseguir a Barb Foster conmigo será una pérdida total de tu tiempo. Te sugiero que entrevistes a la familia de Kendra, averigües qué tenía en mente, compruebes su portátil y sus redes sociales mientras yo me encargo de los periodistas y sigo la pista de la identidad del hombre de San Francisco. —Ella esperó, mirándolo con una sonrisa cortés. Luego, volvió la mirada hacia el sheriff, que dio dos golpecitos en el escritorio

con la mano. Había tomado una decisión.

—Listo —respondió Logan, poniéndose de pie—. Conseguidme respuestas, los dos.

Elliot siguió a Kay fuera del despacho del sheriff y luego la vio sentarse en su escritorio. No lo miró ni una sola vez, parecía absorta en sus pensamientos, como si él no estuviera allí.

—Y así es como uno se deshace de lo que le molesta —murmuró, saliendo del edificio y caminando a paso ligero hacia su Ford. Al arrancar el motor, se preguntó si estaba interpretando demasiado el comportamiento de su compañera, pero su instinto le decía que fuera precavido.

No tenía ni idea de cómo ser precavido con Kay Sharp. O por qué.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Sospecha

Revolviendo el café en su taza como si hubiera añadido azúcar, Kay siguió discretamente la marcha de Elliot. Aún no estaba preparada para responder a ninguna de sus preguntas. Consciente de que no podría mantener a Elliot a raya durante mucho más tiempo, se sentó ante su desordenado escritorio, absteniéndose de barrerlo todo de la superficie rayada con un amplio movimiento.

Su compañero era un tipo fuerte y discreto, pero también era inteligente y un excelente policía. Había visto su instinto en acción durante los casi dos años que llevaban trabajando juntos. Si no lo había hecho ya, pronto se daría cuenta de que ella no estaba siendo del todo sincera con él. Para ese momento, y para su propia tranquilidad, ella necesitaba respuestas.

Apilando papeles con rapidez, despejó una parte de su escritorio y encendió el ordenador. Con la taza de café a un lado, miró el teléfono y marcó el número de Barb Foster. La llamada fue directa al buzón de voz. Volvió a marcar y dejó un mensaje.

—Hola, Barb, soy la detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff. Espero que podamos ponernos en contacto hoy. Quizá te interese la reciente evolución del caso de Jenna Jerrell. Estoy dispuesta a tener una exclusiva contigo —dijo, bajando la voz lo suficiente como para hacerla caer en la trampa con eficacia—, pero no puedo esperar eternamente. Llámame, por favor, a mi móvil. —Luego colgó con una expresión divertida en el rostro. ¿Cuánto tardaría esa reportera de televisión en picar, una vez utilizada la palabra «exclusiva»?

Aunque, ¿qué le diría? Lo menos posible, al menos hasta que descubriera la conexión entre el Gavin Sharp que salía con Jenna y su padre.

Pero ¿qué conexión?

El otro Gavin no era su padre; toda esa situación no era más que una extraña coincidencia. Empezando a dudar de su cordura, tecleó el nombre en el campo de búsqueda de la base de datos del Sistema de Telecomunicaciones para el Cumplimento de la Ley de California. Este buscador le permitía acceder a bases de datos estatales, como el Departamento de Vehículos Motorizados de California y el Registro de Información de Antecedentes Penales; y a bases de datos nacionales mantenidas por el FBI, como el Centro Nacional de Información Criminal.

Su padre ocupaba un lugar destacado, con varios delitos menores y dos de alcoholemia y alteración del orden público en su historial, y una orden de detención abierta por la agresión con arma mortal que había tenido lugar dieciocho años atrás, cuando había apuñalado a su mujer. El plazo de prescripción ya casi había vencido; solo quedaban tres años.

A Kay las lágrimas le escocían mientras miraba la pantalla. Un calvario tan indescriptible, ¿y solo tres años más? Eso no era justicia, pero dejó de importar hacía ya dieciocho años. Forzando la entrada de aire en sus pulmones, ahuyentó los fantasmas de su pasado y se centró en el otro Gavin Sharp, el sospechoso de la violación y asesinato de Jenna Jerrell.

También había antecedentes penales del Gavin Sharp de San Francisco. Había cumplido seis meses de condena por agresión con lesiones hacía treinta y dos años, y nada más desde entonces. Sobre el papel, iba por el buen camino; pero, en la realidad, se aprovechaba de chicas menores de edad. Aparte de eso, sus registros del Departamento de Vehículos Motorizados mostraban un permiso de conducir limpio y un Hyundai Santa Fe azul a su nombre.

Se quedó mirando la foto del hombre; sus emociones eran un torbellino que apenas podía contener. Tenía cincuenta y seis años, pero no aparentaba más de cuarenta y cinco. Parecía atractivo en su foto del departamento de tráfico, lo que explicaba lo que Jenna había visto en él más allá de una figura paterna. Con la cabeza afeitada para ocultar su calvicie y luciendo una barba de dos días, el hombre era alto y esbelto, y presumía de una sonrisa sensual. Su seductor comportamiento era calculado, cuidadosamente construido.

Era carismático de una forma extraña y familiar que agitaba a Kay, haciéndola sentir incómoda, revuelta. Frunció el ceño ante la pantalla del ordenador y, tras acercar la silla a su escritorio, colocó la foto de su padre junto a la del sospechoso.

El parecido era asombroso. Su padre, de unos cuarenta años en la última foto que tenía el Sistema de Telecomunicaciones para el Cumplimento de la Ley, parecía mayor de su edad debido a la bebida. El Gavin Sharp de San Francisco parecía más joven que su edad real. En la pantalla, con sus imágenes una al lado de la otra, podrían haber sido hermanos. El mismo patrón en su calvicie, solo que su padre nunca se había afeitado la cabeza. El mismo hoyuelo en la barbilla. Pelo oscuro. Ojos marrones. La misma forma del rostro.

La única discrepancia que pudo encontrar era la edad. Este hombre tenía cincuenta y seis años. Su padre, de haber vivido, habría tenido sesenta años. Cerca.

Su contacto en el FBI, un analista de su antiguo equipo, le había enviado los canales de las redes sociales del sospechoso. Ojeando sus

mensajes, encontró sus intercambios con Jenna, las fechas en las que había quedado con ella en Mount Chester. Extrañamente para un cazador como él, no había otras chicas en su punto de mira al mismo tiempo, solo Jenna.

La creciente felicidad de la chica con la relación le dio un tirón en el corazón a Kay; había sido la víctima perfecta para un depredador sexual como Sharp. Vulnerable y deprimida, creyó a la primera persona que le dijo lo que tanto necesitaba oír. Y ahora estaba muerta.

Coincidencia o no, Kay le debía a Jenna llevar a su asesino ante la justicia, sin importar las consecuencias.

Con la mirada fija en la pantalla, fascinada y atraída por el borde de un abismo sin fondo, Kay continuó investigando los antecedentes del segundo Gavin Sharp. Con la garganta seca como un pergamino y el corazón latiéndole en el pecho como un pájaro enjaulado, fue desgranando el pasado del sospechoso.

Inquieta por cada descubrimiento, encontraba aún más puntos en común entre su padre y aquel hombre. Los hechos iban más allá de lo que la coincidencia podía explicar. Los dos hombres habían nacido en la misma ciudad. Habían asistido a las mismas escuelas. Cada nueva coincidencia que descubría en su pasado pintaba un panorama de pesadilla con una única explicación posible: uno de esos hombres había robado la identidad del otro.

Miró las dos fotos como si la verdad estuviera escrita en sus caras de alguna manera. Uno había llevado una vida al aire libre, activo en las redes sociales, sin esconderse, por lo que ella podía ver, desde que había salido de la cárcel. El Gavin Sharp de San Francisco tenía amigos y una vida social, se iba de vacaciones, colgaba fotos suyas en internet. Aunque fuera un depredador sexual, sobre el papel y en la red nada destacaba; ninguna bandera roja.

El otro hombre, su padre, se había aposentado en un pequeño pueblo y nunca se preocupó por relacionarse con nadie de su pasado. No recordaba ningún momento en que su familia o sus amigos la hubieran visitado o llamado, ni antes ni después de aquella fatídica noche de hacía dieciocho años.

La conclusión era obvia. Su padre había robado la identidad de ese hombre y luego había pasado desapercibido, escondiéndose de quién sabe quién y por qué razones.

—Roba siempre a delincuentes —murmuró, citando las propias palabras de su padre de hacía muchos años—, porque los delincuentes no te denunciarán a la policía. —Se lo había dicho una vez a la madre de Kay, después de robarle el cinturón de herramientas a un compañero de trabajo y alardear de ello durante uno de sus desvaríos diarios en estado de embriaguez.

Parecía que su padre había encontrado al criminal perfecto para

robarle la identidad. Tenía sentido.

Pero si eso era cierto, entonces, ¿cuál había sido la verdadera identidad de su padre?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Kendra

Lo primero que le llamó la atención a Elliot de la casa de los Flannagan fue el olor a vino. No a vino fresco ni derramado, sino el tipo de olor que desprenden las barricas viejas después de almacenar vino durante años, una mezcla de uva fermentada y roble. El que llena las fosas nasales nada más entrar en la sala de catas de una bodega.

Los Flannagan poseían una pequeña bodega al sur de Mount Chester, solo unas pocas hectáreas de colinas cubiertas de hileras de viñas perfectamente alineadas. Aunque no era muy aficionado al vino, Elliot conocía sus dos marcas más populares, ambas *cabernet sauvignon*. Blue Mountain era una de ellas, distribuida sobre todo a través de tiendas locales y una o dos cadenas de supermercados. Elliot la había visto en una tienda Safeway de San Francisco hacía unos años, cuando no sabía que el vino se elaboraba a solo unos quince kilómetros de su nuevo hogar. El segundo vino, Black Rose, era de etiqueta exclusiva, una pequeña producción reservada para los entendidos locales con bolsillos holgados y una conexión personal con la familia.

Los Flannagan eran nuevos en el negocio del vino, viticultores de primera generación, pero apasionados. Elliot los había visto de pasada en actos del condado, catas de vino y fiestas, pero nunca había hablado con ellos. Pertenecían a mundos diferentes.

Se quedó de pie en medio de la sala de degustación de vinos, esperando a que el guía turístico de la bodega avisara a los Flannagan de que estaba allí. La bodega estaba inesperadamente concurrida para ser las once de la mañana; parecía que las catas de vino empezaban temprano. Un colorido autobús turístico había descargado una bandada de turistas ancianos, cuya animada charla llenaba la sala de ecos de buen humor.

Enseguida lo condujeron a un pasillo que llevaba a la residencia principal, una granja antigua, renovada y equipada con accesorios modernos, pero que seguía mostrando anchas vigas de roble oscurecidas por el humo que sostenían los techos abovedados. Le recordaba a una vieja taberna de principios de siglo. También olía como una, aunque sin el olor de los puros y del cuero sudado de los aperos de montar.

El señor y la señora Flannagan lo recibieron en la puerta. La mujer tenía unos cuarenta años, vestía pantalones negros y camisa negra. Su piel estaba pálida y sus labios temblaban mientras buscaba sus ojos

con una mirada aterrorizada pero esperanzada.

—¿Han encontrado a mi hija? —preguntó el señor Flannagan. Era mayor que su mujer, quizá rozaba los cincuenta, también vestido de negro, con vaqueros y una camiseta de golf. A juzgar por la piel ligeramente picada y enrojecida de sus mejillas y nariz, parecía ser el más apasionado del vino.

Sacudiendo la cabeza, Elliot enseñó su placa, pero no rompieron el contacto visual para mirarla.

—Soy el detective Elliot Young, de la oficina del sheriff del condado de Franklin. Tengo algunas preguntas, si no les importa.

—No parece un detective —comentó el señor Flannagan, echándole a Elliot una mirada curiosa de pies a cabeza. Sus ojos inyectados en sangre se detuvieron en su sombrero, luego estudiaron por un momento la hebilla de su cinturón y después se fijaron en sus botas Roper.

—Ya me lo habían dicho —respondió Elliot con calma.

La señora Flannagan le indicó el camino hacia un salón amueblado con sofás y sillones de cuero envejecido. Elliot tomó asiento frente a ellos, en un sillón que chirriaba bajo su peso.

—Por favor, guíenme por la tarde de ayer, por cada momento, hasta que se dieron cuenta de que Kendra había desaparecido —les pidió.

El señor Flannagan descorchó una botella de vino y llenó tres copas. Las dejó sobre la mesita, se sentó junto a su mujer con la copa en la mano, se la llevó a los labios y bebió un trago, sediento.

—Salió ayer, después del instituto —dijo. Se limpió las gotas de vino de los labios con la manga y luego miró a su mujer como pidiendo ayuda.

—Salió con unos amigos después del instituto —dijo la señora Flannagan—, pero volvió a las ocho, cuando íbamos cenar. —Sus ojos recorrieron la habitación como si buscaran algo que no estaba allí—. Siempre cenamos a las ocho, luego Vern vuelve a la sala de degustación y pasa un rato con los clientes habituales. Cerramos a las diez.

Los dos se acurrucaron más, cogidos de la mano y mirando a Elliot como si él tuviera todas las respuestas. Los ojos de la señora Flannagan rebosaban lágrimas, pero luchaba contra ellas con valentía.

Elliot abrió su cuaderno.

—¿Saben con quién salió y a dónde fueron? Cualquier detalle podría resultar significativo.

Los ojos de la señora Flannagan se desviaron un momento hacia su marido.

—Kendra sale con un grupo de chicos más mayores. A Vern no le hace mucha gracia, pero si la aceptan, ¿por qué no?

—¿Tienen algunos nombres? —siguió presionando Elliot.

—Um, sí, lo siento. Hay dos chicas con las que está muy unida, Mackenzie Trenton y Alana, um, olvidé su apellido.

Otra vez ellas. Parecía que Kendra y Jenna tenían las mismas amigas.

—Keaney —dijo el señor Flannagan, sin levantar la vista de la copa abandonada sobre la mesa. El líquido burdeos que quedaba apenas cubría la base del vaso.

—Sí, eso es, Keaney —dijo la señora Flannagan—. También hay algunos chicos en el grupo...

—Claro que los hay —dijo el señor Flannagan, con un deje de sarcasmo en la voz—. Donde hay miel...

—Oh, cállate —replicó la señora Flannagan, retirando las manos del agarre de su marido—. Es una chica preciosa, Vern, ¿qué esperabas? Es normal. Tiene dieciséis años. —Se quedó mirando a su marido hasta que este se recostó en el sofá con un suspiro resignado—. Un par de esos chicos son los novios de las chicas. Nick, creo que es su nombre, sale con Alana, ¿verdad? —Vern murmuró algo en señal de acuer do—. Luego está Tim Carter y Richard, um, no sé su apellido.

Esta vez, Vern no tenía nada que añadir.

—¿Todos estos chicos son mayores? —preguntó Elliot.

—Sí —respondió la señora Flannagan—. Estoy bastante segura de que lo son.

—¿Y saben a dónde fueron?

La pareja intercambió una mirada.

—No estoy segura de a dónde fueron anoche, pero suelen ir a la cafetería o al restaurante de Winter Lodge. No hay muchos sitios a donde ir por aquí.

—¿Y Kendra volvió a casa anoche, a tiempo para la cena? —preguntó Elliot, con el bolígrafo atascado en el aire, a centímetros del cuaderno.

Ambos padres asintieron. El señor Flannagan seguía mirando la copa casi vacía, pero sus ojos no estaban concentrados; estaba distanciado, deshinchándose más rápido que un neumático desinflado. La señora Flannagan miró a Elliot con una súplica silenciosa en su insistente mirada.

—¿Les pareció que estaba bien? ¿Que era como suele ser?

Los dos se miraron rápidamente.

—Sí —respondió la señora Flannagan—. Después de cenar, dijo que aún tenía deberes que hacer. Le dimos un beso de buenas noches y se fue a su habitación.

—Y no fueron a verla hasta esta mañana.

—S-sí —balbuceó la señora Flannagan. Juntó las manos con nerviosismo, retorciéndolas como si fueran de arcilla y no de carne y hueso—. Llevo la contabilidad de la bodega y es mucho trabajo. Vern estuvo con los invitados hasta casi medianoche. Yo estuve en la bodega hasta las once, cerrando los libros de cuentas.

Elliot frunció el ceño. —Pensé que había dicho que la sala de degustación cierra a las diez.

Ella lanzó a su marido una larga mirada de desaprobación.

—Oficialmente, sí. Pero algunos de los invitados de última hora de la tarde son habituales, y no los echamos a patadas. Vern les hace pasar un buen rato. Compran unas cuantas cajas de vino antes de marcharse y, una semana después, vuelven a por más. Es bueno para el negocio, siempre que el hígado de Vern pueda soportarlo. —Apretó los labios y bajó la cabeza. Una lágrima cayó sobre sus manos entrelazadas—. La luz estaba apagada en la habitación de Kendra; pensé que estaba dormida y no quise despertarla. —Se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo amargo—. Oh, Dios... mi pobre niña.

Vern rodeó a su mujer con el brazo y la estrechó contra su pecho mientras ella sollozaba sin dejar de mirar a Elliot.

—Por favor, encuentre a nuestra pequeña. Es todo lo que tenemos.

Elliot asintió, sosteniéndole la mirada con toda la seguridad que pudo reunir. Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y preguntó:

—¿Puedo ver la habitación de Kendra, por favor?

La declaración anterior decía que Kendra había desaparecido de su dormitorio, y que habían encontrado la ventana abierta por la mañana, sin rastro de ella. Un técnico ya había buscado huellas en el alféizar de la ventana y había informado de que no había señales de que hubieran forzado la entrada, pero otro par de ojos no vendría mal.

La señora Flannagan lo condujo a un dormitorio en el otro extremo de la casa. Era una habitación bastan te grande, decorada con carteles de grupos pop en las paredes y algunos atrapasueños. La ventana estaba cerrada, los visillos también. La luz del sol filtrada brillaba a través del cristal manchado de polvo de huellas dactilares. Elliot miró fuera; la ventana estaba a solo un metro del suelo, una hazaña fácil para una adolescente que salía a hurtadillas para una cita nocturna.

¿Se había escapado? ¿O la habían alejado de su hogar familiar? ¿La había esperado un hábil depredador en la espesa maleza que se extendía más allá del césped pulcramente cortado?

Abrió los visillos y levantó la ventana. Subió fácilmente; el marco de la ventana era nuevo, ligero, funcionaba sin problemas. Fuera, el suelo estaba cubierto de hierba recién cortada y algo de follaje de los robles cercanos; la suave brisa arrastraba el aroma de la hierba recién cortada. Si Kendra había dejado alguna huella, hacía tiempo que había desaparecido.

Cerró la ventana y echó otro vistazo a la habitación. La cama estaba hecha con sábanas rosas, y cubierta de almohadas y peluches. El desorden en ella era acogedor de alguna manera, cálido y agradable. Su escritorio estaba repleto de libros de texto y cuadernos. En medio

había un portátil Dell con la tapa cerrada, adornado con varias pegatinas.

—Necesito llevarme esto, si no les importa —dijo Elliot. La señora Flannagan asintió.

Lo desenchufó de la pared, enrolló el cable, lo deslizó todo bajo el brazo y se dirigió a la puerta. En el pasillo, el señor Flannagan esperaba con una foto de su hija en sus manos temblorosas.

—Esta es Kendra —dijo, tendiéndole la foto a Elliot—. Tómela, para que sepa cómo es mi hija. — Arrastraba un poco las palabras y tenía los ojos llorosos, rojos e hinchados—. Para que no la olvide.

Elliot cogió la foto y la estudió un momento. Kendra era una chica preciosa, con una larga melena castaña que le caía sobre los hombros en rizos sueltos. En esa foto, su cabeza estaba un poco inclinada. Tenía una sonrisa traviesa que hacía brillar sus grandes ojos marrones.

—Señor Flannagan —dijo, guardando la foto en su bolsillo—, mi compañera y yo haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su hija. No descansaremos hasta darles respuestas.

—Gracias —susurró el hombre, luego se dio la vuelta y buscó el sofá.

Elliot se tocó el ala del sombrero con dos dedos y se marchó. La puerta se cerró tras él con un ruido sordo que retumbó en el gran vestíbulo, y sus botas repiquetearon en las baldosas de piedra mientras caminaba a paso ligero hacia la sala de catas. De allí salían carcajadas, acalladas por una puerta arqueada de roble rústico con adornos de hierro negro.

Kendra podría haber gritado a pleno pulmón la noche anterior; no había forma de que nadie la hubiera oído desde la sala de catas.

Diez minutos después, Elliot dejó caer el portátil de Kendra sobre el escritorio de Kay, sobresaltándola de lo que estaba haciendo. Luego colocó la foto de Kendra encima, sujetándola con el dedo.

—No me importa lo que pienses. Estos casos están relacionados. Antes, cuando me mirabas a los ojos y me decías la verdad, habrías sido la primera en verlo.

Kay se echó hacia atrás y lo miró en silencio durante un momento.

—Sí, tienes razón. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Almuerzo

El aire de la cafetería del instituto estaba un poco cargado. El puré de patatas apestaba a ajo; Alana tenía que evitarlo y esperaba que Nick también lo hiciera. Sus planes para la noche del viernes no incluían largos besos apasionados con el hedor de la planta bulbosa del infierno en sus alientos.

Por desgracia, la ensalada tenía cebolla, otro inconveniente. Era como si la cafetería lo hiciera a propósito. Se imaginó el titular de un periódico: «El instituto utiliza verduras malolientes para frenar la libido de los adolescentes», y se rio. Seguramente los cocineros se estaban partiendo de risa al ver a todas las chicas dudando delante de las mesas, con las bandejas de comida en la mano. La vieja bruja que llenaba los platos sin duda se divertía cada vez que preguntaba: «¿Te pongo puré con eso?», y una chica decía que no con pesar en la voz.

En cambio, Alana miró a la bruja a los ojos y le dijo:

—Prefiero el maíz, gracias. —Luego cogió una manzana de la cesta mientras la mujer depositaba en su plato un trozo de mazorca de maíz.

—¿Hoy no quieres ensalada? —preguntó la arpía, con una sonrisa torcida y pedante. Sus dientes eran irregulares y amarillos. Su chapa decía «Betsy», y le quedaba bien.

—No, señora —respondió Alana, desafiante. A diferencia de Betsy, ella tenía planes para esa noche.

Sintió la mano de Nick en su hombro. Radiante, se volvió hacia él.

—¿*Nuggets* de pollo? —preguntó él, mirando su plato casi vacío.

—Tendrás que salir conmigo esta noche —susurró Alana cerca de su oído. Él le rozó la mejilla con los labios cuando ella se apartó. Emocionada, estudió la cafetería llena para ver si alguien se fijaba en ellos.

Algunas idiotas lo hacían. Una pareja cuchicheaba a su alrededor, con las cabezas muy juntas y los ojos fijos en ella y Nick. «*Chupaos esto, zorras*», pensó, sonriendo y echándose el pelo por encima del hombro, antes de dirigirse hacia una de las pocas mesas vacías.

Puso la bandeja sobre la mesa y se sentó con Nick a su lado. En un intento de mantener a raya a los invasores, colocó su mochila en una de las sillas vacías. Luego volvió su atención hacia Nick, acercándose la manzana a los labios, pero sin morderla todavía.

—¿A dónde vamos esta noche?

Él dio un bocado a su sándwich de jamón y queso y lo masticó rápidamente, con el apetito típico de un adolescente sano.

—¿Quieres ver una película más tarde?

Ella metió el pie por debajo de la mesa hasta que su zapato tocó el de él. Bajó los párpados, pestañeó un par de veces y miró a los lados.

—Lo que tú quieras. —Luego lo miró mientras mordía la manzana.

Él sonrió, leyendo entre líneas perfectamente.

—¿Podemos sentarnos con vosotros? —La voz de una chica interrumpió su momento de apreciación significativa de la manzana. Tres estudiantes estaban de pie junto a la mesa con las bandejas en las manos, esperando.

Alana fulminó con la mirada a la chica que había hablado, una pelirroja a la que le faltaba un *piercing* en la nariz, pero que no se había dado cuenta. Miraba a Nick con la cabeza ladeada, mordiéndose el labio inferior en un coqueteo descarado. Y él cayó en la trampa, pues sonrió, probablemente sintiéndose halagado por la atención, y las invitó a unirse a su mesa con un gesto de la mano.

Al mirar a su alrededor, Alana se dio cuenta de que la cafetería estaba llena. Algunos chicos estaban sentados en las escaleras, comiendo con sus bandejas en el regazo. De buena gana les habría dicho a esas chicas que se largaran, pero no era lo correcto. No iba a volverse posesiva, desesperada y mezquina. Ella era mucho mejor que eso.

Su mirada se transformó en una invitación. Cogió su mochila de la silla de al lado.

—Claro, chicas, uníos a nosotros.

Dos de las chicas ocuparon las sillas disponibles, mientras que la tercera fue a buscar una más. No regresó; momentos después, Alana la vio sentada en las escaleras junto a un tipo con la camiseta del equipo de fútbol.

Nick charlaba con las dos chicas despreocupadamente mientras se comía su sándwich. Hablaban de películas, de lo que habían visto recientemente y de si les había gustado. A él le interesaba cualquier recomendación que hicieran, cualquier cosa que quisieran ver. Parecía como si se hubiera olvidado de ella.

Sintiendo la amenaza de las lágrimas en la garganta, bebió un poco de agua y apartó la bandeja, dejando la mitad de los *nuggets* para hacer compañía a las mazorcas de camino al cubo de la basura. Odiaba lo vulnerable que Nick la hacía sentir, ver una amenaza en cada chica que pasaba. Pero sobre todo odiaba la atención que Nick les prestaba cuando ella estaba allí, a su lado, ignorada y miserable.

No era la primera vez que ocurría. Probablemente se repetiría una y otra vez. Nick era guapo e inteligente, encantador, un verdadero imán para las chicas. Sus rasgos griegos se acercaban a los que su antiguo

pueblo había visto en Adonis. Alto y moreno, con unos ojos negros que taladraban el alma de una mujer y una sonrisa que hacía arder su sangre, Nick era irresistible. Al añadir el descapotable rojo que conducía y sus elegantes modales, comprendió por qué la competencia por su novio siempre sería feroz.

Pero ella estaba preparada para defender los muros de su castillo lo mejor que pudiera. Al menos eso se decía a sí misma, contando los minutos que faltaban para volver a clase, minutos desperdiciados por Nick con las charlatanas de segundo curso.

Estaba a punto de alejarse de la mesa cuando Nick se inclinó más hacia ella y le susurró:

—¿Qué te parece si vemos *Iron Man* esta noche?

Su aliento rozó su piel, enviando oleadas de deseo por todo su cuerpo.

—Vale —respondió ella, sonriendo e inclinándose más hacia él.

—¿En mi casa?

Ella se apartó un poco y lo miró. Sabía lo que eso significaba.

—Vale —repitió. Sus ojos se detuvieron en sus labios carnosos.

—Mis padres van a pasar el fin de semana en San Francisco —añadió acercándose, pero manteniendo la voz baja—. ¿Quieres que hagamos una fiesta?

Por un momento, imaginó hordas de chicas con poca ropa moviendo el culo para su disfrute y se estremeció al pensarlo.

—Ya bailaremos otro día —respondió ella, con los labios cerca de su oreja, casi rozándola—. Esta noche solo seremos tú y yo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Diario

—¿Estás de acuerdo? —Sorprendido, Elliot se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Bajo el ala de su sombrero, sus ojos buscaron los de Kay esperando respuestas.

Kay se levantó y cogió las llaves.

—Vamos. Te informaré por el camino.

—¿A dónde vamos?

—A casa de Jenna —contestó ella, abriéndose paso para salir de la oficina. En el aparcamiento, dudó entre los dos Interceptors, pero Elliot pulsó el mando y abrió el suyo. Kay subió al asiento del copiloto. El sol había calentado el interior del vehículo negro hasta niveles casi insoportables.

Elliot encendió el motor y puso el aire acondicionado al máximo; un flujo de aire helado brotó de los conductos de ventilación al salir del aparcamiento. Parecía preocupado por algo. Esperó a que él sacara el tema.

—Tienes mucha más experiencia que yo —acabó diciendo Elliot—, sobre todo cuando se trata de casos de asesinato del tipo retorcido y psicópata. —Giró hacia la autopista que llevaba a la interestatal, y luego continuó—. Pero ¿no deberíamos centrarnos en Kendra primero? Hasta que sepamos lo contrario, sigue viva. Solo lleva desaparecida quince horas o menos.

Kay se movió en su asiento para mirar a Elliot sin girar demasiado la cabeza.

—Eso es lo que estamos haciendo. Si crees que estos casos están relacionados, entenderás que podríamos encontrar más pruebas en el universo de Jenna que en el de Kendra.

—¿Por qué? La desaparición de Kendra es reciente, nueva, y podríamos averiguar más cosas sobre su estado de ánimo entrevistando a sus amigos y buscando en sus redes sociales.

—Esa es una forma de hacerlo —respondió ella—. Al igual que viajar de aquí a Nueva York tiene decenas de posibles opciones de ruta, en función de las elecciones que se hagan en cada coyuntura, una investigación puede seguir varios caminos. Si se llevan a cabo correctamente, todas llevarán a la misma conclusión.

—Solo una de esas rutas es la más rápida —respondió Elliot—. A Nueva York, quiero decir, y al paradero de Kendra también. No...

—¿No crees que soy consciente de cada minuto que pasa mientras no

sabemos dónde está Kendra? —Kay había levantado la voz, el estrés de las últimas horas le estaba pasando factura—. Cada vez que tomamos la decisión de interrogar a un testigo u otro, nos estamos jugando vidas. Esa es la carga invisible del trabajo de un policía, tener que hacer eso, hacerlo lo mejor posible, y siempre cuestionándose a uno mismo. Y culparse si el resultado no es el ideal. —Respiró, dispuesta a bajar la voz. Elliot no era responsable de nada de lo que iba mal en su vida—. Pero no podemos permitirnos dudar; eso es peor que nada. Tomamos estas decisiones basándonos en nuestras habilida des, experiencia e instinto. —Se detuvo un momento, mirando distraída el paisaje que pasaba a su lado. Las ricas tonalidades de la hierba verde veraniega se encontraban con los tonos más profundos de verde azulado y esmeralda de los lejanos árboles de hoja perenne, altos y orgullosos, que alcanzaban el cielo perfectamente azul. Volvió su atención hacia Elliot—. Mi instinto me dice que hay más que aprender del mundo de Jenna que del de Kendra.

El ala del sombrero de Elliot se movió hacia abajo y luego hacia arriba en un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—¿Por qué?

—Sobre todo porque la vida reciente de Jenna ha estado llena de acontecimientos inusuales. Lo que le ocurriera el pasado abril, y que aún no sabemos, podría haber desencadenado los acontecimientos. El hombre con el que salía, el tipo mayor de San Fra...

—Sí, él. ¿Qué me he perdido? —Le lanzó una mirada rápida.

Hubo un silencio cargado, el único sonido era el rítmico golpeteo de los neumáticos contra las juntas de sellado del asfalto.

—Bueno, se llama Gavin Sharp —respondió Kay, soltando una larga bocanada de aire.

Elliot volvió a mirarla.

—¿Qué? ¿Es alguien que conoces?

Ella se rio con tristeza.

—Ese es el nombre de mi padre. —Se detuvo un segundo, sopesando las palabras antes de pronunciarlas—. Lo que probablemente no sepas es que mi padre desapareció hace dieciocho años después de casi matar a mi madre.

Tragó con dificultad, con la garganta contraída, ne gándose a articular el nombre en voz alta y esperando que Elliot no pudiera leer su lenguaje corporal para darse cuenta de sus mentiras.

Elliot silbó.

—Guau... ¿Estás diciendo...?

—No. Jenna no salía con mi padre —respondió, infundiendo toda la calma que pudo a su quebradiza voz—. Pero ahora puedes entender por qué necesitaba algo de tiempo para ordenar este lío.

El silencio llenó el espacio entre ellos durante un largo momento.

—¿No sentiste que podías confiar en mí? —Parecía dolido, y tenía motivos para sentirse así.

—No, no es eso, Elliot. Fue el *shock*, eso es todo. En dieciocho años no he oído su nombre, salvo cuando la gente me preguntaba si sabíamos algo de él. Tiene órdenes de arresto pendientes. Mi padre es un fugitivo buscado.

Otro instante de silencio.

—Supongo que los sándwiches de la máquina expendedora no son tan malos, después de todo.

Ella sonrió débilmente. Él enseguida se dio cuenta de lo que había pasado.

—Aunque igualmente no los recomendaría.

—Entonces, ¿quién es ese tipo? ¿Tiene alguna relación contigo?

—Ninguna, que yo sepa. —Otro suspiro se escapó de su pecho—. Pero esto desenterrará de nuevo mi vieja historia.

—¿Qué edad tenías cuando ocurrió?

Ella lo miró sin darse cuenta de que había bajado los ojos.

—Trece. Pero los abusos venían de años atrás. Yo solo... Nunca conocí otra forma de vida hasta que se fue.

La mano de Elliot abandonó el volante y encontró la suya. La apretó suavemente, infundiendo fuerza en su corazón.

—¿Qué sabemos de este Gavin Sharp?

—Bueno, tiene antecedentes. —Se alegró de cambiar de tema.

—Alégrame el día y dime que es por violación.

—No, lo siento. Un simple asalto y agresión, una pelea en un juego deportivo que salió mal. Cumplió su medio año y luego nada. Supongo que adquirió nuevas habilidades dentro de la cárcel, aprendió a pasar desapercibido.

Elliot detuvo el todoterreno frente a la residencia de los Jerrell.

—¿Qué esperas encontrar aquí?

—Respuestas —respondió Kay, antes de salir del Ford.

Brenda Jerrell tardó un rato en abrir la puerta. Kay siguió insistiendo al ver que su coche estaba en la entrada. Varias hojas de roble habían caído sobre el parabrisas; aquel coche no había circulado en un par de días.

La señora Jerrell estaba tan pálida como una sábana, con una mirada atormentada y vacía. Tras dudar un momento, los reconoció y se hizo a un lado, dejándolos pasar.

El salón estaba envuelto en la oscuridad, las cortinas seguían cerradas a pesar de que eran las dos de la tarde. El aire estaba viciado, el polvo se arremolinaba en partículas visibles allí donde un rayo de luz atravesaba las cortinas. La puerta del dormitorio, donde el señor Jerrell se había suicidado, estaba abierta de par en par, con una mancha de sangre seca de un intenso tono granate sobre la alfombra a

los pies de la cama. Había una manta y una almohada en el sofá; la mujer debía estar durmiendo en el salón.

—Por favor, dígame que tiene a alguien que la ayude —susurró Kay, estrechando las manos de la mujer entre las suyas. Estaban frías al tacto, sin vida.

Se quedó mirando a Kay con una mirada vacía, como si no comprendiera. Después de un momento, dijo:

—Mi hermana viene de Detroit. Esta noche.

—Bien —respondió Kay en voz baja—. No esté sola en un momento así. Por favor, llámeme si necesita algo —añadió, poniéndole la tarjeta en la mano.

Ella asintió.

—No sé vivir sin ellos. Simplemente no sé —susurró, con voz frágil y quebradiza—. ¿Encontraron a quien le quitó la vida a mi niña?

—Seguimos investigando —respondió Kay con cautela—. En realidad, necesitamos su ayuda.

La mujer asintió con la cabeza, rodeándose el cuerpo con la bata como si estuviera combatiendo un escalofrío.

—¿Recuerda algo más sobre el cambio de comportamiento de Jenna de la primavera pasada?

No hubo respuesta, era como si la señora Jerrell no hubiera oído la pregunta.

—¿Quizá conoció a alguien o perdió a alguien? —Otra vez sin respuesta—. ¿Estaba siendo intimidada en el instituto? —Durante la última entrevista con la madre de Jenna, ambos progenitores habían mencionado el acoso escolar. Kay esperaba que si conseguía que la señora Jerrell recordara algo, sería más fácil hacerla hablar.

—Sí —susurró—. Pero no sabemos quién fue.

—¿Les dijo algo al respecto?

Brenda sacudió la cabeza mientras su mirada buscaba el suelo.

—Ella no nos dijo nada. Habríamos hecho algo, hablado con alguien. Simplemente se cerró, lo enterró todo dentro —se dio un par de palmadas en el pecho con el puño, duras, castigadoras—, porque yo no estaba aquí. No estaba para ella.

—No es culpa suya, señora Jerrell —dijo Kay, hablando con firmeza pero con suavidad—. Estaba trayendo la comida para su familia. ¿Sabe quién hace eso? —Ella no contestó—. Los héroes, señora Jerrell. Héroes como usted.

La mujer levantó los ojos y miró a Kay, con el rostro aún inexpresivo. Una lágrima manchó su mejilla.

—Ya es demasiado tarde.

No había mucho que pudiera hacer, no mientras Kendra siguiera desaparecida. Su vida podía pender de un hilo y el tiempo se agotaba. Odiándose a sí misma por precipitarse, preguntó:

—¿Podemos ver la habitación de Jenna?

La señora Jerrell asintió, se dirigió a la habitación y abrió la puerta. Kay entró, estudiando cada detalle de lo que estaba viendo y la imagen que pintaba de lo que Jenna solía ser.

Su cama estaba encajada en un rincón. Encima, en la pared lateral, un gran cartel celebraba el lanzamiento del nuevo single de Gavin DeGraw, *Soldier*. El artista, con un sombrero de fieltro marrón, tocaba el piano bajo la lluvia.

Kay se quedó mirando la cara del verdadero DeGraw, buscando un vago parecido con el Gavin Sharp de San Francisco, tan vago que solo podía haber sido en su imaginación. La suya y la de una joven enamorada, una chica que había luchado contra el acoso escolar y buscaba un protector, alguien que la defendiera y aliviara su dolor. Su propio soldado.

A Kay le vino a la mente un estribillo familiar. Murmuró algunas letras de memoria, un poco desafinadas.

—¿Qué? —preguntó Elliot.

—Esto —respondió Kay, señalando el póster de DeGraw—. Por esto se enamoró de él, y se moría de ganas de contárselo a alguien.

—¿Enamorarse de quién? —preguntó la señora Jerrell. Un destello de interés iluminó sus ojos.

Kay se volvió hacia la mujer pálida, deseando que hubiera alguna forma de evitar darle una respuesta.

—Tenemos razones para creer que salía con un hombre más mayor de San Francisco.

—¿Salir? —Apartó la mirada como si buscara en su memoria—. Mi hija estaba deprimida y casi nunca salía de casa. Pasaba la mayor parte del tiempo en su ordenador.

—Donde conoció a ese hombre —añadió Kay.

La señora Jerrell se lamió los labios secos y agrietados.

—¿Fue él quien, um, la mató? —Su voz se volvió ronca, quebradiza.

Kay asintió.

—Eso parece, sí.

—¿Saben quién es?

—Sí, lo sabemos, y se está emitiendo una orden para su arresto.

—¿Y quién es? —insistió la mujer, agarrando el brazo de Kay con sus manos temblorosas.

Kay dudó, preguntándose qué pensaría la señora Jerrell al oír el nombre del sospechoso.

—Por desgracia, no podemos revelar esta información —respondió Elliot—. Se trata de una investigación en curso.

—Ya veo —contestó la señora Jerrell, soltando el brazo de Kay, y se alejó.

—¿Su hija tenía un diario? —preguntó Kay. Como la mayoría de los

adolescentes enamorados, Jenna debía morirse de ganas de charlar con alguien sobre su nuevo romance, solo que no tenía a nadie con quien hablar. Un diario habría sido lo mejor.

—Que yo sepa, no —respondió la señora Jerrell.

—¿Le importa si...?

Kay se detuvo a mitad de la pregunta al notar el gesto de invitación de la señora Jerrell. Miró alrededor del pequeño dormitorio, preguntándose dónde habría escondido Jenna un diario. En los cajones del escritorio no; demasiado obvio. Sin embargo, los abrió de un tirón y pasó las manos por debajo, buscando algún objeto que pudiera haber estado pegado fuera de la vista.

Nada.

Elliot empezó a mirar dentro del armario, abriendo cajas de zapatos y pasando las manos por los bolsillos más grandes de los abrigos de invierno, mientras Kay se quedaba mirando la cama. Se arrodilló a su lado y miró debajo. La plataforma del colchón era un marco de madera con travesaños de siete centímetros de ancho. Con la linterna, revisó la parte inferior del colchón centímetro a centímetro. Hacia la mitad, notó un área más oscura, rectangular, con bordes irregulares.

Jenna había hecho un agujero en el colchón.

—Tengo algo. —Kay se puso guantes nuevos y metió la mano debajo de la cama, intentando llegar al agujero.

Elliot agarró el colchón por los bordes y lo levantó, dejando al descubierto el corte. En el interior del colchón se veían los bordes de un pequeño cuaderno y el extremo de un marcapáginas rojo. Con cuidado de no hacerse daño con los bordes de los muelles ni estropear el diario, Kay extrajo el pequeño cuaderno centímetro a centímetro. Tal vez contenía las respuestas que había estado buscando. O, al menos, una pista, algo que les indicara la dirección correcta para descubrir qué le había ocurrido a Jenna el pasado abril.

La agenda era verde, con un intrincado diseño floral dorado en relieve en la tapa dura y un cierre magnético que la mantenía cerrada. Por la decoloración de los bordes de las páginas, Jenna había llenado casi la mitad. Kay soltó el cierre y el diario se abrió; una rosa seca, cuyos pétalos eran ahora de un rojo desgastado y descolorido, había quedado prensada entre las páginas.

Una rosa, atrapada entre páginas pulcramente escritas en una cursiva interminable, la quintaesencia del amor adolescente. Por un momento, Kay sintió la tentación de tomar asiento en la gastada alfombra y ponerse a leer, pero tuvo que esperar.

La señora Jerrell se quedó mirando el pequeño objeto como si fuera de otro mundo.

—¿Puedo, por favor? Es de mi hija. —Un sollozo ahogado le cortó la respiración.

Kay le cogió la mano y se la apretó.

—Le prometo que se lo devolveré. Pero es una prueba, y tenemos que estudiarla lo antes posible. No se lo puedo devolver hasta que no analicemos las huellas.

Elliot abrió una bolsa de pruebas, introdujo el diario en ella, dobló la solapa y la cerró.

Resignada, la señora Jerrell se quedó en la puerta del dormitorio, desolada, sin habla, viéndolos alejarse. Desde el salón, Kay se detuvo y preguntó, levantando en el aire el diario sellado como prueba:

—¿Hay alguien que pudiera saber sobre la existencia de esto?

La señora Jerrell se secó una lágrima.

—*Yo* ni siquiera lo sabía. No sabría decirle. —Sacudió la cabeza y juntó las manos con fuerza—. Tal vez Mackenzie o Alana, sus mejores amigas. Eran inseparables. Antes de abril, al menos, solían serlo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Fallos

No habían conducido más de un kilómetro y medio más o menos en dirección a la casa de Mackenzie Trenton cuando un mensaje de texto del doctor Whitmore hizo que Elliot pisara el freno y diera un giro de ciento ochenta grados con las sirenas encendidas para apartar el tráfico en sentido contrario. Sorteando rápidamente el ajetreo de la tarde, no dejó a Kay demasiado tiempo para pensar en el diario. Había planeado leer unas cuantas páginas antes de entrevistar a Mackenzie Trenton, para tener una idea de cómo estaba Jenna, tal vez para comprender mejor sus relaciones con sus mejores amigas.

—Gracias por salvarme ahí dentro —dijo en cuanto Elliot apagó la sirena, con las mejillas sonrojadas. Nunca antes había necesitado que la rescataran; la sensación era nueva para ella y un poco abrumadora. Se había quedado helada cuando la señora Jerrell había preguntado por el nombre del sospechoso. Congelada, ella, con toda su experiencia. Increíble.

Elliot no respondió enseguida. Se limitó a esbozar una rápida sonrisa, amable y comprensiva.

—Trabajar en este caso va a ser como intentar atrapar moscas si estás pensando en contener las reacciones de la gente cuando oigan el nombre del perpetrador. No se puede. Van a hablar tanto que te harán preguntarte si desayunaron lengua. Pero así es la gente, y lo sabes. Cotillean.

Kay se rio entre dientes, bajando la mirada, sintiéndose vulnerable. Era ella la doctora en psicología, pero necesitaba que su compañero le hiciera entrar en razón. Y la tenía, aunque no conociera toda la historia. No podía dejarse intimidar de nuevo por sus propios miedos. Antes de que la polvareda volviera a asentarse sobre el nombre de Gavin Sharp, iba a haber aguas revueltas, preguntas que ella no esperaría, chismorreos, especulaciones y despistes.

Pero podría manejarlo. Tenía que hacerlo.

—Gracias, compañero —respondió ella—. Ahora, vamos a ver cómo reacciona el doctor a esto ¿de acuerdo? Llamémoslo prueba.

—Sí, señora —respondió Elliot, aparcando delante del edificio del forense.

Dentro, las mesas de examen de acero inoxidable estaban vacías y las potentes luces del techo, apagadas. El doctor Whitmore y uno de sus ayudantes trabajaban en silencio, como una máquina bien engrasada

que intercambiaba muestras y manejaba el equipo de laboratorio sin problemas. El forense tomaba los portaobjetos alineados en la bandeja sin levantar los ojos del ocular del microscopio mientras su ayudante los preparaba con destreza y rapidez, tomando notas al dictado en un portapapeles con los resultados.

Kay se detuvo junto al forense, sonrió en lugar de saludar y le entregó la bolsa de pruebas con el diario de Jenna.

—¿Podrías tomar las huellas de esto muy rápido, por favor? Tenemos prisa.

El doctor Whitmore hizo una seña a su ayudante, una joven morena que llevaba una bata rosa descolorida. Ella abandonó el portapapeles sobre la mesa, cogió la bolsa con visible curiosidad y la desprecintó, luego extrajo el contenido con cuidado y lo dejó sobre una mesa de laboratorio limpia con ruedas. Kay observó sus manos mientras se movían con rapidez, haciendo girar el cepillo de polvo para huellas dactilares con gestos precisos de sus dedos largos y finos enfundados en guantes de látex azul. A su paso, el polvo negro se depositó en las tapas y el lomo del diario, revelando remolinos, arcos y bucles que luego levantó con cinta adhesiva transparente.

Kay se volvió para mirar al doctor Whitmore.

—¿Algún resultado de ADN?

El forense señaló hacia un ordenador que buscaba en los registros en silencio, solo el débil zumbido de su disco duro lo delataba.

—Acabo de cargar la primera muestra en el sistema. Las otras siguen procesándose en el secuenciador. Llevará un tiempo.

—¿Y si te digo con quién compararlo? ¿Aceleraría eso las cosas?

—Sí —respondió, entusiasmado—, pero solo la parte de búsqueda en el sistema de perfiles condenados, no la secuenciación. Si los tengo identificados en ese sistema, tardaré un minuto o dos.

—Sí, está en el sistema —respondió ella. Elliot la miró alentadoramente—. Su nombre es Gavin Sharp.

—¿Cómo? —preguntó el doctor Whitmore, mirando a Kay por encima de sus gafas de montura gruesa con una expresión severa en el rostro.

—Gavin Sharp —repitió ella, aún aturdida por el sonido de su nombre pronunciado en voz alta por su propia voz—. No el de Mount Chester, que está desaparecido. No mi padre. Hay otro, en San Francisco.

La mirada del doctor Whitmore se detuvo en ella un instante más, escrutadora, impenetrable.

—¿No es una extraña coincidencia? O eso creo. —Se levantó, se quitó los guantes y se enjuagó las manos en un pequeño lavabo situado al final de la larga mesa de laboratorio. Después de secárselas, miró a Kay como para ver si lo que había dicho iba en serio. Luego se acercó

al ordenador que gestionaba la base de datos del sistema de perfiles condenados y empezó a buscar con el teclado de plástico—. ¿Has dicho Gavin Sharp?

—Sí —respondió Kay, conteniendo la respiración. Todas las pruebas apuntaban al hombre de San Francisco que había engañado a Jenna para que se reuniera con él.

El doctor Whitmore tecleó el nombre en el campo de búsqueda y esperó unos instantes. El sistema devolvía dos resultados.

—Seleccionando el de San Francisco —dijo, resaltando la segunda entrada de la base de datos, y pulsó «Intro». El sistema emitió un pitido silencioso y en la pantalla apareció un mensaje enmarcado en un recuadro rojo—. No coincide —dijo el doctor Whitmore, mirándola un momento mientras luchaba por contener su decepción.

Si no era Gavin Sharp, entonces, ¿quién? ¿Qué les faltaba? Lanzó una mirada a Elliot, que parecía tan consternado como ella.

—Solo es un sudes, ¿verdad? —preguntó Kay, poco dispuesta a creer que Gavin Sharp estuviera libre de sospecha.

—Se encontraron las mismas huellas en ambos envoltorios de condones, y no están en el sistema de identificación de huellas dactilares. Y tampoco coinciden con las huellas de este hombre.

No tenían nada, y a Kendra se le acababa el tiempo.

—Si no te importa que te pregunte —dijo el doctor Whitmore—, ¿cómo de segura estás de la identidad de este hombre? Esta coincidencia de nombre es, cuando menos, extraña.

Apretando los labios con fuerza, Kay asintió. Por supuesto, el doctor sospechaba. Todo el mundo con medio cerebro sospecharía, y el forense era listo como un lince.

—Así es como llegamos a él, doctor. Es el hombre con el que Jenna chateaba por internet y con el que salía a veces, cuando venía en coche desde la ciudad.

El forense se inclinó hacia la pantalla del ordenador y entrecerró un poco los ojos.

—¡Este hombre tiene cincuenta y seis años! ¿Salir? Eso no es salir, eso es... —Había alzado la voz, pero luego se detuvo bruscamente, bajando su mirada ardiente—. Bueno, supongo que he visto cosas peores. Todos lo hemos hecho. Me preguntaba si te importaría que mirara el perfil del otro Gavin Sharp.

Kay se encogió de hombros, sabiendo ya la respuesta.

—Adelante, doctor. Ibas a cotejar la muestra con todo el sistema de todas formas, ¿verdad?

El forense volvió a buscar el nombre del padre de Kay y pulsó «Intro». Un momento, y el decepcionante pitido avisó de que no se había encontrado ninguna coincidencia.

—Oh, bueno. Seguiré buscando y, con suerte, pronto tendremos una

coincidencia. Pero podría llevar un tiempo.

—¿Por qué nos has llamado, doctor? —preguntó Elliot. Se había mantenido a distancia, observando. Elliot era callado, pero su aguda atención captaba cosas que ella a veces pasaba por alto.

—Ah, sí —respondió el doctor Whitmore, enderezando la espalda y metiéndose las manos en los bolsillos de la bata—. Tengo algunos resultados interesantes que compartir. —Se acercó a la mesa y cogió el mando a distancia. El televisor montado en la pared cobró vida. Pulsó los botones varias veces y se detuvo en una vista en paralelo de las fibras capilares—. Las dos fibras de pelo que encontramos en la ropa de Jenna no eran suyas. Lo sospechaba, teniendo en cuenta la longitud y el color; creo que ya lo había compartido con vosotros.

Kay casi se había olvidado de las fibras capilares. Su imagen mental inicial del sudes era la de un varón con el pelo más largo, posiblemente decolorado. Cuando había llegado a Gavin Sharp de San Francisco, se había quedado tan sorprendida que se había olvidado por completo de esas dos fibras capilares.

Maldición. Eso era un trabajo descuidado, imperdonable. Su lógica había sido errónea, deformada por la emoción. Que se jodieran todos los Gavin Sharps del mundo.

—¿Están decolorados, doctor? —Su voz era tentativa, no era su tono asertivo habitual.

—Exacto. Pensé que lo había comentado. Disculpad. Sí, están decolorados. Aquí —señaló la pantalla con el dedo índice—, este es el color natural del pelo: castaño caramelo. Lástima que no tengamos folículos radiculares.

—Entendido —dijo Kay, dispuesta a irse.

La ayudante del doctor Whitmore —Cheryl, según el nombre que ponía en la bata— depositó el diario de Jenna en manos de Kay y desapareció. Lo había sellado en una nueva bolsa de pruebas, firmado y fechado.

—Gracias, Cheryl. Por favor, avísame cuando tengas una coincidencia.

—Es todo de Jenna —respondió la chica—. No he sacado huellas de todas las páginas, pero...

Kay sacudió la cabeza.

—No hace falta, gracias. —Se volvió hacia el doctor, pero él levantó la mano para detenerla.

—Aún no he terminado; hay más. —La imagen mostrada en la pantalla del televisor cambió a una foto de dos envoltorios morados de preservativos tomada en el lugar de los hechos—. Creo que os comenté que las huellas encontradas en estos envoltorios pertenecen al mismo hombre, pero no está en el sistema de identificación de huellas.

Kay sintió una punzada de ansiedad corriendo por sus venas. Otra cosa que se había perdido... Las huellas de Gavin Sharp habrían estado en el sistema; era un exconvicto. Había perdido un tiempo precioso persiguiendo a ese hombre cuando las pruebas le decían que no era el violador de Jenna.

Ajeno a su agitación interna, el doctor Whitmore continuó:

—Pude hacer coincidir el lubricante encontrado en estos envoltorios con los rastros hallados en el cuerpo de Jenna. Es una coincidencia perfecta; te alegrará oírlo, porque estos envoltorios se encontraron en un lugar público, y la defensa podría hacer que los desestimaran durante el juicio. Sin embargo, el emparejamiento se hizo a nivel enzimático, teniendo en cuenta el tiempo que el lubricante había estado expuesto al aire una vez roto el precinto. Su composición química se altera ligeramente en presencia de oxígeno. Ambas muestras, los envoltorios y el rastro obtenido del cuerpo de Jenna, estuvieron expuestas al oxígeno durante aproximadamente el mismo periodo de tiempo. Es una prueba sólido que se mantendrá en el tribunal.

Tribunal.

La palabra resonó en su mente, retumbando de forma extraña, como si fuera algo muy lejano.

Antes de ir a juicio, necesitaban un sospechoso, una pista que los llevara hasta Kendra, y la necesitaban rápido si había alguna esperanza de encontrar a esa chica con vida. Se estremeció al pensarlo; cada minuto que Kendra pasaba en cautividad recaía sobre ella y su defectuoso pensamiento. Si moría, su sangre mancharía las manos de Kay.

—Muy bien, doctor —dijo, tocando el hombro del médico—. ¿Qué más? Dame algo que pueda usar ahora mismo para...

—La drogaron. —Su voz era severa, contradiciendo la comprensión que Kay leyó en su mirada indulgente—. Encontramos GHB en su sistema. Estuvo sedada, maleable, apenas capaz de luchar contra su agresor, pero aún despierta. Se habría sentido un poco mareada, quizá con náuseas. Si hubiera sobrevivido al ataque, al día siguiente probablemente no habría sido capaz de recordar nada.

—¿Alguien le dio drogas para violarla? —preguntó Elliot.

—Sí —respondió el doctor Whitmore—. Viendo eso, di prioridad al análisis del contenido estomacal. Tendré algo definitivo mañana por la mañana a más tardar.

Consultó el reloj digital de la pared. Eran casi las cinco. Una sonrisa floreció en los labios de Kay.

—Gracias, doctor.

—¿Creéis que este caso tiene algo que ver con la chica desaparecida, Kendra Flannagan? Conozco a sus padres desde hace años. Son buena

gente.

—Podría ser el mismo sudes —respondió Kay, frunciendo el ceño—. Creo que Jenna fue su primera violación, tal vez no planeada, tal vez oportunista. Desordenada. Desorganizada. Pero descubrió cuánto le gusta, tanto que necesitó más. Usó dos condones, ¿verdad?

El doctor Whitmore asintió, mirándola sombríamente a través de sus gafas de montura negra.

—Tal vez se llevó a Kendra porque le gustaría pasar más tiempo con su víctima, en un lugar donde pueda descubrir quién es en realidad y pueda contenerla mejor. —Se estremeció cuando la idea empezó a tomar forma—. Un lugar del que no pueda escapar. Un lugar donde nadie pueda oír sus gritos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Fragmentos

Natalie Gaskell miraba cómo cambiaban los dígitos, obsesivamente, incapaz de concentrarse en otra cosa, aunque tenía un libro abierto bocabajo en el regazo. Sus ojos se movían nerviosos entre el reloj y la calzada vacía, ambos símbolos de su propia irrelevancia.

Ni su marido ni su hijo la habían tomado lo suficientemente en serio como para volver a casa.

Se odió a sí misma por amenazar en vano. ¿Cómo iba a desconectar la línea del móvil de Richard cuando ese teléfono era su último vínculo con él? Era su salvavidas, su única esperanza de volver a hablar con su hijo. Parecía que cada vez que ella amenazaba con algo, solo empeoraba las cosas. Podía sentir su odio como si fuera una presencia física entre ellos. Crudo, implacable, abrasador, un lugar del que no podía volver.

Recordar su última pelea le hizo un nudo en la garganta. Cerró el libro y lo abandonó en el sofá, luego se levantó y se acercó al minibar, con los ojos todavía fijos en la calzada vacía que se extendía frente al ventanal. Las sombras se alargaban en el césped perfectamente cuidado para dar paso al anochecer.

Si Richard tuviera planes de volver a casa después de clase, ya estaría ahí.

Con la mano congelada en el aire durante uno o dos segundos, pensó en llamar a casa de Renaldo, donde Richard parecía disfrutar pasando la mayor parte del tiempo. Pero su llamada no sería bienvenida. Le gritaría, la amenazaría, la acusaría de seguirlo, de perjudicar sus relaciones con sus amigos. Nada bueno saldría de eso.

En su lugar, eligió la botella de cristal tallado llena de *whisky* escocés de doce años y se sirvió un triple en uno de los vasos a juego. Le siguieron unos cuantos cubitos de hielo, depositados sin ceremonias en el vaso después de haberlos sacado con los dedos de la bandeja dispensadora. Un par de gotas cayeron sobre la barra lacada, otras pocas sobre su blusa de seda, pero ella no se dio cuenta.

Por decimoquinta vez desde aquella mañana, cogió el teléfono y marcó el número de su hijo. Saltó directamente el buzón de voz. Su hijo, su propia sangre, la estaba volviendo loca. Era su derecho, su naturaleza rebelde, pero también la arrogancia que destilaba. Se había convertido en eso tras haber sido un dulce niño cuya mente estaba muy por delante de su edad y que pronto se dio cuenta de que era más

listo que la mayoría. Después de esa toma de conciencia, vino el distanciamiento, el comportamiento sin afecto que la volvió loca.

Una cosa era cierta. Si él no quería volver a casa, ella no podía obligarlo. Lo mismo ocurría al mantener una conversación con él. Parecía que todo tenía que suceder en sus términos.

El crujido de los neumáticos atrajo su atención. No era el Jeep de Richard. El Maybach de Edward se detuvo lentamente en la entrada y luego entró en el garaje. Escuchó cómo se cerraba la puerta y bebió un último sorbo de *whisky* antes de dejar el vaso vacío en la mesita junto al sofá.

Al oír sus pisadas acercándose, ligeros golpecitos de sus suelas de cuero contra las hermosas baldosas de mármol, la rabia se hinchó en su pecho. Era culpa suya que Richard se hubiera ido. El chico idolatraba a su padre, ese cabrón mentiroso y tramposo, y la odiaba.

—Por fin lo has conseguido —dijo en cuanto Edward entró en el salón.

Él le lanzó una mirada cansada y se aflojó la corbata. Luego se quitó la chaqueta y la dejó en una silla junto con su maletín, camino del mismo minibar que ella había visitado minutos antes.

El arquitecto que diseñó la casa había colocado el minibar en un rincón de la habitación, junto al ventanal con vistas a las áridas cumbres rocosas de la montaña de Mount Chester. Tenía taburetes de cuatro patas, una encimera de piedra con un pequeño fregadero, una nevera para vinos, una mininevera con dispensador de hielo y varios estantes de cristal en la pared del fondo para guardar las botellas que no necesitaban refrigeración.

Edward fue detrás del mostrador y abrió la nevera.

—¿Quieres algo?

Estaba a punto de hacer otro comentario sobre Bambi o como demonios se llamara, pero su pregunta sembró una sed urgente en su garganta.

—Sí. —Recogió su vaso vacío de la mesita y se acercó a la barra, dándose cuenta de que estaba contoneando las caderas. Llevaba unos vaqueros elásticos blancos con tacones negros y una blusa de seda azul que bri llaba bajo la luz eléctrica—. Sigo con el escocés, si no te importa.

Sin mirarla ni decir nada, cogió su vaso y vació lo que quedaba en él en el fregadero. Luego lo llenó hasta la mitad y añadió unos cubitos de hielo. Tras ponerlo delante de ella, le dijo:

—No me importa.

Por supuesto, no le importaba. Para que a uno le importara, primero tenía que preocuparse.

—¿Dónde está Richard? —preguntó, después de beber un largo sorbo de vodka, directamente sacado del congelador.

—Oh, ¿te has dado cuenta de que no está en casa? —preguntó ella, con la voz cargada de veneno—. Es interesante ver las cosas en las que te fijas cuando te molestas en estar aquí.

Él le lanzó una rápida mirada y se desabrochó los dos botones superiores de la camisa.

—Olvídalo.

—¡No! —gritó ella, pegando un golpe con el vaso con tanta fuerza que el líquido dorado y translúcido se derramó, formando un pequeño charco sobre la encimera—. No me digas lo que tengo que hacer en las raras ocasiones en que la señorita Bambi te suelta la correa.

—Joder, mujer —dijo él, pasándose las manos por el pelo—. ¿Y te preguntas por qué demonios ya no quiero venir a casa? —Lo miró fijamente, desafiante, invitándolo a continuar si se atrevía—. ¡Esto no es un hogar; esto es el puro infierno! Prefiero pasar las tardes con mis clientes asesinos, esperando a que les paguen la fianza. Sí. Prefiero pasar tiempo en la cárcel que aquí contigo —añadió, volviendo a su tono de voz normal, reservado para la sala del tribunal. Frío, objetivo, in flexible, cada palabra era una puñalada en el corazón de Natalie.

Sin mediar palabra, ella cruzó la gran alfombra oriental hasta la silla donde Edward había abandonado su chaqueta y su maletín. Desbloqueó los cierres con un sonoro chasquido, abrió el maletín y rebuscó en él.

—¡Eh! —gritó Edward—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Frenética, buscó bajo la pila de papeles y dentro del bolsillo, pero no encontró los condones que sabía que solía llevar consigo.

—¿Dónde están, Edward? —preguntó ella, volviéndose hacia él cuando lo sintió cerca.

La miró con una extraña expresión en los ojos. Era de sorpresa, de disgusto, pero también de lástima. Ni rastro del amor que solía tener. Nada.

—No los llevo, Natalie. Ya no los uso.

Ella quería decirle un millón de cosas que la ahogaban. La rabia le exigía que preguntara si Bambi —o como se llamara esta vez— usaba ahora un DIU. La lógica quería que indagara y encontrara dónde más escondía él sus condones, fuera de su alcance, para que no pudiera llevar la cuenta de cuántos usaba.

Pero la mujer dolida que había sido engañada y aún lo amaba ganó la batalla.

—No te creo —dijo ella finalmente, apoyándose en la pared. Sentía las rodillas débiles, temblorosas.

—¿Qué quieres de mí, Natalie? —volvió a preguntar él con calma, deteniéndose frente a ella con las manos en las caderas—. No importa lo que diga, te enfadas por todo. Si quieres que me vaya, dilo.

La idea de pasar interminables días deambulando sola por la casa,

con la bebida en la mano, le hizo subir la bilis a la garganta. Las lágrimas amenazaban con salir por sus ojos, volviendo quebradiza su voz.

—Quiero recuperar a mi hijo. Y quiero que te quedes.

Edward suspiró y se dio la vuelta, mirando por la ventana un momento. Estaba oscureciendo.

—Tú lo apartaste —dijo él objetivamente—. Tienes que dejar de gritar. Es solo un crío. Nuestras peleas son demasiado para él.

Por supuesto, todo era culpa de ella. Típico de Edward. Malditos narcisistas; nunca era su culpa, ni siquiera cuando lo sí lo era.

—Tú me engañaste —dijo ella, las palabras salían con matices de rabia—. Y él me culpa a mí. Eso no es justo.

Edward se acercó más a ella y le tocó puso las manos en los hombros.

—La vida no es justa, Nat. Nunca lo fue, nunca lo será.

Sentir sus manos a través de la fina tela de su blusa le provocó una oleada de irritación. Aún no estaba preparada para la cercanía. No cuando cada vez que ella cerraba los ojos, lo veía follándose a esa flacucha estúpida duro y rápido, como a él le gustaba.

Se apartó y lo miró.

—Haz que vuelva a casa o denunciaré su desaparición. Involucraré a la policía si no puedes manejar a tu propio hijo.

Con la boca abierta, Edward la miró durante un largo rato. Natalie giró sobre sus talones y se alejó. Al llegar a las escaleras, oyó que un objeto se estrellaba contra las estanterías de cristal del minibar, haciéndolo caer todo en una estruendosa explosión de fragmentos.

No miró hacia atrás.

Debió ser el vaso de Edward, arrojado contra la pared en un arrebato de ira. Tenía muy poco control de sus impulsos, igual que Richard.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Mackenzie

Los colores del sol poniente empezaban a colorear Wildfire Ridge, amenazando con la oscuridad en el momento en que desapareciera tras las colinas. El anochecer era rápido en las regiones montañosas.

Elliot condujo rápidamente hasta la casa de Mackenzie Trenton, lo que mareó a Kay, pero no levantó los ojos de las páginas del diario de Jenna.

20 de abril

Soy una puta.

Una golfa. Una zorra. Una ramera. Una perra.

Así me llaman vaya donde vaya. Haga lo que haga.

No en mi cara, porque eso requeriría coraje y ellos no son más que cobardes. Lo sé, pero aun así duele. Pensé que eran mis amigos.

Algunos de ellos siguen fingiendo que lo son, pero, cuando entro en la habitación, todos dejan de hablar y cambian de tema a algo como los deportes o las tareas escolares.

Lo que más me duele es que nadie se molesta en preguntarme si es verdad. Y que me dé la oportunidad de explicarme.

Solo me insultan a mis espaldas y susurran mentiras sobre mí.

23 de abril

Papá me ha preguntado si me acosan en el colegio. Ay, papi... Nunca podría decirte lo que está pasando. Te rompería el corazón. A mamá también. Aunque me gustaría poder decírtelo. Me gustaría poder decirle a alguien que no entiendo por qué todo el mundo se ha vuelto loco y la toman conmigo.

Alana ha venido hoy. Me da vergüenza mirarla a los ojos. Seguro que ha oído cómo me llama todo el mundo, pero nunca ha dicho nada. A mí no. Es tan dulce... No puedo mirarla sin preguntarme qué sabe y no me dice.

Ojalá dejara de venir. Solo lo empeora todo. Prefiero que me dejen en paz. Dos meses más hasta las vacaciones de verano, y luego un año más en este infierno.

No voy a conseguirlo. No puedo.

27 de abril

Hoy he entrado en el laboratorio de química y todo el mundo ha dejado de hablar, excepto Rennie y Richard. Entonces alguien ha susurrado: «Sshh, la

puta está aquí».

Esto no acabará nunca. No sé de lo que hablaban. Dejé de querer averiguarlo. ¿Por qué no pueden decírmelo a la cara? ¿Por qué no puedo tener derecho a defenderme?

Una zorra. Eso es todo lo que soy ahora para todos los que solían ser mis amigos.

No lo soporto más.

Desearía estar muerta. Y entonces todo se acabaría.

El todoterreno se detuvo bruscamente y Kay levantó los ojos de las páginas de color crema manchadas de lágrimas y llenas de pulcra letra cursiva. Cerró el diario y lo metió en la bolsa de pruebas.

—¿Por qué esos chicos llamarían puta a Jenna a sus espaldas? —preguntó Kay, con el ceño fruncido mientras miraba a Elliot. Golpeando con un dedo acusador el diario cerrado que tenía en el regazo, añadió—: Era una estudiante de diecisiete años, por el amor de Dios.

Elliot paró el motor y señaló la pequeña casa con parterres de petunias a ambos lados de la entrada.

—Pronto lo sabremos.

Estaban llegando al porche cuando la puerta se abrió y salió una adolescente. Llevaba una camisa sin mangas con estampado floral y pantalones cortos blancos. Tenía el pelo largo y rubio recogido detrás de las orejas. Les sonreía, con una mano levantada en un tímido saludo.

—Me preguntaba cuándo vendrían —dijo—. Los chicos están mandando mensajes diciendo que la policía está hablando con gente que conocía a Jenna. Yo era su mejor amiga —anunció con un deje de tristeza en la voz.

«¿De dónde sacan la información esos chavales que enviaban mensajes de texto?», se preguntó Kay. Acababan de empezar con Mackenzie. Algún listillo se habría dado aires afirmando lo lógico y obvio. Por supuesto que los policías iban a hablar con gente que conocía a Jenna.

Ambos se detuvieron en el camino de cemento y Elliot mostró su placa.

—Tenemos unas preguntas, sí.

La muchacha siguió sonriendo nerviosamente, retorciéndose un mechón de pelo con sus dedos largos y nerviosos, molestando un poco a Kay con su indecisión. Mackenzie no se movió del porche; no parecía querer invitarlos a entrar. El color de su pelo podría haber coincidido con las dos fibras que el doctor Whitmore había encontrado en el cuerpo de Jenna, pero el pelo de Mackenzie caía en rizos sueltos casi hasta la cintura. Demasiado largo para coincidir.

Kay sonrió.

—¿Podemos entrar?

Un destello de duda nubló los ojos de la chica.

—Um, claro —dijo, todavía indecisa, cambiando su peso de un pie a otro—. Está todo un poco desordenado, ya saben.

Una batalla parecía tener lugar dentro de la mente de Mackenzie. Al final abrió la puerta, sujetó el pomo y cerró tras la entrada de ellos. Luego los condujo a su dormitorio.

—Mis padres no están en casa, y dijeron que no debería venir gente cuando no estén. —Su sonrisa se convirtió en una risita ansiosa—. Pero supongo que ustedes sí pueden.

—Me gustaría pensar que sí —respondió Elliot, sonriendo y tocándose el ala del sombrero.

En el dormitorio de Mackenzie todo eran vampiros románticos, sobre todo de *Crepúsculo*, representados con fotos de películas de gran tamaño de todas las entregas. Una estantería flanqueaba un pequeño escritorio, llena de libros de vampiros.

Kay miró a su alrededor, haciendo un rápido inventario de los objetos y de cómo retrataban a su testigo. Los muebles no eran caros, pero estaban ordenados y limpios. Al igual que la casa, esa habitación hablaba de una vida familiar con valores sencillos, vivida en armonía y frugalmente.

—¿Prefieres los libros o las películas?

—Me gustan las dos cosas —respondió ella, mostrándose algo incómoda, pisando con un pie sobre el otro. Estaba minimizando instintivamente sus pisadas, lo que indicaba una inseguridad y timidez profundas—. Pero con los libros puedes pasar más tiempo con las historias. —Se rio entre dientes, soltando el mechón de pelo que estaba retorciendo y procediendo a torturar sus largos y finos dedos, amasándolos entre sí.

Mackenzie Trenton era un manojo de nervios.

Salvo la cama y la silla del escritorio, no había otro lugar donde sentarse en la pequeña habitación, así que Kay decidió quedarse de pie.

—¿Jenna y tú erais cercanas?

—Ajá, sí —respondió con rapidez—. Nosotras dos y Alana. ¿Han hablado ya con ella?

—Todavía no —respondió Kay, preguntándose por qué Mackenzie quería saberlo. ¿Habían ensayado las dos chicas sus historias?—. ¿Con qué frecuencia salíais juntas?

—Por lo menos, un par de veces a la semana —respondió Mackenzie, con los ojos recorriendo la ha bitación—. Pero desde primavera ya no quería salir con nosotras. No tan a menudo. —Cambió el peso de un pie a otro y miró un instante hacia el techo—. No recientemente.

—¿Estuviste en la excursión que Jenna hizo el 17 de abril?

La chica sacudió la cabeza.

—Mamá no me dejó ir. Ese día me desperté resfriada.

Elliot se apoyó en la puerta del dormitorio.

—¿Qué había de diferente en Jenna? ¿Qué había cambiado? —Con un rápido gesto de la cabeza, Elliot atrajo la atención de Kay hacia un *collage* de pequeñas fotos en la pared. Eran de Mackenzie con Alana y Jenna en varios lugares. En el centro comercial, en la cafetería Katse tomando *bagels*, en la montaña de Mount Chester haciendo senderismo. Siempre sonrientes, felices, despreocupadas.

Mackenzie se mordió la punta del dedo, un gesto que a Kay le resultaba familiar. Ella hacía lo mismo cuando se sentía insegura de sí misma, pensando mucho qué decir o hacer.

—No quiero decir nada malo, ya está muerta; solo cosas buenas. —Su voz vaciló mientras sus ojos miraban a Kay, suplicando comprensión.

—No hay ningún problema —repitió Kay—. Estoy segura de que no le importaría, siempre que sea la verdad. Intentamos atrapar al hombre que la mató.

—He oído que también la violaron —susurró Mackenzie—. No puedo pensar en nadie que... ya sabe, haya sido capaz de hacerlo.

—Háblanos de Jenna y de lo que cambió en abril —insistió Kay.

Mackenzie miró hacia la puerta, como si esperara que alguien pudiera ir a salvarla de las respuestas que tenía que dar.

—Um, se convirtió en una persona diferente. Se volvió fría, paranoica y malhumorada. —Otro mordisco en el dedo—. Y un poco dejada. —Susurró la palabra mientras sus ojos recorrían la habitación como si temiera que la oyeran—. Y muy ansiosa por salir y vivir su vida. —La afirmación pareció dolerle, incomodarla.

Pero ¿de qué hablaba? Los padres de Jenna habían dicho que había dejado de salir de casa en abril, mientras que Mackenzie decía lo contrario.

—Cuéntame más —la animó Kay—. Nos ayudará a atrapar a su asesino. Le estás haciendo un favor a tu amiga.

Los ojos de Mackenzie rebosaban lágrimas.

—La echo de menos, de verdad. —Resopló y se aclaró la garganta, mirando al suelo todo el tiempo, como avergonzada por su momento de debilidad—. Dejó de ser sincera conmigo. Con las dos, con Alana también.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

El pecho de Mackenzie se hinchó mientras suspiraba, sus ojos buscaban ahora respuestas en el dibujo de la alfombra bajo sus pies.

—Me decía que estaba en casa, estudiando, y que no quería salir con nosotras, pero al día siguiente siempre había historias. Con quién había salido. Lo que había hecho.

—¿Quieres decir que se acostaba con alguien por ahí? —preguntó Kay.

—Sí —respondió Mackenzie, que parecía aliviada de no tener que decirlo primero—. Pero no lo sé con seguridad. Es lo que oía continuamente, ya sabes, los chicos hablaban, mandaban mensajes, ese tipo de cosas. —Se detuvo un momento, mirando a Kay, esperando que lo que había dicho fuera suficiente.

Pero no, nada de eso. Kay le sostuvo la mirada, animándola a decir más.

Volvió a morderse el dedo y se quedó en su sitio, mirando repetidamente a la puerta.

—Como cuando todo el mundo decía que se había acostado con Renaldo. Le pregunté si era cierto y se quedó mirándome. No dijo ni una palabra. Intenté hablar con ella, pero se sintió insultada por que se lo preguntara.

Kay intercambió una breve mirada con Elliot. Aunque la chica se hubiera acostado con cualquiera, no habría sido la primera vez que ocurría. Eran adolescentes, imprudentes, impulsivos, movidos por unas hormonas desbocadas y sin mucho sentido común. Tenía que haber algo más para que hubiera un motivo para que la hubieran asaltado y matado.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Kay, paciente, tomando asiento en la silla del escritorio, en un mensaje tácito a Mackenzie de que no se iría hasta llegar al fondo de lo que fuera que había estado ocurriendo.

La chica bajó los hombros, pero volvió a mirar hacia la puerta antes de volver a hablar.

—Entonces ocurrió lo de la página web —susurró—, que salió en mayo, creo, justo antes de las vacaciones de verano. Eso fue lo que alejó a Tim.

—¿Quién es Tim? —preguntó Elliot.

—Tim Carter era el novio de Jenna. Es un buen tipo, un poco tímido, pero leal como un perro. —Su sonrisa se ensanchó durante una fracción de segundo y luego se desvaneció—. No se creía los cotilleos. No quería hacerlo. Pero, cuando vio la página web, dejó a Jenna. Yo estaba allí, con ella, cuando rompieron. Le enseñó la página web y ella no dijo nada. Se quedó mirando la pantalla. No sabía de qué hablaba cuando se la enseñó. Me enteré más tarde, y, Dios mío —se tapó la boca con la mano—, fue horrible.

—¿Qué página web? —preguntó Kay, preguntándose por qué cuanto más oía, menos entendía. Esos jóvenes parecían coexistir en un universo paralelo.

Las mejillas de Mackenzie se encendieron. Se mordió nerviosamente el labio y luego la punta del dedo.

—No lo recuerdo bien. —Al ver la expresión de Kay, añadió con rapidez—: Pero puedo buscarla en mi móvil. Era algo así como «Yo me

dejo punto algo punto com», esa parte no la recuerdo. —Sacó su teléfono móvil del bolsillo y tecleó increíblemente rápido. Luego, sin atreverse a más que una rápida mirada a Kay, le mostró la pantalla del móvil.

Kay lo cogió de la mano temblorosa de Mackenzie y se quedó mirando la pantalla con incredulidad. El sitio web se llamaba «Jenna se deja». La cara de Jenna, sonriendo con inocencia, le recordó a Kay la foto que la señora Jerrell les había enseñado de antes de abril, la que utilizó para las solicitudes universitarias de la chica. Podría haber sido la misma foto, algo inclinada y recortada. A continuación, unas pocas palabras bien elegidas, en un breve párrafo en el que se destacaba la voluntad de la chica de quedar y mantener relaciones sexuales «con uno o más compañeros en una exploración de todo lo que la sexualidad adolescente puede ofrecer». Luego la seguían una serie de fotos, primeros planos artísticos y varios ángulos de pechos desnudos, pubis depilado y parte baja de la espalda con hendidura glútea.

Sin palabras, le pasó el teléfono a Elliot. La misma consternación se posó en sus facciones, acompañando a un profundo ceño fruncido que desfiguró su frente bajo el ala de su sombrero.

—¿Este era la web de Jenna? —preguntó Kay.

Mackenzie se encogió de hombros.

—No dijo nada al respecto durante un tiempo. Luego, en algún momento de julio, después de haberse cortado el pelo, me dijo que no era ella la que aparecía en esas fotos, las del cuerpo, y que no sabía quién había hecho la web ni por qué. Le rompió el corazón que todos creyéramos que era suya. —Mackenzie seguía sonrojada, evitando la mirada de Kay, probablemente por vergüenza—. Para el 4 de julio, todo el mundo la había visto y le estaba haciendo la vida imposible. Pero supongo que algunos chicos lo sabían desde hacía meses. Eso explicaría por qué seguían llamándola con esos horribles nombres.

—¿Qué nombres? —preguntó Elliot.

—Ya saben —dijo Mackenzie, retorciéndose las manos—. Como puta y zorra. Cosas así. Yo al principio no lo sabía. Se escondían de Alana y de mí, sabiendo que éramos sus amigas.

Kay se quedó mirando a Mackenzie, pensativa. Parecía que Jenna había sido víctima de una campaña de desprestigio digna de un candidato presidencial, no de una chica de instituto de una pequeña ciudad de California. ¿Quién tendría los conocimientos y la malicia para hacerlo, y por qué?

Enfrentarse a tal adversidad a su corta edad explicaría la depresión de Jenna, su visible cambio de una adolescente segura de sí misma y feliz a alguien que parecía tan abatida como en sus fotos más recientes. Su enamoramiento de Gavin Sharp, una figura paterna, un

hombre que probablemente no sabía nada de ese espantoso sitio web.

Pero ¿cómo se relacionaba todo ese desprestigio y ciberacoso con Kendra?

—Háblame de Kendra Flannagan —dijo Kay, devolviéndole el móvil a Mackenzie.

Un rápido y fugaz fruncimiento de ceño nubló la mirada aliviada de la muchacha.

—¿Kendra? Es más pequeña. No sé mucho sobre ella. Empezó a salir con Alana y conmigo el mes pasado o así, después de que Jenna dejara de hacerlo.

—¿Kendra también está siendo acosada cibernéticamente? —preguntó Elliot.

—¿Qué? —preguntó Mackenzie—. Nunca lo había pensado así, pero sí, supongo que es ciberacoso. —Se quedó pensativa un momento, mordiéndose el labio—. No, no he oído nada sobre Kendra.

—¿Kendra conocía a Jenna? —preguntó Kay.

Mackenzie respondió con encogimiento de hombros.

—No lo sé... puede. No es un instituto muy grande. Todo el mundo se conoce.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—¿A Kendra? Ayer estaba en el instituto. Después, no me acuerdo. Salimos, un grupo más grande, y pasamos el rato en el centro comercial. Pero no recuerdo si estaba allí. Podría. Alana y yo estábamos recaudando dinero para el fondo conmemorativo de Jenna.

—¿Kendra tiene novio? ¿Con quién sale? —preguntó Kay.

Los labios de Mackenzie se apretaron formando una línea.

—No lo sé. De verdad. —Extendió los brazos en señal de disculpa—. Mis padres no me dejan ir a su casa, por todo lo del vino y los borrachos que suele haber allí. —Se rio—. Como si nosotras fuéramos allí a beber vino.

Kay miró a Elliot y luego agradeció a Mackenzie su ayuda. La chica los acompañó a la salida, aliviada de que la entrevista hubiera terminado.

—Una cosa más —dijo Kay desde la puerta—. Lo que hemos hablado es estrictamente confidencial. No puedes contárselo a nadie ni enviar mensajes de texto al respecto. Va contra la ley.

Mackenzie, repentinamente pálida, asintió.

—Ya lo pillo... Veo mucho la televisión. Sé cómo funciona esto.

Kay reprimió un suspiro. Todo el mundo veía mucho la televisión.

CAPÍTULO TREINTA

Cabaña

La cabaña llevaba mucho tiempo desierta.

Era una habitación individual, construida con troncos apilados, ennegrecida por el humo y la suciedad. En algún momento de la historia de la cabaña, los huecos entre los troncos se habían sellado con cemento, pero en algunos lugares ese material había desaparecido hacía tiempo, y el viento silbaba a través de los estrechos espacios, trayendo el frío de la tarde al interior.

Un espeso polvo cubría los escasos muebles de madera, una pequeña mesa y dos pequeñas sillas, que no eran más que trozos de troncos de árbol con cuatro patas atornilladas debajo. En un rincón, una chimenea desprendida no servía para nada más que para proporcionar otro agujero por el que el viento podía meter hojas y polvo. En la pared junto a la chimenea estaba la puerta, que traqueteaba con cada fuerte ráfaga de viento, aunque permanecía cerrada. Kendra podía ver la luz del día a través del hueco que había debajo.

En la pared opuesta, varias cadenas con ganchos que habían sido clavados en los troncos, probablemente utilizados en el pasado para colgar piezas de caza para desollarlas o destriparlas. Las manos de Kendra estaban fuertemente atadas con una cuerda que habían agarrado de uno de aquellos ganchos. Los ganchos estaban lo bastante altos como para que su atadura no la dejara sentarse en el suelo cubierto de tierra, y le dolía todo el cuerpo, que pedía a gritos un poco de calor y descanso.

No recordaba cómo había llegado allí. Hacía unas horas que se había despertado así, con náuseas y mareos, sed y debilidad, muerta de miedo. Pero al menos había tenido calor durante un rato, durante todo el tiempo que había brillado el sol. Con la desaparición de los restos del día llegó el frío de la noche, cortando su carne con cada ráfaga de viento que se colaba por las grietas de las paredes. Aterrorizada, había visto cómo las sombras se alargaban y la insidiosa y espantosa oscuridad se adentraba en la cabaña, engulléndola hasta que no pudo ver nada.

Había intentado liberarse tirando de las ataduras, con la esperanza de desprender los herrajes oxidados de las paredes y salir de allí, pero no lo había conseguido. En cambio, sus muñecas habían tirado de la cuerda hasta que su piel se quemó y ahora palpitaba con un dolor punzante.

De vez en cuando gritaba, esperando que alguien la oyera, pero nadie lo hacía. Solo respondía el aullido del viento con fuertes ráfagas y el olor a lluvia en el ambiente. A lo lejos, retumbaban los truenos y algún relámpago iluminaba la cabaña por un momento, antes de dejar que volviera la oscuridad.

Sus dientes rechinaron y su respiración se entrecortó con los sollozos. ¿Quién la había llevado allí? ¿Por qué no podía acordarse? Seguía llevando la misma ropa que cuando había salido de casa; eso sí lo recor daba, cuando había salido a hurtadillas vestida con una camiseta de cuello de pico, unos vaqueros deshilachados y un par de zapatillas nuevas que tenía en el armario de su habitación, en una caja, sin abrir. De lo contrario, habría tenido que ir a la puerta a por sus zapatos y arriesgarse a que la pillaran.

Hubiera deseado que la atraparan en vez de estar allí, aunque su madre la hubiera castigado durante un año. Sollozando amargamente, la llamó, aunque sabía que no podía responder.

No había nadie más que ella, sola en la oscuridad, encadenada a la pared de una cabaña destartalada a punto de desmoronarse por la tormenta.

Aún de pie, estuvo a punto de quedarse dormida, pero se despertó sobresaltada cuando su cabeza se inclinó hacia un lado, apoyándose en su brazo. La oscuridad era total, ni una pizca de luz provenía de ninguna parte. Los relámpagos, ahora más lejanos, apenas parpadeaban, incapaces de rasgar el sudario de negrura que lo rodeaba todo. Ráfagas de viento seguían entrando por las grietas entre los troncos, helándole la sangre.

Entonces los sonidos cambiaron. La forma en que el viento tocaba su piel era diferente. Una fuerte ráfaga le envolvió todo el cuerpo mientras un chillido le ponía los pelos de punta. La puerta se había abierto. Podía ver el más débil rastro de luz entre las nubes grises que enmascaraban la luna a través de su abertura. Entonces volvió a oírse el chirrido al amainar el viento y, con él, aquel rastro de luz que provenía de las nubes iluminadas por la luna.

La puerta se había vuelto a cerrar.

Ya no estaba sola.

El pánico recorrió su cuerpo como si una inmen sidad de agujas se clavaran en su piel, instándola a correr, a escapar. Chillando, tiró de sus ataduras con todas sus fuerzas, pero no pasó nada. El gancho no se movió, solo tintineó y rechinó en una protesta apagada de hierro oxidado.

Congelada en su sitio, escuchó con atención esperando oír algo, y así fue. Alguien respiraba a su lado, cerca. Aterradoramente cerca. Ella se apartó hasta apoyarse contra la pared, gimoteando. Aquel aliento se acercaba cada vez más hasta que pudo sentirlo, caliente y con olor a

cigarrillo, abrasándole la piel. Un relámpago iluminó la habitación lo suficiente para que pudiera ver la silueta de un hombre.

—Por favor —gimoteó—, por favor, no. —Sollozaba incapaz de controlarse, jadeando.

Las manos de aquella persona la rozaron despacio, tomándose su tiempo para contornear su cuerpo, enviando carámbanos a través de su sangre. Cuando llegó a la costura del cuello de su camiseta, la agarró con ambas manos y la rasgó sin esfuerzo.

Gritó pataleando y se retorció contra las ataduras, pero solo el viento respondió a su llamada.

El viento y aquella risa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Alana

A veces, Kay sentía que ya no pertenecía a Mount Chester. No profesionalmente, al menos. La ciudad crecía de manera frenética, convirtiéndose en un lejano barrio de Silicon Valley, pero seguía funcionando como una pequeña localidad.

Parecía que los trucos del oficio que la habían hecho triunfar como perfiladora para el FBI no se aplicaban necesariamente allí, en ese pequeño lugar. La victimología, por ejemplo. Había examinado de cerca los antecedentes de las dos chicas, Jenna y Kendra, buscando los lugares en los que sus vidas se habían cruzado. Lo más probable era que el sudes las hubiera visto en alguna parte, y esa era una forma segura de identificar dónde podría haber ocurrido.

Pero, en Mount Chester, las vidas de las dos chicas se solapaban casi por completo. Iban al mismo instituto, pasaban el rato en el mismo centro comercial, visitaban la misma cafetería e iban al mismo cine, uno pequeño situado dentro del complejo Winter Lodge. ¿Por qué? Porque Mount Chester solo tenía uno de cada uno de esos lugares.

Sus métodos probados y comprobados no conse guían identificar al sudes, y Kendra seguía desaparecida. Llevaba fuera casi veinticuatro horas. Kay sabía bien lo que eso significaba.

Había mirado los registros telefónicos y examinado los flujos de las redes sociales de Kendra, repartiéndose la tarea con Elliot. Esa vez no se había revelado nada importante. Mientras tanto, la orden de búsqueda y captura seguía abierta sobre Gavin Sharp, pero cada vez parecía menos probable que tuviera algo que ver con la muerte de Jenna o la desaparición de Kendra. ¿Debía estar en la cárcel? Por supuesto. Sin embargo, había tenido que retirar la orden de detención existente y sustituirla por otra, reduciendo los cargos de agresión sexual con agravantes y asesinato a un banal delito de estupro. Un delito menor.

Probablemente nunca lo atraparían. El Departamento de Policía de San Francisco, sobrecargado de trabajo y escaso de personal, siempre quitaba prioridad a la ejecución de una nueva orden en favor de otras más graves. Los delincuentes peligrosos eran una prioridad, y Gavin Sharp ya no figuraba entre ellos. Si se había salido con la suya durante un año, se saldría con la suya para siempre. Se aplicaría la ley de prescripción.

Ese mismo día, había pasado dos horas enterrada en datos mientras

Elliot entrevistaba a Tim Carter. Había vuelto con poca información útil; solo la validación de lo que ya sabían. Jenna había empezado a acostarse por ahí con otra gente en algún momento del pasado abril, y entonces apareció la página web. Kay había pedido a su antiguo analista del FBI que le echara una mano y siguiera el rastro del dinero que conducía a ese sitio web. Alguien debía haber pagado por el dominio; eso no salía gratis.

Frustrada, volvió a centrar su atención en la victimología mientras Elliot conducía de camino a la residencia de Alana Keaney.

¿Qué tenían en común las dos chicas, aparte de todo lo relacionado con su entorno?

Ambas eran morenas con reflejos rubios en el pelo. Para Jenna, ese era el antiguo aspecto que solía tener en su foto de solicitud de ingreso en la universidad; luego había cambiado a una apariencia más ruda, con un corte desigual sin mechas. Jenna procedía de una familia luchadora: su madre era enfermera y su padre, veterano de guerra discapacitado. La familia de Kendra era acomodada, sus padres eran empresarios vinícolas de éxito. Sin embargo, no se había recibido ninguna llamada de rescate, lo que confirmaba la sospecha de Kay de que se trataba del mismo sudes.

La unidad K-9 había rastreado a Kendra hasta el aparcamiento de invitados cercano a la bodega de su residencia, donde debió subirse a un coche y desaparecer. No había cámaras de vigilancia cubriendo esa zona. No tenían ni una matrícula, ni idea de quién podía ser el sudes. Los agentes del sheriff llevaban todo el día entrevistando a posibles testigos: clientes de la bodega, repartidores, el empleado de correos que les entregaba la correspondencia. Nadie había visto nada.

Ambas chicas estaban solteras, no salían con nadie en el momento en que el sudes entró en sus vidas. Ambas habían abandonado comportamientos —demostrado por el aislamiento autoimpuesto de Jenna y la pacífica rutina de Kendra— para salir con el sudes. Esa persona debía ser alguien que ambas conocían, alguien con suficiente tirón, suficiente atractivo como para hacerles salir de casa sin hablar con nadie de ello.

No había forma de saber quién podía haber sido, no cuando no podía reducir la lista de sospechosos. Todo el mundo conocía a todo el mundo y se reunía con todo el mundo en todas partes; esa era la realidad de las comunidades rurales. Sin embargo, secuestrar a personas y mantenerlas como rehenes seguía siendo difícil. El sudes necesitaba espacio e intimidad. Un depredador sexual en ciernes sería más joven, quizá de unos veintipocos años, no los típicos entre veintitantos y treinta y tantos que ella utilizaba en su perfil de asesino en serie basado en la mayor probabilidad de edad del sospechoso. Esa que se basaba en miles de casos estudiados y analizados. La carrera de

un asesino en serie suele abarcar varios años de actividad, lo que hace que el análisis de la edad sea en cierto modo irrelevante en el presente caso. En cuanto a la edad a la que suelen empezar a matar, las estadísticas la sitúan en torno a los veintisiete años.

Pero ¿era ya un asesino? ¿O solo un violador que seguía evolucionando? Si Jenna se hubiera caído por el barranco intentando huir del sudes bajo los efectos del Rohypnol, quizá no hubiera madurado aún a la edad estadísticamente probable de veintisiete años.

¿Cuántos años, entonces?

Definitivamente era lo bastante mayor como para tener acceso a un lugar donde pudiera retener a Kendra y agredirla sexualmente sin ser molestado. Donde nadie viera nada ni oyera sus gritos.

Lo bastante mayor como para saber cómo atraer a esas jóvenes fuera de sus hogares. Ambas chicas llevaban una vida sencilla y de bajo riesgo, aunque Jenna —al menos para alguien que no la conociera personalmente— podría haber parecido un blanco fácil viviendo una vida de promiscuidad. Quizá ese fuera el atractivo.

Y parecía que se había equivocado.

No solo se había equivocado, sino que ella podía haber huido hacia la muerte, dejándolo insatisfecho. Había pasado suficiente tiempo con ella en Wildfire Ridge como para dejar dos envoltorios de condones, pero no era bastante, no para él.

Todo era cuestión de contención.

Después de Jenna, podía haberse dado cuenta de cuántos errores había cometido en el calor del momento. Los envoltorios de condones dejados en la escena con sus huellas dactilares. El semen que podía haberse dado cuenta que había untado en la víctima. El hecho de que se escapara —potencialmente— antes de que él acabara con ella.

Lo que había aparecido como un violador/asesino desorganizado e impulsivo podía ser solo alguien que estaba aprendiendo con rapidez a ser organizado, metódico y eficaz.

Kay sonrió, sacó su teléfono y comprobó sus mensajes. Sabía cómo atrapar a un sudes así. El primer paso era hacerlo sentir seguro y darle más tiempo a Kendra.

No tenía ningún mensaje ni llamada de la reportera de televisión con la que había intentado ponerse en contacto. Tal vez Barb Foster no quería hablar con ella. Marcó el número en el manos libres y suspiró, preparada para dejar un mensaje más detallado. Uno profundamente inquietante.

«*Súbete a la ola, no intentes detenerla*», se dijo Kay a sí misma como estímulo, pensando en lo que estaba a punto de decir.

Sorprendentemente, la periodista contestó.

—Barb Foster al habla.

—Hola, Barb, soy la detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff del

condado.

Un instante de silencio.

—Oh, siento mucho no haberle contestado. —Kay pudo discernir la decepción en su voz. Se preguntó qué estaría ocultando—. Tuve un día complicado. Dígame, ¿cuál es esa exclusiva que me ofrecía?

Kay se rio. Elliot le dirigió una larga mirada y se detuvo frente a la residencia Keaney.

—Tenemos un sospechoso del asesinato de Jenna —dijo, bajando un poco la voz, para fingir que lo hacía con discreción. Elliot se la quedó mirando, desconcertado—. Quería que lo escuchara de mí personalmente, y que fuera usted la primera en salir con la noticia, por el nombre del sudes. —Se le secó la garganta y se le estrechó. Estaba a punto de soltar la madre de todas las bombas, pero Kendra lo necesitaba para seguir viva.

—Soy todo oídos. Dispare.

—El sudes es un tal Gavin Sharp, de San Francisco.

Elliot sonrió. Se había dado cuenta de lo que estaba haciendo: matar dos pájaros de un tiro.

—¿Puede repetirlo?

Kay contuvo la respiración.

—Gavin Sharp, cincuenta y seis años, de San Francisco.

—Él no es tu... quiero decir, ¿es...?

—No, es un Gavin Sharp diferente, solo una coincidencia nada más. Este hombre tuvo varias citas con Jenna.

—¿Y puedo decir su nombre en la noticia, detective?

Kay dudó.

—Puede entender mi reticencia, Barb, por la coinci dencia y todo eso. —Aguantó la respiración un momento y luego exhaló despacio—. Pero sí, vale. Nómbreme lo mínimo, por favor.

La periodista silbó su agradecimiento.

—¡Esto es buen material! ¿Y cómo se conocieron? ¿Dónde encontró a Jenna este personaje, Sharp?

—Por internet. La acosó durante meses. Oh, y Barb, necesito que me haga un favor, uno grande.

Barb rio en voz baja. Kay podía sentir el sarcasmo en el aire.

—Claro que sí. Dígame.

—El perpetrador podría haber creado un sitio web falso sobre Jenna; puede que ya lo haya encontrado. Creemos que era parte de su estrategia para despistar. No creo que nadie tenga nada que ganar si sale a la luz lo de la página web. La memoria de Jenna merece un poco de decencia, y también su madre.

—Oh, vamos, detective —reaccionó la periodista, poniendo el teléfono en altavoz en su extremo. Probablemente su editor estaba escuchando—. Libertad de prensa y todo eso. Sabíamos de la página

web de Jenna. Saldrá en las noticias de las diez. Ya está cargado en el *teleprompter*.

Una oleada de ira hinchó el pecho de Kay. Lanzó una mirada a Elliot para ver si estaba de su parte. Sus ojos brillaban de frustración.

—Barb, permítame dejar esto muy claro: en lo que respecta a la aplicación de la ley, ese sitio se considera pornografía infantil. Si lo menciona en las noticias de las diez, la encerrarán por distribución de porno infantil. Pregunte a su Departamento Jurídico si no me cree. Yo misma iré a por usted.

El silencio fue tan intenso que Kay pensó que podría haber silenciado la línea.

—Es usted una dura negociadora, detective —dijo finalmente la periodista. Desaparecieron el sarcasmo y las risitas—. Lo quitaremos. ¿Podemos al menos decir que hay una orden de arresto contra Gavin Sharp?

—Hay una orden de búsqueda y captura, Barb. Adelante con ello. Desde esta mañana, cuando la llamé la primera vez, es un fugitivo, y la búsqueda de Kendra Flannagan aún continúa. Tengo que irme, gracias —añadió, antes de finalizar la llamada con un toque en la pantalla del centro multimedia. Apenas recordaba los viejos teléfonos fijos de su infancia, pero echaba de menos el efecto catártico de golpear con fuerza un auricular.

Elliot se rio.

—Tienes unos cuantos trucos en las alforjas, compañera. ¡Uf... sí! —Hizo el ademán de agitar un látigo, un gesto que para él era muy natural; seguro que había tenido sus días en el circuito del rodeo, aunque no parecía del tipo que busca protagonismo. Tal vez era por haber trabajado en una granja de ganado—. Lo podías haber dicho más alto, pero no más claro. Y encima te has quitado también a Logan de encima.

Ella asintió agradeciendo el cumplido, ocultando su diversión con su elección de palabras.

Unos momentos después, llamaba al timbre de la residencia Keaney.

Unas voces lejanas salían por la puerta, con los tonos elevados en una discusión apasionada. Entonces se abrió y apareció una adolescente vestida con una minifalda que apenas le cubría el trasero, un top de encaje y tacones de diez centímetros. Iba muy maquillada y tintineaba a cada movimiento por las muñecas cargadas de pulseras y brazaletes. Unos pendientes largos mezclaban varios hilos de fina cadena de plata con su pelo rubio.

—¡Ya te lo dije! Es mejor dejar *algo* a la imaginación de un hombre. ¿De verdad quieres parecer desesperada? —Una voz frustrada y gritona procedía del interior de la casa, pero a la chica que sujetaba la puerta con impaciencia y mascaba chicle con la boca abierta no

parecía importarle.

—¡Sí! —contestó ella, golpeando con impaciencia el tacón de su zapato—. ¿Qué quieren?

—¿Alana Keaney? Detective Sharp, de la oficina del sheriff del condado de Franklin. Y este es mi compañero, el detective Young —dijo Kay, mostrando su placa—. Tenemos algunas preguntas, si no te importa.

—¿Quién es? —preguntó la voz dentro de la casa.

Alana fulminó a Kay con la mirada y apoyó las manos en las caderas.

—¿De verdad? No tengo tiempo para esto ahora. Tengo una cita. Ya son casi las ocho.

—Lo entiendo —respondió Kay—. Puedes responder a las preguntas aquí o en la comisaría. Tú decides.

Unos pasos se acercaron rápidamente desde el interior de la vivienda, repiqueteando con fuerza sobre la madera. Una mujer apareció en el marco de la puerta. Podría parecer la hermana mayor de Alana. Un poco mayor.

—Soy Alexandria Keaney, la madre de Alana —dijo la mujer.

Kay se quedó mirando a las dos sin palabras. Eran casi idénticas. El aspecto juvenil de la madre replicado a la perfección por la hija en peinado, tono de piel y tez, color de ojos, maquillaje. Incluso sus gestos coincidían, y hablaban con un tono y una elección de palabras similares.

—¿De qué se trata? —preguntó Alana—. ¿Y cuánto tardaremos?

—Se trata de tus amigas, Jenna Jerrell y Kendra Flannagan —respondió Kay—. Las conocías a las dos, ¿verdad?

Una sombra nubló los ojos de Alana. Kay creyó ver el atisbo de una lágrima, pero la muchacha la disipó, tapándose los ojos durante un instante hasta que la pena desapareció. Probablemente recordando que tenía una imagen dura que debía mantener, volvió a fulminar con la mirada a los detectives, aunque se suavizó un poco cuando miró a Elliot.

De tal palo, tal astilla.

Los ojos de la madre se habían posado en el cuerpo de su compañero y no se habían apartado desde entonces, recorriéndolo de arriba abajo, de la cabeza a los pies, y posándose después en su rostro, con tanta atención que Elliot empezaba a sentirse incómodo.

—Que cuánto tiempo vamos a estar, repito —preguntó Alana, sacando su móvil, y escribió algo con rapidez. Sus finos dedos golpeaban de lado a lado debido a sus largas uñas—. ¿Veinte minutos más o menos?

—El tiempo que haga falta —replicó Kay con voz severa, impermeable a la muestra de hostilidad.

—Hay una Alexandria en Tennessee —dijo Elliot con calma, con los

ojos fijos en la señora Keaney—. No tiene mucho más que tierras de cultivo y vacas, pero es precioso. ¿Es usted de allí?

Kay tuvo que morderse el labio para mantener su semblante serio. «*Así se hace, compañero*».

Lívida, Alexandria cruzó los brazos sobre el pecho y dejó de desnudarlo con la mirada.

—No, no soy de allí. Me llamo así por la ciudad de Egipto. Dudo que sepa de lo que hablo.

Él le regaló una sonrisa.

—¿La de la biblioteca y el faro? No, no la conozco.

Humillada, Alexandria bajó la mirada y decidió callarse.

El teléfono de Alana sonó. Leyendo su pantalla al revés, Kay pudo ver que le había mandado un mensaje a Nick diciendo que llegaba tarde. Era un nombre con el que se había familiarizado durante la investigación, el novio de Alana, según todos. Él respondió simplemente con un emoji de pulgar hacia arriba.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste o interactuaste con Kendra Flannagan? —preguntó Kay.

Reticente, como si le hubieran pedido que levantara rocas de quince kilos, Alana suspiró y miró sus mensajes.

—Anoche. Dijo que iba a tener una cita. Estaba entusiasmada. Tome —dijo, acercando demasiado la pantalla a la cara de Kay—. Compruébelo usted misma.

Kay no se inmutó.

—¿Dijo con quién?

—No. No tiene novio —se burló Alana, luego miró a los lados como si intentara recordar—. No que yo sepa. No somos tan amigas. Es nueva en nuestro grupo. Y más pequeña. —Dijo la palabra como si fuera un insulto.

—¿No te caen bien las chicas más jóvenes?

Alana se encogió de hombros y todas sus joyas tintinearon en señal de protesta.

—Todo lo que quieren de nosotros son nuestros deberes de años anteriores. —Su labio se curvó con disgusto—. Como si fuera yo a quedarme con algo de esa mierda.

—La lengua, Alana —intervino su madre.

—¿Kendra era amiga de Jenna? —preguntó Kay, todavía buscando cosas que las dos chicas pudieran tener en común aparte de lo obvio.

—No —dijo Alana con una risita triste—. Jenna se había vuelto, um, fácil, si sabe a lo que me refiero. —Sus ojos se desviaron hacia la cara de Kay y luego se apartaron de ella—. Kendra es una buena chica. Apuesto a que aún es virgen.

—Alana —la reprendió su madre. Su voz estaba cargada de frustración y vergüenza.

Su hija se volvió para mirarla.

—Sí, mamá. ¿Qué?

—Odia que la llame por su nombre sin decir nada más —explicó la madre, sonando compungida pero artificiosa—. Las dos tenemos el corazón roto por Jenna, ya saben. A mi hija no se le da muy bien compartir sus verdaderos sentimientos y prefiere portarse mal. —Hizo un encogimiento de hombros, seguido de un giro de ojos que pretendía atraer la simpatía de Kay—. Es una adolescente —añadió, pronunciando las palabras como si Alana no estuviera a su lado.

—¿Conoces la página web de Jenna? —preguntó Kay, mirando a Alana. Las pupilas de la chica se dilataron al oír la pregunta.

—¿Qué página web? —preguntó Alexandria.

Alana miró a su madre y luego a Kay, como si estuviera sopesando sus opciones.

—Ni se te ocurra mentir —dijo Elliot—. Mi compañera acaba de acusar a alguien de obstrucción a la justicia por mucho menos que eso.

Alana puso los ojos en blanco y sopló aire en un globo de chicle hasta que estalló.

—¿Qué web, señorita? —preguntó Alexandria, poniéndose frente a Alana.

La chica apartó a su madre con un gesto de la mano y una mirada rápida y ardiente.

—La de Jenna. Déjame en paz —dijo, deslizándose junto a su madre y apoyándose en la puerta abierta—. Ella tenía una web como de prostituta, si es lo que quieren saber. Ya está. Y ahora hablarán de esto como si fuera algo mío, ¿no?

La mano de Alexandria cubrió su boca abierta mientras jadeaba.

—Dios mío... ¿Qué les pasa a los niños de hoy en día? No me basta con volverme loca de preocupación cada vez que llegas tarde o no llamas, sino que... ¿también páginas web para adultos? —Sacudiendo la cabeza, se rodeó con los brazos y miró al suelo, donde la punta de su zapato golpeaba nerviosamente la madera.

Sin embargo, Kay no sintió que su muestra de preocupación y sorpresa fueran del todo genuinas. No podía entenderlo. No era algo que la mujer hubiera dicho o hecho, sino más bien una corazonada que le decía a Kay que no tenía toda la información. Sus emociones estaban equivocadas.

—¿Algo más que ustedes dos quieran compartir con respecto a Jenna o Kendra?

—Oh, esa pobre chica, sigue desaparecida, ¿no? —dijo Alexandria, ganándose una rápida mirada de reojo de Alana—. ¿Creen que la tiene el mismo hombre?

Kay no contestó. Volviéndose hacia Alana, preguntó:

—¿Algo que pueda ayudarnos a encontrar a Kendra?

Alana pareció dudar un momento y luego dijo, bajando la voz:

—Um, no sé si esto importa, pero Jenna había empezado a salir con un chico mayor.

—¿Cuánto más mayor? —preguntó Kay, un poco sorprendida de que Alexandria no reaccionara. Debía saber lo de ese hijo de puta y no había hecho nada al respecto.

—No estoy segura. Solo... más mayor. Jenna solía llamarle DeGraw, pero era un apodo. Está loca por Gavin DeGraw y su música. No paraba de ponerlo en bucle. Me pregunto si este tipo mayor la mató.

—¿Desde cuándo sabía Jenna lo de la página web? —preguntó Kay, cambiando de dirección con rapidez, una estrategia destinada a despistar.

La chica no se inmutó.

—Pobre Jenna. No tenía ni idea de la web hasta que Tim rompió con ella por eso. Se quedó atónita.

—¿Por qué crees que no le dijo nada a nadie si el sitio web no era suyo? ¿A Tim, sobre todo?

Los ojos de Alana se movieron de un lado a otro como si quisiera averiguar qué mentira contar.

—Dijo que si Tim creía que ese sitio web podía ser suyo, entonces merecía que la dejara. —Empujó la barbilla hacia delante—. Aquel día me sentí orgullosa de ella.

—¿Jenna amaba a Tim?

Alana asintió con la cabeza mientras sus pendientes rebotaban al ritmo de su pelo.

—Sí. Me lo dijo muchas veces. Tim es un buen tipo.

—¿Y a ese hombre mayor? ¿Jenna lo amaba?

Alana frunció el ceño.

—Más bien, estaba obsesionada con él. —Lanzó una rápida mirada a su madre y luego añadió, un poco más alto que un susurro—: No creo que Tim y Jenna tuvieran relaciones sexuales. Fue el tipo mayor quien lo hizo con ella.

—¡Alana! —gritó su madre con voz indignada—. Tienen que perdonar sus modales, detectives —dijo Alexandria, mirando a Kay y luego, más fijamente, a Elliot—. No es que no intente enseñarle a comportarse mejor. No sabe de lo que habla.

Kay observó a las dos, preguntándose qué ocultaban. ¿Había estado Alana en desacuerdo con Jenna de alguna manera? Nadie con quien hubiera hablado parecía pensar eso, y ella no tenía esa sensación.

—Una cosa más —dijo Kay—, ¿qué le pasó a Jenna en esa excursión de un día en abril?

Una fugaz microexpresión de pánico bañó el rostro de Alana.

—Um, ella escuchó a los chicos llamándola puta. Renaldo se jactaba

de haberlo hecho con ella. Todo el mundo se reía, algunos tíos echaban a suertes quién iba a ser el siguiente en tirársela.

—¿*Tirársela*? —dijo Alexandria, visiblemente consternada—. ¿Cómo puedes hablar así de tu mejor amiga?

—No estoy hablando de ella, mamá. Les estoy contando a los polis lo que decían esos gilipollas con sus propias palabras —replicó Alana con voz apagada, entristecida.

Las dos mujeres habían dejado de hablar. Alana miraba la hora con creciente ansiedad; los veinte minutos de los que le había hablado a su novio ya habían pasado.

Kay entregó una tarjeta a cada una y les dijo:

—Si alguna de ustedes recuerda algo, por favor, llámenme, de día o de noche. Mi móvil está detrás de la tarjeta.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado? —preguntó Alana, aliviada.

—Sí, a menos que estés ocultando algo, en cuyo caso tú y yo *nunca* terminaremos —dijo Kay, bajando la voz lo suficiente para que sonara amenazadora—. No dejes que te acuse de obstrucción.

En lugar de intimidarla, las palabras de Kay tuvieron el efecto contrario en Alana. Sus ojos se volvieron de acero.

—Adelante. No sé nada más de lo que ya he dicho. Haría el ridículo.

Alexandria bufó. Dejando que madre e hija se arreglaran entre ellas, Kay subió al todoterreno, reflexionando sobre lo casi idénticas que eran las dos. La señora Keaney debía haber tenido a Alana a una edad muy temprana.

Elliot estaba a punto de arrancar cuando un BMW rojo se detuvo en el camino de entrada, conducido a toda velocidad por un joven moreno y de aspecto despampanante. Alana chilló y se subió al coche, luego pasó un largo rato abrazada al joven. Alexandria los observaba desde la puerta, pálida e inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable en el rostro. Su pelo, un poco más largo que el de Alana, ondeaba al viento, azotándole de vez en cuando la cara mientras veía a su hija derretirse en los brazos de su novio.

Madre e hija parecían hermanas.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Tarde

Cuando Alana y los policías se marcharon, sintió las rodillas tan débiles que tuvo que tumbarse un rato en el sofá. Con los ojos muy abiertos, miró al techo, escuchando el fuerte golpe de su corazón, presa del pánico, contra sus costillas.

¿Por qué los policías rodeaban a su hija como buitres? ¿Y en qué estaba pensando al permitir que la interrogaran sin la presencia de un abogado? Debía estar loca. Los polis eran así de escurridizos. Habían dicho algo sobre esa chica desaparecida, Kendra, y al instante se había sentido como una arpía por desperdiciar un minuto de la vida de esa chica pensando en los derechos legales de su propia hija.

Estaba loca.

Desde que Alana se había marchado, sentía como si hubiera aguantado la respiración todo el tiempo; su pecho, cansado de retener el aire dentro de sus pulmones. Lentamente, exhaló, sintiendo que parte de su angustia se esfumaba con el aire que abandonaba su cansado cuerpo.

Parte de su ansiedad aún se aferraba a ella, convirtiéndose en parte de ella, dolorosa e inextricable. ¿De bería llamar a un abogado? Era viernes por la noche, casi las diez. Había parpadeado y había pasado una hora entera desde que Alana se había ido con Nick.

Cerrando los ojos, alejó de su mente cualquier pensamiento obsesivo sobre su hija y su novio. Alana tenía derecho a vivir su vida al máximo, a enamorarse, y podría haberlo hecho de alguien incluso peor que Nick.

Y, sin embargo, durante horas, mientras la oscuridad se había colado en el salón donde ella permanecía inmóvil en el sofá mirando al vacío, no podía pensar en otra cosa.

El toque de queda de su hija era a medianoche, y a las dos de la madrugada, todavía sola e inquieta, Alexandria se levantó sobre sus piernas temblorosas, buscando una botella de vino que descorchar para consolarse. Había intentado llamarla, pero el teléfono de Alana saltaba directamente al buzón de voz.

Quizá se había quedado dormida en brazos de Nick y por eso llegaba tarde, o estaban repitiendo. Tal vez estaba perdiendo la cabeza, a cada minuto una nueva obsesión, mientras su hija no hacía otra cosa que vivir su vida como cualquier otra adolescente.

En cuanto Alexandria empezó a mirar los dígitos verdes de la

pantalla del reloj, los minutos empezaron a arrastrarse, cada vez más despacio a medida que aumentaba su ansiedad.

¿Dónde estaba?

¿Estaba bien? ¿Le había pasado algo? ¿Se había enfadado tras ser interrogada por la policía? ¿Estaba preocupada? Ella no le había dicho nada, simplemente corrió a los brazos de ese...

Solo deseaba que estuviera ya de vuelta en casa, para poder dejar la copa de vino y descansar un poco. Mañana empezaría a resolver las cosas. Hablaría con un abogado sobre Alana. Haría lo que fuera para proteger a su hija. Las cárceles estaban llenas de inocentes que, o bien no tenían cerebro para callarse, o no tenían dinero para una buena defensa legal. A los policías no les importaba arruinar vidas inocentes. No iba a dejar que Alana fuera presa de lo que demonios hubiera estado pasando en ese instituto suyo. ¿Páginas web para adultos? ¿Y qué más, por el amor de Dios?

Se había quedado dormida cuando un chirrido en el suelo la despertó. Alana se estaba quitando los zapatos junto a la puerta, intentando colarse sin despertarla. El sonido de un motor revolucionado se desvanecía.

—Menuda fiesta, ¿no? ¿Te acostaste con él? —preguntó, olvidando todo lo demás que había planeado decirle a su hija. La luz del salón se encendió, cegándola. Se llevó la mano a los ojos, protegiéndoselos.

—¿Y qué pasaría si lo hiciera? —preguntó Alana, de pie frente a ella con las manos en las caderas, dispuesta a luchar.

Alexandria no quería discutir. Quería volver a tener un poco de paz, las dos unidas como amigas, como hermanas. Como solían ser.

Se levantó, un poco insegura de sí misma, y se acercó tambaleándose a la ventana para correr las cortinas mientras Alana la observaba con una mirada fría y despiadada.

—Otra vez no, mamá —susurró, mirando la botella de vino medio vacía—. Has estado bebiendo. Te estás convirtiendo en una borracha.

Alexandria se volvió hacia Alana, con las mejillas encendidas por la humillación.

—¡Estaba preocupada por ti! —dijo, alzando la voz y arrastrando un poco las palabras—. Se suponía que estarías aquí antes de medianoche. Son casi las cinco.

Madre e hija se miraron durante un instante, con la respiración acelerada, dispuestas a lanzarse a la garganta de la otra. Poco a poco, sus miradas se suavizaron. Alexandria abrió los brazos y su hija se abalanzó sobre ellos, escondiendo la cara en el pecho de su madre como solía hacer cuando era más joven.

—Lo siento, mamá.

—Oh, cariño —susurró Alexandria, acariciando el pelo de su hija—. Esos policías. Tenía miedo por ti. Pero no te preocupes, empezaremos

a prepararnos ahora mismo.

Su hija se apartó lo suficiente para mirarla con expresión perpleja.

—¿Prepararnos para qué? Yo no he hecho nada. Le estás dando demasiadas vueltas, mamá. Solo querían ver si sabía algo útil sobre Jenna, y les dije todo lo que pude.

Alexandria se quedó mirando a su hija, escrutándola, preguntándose si le estaba diciendo la verdad. Todos los jóvenes decían mentiras, sobre todo a sus padres. ¿Por qué iba a ser diferente Alana, por mucho que le gustara creer que podía ser cierto?

—Vete a la cama, Alana —dijo con calma, apartándose—. Es muy tarde y necesitamos descansar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Miranda

Kay había estado despierta casi toda la noche, contenta de que Jacob estuviera fuera, probablemente pasando la velada con su novia. No podía dormir; tras un par de horas de intentos fallidos de conciliar el sueño que su cuerpo tanto necesitaba, volvió a la cocina y encendió la cafetera.

Ni siquiera eran las tres de la mañana, pero no podía pegar ojo cuando Kendra estaba ahí fuera luchando por su vida, pasando por un infierno.

La cocina olía a limpio, a masilla y a producto de imprimación, y Kay tenía que andar con cuidado todo el tiempo. El suelo estaba cubierto de periódicos viejos, plagado de trozos de masilla seca y de un fino polvo blanco procedente del lijado. No le importó el desorden; echó un vistazo rápido a las paredes y decidió que esa mañana iba a saltarse el arranque del día de reformas.

Su mente estaba en Kendra. ¿Seguía viva? ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo le quedaba?

Kay encendió su portátil mientras su cansada mente daba vueltas y vueltas a los mismos fragmentos de in formación con los que había estado obsesionada todo el día anterior.

¿Qué sabía de ese sudes?

¿Y si hubiera atrapado a Jenna en Wildfire Ridge, pensando que era fácil, tal y como la describía esa página web? Entonces, ¿por qué drogarla? ¿Porque no estaba dispuesta a acostarse con él tan fácilmente? No todas las piezas de ese rompecabezas encajaban.

Kay agarró una silla y se sentó frente al ordenador, apoyando la barbilla en las manos entrelazadas. Cerró los ojos e intentó visualizar el encuentro entre ambos. Jenna había sido una chica deprimida que había sufrido ciberacoso recientemente y se había apartado del mundo, y, sin embargo, había decidido salir con ese hombre. El sudes, un joven depredador en ciernes, alguien que probablemente había elegido a Jenna por su página web, su reputación. Pero ¿por qué? Si era lo bastante astuto como para conseguir que Jenna saliera de su casa y se reuniera con él, lo más probable es que fuera alguien que podía conseguir citas con facilidad.

Kay escudriñó en su mente los modelos de comportamiento, descartando con rapidez todo lo que no encajaba. ¿Por qué Jenna? ¿Por qué la chica cuya reputación estaba por los suelos?

Porque quería a alguien que no pudiera llorar una violación. Alguien en una situación comprometida, a quien ningún policía creería. El depredador tenía ganas de descargar toda su ansia, pero no sabía por dónde empezar. Era de poder asertivo; para él, todo consistía en dominar a sus víctimas.

Los depredadores sexuales en ciernes no eran precisamente modelos de pensamiento claro y articulado. Tenían impulsos que a veces no llegaban a comprender, pero que seguían a pesar de todo, incapaces de detenerse, aunque comprendieran que esos impulsos podían ser su fin.

¿Y si llevaba tiempo intentando llegar a Jenna? Sus registros telefónicos seguían pendientes; solo el de Kendra había sido procesado ya, y eso se debía a que sus padres habían cooperado con la policía, entregándoles ellos mismos las impresiones y autorizando a la compañía a descargar todos los datos y compartirlos con los detectives.

Kay comprobó si había noticias sobre los registros telefónicos de Jenna, pero aún no se había archivado nada. Escribió un mensaje rápido a la agente Farrell, pidiéndole que agilizara la obtención de los registros y consiguiera que la señora Jerrell participara en ello lo antes posible.

El sudes debía haber llegado a Jenna de algún modo, y no había sido cantando una serenata bajo su ventana. La respuesta tenía que estar en su teléfono. El dispositivo real, aplastado en la caída, todavía estaba con el forense. La última vez que lo había intentado, no habían conseguido encender el aparato.

Satisfecha, apartó el portátil y volvió a visualizar el encuentro entre el sudes y Jenna. La chica no debía estar muy dispuesta a tener sexo, mucho menos de lo que el sudes había previsto. Pero él había ido a su encuentro ya excitado, con sus impulsos pidiendo a gritos ser liberados. Así que la drogó y la llevó a la montaña, una larga caminata para alguien que está somnoliento por el Rohypnol. ¿Quizá la drogó en la cresta, porque ella se resistió, pero había subido voluntariamente?

Tal vez no era muy fuerte físicamente para someter a Jenna y necesitaba la droga para hacerla obediente.

O quizá había descubierto algo mientras ella lucha ba contra él con todas sus fuerzas. Descubrió quién era en realidad. Un sociópata, excitado por la resistencia de Jenna y sus gritos. Alguien que experimentó que dominarla era la única sensación que había estado buscando toda su vida. Y no se cansaba. Pero ella no podía luchar demasiado ni con demasiada fuerza; ya estaba drogada.

Por eso se llevó a Kendra.

Pero ¿cómo?

Revisó los registros telefónicos de Kendra, en busca de algún mensaje o llamada que pudiera sugerir quién era.

Antes de que Kendra saliera de la bodega, no había ningún mensaje de texto en su móvil que pareciera una invitación o una cita. Pero había una llamada de un número de teléfono con prefijo de San Francisco.

Kay escribió otro mensaje a la agente Farrell, pidiéndole que identificara quién era la persona que había llamado. Estuvo a punto de enviarlo, pero algo la retuvo. Se preguntó si no se estaría perdiendo algo en los mensajes y llamadas telefónicas que iban y venían entre aquellos chicos, como una red de secretos y mentiras rebotando en su grupo. ¿Cómo se manchó la reputación de Jenna? ¿Quién había iniciado el ciberacoso?

Escribió otro breve párrafo a la oficial del sheriff, pidiéndole que consiguiera los registros telefónicos de todos los participantes en el retorcido juego que le había costado la vida a Jenna, y quizá también a Kendra. «Agilízalo, por favor», escribió, encogiéndose al pensar en lo mucho que iba a tardar.

Necesitaba una forma más rápida de hallar al sudes si quería encontrar a Kendra con vida.

Eran casi las cinco de la mañana, demasiado tem prano para hacer nada, pero no podía quedarse quieta y desperdiciar dos horas más de la vida de Kendra. Se vistió rápidamente con unos vaqueros y una camisa blanca de algodón, y cogió las llaves al salir.

Esa mañana, ella invertía los papeles. Recogería a Elliot y empezaría a trazar el camino de la destructiva campaña de desprestigio que se había lanzado sobre la existencia de Jenna.

Nunca había visitado a Elliot, pero sabía dónde vivía. Le había enseñado el lugar de pasada; era una granja antigua de una hectárea, más o menos, de tierra cubierta de hierba. Cuando llegó, la casa estaba envuelta en la oscuridad, iluminada solo por la pálida luz que llegaba de la luna a través del espeso follaje de los robles.

Caminó por la parte de atrás, al principio para ver si alguna de las habitaciones estaba iluminada, pero aún era muy temprano. En la parte trasera de la casa, la intensa luz de la luna, despejada por los árboles, se posaba en las ventanas y en una puerta corredera de cristal abierta, tenuemente iluminada desde el interior.

Sintiéndose como una acosadora, pero curiosa al mismo tiempo, se acercó y caminó entre las hierbas hasta llegar a aquella puerta.

Elliot dormía en una cama grande, con una sábana que solo cubría parte de su cuerpo desnudo. La luz de una lámpara de la mesilla situada al otro lado de la cama proyectaba pálidos tonos amarillos sobre sus músculos tensos y su pelo despeinado. Lo miró mientras dormía, con los ojos clavados en su cuerpo, sabiendo lo malo que era

lo que estaba haciendo y, sin embargo, incapaz de detenerse. Las cosas podrían ser diferentes para Elliot y para ella, muy diferentes, si pudiera aprovechar la oportunidad. Si dijera algo de una vez.

Se apartó de la inquietante vista, se apoyó en el cristal y miró la luna menguante. Hacia el este, el cielo empezaba a cambiar de color. Un suspiro salió de sus pulmones... Estaba haciendo el ridículo; si ella hubiera estado en su lugar, se habría horrorizado por ese comportamiento. No había excusas.

Golpeó el cristal con fuerza, negándose a volver a mirar dentro hasta que cambiara la luz.

—¿Estás decente? —preguntó Kay—. ¿Puedo pasar?

Elliot se sentó en la cama, recogiendo la sábana alrededor de su cuerpo con gesto apresurado, con cara de confusión.

—¿Qué sucede? —La miró a los ojos y se sonrojó. Ella escondió una sonrisa—. ¿Me he quedado dormido? Lo siento. ¿Qué hora es?

—No te has quedado dormido —dijo Kay, empezando a arrepentirse de su impulso de visitarlo—. Llego pronto.

—Oh —dijo él, envolviéndose la sábana con fuerza alrededor de la cintura antes de abandonar la cama. Todavía perplejo por su inesperada visita, parecía no saber qué hacer a continuación—. Siéntate —dijo, señalando la cama—. Tengo que vestirme. ¿Ha pasado algo?

Kay permaneció de pie.

—No. Yo solo...No podía dormir, eso es todo, y pensé que estaría bien si te recogía hoy yo a ti.

—Claro, está bien —dijo, dándose la vuelta para buscar algo—. Me acosté tarde. Miranda no me dejó dormir en toda la noche. Estaba enferma... le dolía la barriga. —Encontró sus zapatillas debajo de la cama, se las puso y se apresuró a entrar en el cuarto de baño.

A Kay se le encogió el corazón. ¿Miranda? Maldiciendo, empezó a examinar la habitación. La cama era *king-size*, y parecía como si se hubiera dormido en ella por ambos lados. La lámpara del lado opuesto al de él había estado encendida antes de que ella llegara. Había una mujer en la vida de Elliot, y Kay estaba allí como una idiota en el dormitorio de ella. Se le heló la sangre al pensar que Miranda podría entrar en cualquier momento y pillarla de pie junto a la cama de Elliot.

—Me voy —dijo, con la voz algo temblorosa—. Recógeme cuando estés listo, ¿vale?

Salió al aire fresco del amanecer y respiró. «*Estúpida. ¿Qué esperabas? ¿Que te esperaría para siempre hasta que te decidieras?*».

Elliot la alcanzó, descalzo sobre la hierba cubierta de rocío, vistiendo unos vaqueros con el cinturón aún desabrochado y jugueteando con una camiseta de golf.

—¿A dónde vas? Ya estás aquí, y yo estaré listo en menos que canta un gallo. —Se deslizó la camiseta por la cabeza y se abrochó el cinturón—. Déjame presentarte a Miranda.

Kay tenía la respiración entrecortada. «*Oh, diablos, no*», pensó.

—Tal vez en otro momento, ¿de acuerdo? —Se moría por salir de allí —. Tenemos que ir a trabajar. Sé lo que nos hemos estado perdiendo. Hemos estado enfocando mal todo este asunto.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Escapatoria

Un arrendajo piaba con fuerza cerca de la cabaña, despertando a Kendra. Estaba tumbada desnuda en el suelo frío y mohoso. El olor a suciedad y a hojas podridas era penetrante y pegajoso y le llenaba las fosas nasales con la amenaza de la muerte.

Se acercaba el amanecer, pero aún no había luz suficiente para disipar las sombras de la pequeña cabaña. Aun así, sabía que no estaba sola. Cuando los recuerdos de lo ocurrido llenaron su mente despierta, empezó a llorar en silencio, tapándose la boca con la mano, desesperada por no hacer ruido. Le dolía el cuerpo, magullado y ensangrentado, y demasiado débil para oponer demasiada resistencia.

Temblando, se incorporó y miró la oscuridad, empezando a percibir poco a poco su entorno. A unos metros, un hombre dormía en el suelo, con la respiración agitada, interrumpida a veces por ronquidos. El aliento de él rozaba su pierna por momentos, y ella se retiró, moviéndose despacio, en silencio, poniendo la mayor distancia posible entre ambos. Después de doblar las rodillas contra el pecho y rodeárselas con los brazos, esperó, conteniendo la respiración cada vez que sus ronquidos cesaban bruscamente o por si el graznido matutino de otro pájaro hacía que se despertara.

En cuanto la negrura se convirtió en tenues tonos grises, se puso en pie, insegura sobre sus piernas, agarrándose a las paredes para mantener el equilibrio. Tenía que escapar, ahora, mientras el hombre aún dormía. Esa era su única oportunidad; no iba a haber otra. No podría sobrevivir a otra noche como la que acababa de terminar.

Pero estaba acorralada, el hombre dormido en el suelo le impedía el paso hacia la puerta. Esperó uno o dos minutos a que más luz perforara la oscuridad, anticipando sus movimientos de uno en uno, sabiendo que tendría que ser rápida.

Conteniendo la respiración, se puso de pie y pasó cerca de su torso, luego por encima, aterrorizada de que el suelo podrido pudiera chirriar. No lo hizo, y él siguió durmiendo sin percatarse de nada. Tres pasos más y llegó a la puerta, cerrada con una cadena sobre un clavo.

Mirando fijamente las bisagras oxidadas, recordó el chirrido que emitían al abrirse la puerta, pero se armó de valor y soltó la cadena. La puerta se abrió unos centímetros, gimiendo, y una ráfaga de viento trajo al interior una frialdad fresca y húmeda. El hombre se movió y gimió, pero siguió durmiendo. Con rapidez, Kendra salió de puntillas y

cerró la puerta tras de sí, atrancándola con un pestillo que apenas colgaba de dos tornillos oxidados.

Entonces empezó a correr cuesta abajo, con los pies descalzos doloridos y sangrando contra las rocas afiladas y las ramas caídas de los árboles. No tenía ni idea de dónde estaba, pero sabía que tenía que salir de la montaña lo antes posible.

Sin aliento, giró la cabeza un momento justo cuando entraba en el bosque, para vislumbrar la cabaña. La visión le heló la sangre en las venas. La puerta se abrió de golpe, golpeada por el viento contra el marco con golpes rítmicos. Ya tenía que estar despierto. Nadie podría dormir con eso.

Lloriqueando, se precipitó cuesta abajo; a veces se escondía tras un matorral o grandes troncos de árbol para asomarse detrás de ellos, y luego se alejaba corriendo tan rápido como podía. Acababa de detenerse detrás de un gran abeto cuando oyó el chasquido de una rama en algún lugar cercano y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Los pájaros cantaban a lo lejos, pero los cercanos se habían callado, temiendo la aproximación de un depredador. Como ella.

Se apretó la mano contra el pecho para calmar los latidos de su corazón y escuchó, pero no pudo oír nada, ningún otro sonido más allá del silbido de pánico en sus oídos. Estaba a punto de salir corriendo de nuevo cuando él la alcanzó.

Sin previo aviso, le agarró un puñado de pelo y empezó a tirar, arrastrándola con él cuesta arriba. Chillando y llorando, le arañó la mano, pero a él no pareció importarle. Se limitó a mirarla con una extraña sonrisa.

—¡Por favor, suéltame! —gritó, cuando se dio cuenta de que casi habían vuelto a la cabaña—. Mis padres tienen dinero, te pagarán lo que quieras, lo juro.

—Cierra el pico —murmuró, agarrándola del brazo y empujándola hacia delante. Su andar era fuerte y firme, no se detuvo ni aminoró la marcha.

—Nada de policías, te lo prometo —continuó ella, dándose cuenta de que no conseguiría nada—. Un millón de dólares, sé que mis padres lo tienen. Puedes cogerlo e irte donde quieras, ser libre de...

Él apretó y retorció su brazo hasta que ella gritó, su mano fue despiadada y fría cuando tocó su carne. Mirándola fijamente, se acercó a su cara hasta que ella sintió su aliento en la piel.

—¡Cierra la puta boca!

La empujó al interior de la cabaña, cerró la puerta de golpe y echó el pestillo con la cadena. Retrocedió vacilante hasta llegar a la pared y se quedó de pie, congelada, temblando, envolviéndose el cuerpo tembloroso con los brazos y perdiendo la cabeza por el miedo.

—No, no —gimoteó ella al verlo acercarse. Levantó las manos como para detenerlo.

Él sonrió y le agarró las muñecas con fuerza, para luego atárselas con un trozo de cuerda que recuperó del suelo. Después colgó el nudo en el gancho por encima de su cabeza, inmovilizándola.

Iba a morir allí, como Jenna. No había escapatoria.

Un sollozo le hinchó el pecho, liberando un torrente de lágrimas que le escocían donde tenía la cara y los labios hinchados y magullados por sus golpes. La pesadilla no tenía fin. Nadie la iba a encontrar allí, en medio del bosque. Tirando del gancho con las últimas fuerzas de que disponía, levantó hacia él su mirada ennegrecida por las lágrimas y lo vio de pie a escasos centímetros, mirándola fijamente, sonriendo.

Su mirada le heló la sangre. Sin aliento, lo vio acercarse, mirando su cuerpo con ojos de odio. Le tocó el labio hinchado y ella gimió, apartándose todo lo que le permitieron las ataduras. Riéndose, probó la sangre de su dedo, con un brillo oscureciendo sus ojos mientras lo hacía.

—¿Algo más que quieras decir ahora? —susurró. Su voz, cargada con la amenaza tácita del dolor que se avecinaba, se sumió en el silencio.

Entonces ella gritó, y los arrendajos se callaron.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Alcaparras

De todas las cosas que Elliot había creído posibles un sábado por la mañana antes del amanecer, encontrar a Kay Sharp de pie junto a su cama no era una de ellas. No se atrevía a imaginar qué podría haber alimentado su intención de presentarse así en su puerta, pero le importaba menos que a un perro viejo un jugoso hueso de vaca.

—¿Cómo que hemos estado enfocando mal este asunto? —preguntó él, corriendo para alcanzarla de camino a su todoterreno, después de haberse quedado atrás para calzarse un par de botas. Se puso el sombrero justo antes de subir al asiento del copiloto, orgulloso de mantener la incómoda tradición tejana de llevar sombreros de ala ancha en el interior de los vehículos.

Tensa y con los labios apretados, Kay metió la marcha y arrancó como si un toro furioso los persiguiera sediento de sangre.

—Alguien inició un fuego que quemó la vida de Jenna. Creo que el motivo primordial reside en el autor original.

—¿Qué, un matón de colegio? ¿Ese es quien crees que violó y mató a Jenna?

—Esto no ha sido un ciberacoso cualquiera —respondió Kay, pareciendo un poco más relajada a cada kilómetro que recorría. Su velocidad de vértigo había disminuido hasta situarse algo por encima de los límites legales—. Estamos hablando de alguien que tenía el motivo y los conocimientos para trabajar en una campaña de desprestigio que empezó poco a poco, sin llamar la atención, y terminó en ese sitio web, el golpe final.

—¿A dónde vamos? —preguntó Elliot, deseando haber tenido tiempo de comer algo antes de marcharse.

El todoterreno pasó a toda velocidad junto a Katse, pero él no le pidió que se detuviera para pedir el habitual café y los cruasanes para llevar. El local seguía cerrado. Aún no eran las seis.

—A comisaría. Le pedí a Farrell que sacara todos los registros telefónicos de ese grupo de chicos. En algún lugar, en el tiempo de las insinuaciones y los cotilleos, encontraremos al autor de la campaña de desprestigio.

—¡Eso podría llevarnos semanas! Kendra...

—No tiene mucho tiempo, lo sé —le cortó ella, con la voz rebosante de frustración.

—¿Cuándo solicitaste los registros telefónicos?

Kay murmuró un juramento.

—Hoy, a las tres de la mañana, por correo electrónico.

—Odio darte la noticia, pero ya no estás en Kansas.

—¿Cómo?

—Que no somos el FBI. Somos una pequeña oficina del sheriff del condado. Esos registros tardarán una semana en llegar. Más si necesitamos citaciones que aún no se han presentado.

Ella se detuvo a un lado de la carretera pisando a fondo el pedal del freno, con los neumáticos lanzando guijarros y polvo al aire.

—¡No tenemos una semana!

—Kay —dijo su nombre con calma, buscándola con los ojos—, mírame.

Sin soltar las manos del volante, que estaban agarrotadas desde que salieron de casa de Elliot, giró la cabeza hacia él, con la mirada baja, ocultando unas lágrimas de rabia.

—No tiene mucho tiempo, Elliot. El sudes está explorando, probando cosas nuevas, para descubrir quién es. Cualquiera de esas cosas nuevas podría matar a Kendra. Está haciendo de su vida un infierno que nunca olvidará durante el resto de su vida. ¿Y estamos atrapados aquí, a un lado de la carretera, sin ningún sitio al que ir? —Apartó los ojos llorosos y soltó el volante para juntar las manos en el regazo.

—Kay, eso ya lo sabes. Tú mejor que nadie. Usa lo que tienes y encontremos a ese hijo de puta. Trabaja en esto como hiciste con toda la escoria que atrapaste antes. —Hizo una pausa, pero ella no respondió—. No he oído hablar de un solo cabrón que haya entrado en tu radar y haya salido como un hombre libre.

Kay respiró hondo un par de veces.

—Todo se remonta a Jenna, a cómo la eligió el sudes, y creo que fue por la página web. Todavía no sabemos quién pagó por llevarla a cabo. Usamos K-9 para rastrear a Jenna por la montaña, encontramos la escena principal del crimen, y aun así no sabemos mucho. Lo único que no tuvimos en cuenta es por qué la cresta Wildfire Ridge de todos los lugares.

Él sonrió, viendo cómo ella había empezado a hacer su magia. Pronto tendría a ese delincuente agarrado por el cuello y lo atraparía como a una lubina de seis kilos en una competición de pesca matinal, despacio y con cuidado.

—Debe sentirse cómodo en esa montaña. Los delincuentes como él suelen ir a donde se sienten seguros, ya sea un garaje o un sótano, una cabaña para la caza... —Dejó de hablar, con los ojos fijos en las laderas aún oscuras de Mount Chester, el sol naciente ocultándose tras su cima—. Kendra está en alguna parte de esa montaña —dijo emocionada, volviéndose para mirarlo—. Debe estar ahí arriba. Traigamos unidades K-9...

—Es una montaña muy grande, Kay —respondió Elliot—. Llevaría semanas registrarla, incluso con perros.

Las manos de Kay volvieron a encontrar el volante y apretaron.

—Tienes razón. Sabemos que es más joven, veintitantos, tal vez veinticinco. Está en forma; eligió escalar la montaña por una larga caminata. Sin embargo, drogó a Jenna... ¿por qué? —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido. Era alguien que conocía. ¿Quizá otro depredador que conoció por internet, como hizo con Gavin Sharp?

—Encontramos a Gavin basándonos en sus mensajes de texto —respondió Elliot—. No había pruebas de otro hombre en ninguno de sus mensajes, correos electrónicos o redes sociales. Tampoco en sus registros telefónicos. Apenas hablaba con nadie.

—He estado indagando en los antecedentes de Gavin Sharp —dijo ella, cambiando bruscamente de tema como solo hacían las mujeres—. Encontré al policía que lo encerró la última vez. Su turno no empieza hasta las ocho. Hay cosas que los detectives no se molestan en poner en los informes, las pequeñas cosas que solo ellos saben de sus arrestos. Puede que aún recuerde algo útil.

Elliot frunció el ceño, resistiendo el impulso de levantarse el sombrero y rascarse la cabeza.

—¿El ADN no exoneró a ese tío?

Ella cerró los manos y golpeó el volante. Suavemente, él alargó la mano y tocó la suya.

—Kay, encontrarás...

Ella se apartó como si su contacto le quemara la piel.

—Deberías guardarte esto para Miranda —le espetó. Luego arrancó el motor y se marchó, seguramente para ocultar una oleada de emociones que él pudo leer en su rostro.

Kay Sharp estaba celosa.

De Miranda.

«*Bueno, lanza tu sombrero sobre el molino de viento, vaquero*». Apartó la mirada para ocultar una sonrisa. Luego esa sonrisa se marchitó cuando recordó a Charlene Sealy y la razón por la que había dejado Texas. Su compromiso de no volver a involucrarse con una compañera de trabajo.

—La encontraremos —dijo, manteniendo las manos sobre las rodillas —. Tú y yo atraparemos a este bastardo y rescataremos a Kendra.

Ella exhaló con fuerza.

—¿Y cómo lo haremos, eh? No podemos mapear las últimas veinticuatro horas de Jenna. No puedo entender cómo estas chicas fueron atraídas fuera de sus hogares. No sabemos a dónde fueron...

El teléfono de Kay sonó. Tenía un nuevo mensaje de texto. Sin mirarlo, le entregó el móvil a Elliot, con cuidado de no tocarle la mano al dárselo.

—Es del doctor Whitmore. «Llámame cuando te despiertes», dice. Sabe los horarios que tienes, ¿eh? —Hizo la llamada usando el centro multimedia del vehículo, y fue contestada casi al instante por el médico forense.

—Buenos días, Kay —dijo.

—Estamos los dos aquí —respondió ella—. Buenos días, doctor. ¿Has vuelto a pasar la noche trabajando?

—Estaba con el segundo perfil de ADN en marcha. Me quedé dormido en el sofá. No podía volver a casa con esa pobre chica todavía por ahí.

—Dime lo que tienes —exigió Kay, visiblemente impaciente como siempre.

—Ah, sí. ¿Recuerdas que encontramos dos muestras de ADN en el cuerpo de Jenna? Teniendo en cuenta que también hallamos las mismas huellas en los envoltorios de los condones, supusimos que solo había un violador, pero la segunda muestra de semen pertenece a una persona diferente.

—¿Cómo? —preguntó Kay—. ¿Hay dos sudes?

—Eso parece. La segunda muestra tampoco coincide con Gavin Sharp. No hay coincidencias del primero en el sistema, y el segundo sigue en marcha.

—De acuerdo —respondió, sonando derrotada—. Algo es algo, supongo. Tal vez tengamos suerte con el segundo perpetrador.

—Tengo más —anunció con un deje de orgullo en la voz—. Terminé de analizar el contenido del estómago de Jenna. Unas cuatro horas antes de su muerte, comió un sándwich de atún con mayonesa y alcaparras.

Ella sonrió y redujo la velocidad del todoterreno antes de dar una vuelta de ciento ochenta grados en la carretera desierta.

—Me acabas de alegrar el día. Solo hay un lugar en la ciudad donde se sirve eso. Y abre en unos veinte minutos.

—Lo sé. —Podía notar la sonrisa del doctor Whitmore en su voz.

—Gracias, doctor. Descansa un poco —dijo Kay.

El médico se rio.

—Seguiré las órdenes de mi doctora. —Luego terminó la llamada, dejando un breve silencio para llenar el espacio.

—¿Dónde preparan esos sándwiches? ¿Estás pensando en Katse? —preguntó Elliot.

—No —respondió Kay, sonando muy segura de sí misma por algo que él no sabía muy bien qué era. Le lanzó una mirada rápida y sonrió durante un breve instante, pero luego la sonrisa se desvaneció y apretó las mandíbulas como si hubiera recordado algo molesto—. Las alcaparras son pequeños frutos encurtidos de un arbusto mediterráneo.

¿Cómo sabía ella lo que él estaba pensando antes de que tuviera la oportunidad de decirlo? Si lo hacía tan bien, ¿cómo podía no saber lo que él sentía por ella?

La carretera se curvó alrededor de la cima de una colina y pronto apareció el monte de Mount Chester, con sus afilados picos y sus oscuros árboles de hoja perenne. Kay señaló la montaña con un dedo acusador.

—Katse no añade alcaparras a sus sándwiches, pero esos tipos sí: Winter Lodge.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Pistas

Alpine Subs abría a las seis y media, probablemente atendiendo más a los empleados del hotel que a los turistas a esa hora de la madrugada. Se construyó como anexo al restaurante Winter Lodge, con un pequeño escaparate frente al aparcamiento del hotel y acceso directo desde el interior del vestíbulo.

Delante había aparcado un Hyundai negro, probablemente del personal de la bocatería. La luz estaba encendida dentro. Aunque el cartel de «Abierto» siguiera apagado, Kay no quería esperar. Salió del todoterreno y caminó a paso ligero hacia la puerta, un paso por detrás de Elliot.

El aire era fresco y frío, un poco más cálido donde los rayos del sol naciente golpeaban el valle. Su aliento se convirtió brevemente en vaho antes de desvanecerse. Los primeros colores del amanecer se estaban desvaneciendo, dejando los picos rocosos en un gris plateado contra el azul celeste del cielo. A lo lejos se oía un halcón, volando en círculos cerca de la terminal inferior del telesilla. Un ratón debía estar buscando comida en la hierba cubierta de escarcha, llamando la atención del halcón igual que Jenna y Kendra habían llamado la del sudes.

La psicología que subyace en la publicidad televisiva e impresa se aplica igualmente a las investigaciones criminales. Hay que *ver* algo para quererlo. Hay que saber que existe, poner los ojos en una imagen atractiva y, a medida que florece el deseo, decidir si se persigue lo que se quiere.

El sudes debió ver a Jenna en algún sitio, quizá en persona, antes de que la web le dijera que podría ser una buena opción para explorar sus oscuros impulsos con ella. Eso era lo que Kay había creído hasta la llamada anterior con el forense, y en parte seguía siendo cierto.

Un segundo halcón se unió al primero dando vueltas sobre el suelo, acechando a su presa. Se turnaban para graznar, volando cada vez más bajo, preparándose para atacar. Kay se preguntó si el ratón los había visto venir, si se había dado cuenta del peligro que representaban a distancia.

Dos en lugar de uno lo cambiaba todo. La dinámica del asesinato, de la agresión sexual en sí, de la elección inicial de Jenna como objetivo. Pero dos en lugar de uno coincidía con lo que habían encontrado en la escena del crimen. Dos huellas masculinas recientes. Dos envoltorios

de preservativos. Una huella parcial no identificada en uno de los envoltorios que no se encontró en el otro.

Elliot llamó a la puerta de la bocatería y esperó, asomándose por el cristal.

—¡Todavía no está abierto! —gritó un hombre joven desde dentro—. ¡Vuelve en diez minutos!

Elliot abrió su cartera y pegó su placa contra el cristal. La estrella de siete puntas tintineó con fuerza.

—De acuerdo —dijo el joven, dejando caer una caja de lechuga rallada sobre el mostrador con una expresión de frustración en el rostro. Se dirigió rápidamente a la puerta, se limpió las manos en el delantal y abrió.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

Llevaba una camiseta negra con un estampado colorido, la cara de una estrella de *rock* conocida, pero alguien que Kay no sabría nombrar. O tal vez la de un actor. Un gorro negro de punto bordado con las letras de *Star Wars* en amarillo le cubría la frente casi por completo. Unas placas de identificación militar decorativas le tintineaban en una cadena colgada al cuello cuando se movía.

—Pasen.

Kay le mostró la foto de Jenna en su teléfono.

—Esta chica estuvo aquí el martes por la tarde y se comió un bocadillo de atún con alcaparras. ¿Recuerda su nombre?

El chico vaciló, inclinando la cabeza para ver mejor.

—Yo, um, esto suele estar muy lleno por la tarde. No estoy seguro.

Kay se dio cuenta de que le estaba enseñando la foto antigua, la que le hicieron a Jenna para solicitar plaza en la universidad, en la que era una chica sonriente y feliz con mechas rubias en el pelo, antes de que toda su vida se hubiera venido abajo. Deslizó el dedo y mostró la más reciente.

—¿Qué tal esta?

—Sí, ahora la recuerdo. Se sentó allí, junto a la ventana —señaló—. Iba con dos tipos. —El joven frunció el ceño, y se le formaron varias líneas paralelas en la frente bajo su gorro de *Star Wars*—. ¿Es la chica que encontraron por Wildfire Ridge el otro día?

—Sí, es ella. —Kay miró al techo, pero no vio lo que buscaba—. ¿Aquí no hay videovigilancia?

—No, señora. Han dicho que pondrán cámaras el año que viene. Pero a los turistas no les gustan, sobre todo ahí fuera, en la terraza. —Sonrió, mostrando dos filas de dientes perfectamente blancos—. En especial después de la hora de cierre, no sé si me entiende.

Kay miró hacia la terraza del restaurante, desierta a aquella hora. Las tumbonas alineadas con vistas al pico de Mount Chester eran una atracción local, sobre todo en las tardes más cálidas iluminadas por la

luna. Los clientes del restaurante se quedaban hasta mucho después del cierre, a veces envueltos en sacos de dormir o mantas sacadas de sus habitaciones de hotel, y disfrutaban del aire fresco y las impresionantes vistas. O, como recordaba Kay, de vez en cuando escuchaba a un joven turista tocando la guitarra y canturreando a la luz de la luna. Se preguntó si los tres estudiantes que habían encontrado el cadáver de Jenna la habrían visto antes, cuando estaban cenando en la terraza del restaurante. Tal vez habían hecho una foto del paisaje, captando algo en primer plano; personas, caras, placas de coches.

—¿Cómo se llama? Soy la detective Kay Sharp y este es mi compañero, Elliot Young. —Kay extendió la mano.

El joven vaciló antes de apretarla tras limpiarse rápidamente la mano en el almidonado delantal.

—Dwayne —respondió, muy serio y un poco tenso—. Dwayne Goodrow.

Elliot le estrechó la mano, mirando el tatuaje del brazo del chico.

—¿Dónde sirvió?

Volvió la sonrisa.

—En la Marina.

—Yo fui *ranger* —respondió Elliot, llevándose dos dedos al ala de su sombrero.

—Guay —respondió Dwayne, levantando el puño. Elliot lo golpeó.

Fue asombroso ver con qué facilidad los hombres se unían por un interés común.

—Dwayne, ¿qué puede recordar de los dos hombres que estaban aquí con la chica de la foto? —preguntó Kay.

—Um, no mucho. —Sus manos encontraron los bolsillos del delantal y se zambulleron en ellos—. Hay mucho trabajo, y esta semana solo estoy yo, haciendo turnos dobles. Carrie está enferma. Es mi jefa, la gerente del restaurante. Lleva fuera desde el domingo. —Su mirada se desvió hacia Elliot—. Tengo que pedir a los clientes un descanso hasta para mear, ya me entiende. —Elliot sonrió con comprensión—. Esos tipos eran blancos. Pelo oscuro. Delgados pero musculosos, como los jóvenes que hacen deporte.

—¿Cuántos años tenían? —preguntó Kay.

—Um, yo diría que más o menos de la misma edad que la chica, tal vez uno o dos años mayores; no más.

—¿Por casualidad vio qué coche conducían? —Elliot miró detrás del joven hacia el aparcamiento.

Dwayne se encogió de hombros.

—No puedo ver mucho más allá del mostrador, sobre todo si hay gente esperando en la cola.

—Cuénteme más de ellos —preguntó Kay—. Enviaremos a un

dibujante para que elabore un retrato robot, pero necesito lo que pueda darme ahora mismo.

El joven se rascó el antebrazo, se detuvo junto al *bulldog* que llevaba tatuado y miró brevemente al techo.

—No estoy muy seguro. Ambos iban bien afeitados, vestían ropa limpia, vaqueros y camisas, pero nuevos. Se parecían un poco; tal vez eran hermanos.

—¿Cuánto medían?

Dwayne se rio en voz baja.

—Estaban sentados, pero me di cuenta de que sus piernas eran un poco largas para esa mesa tan pequeña. Digamos, ¿un metro noventa uno y un metro ochenta el otro? —Bajó la mirada un momento y luego miró a Kay con un poco de preocupación en los ojos—. No puedo poner la mano en el fuego. No estoy seguro.

—¿Recuerda algo más?

Dwayne se encogió de hombros, parecía un poco avergonzado.

—Dejaron buenas propinas y parecían estar de buen humor.

—¿Puede sacar el recibo de la tarjeta de crédito?

—No pagaron con tarjeta. Cambié un billete nuevo de cien dólares por ellos, por eso lo recuerdo. Me dejaron quedarme con el cambio de cincuenta. Aquí nadie hace eso.

—¿Y la chica? —preguntó Kay—. ¿Estaba de buen humor?

Dwayne arrugó la frente, mirando en dirección a la mesa donde se habían sentado.

—S-sí, lo estaba, pero no al principio. Se la notaba tensa, un poco sombría o quizá tímida, pero la animaron rápidamente. Parecían conocerse bien.

Se conocían bien. Eran más jóvenes de lo que ella había perfilado. Eran pistas sólidas que podía usar para reducir la lista de sospechosos.

—¿Se sentó alguien en esa mesa después de ellos? —preguntó Elliot.

Dwayne apretó los labios y asintió.

—La limpio cada noche con desinfectante. Lo siento, pero, si va a buscar huellas, hace tiempo que no están.

Un momento de silencio mientras Kay pensaba en sus próximos pasos. Un dibujante debería ser capaz de generar algunas composiciones en una hora como máximo. Luego podría enseñar los retratos robot a la madre de Jenna y a los padres de Kendra, a los profesores del instituto, a cualquiera que pudiera haber conocido a los dos jóvenes y pudiera identificarlos. Tal vez recogieron a Jenna del instituto alguna vez. O a Kendra.

Tal vez ellos mismos fueran alumnos de último curso de ese centro. O recién graduados.

Miró la hora; aún era temprano, ni siquiera eran las siete. Entonces recordó que era sábado. De lo contrario, habría cogido a Dwayne y le

habría hecho plantarse delante del instituto mientras los jóvenes entraban, pidiéndole que eligiera a los dos sospechosos de una larga y desprevenida fila.

Pero un anuario podría servir.

—Uno de ellos dijo algo sobre el telesilla que llamó mi atención —dijo Dwayne, mirando por la ventana con preocupación mientras los coches empezaban a llenar la primera fila del aparcamiento. Pronto tendría clientes—. El más alto dijo que conocía a alguien en el mantenimiento de los telesillas que los subiría a los tres a la montaña, gratis. Me sonaba raro, porque el telesilla no funciona en verano. Solo lo hace después de que la primera nevada fuerte cubra las pistas.

Kay le dio su tarjeta.

—Dwayne, ha sido de gran ayuda. Si recuerda algo más, llámenos. El dibujante estará aquí en unos treinta minutos.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Impulso

Alexandria dio vueltas en la cama durante un rato, incapaz de conciliar el sueño. Las sábanas estaban calientes al tacto, insoportablemente calientes. El sudor le perlaba la frente y el pecho, instándola a despojarse del camisón de seda que llevaba puesto. La amenaza de una migraña sobrevolaba su cabeza como un buitre, implacable. A eso de las cinco y media, abrió la ventana y dejó que el aire fresco de la mañana llenara su habitación, agradeciendo la brisa.

El teléfono sonó y la despertó, aparentemente segundos después de haberse quedado dormida, pero llevaba dormida cerca de una hora. Afuera era de día; un estrecho rayo de sol atravesaba las cortinas, bailando sobre el dibujo de la gruesa alfombra oriental.

Se sentó a un lado de la cama, deshaciéndose de cualquier resto de sueño cuando vio el remitente del mensaje.

«*Estoy desnudo en la cama* —decía el mensaje—, *listo para ti. Vamos, nena, ten piedad de mí*».

Una foto seguía al mensaje. Era un primer plano explícito de una erección bastante imponente. Al verlo, duro y deseoso de ella, sintió escalofríos; la excitación fue instantánea e insoportablemente intensa. Un gemido brotó de su garganta constreñida.

«*¿Tu casa?*», tecleó, sin molestarse en fingir que su sensibilidad se escandalizaba por la foto. Su relación era de lo más básica y primaria; no había necesidad de mentiras.

«*Cuanto antes, nena*», la respuesta llegó de inmediato. «*Las cosas que te haría ahora mismo…*».

Llena de energía, saltó de la cama y enseguida se dio cuenta de que se tambaleaba un poco. Por sus venas aún corrían los restos del vino de la noche anterior. En cualquier caso, no lo dudó; una ducha fría dispersaría todo aquello y revigorizaría su mente y su cuerpo.

Se metió en la ducha con un gesto de dolor, anticipando el agua fría. Cuando los primeros chorros rociaron su piel caliente, jadeó, con el aliento retenido en los pulmones durante un largo instante, que luego abandonó su pecho en un gemido de dolor. A pesar de todo, se lavó el pelo con champú y lo enjuagó con unas gotas de acondicionador de jazmín para que quedara suave como la seda sobre la piel de su amante.

Ya no sentía el frío; su imaginación se desbocaba, su deseo encendía un fuego en su sangre que no podía apagarse. Al salir de la ducha,

pensó en Alana y frunció el ceño. Se secó el pelo con rapidez y confió en que su hija ni siquiera se enterase de que se había ido. Acababa de llegar a casa hacía una hora; estaría dormida como un tronco al menos hasta la hora de comer. No habría preguntas difíciles de responder.

De pie, desnuda en medio del vestidor, no dudó. Sabía exactamente lo que se pondría. Un picardías negro de tiras y encaje de Cosabella, una camisa de satén azul brillante que hacía juego con sus ojos y una falda lápiz negra que se ceñía con fuerza a sus caderas. Las sandalias de tiras con tacón de ocho centímetros completaban el atuendo. Como último pensamiento, cogió su bañador y lo metió en el bolso. Tal vez más tarde podrían pasar por la playa y darse un chapuzón en las frías aguas del Pacífico para calmar el furioso fuego que ardía en su interior, antes de que consumiera lo que quedaba de su cordura y sentido común.

Menos de quince minutos después, llamó al timbre y miró la imponente residencia con un poco de envidia. Se notaba que allí vivía un arquitecto que había diseñado el lugar para sí mismo. Líneas modernas por todas partes y un tejado plano sobre una estructura cubista con ventanas panorámicas y juegos de perspectiva en la forma en que se alineaban las paredes, atrayendo al espectador al interior a través de una enorme puerta pivotante de roble decorada con líneas horizontales acentuadas. Mordiéndose con nervios el labio, notó cómo aquellas líneas impedían la entrada del visitante si la puerta estaba cerrada, pero invitaban a entrar cuando estaba abierta, alineándose con el amplio pasillo que ya había visto antes.

Las líneas paralelas se desplazaron mientras la puerta se abría sin hacer ruido. Él estaba allí en medio, desnudo, duro, sonriéndole mientras ella se ponía inesperadamente nerviosa, vacilante de entrar. La agarró por el antebrazo, tiró de ella hacia dentro y la abrazó con fuerza, haciéndola perder el equilibrio. Detrás, la puerta se cerró en silencio.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Llamadas

Con Elliot al volante conduciendo hacia la terminal del telesilla, Kay se puso al teléfono. Parecía que su trabajo cada vez consistía más en hacer o recibir llamadas. Las cosas habían cambiado, en la forma de pensar y actuar de la gente, en el paisaje de su ciudad, en la manera en que las mentes criminales tejían sus planes de acción.

Había una evolución.

La era del teletrabajo había traído consigo una importante migración de los centros urbanos de alta densidad a los barrios distantes, y pequeñas ciudades como Mount Chester se convirtieron de repente en destinos atractivos para la gente de Silicon Valley que quería salir de la rutina diaria. Los precios asequibles de los inmuebles, sobre todo de los terrenos no urbanizados, la proximidad de la estación de esquí de Mount Chester y la conexión directa con San Francisco a través de la interestatal que pasaba a un kilómetro y medio al oeste del ayuntamiento de Mount Chester, hicieron de su ciudad natal un destino preferente para los habitantes de San Francisco que buscaban una vida mejor.

Eso en sí mismo había cambiado la forma de vigilar el condado. En un año, la población de la ciudad se había duplicado. Corrían rumores de que los especuladores del suelo empezaban a adquirir terrenos locales en cuanto salían al mercado. A finales de año, uno de los mayores constructores residenciales iba a poner la primera piedra, justo al norte de la ciudad, de una urbanización de varias viviendas como Mount Chester nunca había visto. Todos los días se cruzaba con gente que nunca había visto antes, extraños, no gente que recordaba haber visto en la iglesia cuando era pequeña o con la que había ido al colegio.

Pero la cultura de Mount Chester seguía siendo la de una pequeña ciudad. Todos miraban a todos, no por maldad, sino por costumbre y falta de cosas mejores que hacer. Los residentes veteranos, recelosos de los recién llegados, habían estrechado sus filas con cautela, pero ninguno había dado un paso al frente tras la llamada de Barb pidiendo información sobre la desaparición de Kendra Flannagan.

Dwayne Goodrow, el dependiente de la bocatería, parecía ser nuevo en el complejo, aunque se había dado cuenta de muchas más cosas sobre los sudes de lo que ella esperaba. Teniendo en cuenta lo poco fiables que eran los testimonios de los testigos, Kay solo podía esperar

que el pasado militar de Dwayne le hubiera enseñado a fijarse en los detalles relevantes y a retenerlos durante más tiempo que el común de los mortales.

Hacía cinco años, una investigación así probablemente la habría llevado por otro camino. El camarero habría reconocido a los dos tipos que habían quedado con Jenna en Alpine Subs. Probablemente habría dado nombres, no descripciones. Habría dicho algo como: «Era el hijo mayor de fulanito y ese amigo suyo alto y delgado, ya sabes, el que juega al baloncesto en...».

Aquellos días ya no existían.

Mount Chester, que pronto se convertiría en una antigua pequeña ciudad, crecía y evolucionaba hacia un asentamiento híbrido, donde los nuevos residentes permanentes y a tiempo parcial compartían una cultura cambiante con los aldeanos que habían nacido allí. La cultura rural de las comunidades dormitorio se estaba transformando bajo la influencia de los lejanos barrios, con todo lo bueno, lo malo y lo simplemente diferente.

La primera llamada de Kay fue a Jimmy Bugarin, el operador del telesilla, que le había ofrecido su ayuda el miércoles anterior. Casi a las siete, su llamada lo encontró levantado y listo para reunirse con ellos en la base de la montaña en cuanto pudiera llegar.

La segunda llamada fue una petición formal de un dibujante. El agente Hobbs se encargó de eso; iba a despertar al artista y llevarlo al restaurante. Luego, otra llamada hizo que Kay hablara con la agente Farrell; su misión era conseguir los anuarios de los últimos cuatro años de los graduados del instituto y enseñárselos a Dwayne Goodrow lo antes posible. Aún no había noticias de los registros telefónicos, pero iba a hacer un seguimiento.

Elliot llegó a la terminal del telesilla cuando terminó de hacer las llamadas. Eran poco más de las siete, bajo un sol radiante, y el aire se calentaba con rapidez, levantando la bruma de los prados. Sin embargo, Kay dudó antes de salir del todoterreno.

Había algo más que quería hacer. Lanzando una rápida mirada a Elliot, se dio cuenta de que habría estado más cómoda sola para la llamada que estaba a punto de hacer.

Rápido para leerle la mente, como siempre, Elliot preguntó:

—¿Qué pasa?

Se quedó mirando el teléfono que sostenía, sopesando sus opciones. Tarde o temprano, tendría que tomar esa decisión. Mejor que fuera cuanto antes.

—Quiero hablar con el policía que detuvo a Gavin Sharp —dijo, sintiéndose ahogada por alguna razón—. Tal vez recuerde algo, cualquier cosa...

—¿De hace más de treinta años?

Kay bajó los ojos a la pantalla del teléfono. Al ver las cosas así, se sintió como una idiota. Tenía razón. Y aun así, no podía soltar el teléfono, la idea de que podía averiguar más cosas sobre aquel hombre. Sobre su padre.

Elliot se giró en su asiento para mirarla.

—¿Ese policía sigue vivo?

—Sí —respondió ella—. Era un novato cuando pilló a Sharp. Sigue en el cuerpo, es capitán.

Evitó la mirada de Elliot. Desde que había estado en su habitación, observando la cama donde él había dormido con otra, no lo había mirado ni un solo momento, temerosa de que viera la angustia que sentía en su corazón. Elliot no le pertenecía; no tenía nada que hacer ni derecho a estar celosa. Aun así, cuando recordó las sábanas arrugadas del lado izquierdo de la cama, no pudo respirar bien y se le nublaron los ojos.

—¿Cuál es tu obsesión con ese hombre? —preguntó Elliot. Su voz era suave, comprensiva. No tenía derecho a ser así con él. No era más que un compañero de trabajo que pertenecía a otra mujer—. El sexo fue consentido, y Jenna era menor de edad, de acuerdo, pero a pocos días de no serlo. En otros estados, la edad de consentimiento es diecisiete o dieciséis, incluso.

—Aquí no estamos en Texas —murmuró Kay—. En California, la edad de consentimiento es dieciocho años, y... —Dejó de hablar, ahogada por su propia ira. Nada de lo que sentía era racional.

—No es por el sudes, ¿verdad? —prosiguió Elliot, manteniendo la voz calmada y tranquilizadora.

—Sí, el ADN lo exculpó. Solo podemos acusarlo de estupro a una menor, y solo si confiesa. Si no, no tenemos nada.

—Pero estás de un humor de perros por ese delincuente.

Ella le dirigió una mirada furiosa y se apresuró a apartar la vista.

—Es un depredador de internet, Elliot. Alguien que merodea por ahí y caza jovencitas vulnerables. Esta vez, Jenna tenía diecisiete años. ¿Y si hubiera sido más joven? ¿Crees que se habría echado atrás? ¿Y si la próxima tiene catorce años? —Levantó la voz con cada pregunta, gritándole en el espacio cerrado del todoterreno.

Elliot no se defendió.

—Haz la llamada, entonces. Tienes suficientes tablas para llevar la voz cantante.

—No se trata del caso, Elliot —admitió, sintiéndose avergonzada—. Se trata de mi padre. Hay muchas similitudes entre ese hombre y mi padre, no solo el nombre. —Ella levantó la mirada de la pantalla del teléfono, que se había vuelto oscura, y lo vio fruncir el ceño.

—¿Como qué?

Kay se encogió de hombros.

—Más o menos... todo. Lugar de nacimiento, escuelas a las que asistieron, ese tipo de cosas.

—Entonces, no es solo una coincidencia, esto del nombre, con tu padre, ¿no? —Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo un par de veces antes de volver a ponérselo—. ¿Algo más que deba saber, antes de empezar a preguntarme por qué una conversación con mi compañera suena tan condenadamente parecida a un interrogatorio de sospechosos repleto de mentiras?

—No, no hay nada más. —Tragó con fuerza, sintiendo la garganta aún oprimida—. Creo que mi padre robó la identidad de ese hombre, y me gustaría confirmarlo si puedo.

Elliot cruzó los brazos sobre el pecho.

—Haz la llamada y quítate un peso de encima, entonces. Aunque no te dirá quién es tu padre.

—Puede que sí.

Marcó el número rápidamente, como si temiera cambiar de opinión. Un hombre cogió la llamada al cabo de uno o dos segundos.

—¿Capitán Bracero? Soy la detective Kay Sharp, de la oficina del sheriff del condado de Franklin —dijo de un tirón.

—¿Franklin? Eso es al norte de Marin, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer por usted, detective?

—Muy al norte de Marin, capitán. Unos tres condados más o así. Llamo por un viejo caso, un tal Gavin Sharp. Lo atrapó por...

—¿El baboso del bar? Sí, me acuerdo de él —respondió—. ¿Qué necesita saber?

—Menuda memoria —se rio Kay—. ¿Cómo es que se acuerda de él?

Un gemido mal disimulado llegó desde el otro extremo de la conversación.

—Había algo sospechoso en ese tipo. Es como cuando notas en las entrañas que te están ocultando algo, ¿comprende? Bueno, ese tipo no ocultaba nada que yo pudiera encontrar, pero estaba dispuesto a apostar lo que fuera a que volvería a estar entre rejas pronto. Menos mal que no soy un hombre de apuestas. Habría perdido. Sospeché de él por un allanamiento de morada en algún momento, cinco años después, pero se vino abajo. Yo no tenía pruebas y él pidió un abogado.

—¿Había algo en él que le llamara la atención? ¿Algo que hizo o dijo?

Hubo un silencio.

—Um, hablaba mucho acerca de que le habían robado la identidad. No paraba de decir que había otro hombre haciéndose pasar por él o algo así. No le di importancia. Tengo media docena de testigos que lo sitúan en ese bar lanzando puñetazos. Envió a un hombre al hospital con una conmoción cerebral y un corte profundo en la frente que

necesitó algunos puntos.

—¿Había presentado una denuncia antes de su detención sobre ese asunto de la identidad?

—Pensé exactamente lo mismo. —Kay podía notar la sonrisa en su voz, áspera y bien ahumada—. Le pregunté, y tuvo el descaro de decir que no había presentado nada porque no quería lidiar con ningún policía.

Kay contuvo la respiración.

—¿Investigó la acusación de suplantación de identidad?

—No tenía sentido. Estaba en la ruina, el imbécil no tenía un centavo a su nombre. Esperaba el juicio en la cárcel porque no podía reunir doscientos pavos para la fianza. ¿Por qué alguien robaría su identidad? ¿Y hacer qué con ella, exactamente?

Kay no contestó. Los pensamientos y recuerdos se precipitaron desde los recovecos más profundos de su mente hacia el presente, clamando y arremolinándose, ansiosos por salir.

—Soy un policía veterano —añadió el hombre, con un tono de voz más bajo, avergonzado—. Acabo de darme cuenta de que también se llamas Sharp, ¿verdad? ¿Son parientes?

Kay se las arregló para reír y hacer que sonara genuino.

—Solo una coincidencia, capitán, nada más. Es un apellido común en California. Gracias por su ayuda.

—Cuando quiera, aquí estoy.

La llamada terminó, dejando un pesado silencio en el coche. A lo lejos, un viejo camión había girado hacia la carretera que llevaba a la terminal del telesilla. Probablemente era el dueño, que iba a recibirlos.

—Ya está —dijo Elliot—. Ahora ya lo sabes. ¿Te hace sentir mejor? —Alargó el brazo para apretarle la mano, pero ella se apartó antes de que sus dedos tocaran su piel.

¿Por qué no entendía, de una vez por todas, que las cosas habían cambiado entre ellos si se acostaba con otra? ¿Por qué era tan difícil?

No dijo nada, temerosa de que su voz la traicionara. En su lugar, se centró en toda la situación de Gavin Sharp.

Precisamente treinta y dos años atrás, cuando Gavin Sharp, de San Francisco, había sido detenido por golpear a un hombre en un bar, había dicho algo sobre otro hombre que utilizaba su identidad.

Ese año, el padre de Kay había conocido a su madre. Meses más tarde, le había propuesto matrimonio y se había casado con ella en una pequeña y modesta ceremonia de la que solo quedaban un par de fotografías.

Alrededor de un año después, Kay había nacido en una infancia infernal con un extraño abusivo y violento por padre.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Pase

El viejo Chevrolet plateado traqueteó hasta detenerse junto a la entrada de la terminal del telesilla, donde Kay y Elliot esperaban. Jimmy Bugarin, vestido con una camiseta negra con los dobladillos deshilachados y agujeros visibles aquí y allá, y unos pantalones cortos multibolsillos de color caqui bajó de un salto y sonrió ampliamente, mostrando dos filas de dientes desalineados y manchados por el consumo de tabaco. Un mechón de pelo aún se aferraba a su cuero cabelludo en la parte superior de la cabeza, rodeado de brillante calvicie. Un tufillo a humo de cigarrillo rancio lo envolvía como su propia nube personal.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, detectives? ¿Quieren que arranque este cacharro oxidado y los lleve a la montaña muy rápido?

—No hace falta —respondió Elliot, estrechando la mano del hombre —. Solo necesitamos algo de información de usted, eso es todo.

El hombre se frotó las manos, aparentemente excitado por alguna razón.

—Disparen.

—Buscamos a dos hombres jóvenes, menores de veinticinco años — dijo Kay, olvidando por un momento que Jimmy Bugarin se sentía más cómodo hablando con Elliot que con ella. Su ceño fruncido y sus manos metidas rápidamente en los bolsillos del pantalón se lo recordaron—. Mi compañero le dará todos los detalles.

El hombre se relajó al instante y volvió su atención hacia Elliot, casi sonriendo de alivio. Kay se abstuvo de sacudir la cabeza. Algunos hombres tenían problemas para tratar con las mujeres, tan arraigados en su psique que escapaban a toda lógica o redención.

Elliot le lanzó una mirada rápida y luego dijo:

—Aún no tenemos un retrato robot, pero pronto lo tendremos. Por ahora, puedo decirle que miden entre metro ochenta y metro noventa, más o menos. Son caucásicos y morenos, con «pelo que necesita un corte», en palabras textuales de nuestro testigo. —Hizo comillas con los dedos mientras hablaba.

El ceño volvió a fruncirse en la frente de Jimmy, y sus dedos manchados y rechonchos encontraron los pliegues de la frente y se los rascaron a conciencia.

—Um, sin faltar al respeto, pero ¿por qué me preguntan por esos dos personajes? Creo que ya les dije que no estaba aquí el martes, cuando

murió esa pobre chica. Mi hijo estaba enfermo de gripe. Estuve aquí el miércoles, cuando subí al otro policía a la montaña con su perro.

—Sí, recuerdo que lo mencionó —dijo Elliot. Habló con calma, sin prisas, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Y su estrategia funcionó. Jimmy ladeó un poco la cabeza y enarcó una ceja.

—Entonces, ¿qué necesitan, amigos?

—Uno de esos tipos lo mencionó a usted.

—¿Cómo?

—El mismo testigo que dio las descripciones dijo que uno de los tipos decía que conocía a alguien en el mantenimiento del telesilla que los llevaría gratis a la montaña.

El hombre se encogió de hombros.

—Yo no estaba aquí. No le di a nadie un maldito paseo por la montaña.

—Sabemos que no lo hizo —intervino Kay, viendo que Jimmy se estaba poniendo a la defensiva—. Hicimos que la unidad K-9 siguiera sus pasos hasta la cresta de la montaña. Sabemos que subieron a pie.

—¿Quién diría que lo conoce para lo pudiera subir en el telesilla? —preguntó Elliot—. ¿Tiene amigos o alguien que pueda decir que haría eso por ellos? ¿Llevarlos gratis?

Jimmy se rascó las raíces del mechón rebelde que marcaba la parte superior de su cabeza.

—No hago eso por nadie. —Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo lateral de su pantalón y encendió uno, lanzando al aire un remolino de humo—. Quiero decir, sí, a policías o cualquier otro funcionario, no les cobraré. ¿Rescates en montaña? Por supuesto. Pero el resto tienen que pagar o me arruino. No enciendo el telesilla en verano. Se lo dije.

Kay gimió en silencio y miró a Elliot, instándolo a poner fin a la conversación. Estaban perdiendo el tiempo. El hombre no tenía nada.

—Gracias, señor Bugarin.

Jimmy se dio la vuelta para marcharse, pero cambió de idea.

—Um, haría una excepción por algunos de mis clientes habituales, ya saben. Para titulares de pases de temporada.

A Kay se le iluminaron los ojos.

—¿Tiene muchos de esos?

—Unos pocos. Estas montañas están llenas de habitantes de San Francisco con más dinero del que pueden gastar. Los pases de temporada no son baratos. Para una persona, son mil cien, novecientos si es estudiante o exmilitar. Por un pase familiar, son más de dos mil para el invierno, y no me importa si la nieve se descongela pronto.

Elliot silbó.

—¿Y eso es solo para el telesilla?

—Ajá. —Jimmy dio otra calada y expulsó el humo despacio, saboreándolo—. Telesilla, aparcamiento y guardaesquís en una de las taquillas de atrás.

—Necesitamos ver sus registros —dijo Kay. Un destello de puro pánico iluminó los ojos de Jimmy—. Solo para ver si podemos identificar quiénes son esos tipos basándonos en los recibos de su tarjeta de crédito.

Jimmy se mordió el labio mientras sus ojos volaban por todas partes, presas del pánico.

—No hay muchos recibos de tarjetas de crédito, señora. Hago descuentos por pagos en efectivo y escribo los recibos a mano. No hay forma real de rastrear a nadie. Si pierden el pase, tienen que pagar otro.

Kay lo observó. Tal vez Hacienda tuviera que investigarlo, o puede que estuviera pagando honestamente sus impuestos como debía. En cualquier caso, no era asunto suyo.

—¿Reconocería a uno de los titulares de pases de temporada si lo viera?

—Sí, apuesto a que sí, porque están mucho en las pistas, haciendo valer su dinero.

—Gracias, señor Bugarin, nos pondremos en contacto con usted hoy cuando tengamos el retrato robot.

—Estaré aquí, trasteando con este cacharro —murmuró, dirigiéndose a la terminal.

Elliot miró a Kay. Ella enseguida apartó la mirada.

—Sé cómo manejar esto —dijo Kay, corriendo hacia el todoterreno. Se puso al volante y arrancó el motor.

Elliot ocupó el asiento del copiloto e inmediatamente encendió el portátil.

—Yo también tengo una idea. ¿Quién utiliza mucho el telesilla? Un esquiador apasionado, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, sin saber a dónde quería llegar con esa afirmación.

—¿Y qué otra cosa hacen si están tan locos por su tiempo pasado en las pistas?

Kay sonrió.

—Publicar sus fotos en las redes sociales. Uno de los chicos del entorno de Jenna anterior a abril es esquiador. Adelante, compañero.

Kay aceleró, lanzando piedrecitas al aire, en dirección a la comisaría. Si los registros telefónicos que había solicitado aún no estaban allí, iba a tomar cartas en el asunto y conseguirlos pronto.

—Lo tengo —anunció Elliot mientras giraba a la derecha hacia la autopista—. Su nombre es Richard William Gaskell. Encaja a la perfección con la descripción. Metro ochenta, moreno, necesita un

corte de pelo. Es estudiante de último curso. Hay un montón de fotos del invierno pasado, cuando fue a esquiar, incluido un *selfie* que se hizo con Jimmy Bugarin.

Kay sonrió.

—Vamos a por él.

—No tan rápido, compañera. Sus padres son abogados penalistas de San Francisco.

—No me digas que es el hijo de Edward Gaskell. El hombre es el más feroz defensor de la escoria del cri men organizado a este lado de los estados contiguos. —Su puño encontró el borde del volante al golpearlo con fuerza—. Maldita sea. No vamos a tener suerte con esto, ¿verdad?

—Necesitamos una causa probable real y una orden de arresto sólida. El «le gusta esquiar» no es suficiente para los padres abogados. Probablemente podamos conseguir que Bugarin y nuestro amigo Dwayne lo elijan en una serie de fotos, y eso sería suficiente para una orden sólida. —Elliot miró la pantalla, todavía desplazándose a través de los mensajes de las redes sociales—. Tiene fotos con otros chicos que encajan con la descripción.

Kay sacudió la cabeza. Un movimiento en falso y Edward Gaskell podría pedir un pequeño favor a uno de los pedazos de escoria del crimen organizado que había mantenido fuera de la cárcel. Fuera como fuese, ella no iba a dejar que su precioso hijo se librara.

—Dejemos que los testigos ayuden con el segundo sudes. Si no pueden, haz una lista corta y lo atraparemos durante el interrogatorio. —Kay apretó los dientes, furiosa por su propia impotencia—. Llevará un tiempo que Kendra no tiene.

—Va a ir a Harvard, así que voy a suponer que es listo, pero tengo una gran duda en este asunto. ¿Por qué el hijo tan inteligente de un importante abogado dejaría huellas y semen en la escena? ¿Tiene algún sentido?

Kay dejó que su mente divagara mientras conducía y casi se salta la salida de la comisaría. Solo un escenario podría justificar la flagrante desorganización de un sudes aparentemente inteligente y educado.

—Sí, tiene sentido, si pensó que iba a ser una violación mientras la víctima estaba puesta de Rohypnol. No recordaría nada a la mañana siguiente, y su reputación mancillada invalidaría cualquier reclamación que hiciera sobre la agresión. Debía excitarle la idea de ver a su víctima en el instituto todos los días, indefensa, temerosa, derrotada y avergonzada para siempre. Es el último escalón del poder. —Redujo la velocidad y giró hacia la calle de la comisaría—. Algo debió pasar. No solo el martes, en la montaña, sino en abril.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a por qué todos estos chavales comenzaron a intimidar a

Jenna de repente. Aún no lo sabemos.

CAPÍTULO CUARENTA

Perdida

—Vaya, pero si es mi detective de confianza, Kay Sharp —la saludó el sheriff Logan nada más entrar en la comisaría. Debió hacer que alguien le avisara en cuanto ella entrase.

Sus palabras fueron un amargo *déjà vu* de la mañana del viernes. A diferencia del día anterior, ahora echaba humo. Había cruzado los brazos sobre el pecho, impidiendo el paso con su corpulencia, y miraba a Kay. Cuando pronunció su nombre, su voz estaba cargada de matices de frustración y decepción. Se quedó inmóvil tan bruscamente que Elliot casi choca con ella.

—Buenos días, sheriff —dijo Kay, sosteniéndole la mirada con calma —. Tenemos algunas noticias.

—Ah, ya llegaremos a eso —contestó Logan, dándose la vuelta, y caminó a paso ligero hacia su despacho. Lo siguieron.

En cuanto ocupó su silla tras el viejo y arañado escritorio repleto de expedientes e informes, volvió a mirarla.

—Estuviste ahí ayer por la mañana y de alguna manera omitiste decirme que el sudes, como te gusta llamarlos, tiene el nombre de tu padre.

—Sheriff, yo...

Levantó la mano, haciéndola callar.

—Ahórrame tus excusas. Debes pensar que soy el mayor idiota que jamás haya llevado una placa, si ni siquiera te molestaste en decírmelo antes de que lo oyera anoche en las noticias.

Se merecía la bronca; había mentido a gente que no se merecía que le mintieran, y tenía que reconocerlo. Respiró hondo, recordándose a sí misma que la única culpa era suya.

—Señor, en cuanto saqué el perfil del delincuente del Departamento de Vehículos a Motor, se hizo evidente que no es mi padre, como temí durante unos diez segundos. Entonces procedí como lo habría hecho con cualquier otro sudes; su nombre no me importaba. Ahora me doy cuenta de que me equivoqué y le pido disculpas; debería haber sido informado.

La mirada del sheriff se suavizó. Kay apretó la mandíbula, pero se las arregló para dejar que el incómodo silencio llenara la habitación. Tras un momento que pareció eterno, el sheriff colocó las manos sobre la pila de informes que tenía delante y dejó escapar un suspiro frustrado.

—Al menos hablaste con esa reportera y nos la quitaste de encima. —

Suspiró y se apoyó en el respaldo de su desgastada silla de cuero—. ¿Has dicho que tenías noticias?

—Tenemos al primer sudes identificado; tenemos que pedir a dos testigos que lo elijan de entre una serie de fotos antes de decir una palabra sobre ello a nadie. —Bajó la voz al pronunciar la última parte de la frase.

—¿Quién demonios es? Aquí nadie recibe un trato especial.

—El hijo de Edward Gaskell, Richard.

—Hijo de... —Se detuvo a tiempo, pero la expresión de su rostro dijo el resto—. No necesito decírtelo, pero ten mucho cuidado cuando manejes a este sospechoso.

—Entendido —respondió ella, dirigiendo una rápida mirada a Elliot. Como de costumbre, había permanecido de pie, apoyado en el marco de la puerta—. Estamos esperando otras pruebas. El ADN del segundo sudes, registros telefónicos...

—El hijo de Gaskell no está en el sistema de reconocimiento de huellas, ¿verdad? —El sheriff terminó su pregunta con una risita amarga.

—Por supuesto que no. La obtención de su ADN tiene que hacerse según las normas —añadió Kay, afirmando lo que todos pensaban—. Su padre tiene un don para conseguir que las pruebas sean desestimadas en los tribunales por cuestiones de procedimiento minúsculas. Él y yo nos hemos cruzado en el pasado. —Miró la hora y frunció el ceño—. Si no hay nada más...

Logan los despidió con un gesto de la mano y ella se apresuró a salir de allí. Se detuvo en su escritorio para dejar las llaves y luego corrió hacia el armario de pruebas. Momentos después, tenía el diario de Jenna en sus manos.

—Toma —dijo Elliot, poniéndole delante un vaso alto de papel lleno de café humeante—. Es lo bastante fuerte como para aguarnos a nosotros.

Ella sonrió durante un breve instante. Siempre la hacía reír, pero eso no significaba nada. Tal vez hacía reír igual a Miranda. O incluso más. Su sonrisa desapareció.

—Gracias. —La silla de la que tiraba rechinó ruidosamente contra el suelo.

Elliot le lanzó una mirada rápida que parecía iluminada por algo que ella no podía identificar, tal vez el comienzo de una sonrisa, pero el rostro de su compañero estaba serio mientras encendía su portátil y tomaba asiento.

—¿Qué? —preguntó ella, con voz un poco molesta.

Elliot se encogió de hombros.

—Yo no he dicho nada. —La miró igual que antes, como si supiera algo divertido sobre ella que no iba a compartir. Como si tuviera

comida entre los dientes o algo así—. Sacaré todas las fotos de las redes sociales de Gaskell con otros chicos que encajen en la descripción y empezaré a identificarlos para la segunda serie de fotos.

Abandonó por un momento el diario sobre el escritorio y ordenó sus pensamientos. Parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había leído las notas de Jenna. Seguían creyendo que Gavin Sharp era el violador y que había actuado solo.

Abrió el diario, pasó las páginas rápidamente hasta la última entrada que había leído y continuó. Mientras leía, se dio cuenta de que las manchas de lágrimas, ya secas, decoloraban el papel.

2 de mayo

Yo misma lo he oído en el campamento, cómo hablan de mí. Si no, pensaría que me estoy volviendo loca. Son susurros, principalmente, que se detienen cuando paso. También risas, carcajadas, resoplidos, comentarios. Quiero gritarles y arañarles la cara, hacer algo, lo que sea, para acabar con este silencio.

Alana sigue viniendo, pero apenas puedo soportarlo. Es amable conmigo y me trata como siempre lo ha hecho, pero sé que lo sabe, y me mata que no saque el tema. ¿Hasta cuándo jugaremos a esta farsa? Ayer me senté con ella y Nick a comer. Nadie más se sentó con nosotros, y Nick siempre atrae a una multitud.

Yo era el repelente de multitudes. Quizá debería vender mis servicios.

Alana tiene suerte de tener a Nick como novio. Parecen tan enamorados como Tim y yo. Quizá duren más que nosotros.

5 de mayo

Se suponía que Tim y yo iríamos al cine, pero lo canceló. Dijo que no se encontraba bien. Me ofrecí a ir a su casa y pasar un rato con él viendo la tele, pero no quería que lo visitara.

Sabía que esto acabaría ocurriendo. Solo esperaba que Tim, de todas las personas, supiera que todo es mentira. ¿Por qué no me cree? ¿Por qué fingió tener náuseas en lugar de preguntarme qué pasa?

Esto no acabará nunca. Estoy sola en este mundo. Nadie hablará de ello conmigo. Mis propios padres me parecen una carga. Si no fuera por mi padre y lo que sé que le haría, me tiraría por un acantilado. Aquí tenemos de sobra.

8 de mayo

Mackenzie y Alana fueron al cine el viernes con Nick y algunos de sus amigos. No me invitaron. Al principio me sentí abandonada, luego recordé que todos pensaban que Tim me llevaría con él. No es culpa suya.

Hoy alguien me ha insultado después de la primera hora.

Jenna Zorrell.

Han corrompido mi nombre... el nombre de mi padre. Ya no soy Jenna Jerrell. Ya no sé quién soy. Quizá todos tengan razón y yo esté equivocada y perdiendo la cabeza al mismo tiempo. Tal vez sea una de esas pesadillas interminables y sin sentido, al estilo Matrix, de las que no se puede despertar.

Decidí preguntarle a Mac si sabía por qué la gente decía esas cosas de mí. Se puso nerviosa, roja como un tomate, y no dijo nada más excepto que los chicos eran malos y decían mentiras y que yo no debía escuchar nada de eso. No debería importarme.

Alana dijo lo mismo. No lo vi al principio, pero es una buena persona. Parecía un poco dura y un poco arrogante, pero es amable, cariñosa y una buena amiga. No importa qué día de la semana sea o qué hora, siempre puedo llamarla. No juzga y no pregunta, pero si quiero, puedo hablar de ello con ella. Está ahí para mí, lista para pasar el rato como solíamos hacer.

Antes de todo esto.

Hoy, después de clase, alguien me ha metido mano en el pasillo. Fue fuerte. Me dolió.

Alana vino después del instituto y se lo conté, luego lloré en sus brazos hasta que se me secaron las lágrimas. Al menos las tengo a ella y a Mac. Para ellas, soy la misma persona de siempre.

Pero incluso a ellas me da vergüenza mirarlas a los ojos.

10 de mayo

Se acabó.

Tim me ha dejado. Estoy entumecida por el dolor.

Y, sin embargo, apenas puedo pensar en él después de lo que me mostró. Hay un sitio web por ahí con fotos de mi cuerpo desnudo para que todo el mundo lo vea. No son reales, pero ¿cómo van a saberlo, si ni siquiera se molestan en preguntar?

Tim no preguntó. Acababa de mostrarme la página web, pálido y temblando. Tenía lágrimas en los ojos, pero me miraba como si hubiera hecho algo malo. Él cree que sí soy yo. Cree que me he acostado con todo el mundo menos con él.

Ahora se ha ido.

Pero esa cosa horrible sigue ahí para quien quiera mirar.

¿Quién ha podido hacerme esto? ¿Y por qué? ¿Por qué yo?

Cuando salía hoy del instituto, alguien me ha preguntado cuánto cobraba por una hora.

¿Una hora de qué?

No me atreví a preguntar.

El teléfono de Kay se activó, sobresaltándola. Comprobó la pantalla y descolgó inmediatamente. Era la agente Farrell.

—Cuéntame —dijo, poniendo el teléfono en altavoz y colocándolo

sobre el escritorio.

—Esto no te va a gustar, Kay. Goodrow no está aquí.

—¿Cómo que no está? —Se levantó de la silla como si fuera a salir por la puerta y golpeó el escritorio con las manos—. ¡Los dejamos allí!

—Llegué a Alpine Subs sobre las ocho y media. La puerta estaba cerrada; el cartel, apagado. Nadie sabe a dónde fue Dwayne Goodrow. Pregunté a la dirección del hotel, llamé a su jefa... no tenía ni idea de que se había ido. Iremos a su dirección en el registro siguiente. Vive al otro lado de la montaña.

—¿Tienes el anuario?

—Sí, lo tengo conmigo. Se lo enseñaré al operador del telesilla antes de salir a rastrear a Goodrow. Ya tengo una orden de búsqueda sobre su coche.

—¿Qué tal los registros telefónicos de toda la lista de nombres que te di?

—Deberíamos tenerlos al mediodía, como muy pronto.

Kay cerró los ojos.

—Mantenme informada —dijo, sentándose lentamente y terminando la llamada.

Eso no estaba pasando.

El único hombre que podía situar a Richard Gaskell con Jenna justo antes de que fuera asesinada ahora se había esfumado. Sin su identificación positiva, no había motivos suficientes para una orden judicial.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Adiós

Al principio no llegaron a la cama. Llenando el suelo con la ropa de Alexandria, se la quitó vorazmente, mientras ella gemía y jadeaba entre sus besos. Su autocontrol se había esfumado desde el momento en que vio sus firmes abdominales y la dureza que descansaba bajo ellos.

Con un movimiento de su antebrazo, despejó una sección de la encimera de la isla de la cocina y la levantó allí. El granito se sentía frío bajo su piel caliente. Inclinando la cabeza hacia atrás y abandonándose a él, se rio, secretamente excitada ante la idea de practicar sexo apasionado sobre la encimera de granito de otra mujer. ¿Lo sabría? ¿Lo sentiría?

Más tarde, llegaron a la cama. Se durmió, satisfecha y agotada, entre sus fuertes brazos. Se despertó bajo un aluvión de besos hambrientos y manos exploradoras, y el fuego que había creído apagado durante un tiempo volvió a encenderse en cuestión de segundos. Esta vez, se lo tomó con calma, jugando con ella hasta que se lo suplicó.

Cuando ella se sobresaltó de su sueño entre sus brazos, eran casi las once y él seguía profundamente dormido. Estudió su rostro, preguntándose por qué no podía resistirse a su tacto. Era guapo de una manera impresionante, pero también lo eran otros. Era él. Su química, la forma en que sus cuerpos encajaban como las piezas de un rompecabezas. Y, aun así, había al menos otra mujer en su vida, y ella lo odiaba por ello. También se odiaba a sí misma por dejarse utilizar así. Por necesitarlo tanto.

Se apartó de él y tiró de la sábana. Murmuró algo en sueños, pero luego se despertó y buscó su pecho. Aguantó la respiración un momento, con la decisión de marcharse aún presente en su cerebro, pero luego cedió bajo su contacto.

—Es extraño que alguien como tú sea tan hábil con las mujeres —dijo, su voz empezó a temblar mientras la mano de él se movía en pequeños círculos sobre su piel.

Él se rio entre dientes.

—¿Alguien como yo? ¿De verdad? ¿Ni siquiera puedes decirlo?

—¿Cómo lo haces?

Un atisbo de sonrisa vanidosa se dibujó en sus labios.

—Mientras otros chicos ven porno, yo leo sobre cómo dar placer a las mujeres. Es... mucho más instructivo —añadió en un susurro bajo,

depositando un beso en su cuello—. ¿No estás de acuerdo?

Cerró los ojos, intentando tranquilizarse.

—¿Quieres decir como *Cincuenta sombras de Grey* o cosas así?

Su sonrisa se ensanchó y sus ojos brillaron al lanzarle una rápida mirada.

—Tal vez. Lo que la señora quiere, la señora lo consigue —añadió, susurrándole cerca del cuello.

Su piel reaccionó cuando su aliento la tocó, pero su mente se estaba volviendo fría como el hielo.

—¿Quién más ha estado en esta cama esta noche? —preguntó ella con voz fría.

Él suspiró y se puso bocarriba. Su mano dejó su cuerpo estéril, deseoso de más.

—¿Volvemos a lo mismo?

Ella se mordió el labio, pero decidió continuar. Tal vez era hora de tener una conversación real con él.

—Me siento utilizada. Una de las muchas que vienen corriendo cada vez que quieres sexo y se van cuando estás satisfecho.

Él cruzó los brazos bajo la cabeza y la miró. La sonrisa había desaparecido. Un destello de impaciencia oscureció sus ojos.

—Nos utilizamos mutuamente, ¿de acuerdo? No me digas que es otra cosa, porque no me lo creo.

Ella sacudió la cabeza y se levantó apoyándose en el codo, dispuesta a salir de la cama pero sin ganas de hacerlo.

—¿Cuántas veces me he ofrecido a hablar con Alana de ti? Entonces podríamos dejar de escondernos.

Él apretó las mandíbulas.

—No estoy preparado para eso. Sinceramente, tú tampoco. Esta es una ciudad pequeña, no un lugar donde puedas perderte. Todo el mundo se volvería contra ti y haría de tu vida un infierno.

—No me importa. —Mientras pronunciaba las palabras, apartó la mirada de él, extrañada. Quizá él tenía razón y ella estaba loca por querer lo que nunca fue suyo—. La cuestión es si eres capaz de comprometerte en una relación de verdad.

Él se sentó a un lado de la cama, mirándola con lástima. Le tocó la cara con los dedos, acariciándole suavemente la mejilla, y luego jugueteó con un mechón de su sedoso cabello.

—¿Por qué estropear algo bueno?

Ella exhaló el intenso flujo de emociones que suavizó su determinación bajo su contacto.

—No soy una de las chicas que tienes en fila, muriéndose por que las llames. Soy especial y merezco a alguien especial. Si aún no te has dado cuenta, supongo que nunca lo harás.

Él asintió un par de veces, permaneciendo en silencio un momento.

—Esto es lo que soy, Alexandria, y estoy bien con ello. Podemos hacernos felices el uno al otro de vez en cuando o podemos seguir caminos separados. Depende solo de ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de humillación. Había apostado y perdido, su mano no era lo bastante buena. Él era mucho mejor jugador que ella, sobre todo porque ella no lo era en absoluto. En algún momento de los últimos meses, se había enamorado de él. En contra de todo sentido común, y sabiendo que nunca podría ser, estaba profundamente enamorada del bastardo indiferente e insensible que podía encender su sangre en llamas con un solo toque.

Él nunca debería saberlo.

Se levantó y se envolvió el cuerpo con la sábana, ocultando su rostro. Sintiéndose cada vez más débil, empezó a buscar su ropa, desandando el camino que conducía a la puerta principal. El recuerdo de su abrazo cuando había llegado a la casa la hizo sollozar. Respirando hondo, consiguió recoger sus cosas bajo su impenetrable mirada y mantener a raya la amenaza de las lágrimas.

Ella se iba, y a él no le importaba. No decía nada ni hacía nada para detenerla.

Cuando estaba casi en la puerta, le preguntó:

—¿Cómo sabré lo que has decidido?

Ella lo miró durante un largo momento, dejando que sus ojos grabaran a fuego en su memoria la visión de su cuerpo desnudo apoyado despreocupadamente contra la pared.

—Lo sabrás cuando ya no conteste tus llamadas.

Abrió la puerta para salir esperando que él la detuviera, pero no se movió. Casi corriendo hacia su coche, no miró atrás, pero oyó la puerta cerrarse tras de sí.

Sin ver apenas la carretera a través de sus lágrimas, Alexandria condujo directa hacia la costa, sollozando con fuerza. El dolor le desgarraba el pecho mientras se repetía a sí misma que eso era todo, el adiós definitivo, el momento en que la cordura volvía a su mente devastada. Y tal vez todavía podría salvarse de alguna manera.

Una hora más tarde, corrió por una playa desierta y soleada en dirección al agua. Sin molestarse en desvestirse, se lanzó a las olas heladas del Pacífico, recibiendo con agrado el impacto del agua salada helada y la fuerza despiadada del potente oleaje que golpeaba su cuerpo hasta entumecerlo.

—Oh, Dios, ¿qué he hecho? —gritó, desesperada y con el corazón roto—. ¿En qué demonios estaba pensando? —Seguía sollozando, con la respiración entrecortada por el temblor de su cuerpo y los dientes rechinando por el frío.

Cuando volvió arrastrándose a la playa, apenas podía andar. Se dejó caer sobre la arena y gimió hasta quedarse sin aliento. Sus lágrimas se

perdieron en el agua salada que goteaba de su pelo.

—No era yo misma —susurró, cuando por fin cesaron las lágrimas—. Todavía no lo soy.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Renaldo

—Te juro por Dios, Elliot, que cuando averigüemos quién puso esa página web en marcha, le tiraré el diario a la cabeza. —Kay estaba furiosa, mirando el cuaderno que había abandonado en su escritorio —. Repasemos esto y asegurémonos de que hemos cubierto todas las bases posibles. Estamos siguiendo el rastro del dinero detrás del dominio de la página web, esa es una —contó con los dedos—. Tenemos órdenes judiciales para ello, así que aquí estamos blindados. Nos darán la dirección IP de la persona que subió el contenido, la información de su tarjeta de crédito, todo lo que necesitamos. También tenemos órdenes para todos los registros telefónicos, y dos agentes de seguimiento para los respectivos proveedores de las líneas. ¿Se nos olvida algo?

—Tengo seis chicos preseleccionados que podrían ser el segundo sudes. Ninguno de ellos tiene antecedentes. Contaba con que Dwayne Goodrow identificara al delincuente en las fotos, pero...

—Ya. —Apretó la mandíbula un momento, impotente y frustrada—. ¿Qué pasa con eso? ¿Crees que Dwayne es parte del asunto? —Le daba vueltas a la idea, pero no cuajaba. Si sabía algo de cómo era la gente, Dwyane no estaba mezclado en lo que había pasado con Jenna. Se había mostrado comunicativo y servicial, sosteniéndole la mirada con ojos firmes y sinceros, y sin inmutarse. Entonces, ¿por qué demonios había huido antes de que pudiera hacer la identificación? ¿Estaba compinchado con Gaskell o tal vez este había utilizado a unos clientes de su padre para ahuyentarlo?

Era posible.

Sin embargo, lo encontrarían. La orden de búsqueda estaba activa y todo el mundo lo estaba buscando. Una orden de testigo material sería lo siguiente, si no se presentaba antes del final del día. En cualquier caso, Kendra llevaba desaparecida más de treinta y seis horas y, sin Dwayne, no podían detener a Richard Gaskell e interrogarlo. El tiempo pasaba volando, y tiempo era lo único que Kendra no tenía.

—Tal vez se asustó, pensando que el crimen había empezado en su restaurante y que podría ser considerado responsable de alguna manera. A algunas personas no les gusta tratar con policías. O quizá tenga antecedentes. —Elliot no parecía convencido.

Sin sentarse, tecleó el nombre de Goodrow en el sistema de identificación y no encontró ninguna entrada.

—Está limpio. No es eso. —Por décima vez desde que había vuelto a su mesa, comprobó en su correo electrónico para ver si había recibido los registros telefónicos que estaba esperando. Todavía nada. —Enséñame esos nombres otra vez —le pidió a Elliot—. Y sus caras.

Todos eran estudiantes de último curso de secundaria de pelo oscuro que coincidían con la descripción bastante vaga ofrecida por Dwayne. Un nombre destacó.

—Miremos a este primero. —La punta de su dedo golpeó una de las caras—. Renaldo Cristobal. He oído su nombre antes.

—Lo recuerdo. —Elliot cogió su sombrero y se puso en pie, pisando en silencio para arreglarse los vaqueros. Se le habían subido por encima de las botas—. Mackenzie Trenton lo mencionó.

—Sí, fue una de las primeras personas que difundió rumores sobre Jenna. Me pregunto qué tendrá que decir al respecto.

Elliot condujo más rápido de lo normal hasta la dirección de Renaldo, acortando el trayecto a solo unos minutos. Frenó en seco delante de la casa mientras Kay miraba el porche con una ceja levantada. La casa era modesta y vieja, limpia pero en mal estado. El porche delantero, revestido con una fina capa de cemento, se había agrietado por varios sitios y en los huecos crecían malas hierbas.

—¿Por qué iba a salir el hijo de Gaskell con alguien como Renaldo? —preguntó, apresurándose hacia la puerta principal. Bajó la voz mientras llamaba al timbre—. Los niños ricos suelen juntarse entre ellos.

—Tal vez estos dos compartan un interés común —respondió Elliot al abrirse la puerta.

—Sí, seguro que sí.

Renaldo se paró en la puerta y se puso pálido al ver la placa que Elliot sostenía ante sus ojos. Al principio dio un paso atrás, como para invitarlos a entrar, pero luego cambió de idea y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Su rostro era delicado, casi femenino, y su pelo, negro como el azabache y brillante, con la raya en me dio, y a unos dos centímetros de tocarle los hombros. Las hendiduras negras bajo sus ojos no encajaban con su visiblemente falsa despreocupación. Sin duda ocultaba algo, parecía inquieto y asustado por estar a pocos metros de los detectives.

—Tenemos algunas preguntas sobre Jenna Jerrell —dijo Kay—. ¿Te importa si entramos?

Lanzó una mirada incómoda a la puerta y se quedó mirando el cemento agrietado a sus pies.

—Preferiría que habláramos aquí fuera, si les parece bien. Yo no... Yo... —tartamudeó, con cara de pena, mientras se retorcía las manos.

—No hay ningún problema —repitió Kay. El chico pálido que apenas

lograba mantenerse erguido frente a ella no tenía la fortaleza intestinal para ser un asesino—. Podemos hablar aquí fuera. No tardaremos mucho.

Renaldo respiró, pero siguió sin mirarla.

—Háblame de los rumores que empezaron sobre Jenna el pasado abril. —Observó atentamente sus reacciones. En todo caso, parecía algo aliviado; seguía asustado, pero respiró hondo y levantó los ojos durante un breve segundo mientras su rostro se enrojecía.

—No sé quién empezó. Yo no tuve nada que ver.

—Tenemos un testigo que declaró que alardeabas de acostarte con Jenna. ¿Es eso cierto?

Él retrocedió un paso hasta chocar con la puerta cerrada.

—Algo así. Quiero decir, no. No me acosté con Jenna. No, no lo hice.

—¿Por qué dudas? —Él no contestó—. ¿No dijiste que te acostaste con ella? —Siguió sin dar respuesta—. ¿No presumías de ello? —preguntó Elliot, bajando la voz a un tono amistoso y conspirador—. ¿O solo lo hacías entre los colegas?

El sudor brotó en pequeñas gotas en la frente del chico. No paraba de moverse, de cambiar el peso de lado, de dar vueltas en su sitio. Sus manos buscaron el fondo de sus bolsillos, estirando la fina tela de los pantalones que llevaba.

—No me acosté con ella —dijo finalmente.

—¿Quién miente? ¿Tú o nuestro testigo? —preguntó Kay, su voz cortando la resistencia del chico como un cuchillo caliente cortaba la mantequilla.

Parecía a punto de derrumbarse. Mirando a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oírlo, susurró:

—No miento, lo juro. No me acosté con ella, pero sí dije que lo había hecho. —Su voz se quebró en un susurro apagado—. Me avergüenzo de lo que dije y lo siento mucho.

—¿Por qué dijiste que te habías acostado con ella si no era verdad?

Su espina dorsal se dobló un poco, la camisa verde de gran tamaño ondeaba con la suave brisa contra su delgado cuerpo. En el pecho llevaba bordado en amarillo brillante el logotipo de una ferretería local, que Kay reconoció.

—Escucha, chico, no tenemos todo el día —dijo Elliot suavemente. Le apretó el delgado hombro con gesto tranquilizador—. No tienes nada que temer. Pero hay otra joven desaparecida, una de tus compañeras de clase, y eso significa que tienes que contarnos todo lo que sepas, y rápido, para que podamos ayudarla.

Kay captó una rápida mirada llena de terror cuando Elliot mencionó a Kendra, pero no intervino.

Renaldo asintió y tragó con dificultad.

—Un día fui al instituto y todos estaban diferentes conmigo. Las

chicas sonreían y se reían cuando pasaba. Los chicos me guiñaban el ojo, me daban palmaditas en la espalda como si fuéramos amigos, y nunca lo habíamos sido. Así es como empezó. Todos decían que me había acostado con Jenna, de la nada, y no lo negué.

—¿Por qué?

—Fue genial sentirme como uno de esos chicos que consiguen a las chicas guapas, ¿saben? No creí que importara.

—Así que presumiste de ello, ¿no?

Aterrorizado, lanzó un par de miradas de reojo como para ver si alguien podía rescatarlo de las despiadadas preguntas de Kay.

—Únicamente si alguien preguntaba, pero solo intentaba ser guay.

—¿Pensaste en Jenna por un segundo? —susurró Kay, conteniéndose a duras penas de agarrar al joven por la camisa y estamparlo contra la pared.

Él sacudió la cabeza con firmeza.

—No creí que importara. No era la primera vez que se rumoreaba que Jenna se acostaba con otros en nuestro instituto, con muchos otros. Me pareció genial que pensaran que podía acostarme con una chica así.

—Entonces, ¿te parecía bien ser uno más de los muchos que se habían acostado con ella? —preguntó Elliot con indiferencia.

Las mejillas de Renaldo se sonrojaron más.

—Al principio no sabía que había otros... tantos. Entonces dejé de decir nada y que la gente creyera lo que quisiera.

Kay se acercó un paso a Renaldo y lo miró fijamente.

—Quiero que pienses bien lo que te voy a pedir. —El chico asintió con la cabeza—. Antes de ese día, cuando de repente todo el mundo decía que te habías acostado con Jenna, ¿oíste algún rumor sobre ella acostándose con otros?

Él apretó los párpados, pero una lágrima se abrió paso entre sus pestañas y rodó por su mejilla. Se limpió rápidamente con el dorso de la mano.

—N-no, creo que no.

Los ojos de Kay se dirigieron hacia Elliot. No habían descubierto al autor del ataque de ciberacoso; solo a otra víctima del mismo, aunque Renaldo ni siquiera lo sabía. El matón lo había elegido porque era débil, un joven fácil de manipular que se había cansado de ser marginado en su círculo social, más bien pequeño. El blanco perfecto. Renaldo había aprovechado la oportunidad y se había convertido en el difusor de rumores, confirmándolos.

—¿Quién crees que inició esos rumores sobre Jenna y tú? —preguntó, aunque ella ya sabía la respuesta.

—No lo sé —respondió—. Lo siento mucho... pasó rápido.

—Antes de ese día, ¿escuchaste algún chisme sobre Jenna? —No

respondió, solo miró a Kay con la mirada perdida—. ¿Nada de nada?

Él se mordió el labio un momento, probablemente pensando si decir lo que recordaba o no.

—Solo cosas menores, ya saben, cosas de chicas.

—¿Como qué?

Volvió a bajar los ojos y se pasó la mano por las fosas nasales, sorbiéndose los mocos.

—Cosas... como el color de sus bragas.

Kay esperó, haciendo que el silencio fuera cada vez más incómodo para Renaldo.

—Y, um, que se afeitaba ahí abajo. —El enrojeci miento le había llegado hasta la punta de las orejas. El joven era un manojo de nervios.

—¿Eso es todo?

Renaldo respiró.

—Lo juro, es todo lo que recuerdo.

—¿Dónde está Kendra Flannagan? —preguntó Kay de sopetón, dispuesta a captar sus reacciones.

Sus pupilas se dilataron y sus ojos se apartaron de ella. Una palidez sepulcral bañaba su rostro.

—No lo sé. —Su respuesta fue más calmada de lo que ella esperaba. Tranquila. Ensayada.

Kay volvió a mirar al chico de pies a cabeza, preguntándose si su aparente calma significaba que no tenía nada que ver con la desaparición de Kendra o si se trataba de otra cosa. Un saco de mierda como Richard Gaskell enseñaría a sus cómplices la importancia de estar asesorados legalmente.

—¿Dónde estabas el martes por la tarde, entre las ocho y las diez de la noche?

La piel del chico se tornó más pálida. Su mano derecha se tocó el pecho, donde brillaba en amarillo intenso el logotipo bordado de la ferretería Harry.

—En el trabajo. Trabajo casi todos los días de la semana —añadió rápidamente con una sonrisa inquieta y temerosa—. Tengo que hacerlo. Vuelvo del instituto, me cambio y trabajo por las tardes en la caja registradora.

Las palabras brotaban de su mente a un ritmo apresurado que ella conocía bien. Los mentirosos lo hacían, tratando de construir pruebas en apoyo de su engaño, ofreciendo detalles innecesarios mientras se perdían cada vez más profundamente en una red de mentiras con cada palabra que pronunciaban.

Manipulado o no, Renaldo escondía algo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Giro de ciento ochenta grados

—¿Por qué Renaldo no está esposado ahora mismo? —preguntó Elliot —. Estoy dispuesto a apostar mi granja a que sabe algo sobre Kendra. Ese chico es un manojo de nervios.

Kay lo miró un instante, dudando de sí misma. Minutos antes, casi le había puesto las esposas.

—Si está metido en algo con Gaskell, tendrá un abogado en un segundo y solo estaremos perdiendo el tiempo. Visitemos al segundo nombre de la lista. —Elliot empezó a conducir—. Mientras tanto —continuó Kay—, tengo que recordarte que no tenemos nada en contra de Gaskell, excepto que le gusta esquiar y que conoce a Bugarin, el operador del telesilla. No podemos estar seguros al cien por cien de que sea él, aunque mi instinto me dice que sí.

—Sí, de acuerdo, me calmo un poco, pero Kendra sigue desaparecida y ese enano gilipollas esconde algo.

—El muy imbécil es más alto que yo —replicó Kay con una leve risita, preguntándose por qué ella también lo consideraba «enano» e insignificante con sus casi dos metros de estatura. Debía ser por su comportamiento.

—Y puede que solo tenga ansiedad, nada más. Algunas personas viven toda su vida sintiéndose un fraude y temiendo que un día los descubran, cuando en realidad no han hecho nada malo. Renaldo se comporta como una persona con ansiedad crónica, pero, por otro lado, eso tampoco lo convierte en inocente. Es difícil saberlo.

—Comprobaré su coartada —dijo, llamando a la central—. Hola, soy Elliot —dijo en cuanto se conectó la llamada.

—Hola, detectives, estaba a punto de llamaros. El sheriff quiere hablar con vosotros.

La línea se cortó un instante y, tras un chasquido, la voz grave de Logan llenó el silencio del todoterreno.

—¿Sharp?

—Y Young también —respondió Kay, divertida por cómo sonaban sus apellidos juntos—. ¿Qué pasa, sheriff?

—Se acaba de presentar una nueva denuncia de persona desaparecida. Yo mismo la he redactado. ¿Quieres aventurarte a adivinar quién es?

A Kay le dio un vuelco el corazón. Si el sudes se había llevado a otra chica, eso significaba que Kendra se había ido.

—Mackenzie Trenton o Alana Keaney —dijo ella, conteniendo la respiración, deseando que no fuera cierto.

—No —respondió el sheriff—. Richard Gaskell, de entre todas las posibilidades. Su madre ha presentado la denuncia en persona.

—¿Cómo?

—Yo mismo estuve a punto de tener esa reacción. Fue visto por última vez el jueves por la noche, sobre las ocho.

—Pero esa es la hora en que Kendra estaba...

—Exacto —respondió el sheriff—. Confirma tus sospechas, pero aún no es suficiente para una orden. Sigue siendo circunstancial. —La línea se desconectó sin previo aviso, al típico estilo del sheriff Logan.

—Hijo de puta —murmuró Kay—. Gaskell no ha desaparecido. Está escondido en alguna parte, torturando a esa pobre chica. Deberíamos entrevistar a la madre, ver si tienen otras propiedades. El sudes irá donde conozca el ambiente.

—Entendido —dijo Elliot, tomando el siguiente desvío a la derecha.

Kay hizo una búsqueda rápida en el sistema del todoterreno y seleccionó la dirección de la residencia Gaskell. La navegación mostraba las indicaciones en un mapa sin asistencia por voz. No estaba lejos.

—¿Crees que la madre lo sabrá?

—¿Que su hijo podría ser un violador y un asesino? Lo dudo mucho. No muchas madres pueden enfrentarse a la realidad sobre sus hijos. Es lo que yo opino, pero no soy psiquiatra.

Kay soltó una carcajada irónica.

—Lo estás haciendo muy bien. Llamaré para verificar la coartada de Renaldo. Las noticias de Logan nos han despistado. —Kay estaba a punto de tocar la pantalla cuando entró otra llamada, esta vez a su móvil. Era del doctor Whitmore—. Hola, doctor —le saludó—. ¿Qué pasa?

—La segunda muestra de ADN tampoco estaba en el sistema, pero hay una coincidencia familiar con un delincuente convicto ya fallecido. Fue apuñalado en prisión hace diez años. Es el padre de tu sospechoso. Se llamaba Pedro Cristobal. ¿Te suena?

—Hijo de puta —dijo Elliot, dando una vuelta de ciento ochenta grados que casi hace volcar el todoterreno—. Nos ha mentido, ha jugado con nosotros como si fuéramos marionetas.

—Supongo que eso es un sí —dijo el doctor Whitmore, con una sonrisa claramente audible en su voz.

—Un sí rotundo, doctor —respondió Kay, aún intentando atar cabos en su mente. ¿Qué haría alguien tan frágil como Renaldo violando y matando a una joven?

Existían equipos de homicidas bien documentados en las estadísticas criminológicas; no era algo inaudito. En esas sociedades asesinas solía

haber dos personalidades diferentes, un líder y un seguidor más débil y obediente, pero ella seguía sin verlo del todo claro.

—Una cosa más, doctor. ¿Por qué fue condenado Pedro Cristobal?

—Agresión sexual con agravantes.

—Gracias, doctor.

La llamada se cortó, dejando a Kay con sus pensamientos un minuto más hasta que llegaron a casa de Renaldo.

EL chico era demasiado débil; sería un lastre para cualquier sudes fuerte y organizado, sobre todo para uno que estuviera descubriendo quién era a través de la experimentación. A nadie le gusta experimentar con testigos presentes.

Tal vez por eso Renaldo se había quedado atrás con Kendra. Tal vez Renaldo fuera él mismo un experimento, fallido y descartado. Aunque tuviera los genes adecuados para ello.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Arresto

A menos de diez metros de distancia, Kay observó cómo Renaldo subía la cremallera de una gran bolsa de lona con un movimiento apresurado y luego maldecía en voz baja cuando esta se enganchó en el borde de una prenda y se atascó. Tiró la bolsa a medio cerrar en el asiento trasero de su viejo Honda Accord y marcó un número en el móvil mientras volvía corriendo al interior de la casa. En su frenesí no se fijó en ellos, aunque el Ford Interceptor estaba parado dos coches detrás del viejo vehículo gris.

—¡Maldita sea! —gritó segundos después cuando salió de la casa, cargado con algunas cosas que había recogido. Una chaqueta, un par de zapatillas de correr, el cargador de su teléfono. Luego lo metió todo en el asiento trasero del Honda y se puso al volante, aún con el teléfono en la oreja.

—¿Dónde demonios estás, tío? —Kay le oyó susurrar al teléfono sin aliento mientras ella se acercaba—. Hoy han venido policías y me han hecho todo tipo de preguntas. Ya sabes, sobre Jenna. Llámame ya porque estoy flipando.

Estaba a punto de arrancar el motor cuando Kay golpeó contra la ventanilla medio bajada de su coche.

—Tenemos prisa, ¿no?

Sobresaltado, la miró con la boca abierta, incrédulo, y luego bajó la cabeza, derrotado.

Ella lo agarró del brazo y él no opuso resistencia. Abrió la puerta, lo sacó del vehículo y le puso un par de esposas. El contacto con el frío metal le hizo estremecerse, pero no dijo nada.

—¿Rennie? —llamó una mujer desde la casa. Era alta y delgada, con el pelo oscuro suelto sobre los hombros. Llevaba una camisa blanca sencilla que había visto días mejores y un pantalón de chándal. Al ver a Renaldo arrastrado por Kay, corrió hacia ellos, sollozando, llevándose la mano a la boca abierta.

—¡No se lleve a mi hijo! No ha hecho nada —suplicó, agarrándose al brazo de Kay.

Elliot la apartó suavemente.

—Hágase a un lado, señora. —Luego agarró a Renaldo y lo subió al asiento trasero del Interceptor.

Kay se volvió hacia la mujer. Sus finos labios temblaban.

—Usted es su madre, supongo.

—Sí —respondió ella, moqueando y secándose las lágrimas con los dedos.

—Tendrá que venir con nosotros también.

Instintivamente, dio un paso atrás.

—¿Yo?

—Su hijo es menor de edad, ¿cierto?

—Solo tiene diecisiete años. Cumplirá dieciocho el año que viene, en marzo.

—Legalmente, eso le convierte en menor, y usted debería estar presente durante su interrogatorio.

A la mujer le temblaba mucho la barbilla.

—¿De qué se trata?

Kay la miró con compasión. Su vida estaba a punto de cambiar, y no para mejor.

—La violación y asesinato de Jenna Jerrell.

Como si la hubieran escaldado, la madre giró sobre sus talones y corrió hacia el todoterreno, gritando furiosa.

—¿Tú hiciste eso? —Golpeó con los puños la ventanilla trasera del Ford, luego abrió la puerta y golpeó a Renaldo en la cabeza hasta que Elliot le agarró las muñecas y le inmovilizó los brazos.

—Señora, no está ayudando a su hijo en este momento. Por favor, síganos a la comisaría en su propio vehículo y lleve alguna identificación.

La mujer se rodeó el cuerpo con los brazos, pasando las manos arriba y abajo como si se le congelaran los huesos, aunque el sol estaba alto y el aire era cálido, cargado de los aromas del verano. Permaneció inmóvil un largo rato, observando cómo se preparaban para marcharse.

Elliot había arrancado el motor cuando sonó el móvil de Kay. No reconoció el número, pero era local. Debido a la presencia de Renaldo en el asiento trasero, salió del todoterreno y atendió la llamada, sujetando el teléfono con fuerza contra la oreja.

—¿Detective Sharp? Hola, soy Mackenzie Trenton, la mejor amiga de Jenna. Dijo que la llamara si se me ocurría algo.

Kay se alejó del vehículo hasta que estuvo fuera del alcance de sus oídos.

—Sí, hola, Mackenzie. ¿Qué tienes?

—Se me acaba de ocurrir algo de lo que no me había dado cuenta antes o a lo que no había prestado atención. Kendra también había sido objeto de cotilleos recientemente, pero cosas menores, nada grave. No como Jenna.

—¿Qué tipo de cosas menores? ¿Recuerdas algunos ejemplos? —Kay

se frotó la frente dolorida con la punta de los dedos. En algún momento de la última hora, la amenazadora nube de una migraña se había apoderado de su cabeza.

Dudó un momento.

—Como salir con dos tíos a la vez —rio nerviosa—. Esto es el instituto, ya sabe. No es inaudito. O que no usaba ropa interior. —Otro momento de silencio—. Había rumores de que se había hecho un brasileño completo. Ya sabe, depilarse —soltó en un susurro incómodo —. No sé si esto significa algo, pero ahora recuerdo que así empezó también con Jenna. Cosas inocentes al principio, casi para echarse unas risas... Claro, si no eres el objetivo de ello. Entonces, supongo, no es tan gracioso. —Su voz se había vuelto sombría, pesada bajo la amenaza de la pena.

—Háblame de Richard Gaskell —preguntó Kay—. ¿Qué clase de persona es?

—Una persona sin más. No te puede caer bien todo el mundo, ¿verdad? —Otra risita nerviosa—. Es el *quarterback* del equipo, lo que le convierte en una especie de superestrella, pero es un poco bruto para mi gusto. Siempre ligando con chicas, y no en el buen sentido. Bueno, todos los chicos coquetean con nosotras todo el tiempo, pero él es demasiado serio al respecto. No tiene mucho sentido del humor. Es demasiado intenso. —Respiró fuerte por el micrófono, como si estuviera cansada de hablar tan rápido.

—¿Podría él haber empezado los rumores sobre Jenna?

—¿Quién, Richard? —La chica rio—. No... es dema siado macho para eso. Por cómo estaban redactados los rumores cuando los oí por primera vez, y ahora que sé que no eran ciertos, estoy segura de que los empezó una chica, no un chico.

—¿Cómo lo sabes?

—Los chicos son... simples. —Otra risita.

Kay no pudo evitar sonreír, asombrada de cómo Mackenzie había descubierto ya el secreto de la psicología masculina, y ni siquiera era aún mayor de edad. Si lograba recordar su descubrimiento a lo largo de su vida, tendría grandes posibilidades de encontrar la esquiva felicidad en las relaciones que la mayoría de las mujeres perseguían pero nunca encontraban.

Los hombres *son* simples. Ni el más inteligente de los hombres se molestaría en los entresijos del pensamiento y la especulación que tanto gustaban a las mujeres.

Si un hombre hubiera querido desacreditar a Jenna, probablemente habría susurrado rumores a otros hombres sobre mamadas y pajas, sobre cuántas veces se corrió durante el sexo y otras obscenidades por el estilo.

Le dio las gracias a Mackenzie y terminó la llamada, luego se unió a

Elliot en el todoterreno, preguntándose de nuevo quién podría haber empezado los cotilleos sobre Jenna y por qué. Una chica tenía mucho más sentido; ya se le había pasado antes por la cabeza. Pero ¿quién? Había varias chicas en la clase de Jenna a las que aún no había entrevistado y que podrían ser grandes candidatas. Cuando tuviera los registros telefónicos, sabría exactamente a quién interrogar.

El porqué era sencillo. Los celos encabezan la lista de motivos de una serie de delitos menores cometidos por mujeres. Estadísticamente, gobernaban los celos. Encabezaban la lista de forma indiscutible, seguidos a distancia por motivos más mundanos como el dinero, las drogas, la ira, etcétera.

Pronto lo sabrían, cuando se descubriera el rastro del dinero detrás de esa web.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Interrogatorio

Celos. Un motivo poderoso.

Pero ¿celos de quién? Jenna tenía novio en el momento en que el ataque de desprestigio había comenzado. Tim Carter. Elliot lo había entrevistado y lo encontró desconsolado por la muerte de Jenna, culpándose por haberla abandonado cuando había sido acosada cibernéticamente, por haber creído esas mentiras. El hecho de que Tim hubiera sido honesto como novio, aunque con una idea equivocada sobre su pareja, no significaba que alguna chica no estuviera celosa de él.

Kay no recordaba el instituto con cariño, a pesar de que también había habido buenos momentos. Parecía que la tecnología había deformado la forma en que los jóvenes interactuaban entre sí. Un matón ya no empujaba a alguien contra una pared o le ponía la zancadilla para que se cayera y se raspara una rodilla en medio de un estruendo de risas despiadadas. Los matones pueden ser letales, armados con las redes sociales, internet y la más peligrosa de todas las palabras: «adelante». Antes de las redes sociales, los cotilleos tardaban semanas en propagarse, porque la gente tenía que reunirse para hablar. Los rumores tardaban más en difundirse y morían al cabo de un tiempo, olvidados para siempre, agotados. Hoy en día, un rumor que aterrizaba en las redes sociales de alguien podía ser reenviado a miles de personas en cuestión de segundos, y la huella digital que dejaba en el ciberespacio era permanente. Bastaba una imagen, un enlace o un comentario para arruinar una vida para siempre.

Las redes sociales habían dado poder a los acosadores.

Sin embargo, todos los ciberacosadores dejaban huellas en internet, y ella encontraría a este aunque tuviera que quitar todas las capas de conversaciones y comentarios sin sentido que llenaban de basura las vidas de esos chicos para llegar al fondo del asunto.

Pero eso tendría que esperar.

Kendra seguía ahí afuera, y el segundo sudes estaba sentado a pocos metros, en la sala de interrogatorios, con cara de estar a punto de echarse a llorar bajo la mirada implacable de su madre.

De pie tras el espejo bidireccional, Kay estudió a Renaldo. Estaba pálido y parecía temblar de vez en cuando. Siguiendo sus

instrucciones, los agentes del sheriff le habían dejado puestas las esposas y le habían encadenado a la mesa. A cada poco, sus hombros caían, viéndosele agobiado con respiraciones largas y entrecortadas. Le habría encantado dejarlo descansar unas horas, pero Kendra no podía permitirse ese lujo.

Kay entró en la sala de interrogatorios y se sentó frente a Renaldo, colocando el expediente del caso que había traído sobre la mesa de acero inoxidable rayado con movimientos lentos y deliberados. La señora Cristobal la miró con terror en sus ojos hinchados. Tenía los párpados y la nariz enrojecidos, irritados por las lágrimas y por limpiárselos con frecuencia. Llevaba un pañuelo de papel arrugado en la mano y probablemente necesitaba uno nuevo.

Renaldo la miró de pasada, luego dirigió sus ojos hacia la puerta, evitando a su madre, igual que evitaba a Kay. Tenía los dedos manchados de tinta para huellas colocados hacia delante, un signo de confianza en sí mismo que no encajaba con nada de su comportamiento.

Kay abrió el expediente despacio, con lentitud, aunque le entraron ganas de abalanzarse sobre Renaldo y agarrarlo por la camiseta para zarandearlo hasta que le dijera dónde tenían a Kendra.

Eso la habría llevado a ninguna parte en un santiamén.

En su lugar, sacó un archivo del expediente y una foto del envoltorio de un preservativo, cubierto de polvo negro de huellas dactilares, impresa en papel tamaño carta con acabado brillante.

—No te estoy preguntando si te acostaste con Jenna Jerrell justo antes de que la mataran —dijo, hablando en voz baja—. Verás, ya tenemos las pruebas que te sitúan en la escena. La huella de tu índice derecho cuando sacaste el condón de su envoltorio. Tu semen, lo que significa tu ADN, en la mejilla de la víctima.

—Ella lo quiso —dijo Renaldo—. Le pareció bien.

Su madre contenía la respiración y se tapaba la boca con dedos temblorosos.

—¿Le pareció bien? —preguntó Kay con calma—. ¿Eso fue antes o después de la droga que uno de vosotros puso en su bebida?

La señora Cristobal dio un grito ahogado y se puso en pie de un salto, inclinándose sobre la esquina de la mesa para golpear a su hijo en la cabeza.

—¡No eres hijo mío! ¿Cuántas veces te he hablado del consentimiento y de cómo tratar a una chica? Apuesto a que es ese asqueroso, Richard. Ese chico es problemático, siempre he...

—Cállate, mamá. Lo estás jodiendo todo. —Renaldo cerró los ojos y bajó la cabeza hasta que pudo enterrar la cara entre las manos encadenadas.

—¿Dónde está él ahora? ¿Crees que sus padres pijos le dejarán estar

encadenado a una mesa, como a ti?

—Por favor, siéntese, señora. —Kay señaló la silla vacía tan bruscamente como había hablado. La señora Cristobal obedeció tras lanzarle una rápida mirada de disculpa. Kay volvió su atención hacia Renaldo—. ¿De verdad crees que le pareció bien, Renaldo?

—Me da igual lo que parezca todo esto —señaló con las manos atadas, las esposas y la cadena repiqueteando contra la mesa, intentando señalar la foto—, ella estaba dispuesta.

—¿Estás seguro?

Él se burló y se encogió de hombros, mirando la puerta. Kay se sentó frente a él; su madre, a su derecha. La puerta de su izquierda era la única dirección hacia la que no parecía temer mirar.

—Todo el mundo sabía que Jenna era un poco puta.

La señora Cristobal se quedó mirándolo sin habla. Kay abrió el expediente del caso y pasó varias páginas, fingiendo que las leía con atención.

—¿Era ella?

Renaldo frunció el ceño.

—Mira, siento que esté muerta, pero estaba bien cuando nosotros nos fuimos.

Kay lo miró fijamente.

—¿Nosotros?

Nervioso, empezó a tartamudear.

—Quiero decir, yo, me fui, después de que nosotros, um, sí, y ella estaba bien.

Kay recogió la foto del envoltorio del preservativo.

—Era un «nosotros», señor Cristobal, no un «yo». Alguien tan cercano que hasta te abre los condones. ¿La ves, aquí? —Golpeó la foto con la uña. Renaldo contuvo la respiración—. Estas son sus huellas, no las tuyas.

Renaldo acercó la cabeza a sus manos encadenadas y se las pasó nerviosamente por la cara.

—¿Y qué?

Una sonrisa torcida aleteó en los labios de Kay.

—Es bonito tener amigos así. Quiero decir, tan cercanos que lo compartís todo. Incluso a la chica. ¿Se molestó en decirte que la había drogado? ¿O no lo sabías?

Su mirada se desvió hacia su madre durante un breve instante y luego hacia Kay, probablemente preguntándose si se podía confiar en ella.

—No sabía que la había drogado, lo juro por Dios.

—No te atrevas —le susurró su madre, clavándole su mirada humeante.

—No lo sabía, lo juro —repitió, sacudiendo la cabeza.

—Sin embargo, es lo suficientemente amigo como para abrirte los condones. —Kay enarcó una ceja—. No sé lo que sentiría por un amigo así. Como Jenna tenía Rohypnol en la sangre, legalmente fue violada. Incluso si ella hubiera dicho que sí, sigue siendo violación. Es la ley —añadió, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia.

—Pero-pero espera un minuto, ¡yo no lo sabía! De verdad que no. —Intentó levantarse, pero sus manos encadenadas lo obligaron a volver a sentarse—. Mamá —llamó, dirigiendo su mirada suplicante hacia ella.

Los labios de la mujer estaban apretados en una línea fina e inflexible. Una lágrima se abrió paso por su pálida mejilla, pero no dijo ni una palabra.

—En lo que a mí respecta, me parece bien que vayas quince años a la cárcel por la violación de Jenna. Y ya sabes, los policías hacen lo que sea para cerrar sus casos con rapidez, así que te culparé de su asesinato a ti también, porque, legalmente, tengo ese derecho. —Kay sonrió, fingiendo examinar su uña.

La señora Cristobal empezó a sollozar, apretando el pañuelo que llevaba en la mano contra la boca como si quisiera ahogar sus lamentos.

—¿Qué? No —dijo Renaldo, intentando de nuevo ponerse en pie y teniendo que volver a sentarse—. Yo no la maté. Te lo dije, estaba viva cuando me fui.

—Eso no importa, la verdad. Verás, digamos que ella se quitó la vida después de que te marchases. Saltó de un acantilado, y fue su propia decisión.

Renaldo asintió enérgicamente.

—Sí, eso es justo lo que debió pasar. Últimamente estaba deprimida. Pregúntale a cualquiera.

«*Hijo de puta*», pensó Kay. Las palabras del chico la cabrearon sobremanera; la velocidad con la que diría cualquier cosa sobre Jenna, solo para proteger a ese pedazo de escoria, Richard.

—Sigue sin importar, porque su muerte está estrechamente vinculada a la comisión de un delito, su violación. La droga también, que es envenenamiento. Así que, esencialmente, la persona que la drogó es legalmente su asesino. ¿Fuiste tú?

Él sacudió la cabeza con tanta fuerza que su pelo rebotó alrededor de su cabeza.

—No, no fui yo, ya te lo he dicho. —Sus pupilas dilatadas miraban fijamente a los ojos de Kay—. No sabía que estaba drogada hasta que me lo has dicho.

—Entonces, ¿quién debería estar esposado aquí en tu lugar? Si confiesas, podrías salir de aquí como un hombre libre.

Una expresión de esperanza inundó el rostro de la señora Cristobal.

—Por favor, díselo.

Renaldo bajó la mirada un momento y luego miró a Kay. La expresión de su rostro se había transformado en algo que Kay no había visto antes.

—Quiero un abogado —dijo con calma, apoyando las manos esposadas una sobre otra.

Kay se levantó, luchando por contener su frustración. El enclenque tenía un núcleo de hierro profundamente enterrado por debajo de las engañosas apariencias.

—¿Dónde está Kendra? —preguntó, apartando la mirada de ellos, de pie a un metro de la puerta, a punto de salir.

—He pedido un abogado —respondió con frialdad—. Se supone que no debes hacerme más preguntas.

—No estaba hablando contigo. —Kay se volvió hacia su madre—. ¿Dónde habría llevado Richard a Kendra? Debe saber... algo, cualquier cosa que pueda llevarnos hasta ella. Si muere antes de que lleguemos a ella, será culpa de su hijo.

La mujer cerró los ojos, lloriqueando, con la respiración entrecortada y áspera.

—Los oí hablar de la vieja cabaña de caza de los Somerset, la que lleva años enzarzada en batallas por la propiedad tras la muerte de John Somerset.

Los puños de Renaldo encontraron la superficie de la mesa.

—Cállate, mamá. No sabes lo que haces.

Pero Kay ya se había ido. En la sala de observación, Elliot esperaba con una gran sonrisa en la cara.

—Hemos tenido suerte, compañera. La agente Farrell ha encontrado a Dwayne.

—¿Dónde diablos estaba? ¿Por qué huyó?

—No lo hizo. Le llamaron para avisarle de que su hija de cuatro años se había desmayado en la guardería. Estaba en el hospital con ella. La niña se pondrá bien.

—¿Ha visto las fotografías?

La sonrisa de Elliot se ensanchó.

—Ha señalado a Richard Gaskell sin dudarlo un instante. Las patrullas están en camino.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Encontrada

Wildfire Ridge lucía sus impresionantes tonos rojizos y anaranjados mientras el sol se apresuraba a encontrarse con el Pacífico. Siendo el primero de un convoy de vehículos que se apresuraba hacia la montaña con las luces intermitentes apagadas, el todoterreno de Elliot se dirigió directo a la terminal del telesilla mientras otras unidades tomaban diversas posiciones alrededor de la montaña.

—Si Richard Gaskell está ahí arriba —había dicho Kay a todos los agentes disponibles—, no quiero que se escabulla de esa montaña y desaparezca. Tiene dinero, es inteligente, ingenioso e intentará huir. En diez horas, podría empezar a vivir a lo grande en la República Dominicana si no prestamos atención. Hay que considerarlo extremadamente peligroso; ya ha matado antes y no dudará en volver a hacerlo si se ve acorralado. —Miró a los oficiales, uno por uno, invitándolos a hacer preguntas—. Muy bien. Farrell, tú a Winter Lodge. Pickett, rodea la montaña y toma el sendero hasta las cataratas del río Blackwater. Leach, toma la ruta a Wildfire Ridge, donde encontramos el cuerpo de Jenna. Si yo huyera de esa montaña, ese es el camino que cogería. —Kay se había dado la vuelta para marcharse, pero entonces recordó algo—. Sin luces intermitentes, sin sirenas. Si nos ve venir, podría matar a Kendra.

Jimmy Bugarin los esperaba en la terminal fumando un cigarro. El humo maloliente le picó en las fosas nasales mientras se acercaba con paso apresurado.

—He mantenido las luces apagadas tal y como pidió. ¿Seguro que quiere subir en esto en la oscuridad? Es espeluznante.

—Sí, seguro, y una vez arriba, apáguelo —respondió Elliot, estrechando la mano del hombre—. Pongámonos en marcha.

Bugarin entró en la terminal. A través de la puerta abierta, Kay lo vio girar una palanca en el sentido de las agujas del reloj con un gruñido. Retumbando y crujiendo como si estuviera a punto de desmoronarse, el telesilla se puso en marcha.

—Vengan aquí —dijo Bugarin, señalando una sección bajo la enorme rueda del telesilla. Kay miró con desconfianza la rueda que zumbaba sobre su cabeza—. Pónganse ahí, junto a esa señal, y dejen que la silla venga hacia ustedes. Cuando sientan que les golpea las piernas, déjense caer sobre ella.

Elliot la cogió de la mano y ella se aferró con vigor, agradeciendo la

fuerza que la estabilizaba mientras tomaba asiento en el telesilla en movimiento. En el momento en que sus pies perdieron contacto con el suelo, se sintió mareada por un instante y apretó su mano aún más. Entonces se apartó, arrepintiéndose al instante, pero ya no había vuelta atrás. No era suyo para cogerlo de la mano; nunca lo había sido y nunca lo sería. Pertenecía a otra persona. Recordarlo fue como un puñetazo en las tripas. Debería habérselo dicho hacía mucho tiempo, antes de que empezara a invitarla a cenar, a cortarle el césped o a presentarse en su puerta por la mañana para recogerla para ir a trabajar. Esa Miranda seguro que no sabía nada de eso, o si no Elliot ya estaría muerto.

—¡No olviden bajar la barra de seguridad! —gritó Bugarin detrás de ellos.

Elliot extendió la mano por encima de sus cabezas y bajó la barra de seguridad. Kay agarró la barra con las dos manos y se aferró a ella con todas sus fuerzas mientras el telesilla se adentraba en una oscuridad cada vez más profunda. Se sentía extraña, vertiginosa, como si volara, con el viento soplándole en el pelo. A lo lejos, los acantilados dentados de Wildfire Ridge aún se aferraban a los profundos púrpuras del atardecer tardío.

La barra de seguridad se movió bajo sus manos, pero ella siguió agarrada.

—Ya casi hemos llegado —dijo Elliot. Reticente, Kay soltó la barra. Elliot la empujó por encima de sus cabezas, luego su mano encontró la de ella y la estrechó—. En breve el suelo alcanzará tus pies. Cuando lo haga, salta hacia delante y muévete rápidamente hacia la izquierda para apartarte del camino de la silla. No te soltaré. —Podía notar la sonrisa en su voz—. Nunca.

Aun así, cuando el suelo llegó a sus pies, ella se sobresaltó, pero su agarre era firme y dejó que la guiara hacia un lado.

—Uf —dijo ella en voz baja, una vez que estuvieron fuera del camino —. Tengo que probar esto alguna vez cuando pueda ver lo que hay alrededor.

Elliot tecleó un mensaje rápidamente y el telesilla dejó de zumbar. Desde allí, había una caminata de diez minutos hasta la cabaña de Somerset. Kay recor daba el lugar de cuando era una joven de la edad de Kendra y subió hasta allí con Jacob. El viejo Somerset hacía tiempo que no subía y algunos niños lo sabían. No podía imaginar por qué alguien querría pasar allí cualquier rato. La cabaña apenas se mantenía en pie. John Somerset era un trampero, se rumoreaba que tenía sangre nativa. Nunca se había unido a ninguna de las tribus locales; en su lugar, había elegido vivir una vida de reclusión, cazando a la antigua manera pomoana. Cuando murió, sus herederos se sorprendieron al encontrar varios millones de dólares en las cuentas

del anciano, y así había comenzado la batalla por la herencia.

Estaba completamente oscuro cuando la cabaña apareció a la vista, una sombra oscura contra un cielo escasamente iluminado. Una luna creciente apenas contorneaba la forma de la cabaña. No se oía nada en el interior, y el aire no desprendía el olor de algún fuego reciente.

Con el arma desenfundada, Kay se acercó despacio a la cabaña, atenta a cualquier sonido. Al otro lado del pequeño claro, Elliot se puso de puntillas entre las hierbas altas, sin perder de vista la parte trasera de la cabaña.

Kay sacó la linterna, dispuesta a iluminar el interior. Entonces recordó que la cabaña tenía un pestillo. Tanteando con los dedos el borde de la puerta, la encontró cerrada. Tiró despacio, sujetó la puerta con el pie y luego la soltó con rapidez. Se abrió de golpe, chirriando ruidosamente, tal como ella recordaba que haría.

Encendió la linterna y jadeó ante la desgarradora visión.

Encadenada a la pared, Kendra se encontraba de rodillas. La cabeza le colgaba y el pelo le caía sobre el cuerpo desnudo y ensangrentado. Magulladuras y sangre seca cubrían cada centímetro de su piel. No se movía.

Kay registró la habitación con movimientos precisos y apresurados, apuntando su linterna y su pistola a todos los rincones, y luego gritó:

—¡Aquí dentro!

Enfundando su arma, corrió al lado de Kendra y le tomó el pulso. Estaba ahí, apenas perceptible, muy débil. Elliot entró y levantó el cuerpo del suelo para que Kay pudiera liberar sus muñecas de la cadena a la que estaban atadas. La dejó suavemente sobre la mesita y se quitó la chaqueta para cubrirle el cuerpo. Kay cortó la cuerda que tenía atada a las muñecas y empezó a masajearle las manos, frotándolas con un poco de calor.

—Llama al servicio aéreo de emergencias —dijo, volviendo a tomarle el pulso. Estaba congelada, aún inconsciente—. No durará mucho; está en *shock*. Tenemos que calentarla.

Kay le envolvió las piernas con su chaqueta y tembló bajo la fría brisa después de quitársela. Apenas había siete grados por la noche en Wildfire Ridge, incluso en verano.

Luego empezó a soplar aire caliente contra el lateral del cuello de Kendra, donde las arterias carótidas estaban cerca de la piel. Frotándose las manos rápidamente para calentarlas, las colocó al otro lado del cuello de la chica y sobre su pecho, y siguió soplando.

Al cabo de unos minutos, Kendra gimió y abrió los ojos. La mirada en ellos era de puro pánico, hasta que Kay le apretó la mano y le dijo:

—Soy policía. Ahora estás a salvo. Te llevaremos al hospital.

Kendra cerró los ojos. Una lágrima se le escapó por el rabillo del ojo y desapareció bajo los dedos de Kay.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó Kay, sin dejar de calentarle el cuello lo mejor que podía.

Kendra volvió a gemir y luego susurró:

—Richard Gaskell. Está en el último año de mi instituto.

—¿Y Renaldo? ¿Estaba aquí también?

—N-no. —Se quedó inconsciente. Kay temía que no aguantara hasta que llegase la ayuda. Lo único que podía hacer era seguir luchando para calentar su debilitado cuerpo.

—Necesitamos un transporte aéreo de emergencia en Wildfire Ridge, en la antigua cabaña de Somerset —dijo Elliot al teléfono, de pie frente a la cabaña. Luego escuchó con atención mientras apretaba las mandíbulas—. Si no estáis aquí más rápido que un rayo, haré que mi misión en la vida sea verte escribiendo multas de aparcamiento en Crooked Creek, Alaska, durante el resto de tu carrera —dijo fríamente, el tono de su voz correspondía a la dureza de sus palabras—. No me importa si dice que no puede aterrizar aquí. Resuélvelo. Se supone que los pilotos son inteligentes, ¿no? Entonces, será mejor que no me haga enseñarle cómo se hace. Cualquier granjero de cerdos medio decente de Texas sabría cómo aterrizar ese helicóptero aquí. Deberían tener una camilla tipo cesta sujeta con una cuerda por si acaso. —Otra pausa—. Será mejor que lo haga más rápido que eso.

Elliot terminó la llamada y se apresuró a entrar.

—Estarán aquí en diez minutos, más o menos. —Luego se acuclilló junto a la vieja chimenea y encendió un fuego, utilizando leña vieja y polvorienta que había encontrado en la cabaña y algunas ramas secas de pino que había recogido cerca. En pocos minutos, las llamas calentaron la lúgubre cabaña y la cara de Kendra empezó a tomar color.

Unos treinta minutos más tarde, vieron despegar el helicóptero del servicio de emergencias con Kendra a bordo, levantando un remolino de hojas y polvo en el aire.

—Gaskell se ha ido, ¿no? —dijo Kay, tan pronto como su voz pudo cubrir el sonido del helicóptero que se alejaba.

—Maldita sea. —Elliot pateó una pequeña roca, haciéndola caer por el claro—. Hace tiempo que se fue. Dejó a esta chica aquí para que muriera.

A Kay le escocían los ojos bajo la amenaza de las lágrimas, quizá de frustración o impotencia, o quizá de alivio por haber encontrado a Kendra con vida. No podía decirlo, pero no importaba, porque se secaron al instante en cuanto el atisbo de un nuevo plan tomó forma en su mente.

—Sé cómo hacer que ese bastardo aparezca de la nada.

Elliot cogió una larga paja de hierba y mordió la punta con una amplia sonrisa.

—Nunca he tenido la menor duda de que lo sabrías.

Sonriendo, Kay sacó el teléfono del bolsillo y miró las barras de cobertura. Solo había dos, pero tendría que funcionar. Recuperó un número de la memoria del teléfono y llamó utilizando el altavoz.

—¿Barb? ¿Le gustaría otra exclusiva?

—¿Está de broma? Dispare —respondió la reportera, sin molestarse en disimular su emoción. El sonido de papeles revueltos se oyó con claridad. Probablemente se estaba preparando para tomar notas.

—No se moleste en apuntar nada. Grabe esta llama da en su lugar, porque necesito que me cite palabra por palabra y use mi nombre como fuente.

El ajetreo de papeles se detuvo.

—Pues cuando esté lista.

—Por la muerte de Jenna Jerrell, tenemos un sospechoso detenido, Renaldo Cristobal, uno de sus compañeros de instituto. El segundo sospechoso sigue en libertad. Como bien sabe, cuando hay varios autores, el que primero colabora con las fuerzas del orden es el que consigue el trato. El señor Cristobal se muestra comunicativo y dispuesto a cooperar en la investigación. Confiamos en cerrar este caso en las próximas veinticuatro horas. —Se detuvo un momento—. ¿Lo tiene?

—Correcto. Lo publicaré en las noticias de esta noche. ¿Y Kendra? ¿Dónde la han encontrado? La gente quiere saber.

Kay se quedó mirando las luces estroboscópicas del helicóptero de urgencias, que desaparecían en la noche.

—Todavía no la hemos encontrado, pero estamos cerca. Cuando lo hagamos, será la primera en saberlo.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Señor sharp

Kay había caído en un sueño profundo que parecía un coma en cuanto su cabeza tocó la almohada la noche anterior. Se despertó con las primeras luces del alba, entumecida, deseando haber cerrado las cortinas antes de acostarse. El sol brillaba a través de los visillos, sus rayos se posaban juguetones en su cara, atrayéndola fuera de la cama con la promesa de un buen día.

Estirándose entre las sábanas con los movimientos deliberados de un felino perezoso, retrasó el momento en que sus pies tocarían el frío suelo, tanteando en busca de sus zapatillas. Por un momento, sopesó sus opciones, pero luego se puso de pie a un lado de la cama y bostezó.

Había soñado con algo, el sueño era ahora un recuerdo borroso y sin sentido de ella volando ingrávida sobre Wildfire Ridge como Superwoman; su única propulsión, el poder de su pensamiento y la fuerza en el agarre de Elliot.

Elliot.

No.

No iba a pensar en él. No ese día. En su lugar, termi naría de preparar la cocina para el trabajo de pintura que había programado para el martes por la tarde.

Pasó con cuidado por encima de los periódicos manchados de masilla que había por el suelo y se dirigió a la cocina, dónde encendió la cafetera y se preparó un café bien cargado. En cuestión de segundos, el delicioso aroma a vainilla francesa llenó la habitación, ahuyentando los últimos restos de sueño.

Lavarse los dientes y darse una ducha rápida y refrescante le llevó diez minutos mientras el café se oscurecía un poco. Llenó su taza hasta el borde y procedió a inspeccionar cuidadosamente las paredes de la cocina y todos los agujeros tapados, con el café en mano como un contratista profesional. Se sentía bien por el trabajo que había hecho. Tal vez no era tan perfecto como lo habría sido si Jacob hubiera sido quien sostuviera la espátula de masilla, pero con cada agujero parcheado encontraba curación.

Pasando la mano por una parte irregular de la pared, dejó escapar un largo suspiro; estaba peligrosamente cerca de encontrar la paz. Sus ojos se desviaron hacia la ventana, donde se alzaban los dos sauces, con sus hojas inmóviles en el aire quieto de la mañana. Quizá, durante

un tiempo, Elliot podría seguir segando el jardín si quisiera. Tanto para Jacob como para ella, pasar con el tractor por aquella extensión de hierba entre los sauces seguía siendo un detonante, un doloroso recordatorio de las verdades que deberían permanecer enterradas para siempre. Y algunas mentiras que deseaba que no existieran, como la verdadera identidad de su padre.

Cogió un trozo de papel de lija y lo pasó de un lado a otro por el parche lleno de bultos en el que había trabajado la semana anterior, deteniéndose cada pocos segundos para comprobar si estaba lo bastante liso. Le encantaba la sencillez del trabajo y lo envolvente que era. Sus manos se movían con rapidez, terminando la pared, mientras su mente vagaba libre, preguntándose qué secretos se habría llevado su padre a la tumba y luego pensando en si Richard Gaskell mordería el anzuelo que ella le había tendido. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si ya se había ido?

Un rápido golpe en la puerta y el rostro radiante de Elliot apareció en la ventana. Sacada de sus pensamientos, sonrió y se frotó las manos para sacudirse el polvo de masilla. Su corazón seguía hinchándose cuando lo veía; los descubrimientos de la última semana habían hecho poco por cambiar eso, por ilógico que fuera.

—¿Adivina qué ha traído la policía del condado de Marin? —Hizo una pausa para que surtiera efecto mientras ella ladeaba la cabeza, aún sonriente, curiosa—. A Gavin Sharp. Te está esperando en la comisaría.

Su sonrisa desapareció, sustituida enseguida por una tensión que sintió en los hombros y la nuca, agarrotando sus cansados músculos en una rigidez dolorosa. En cuestión de minutos, estaba vestida y lista para salir.

Durante todo el trayecto permaneció en silencio, y Elliot respetó su decisión, aunque de vez en cuando la miraba como esperando que dijera algo. No se le ocurría nada que decir. Su pasado y su presente chocaban en su mente, pensando en todas las preguntas que tenía para el verdadero Gavin Sharp.

Seguía callada cuando llegaron a la comisaría y mientras él la seguía hasta la sala de observación. De pie junto al espejo unidireccional, miró a Gavin Sharp sin disimular su curiosidad. Su padre había elegido a ese hombre en particular para robarle una identidad. Comprender por qué la acercaría a averiguar quién era en realidad su padre.

El verdadero Gavin Sharp era carismático, tal y como ella había notado al ver su foto del Departamento de Vehículos a Motor. Le resultaba familiar de una forma extraña y enfermiza, porque se parecía a su padre, pero mejor. Más joven. Más saludable. El hombre sentado junto a la mesa metálica rayada con los brazos cruzados no

era el borrachín que había sido su padre. Estaba en forma y se cuidaba mucho. Sin abdomen flácido que sobrepasara la línea de su cinturón. Nada de ojos inyectados en sangre que apenas permanecían abiertos. Sin papada de *bulldog* llena de manchas hepáticas y rasposa por una barba incipiente. No; ese hombre tenía los ojos claros, el pelo bien cortado y un porte de seguridad en sí mismo ligeramente preocupado.

Lanzó una rápida mirada a Elliot.

—Puedes venirte si quieres —dijo ella, viendo que él no iba a seguirla a la sala—. No es nada personal; es solo otro delincuente. —El ala del sombrero de Elliot bajó un poco y luego volvió a subir en un gesto silencioso de asentimiento—. El hecho es que no podemos probar el cargo de estupro; Jenna nos puso una traba cuando usó un apodo para él. Necesitamos una confesión.

Entró en la habitación y Gavin Sharp se puso en pie e inclinó la cabeza a modo de saludo mientras mostraba una sonrisa de bienvenida, como si se encontraran en algún restaurante de lujo y no en una sala de interrogatorios de la policía con las paredes manchadas y el aire viciado que apestaba a sudor y miedo.

—Soy la detective Kay Sharp —dijo, esperando el efecto que su apellido seguramente tendría en el hombre.

—Oh. —Su sonrisa se amplió—. ¿Somos parientes?

Ella negó con la cabeza, mirándolo a los ojos.

—Es un nombre común en California.

—Hubiera estado bien.

—¿Cómo dice?

—Tener un familiar en la policía cuando hay una orden de arresto contra mí.

—No ha habido suerte, señor Sharp. ¿Le han leído sus derechos?

—Sí.

—¿Y ha renunciado a su derecho a un abogado?

Gavin Sharp se encogió de hombros.

—Esto es un gran malentendido, de verdad. Estoy seguro de que lo solucionaremos entre usted y yo. ¿Por qué involucrar a los abogados?

Kay abrió la carpeta que había traído consigo, una simple carpeta llena de varias hojas de papel en blanco que había cogido de la impresora que había fuera de la habitación.

—Delito de estupro, en el caso de Jenna Jerrell. ¿Cree que puede resolver esta acusación con rapidez? —El sarcasmo de su voz pareció pasarle sin hacer mella.

La miró con timidez y juntó las manos sobre la superficie abollada de la mesa.

—Probablemente oiga esto muchas veces, pero no tenía ni idea de que no tenía dieciocho años. —Su sonrisa se mantuvo firme, quizá un poco tensa, al igual que su mirada—. Alguien tan impresionantemente

bella como usted puede entender esto, estoy seguro. Estoy dispuesto a apostar un buen pellizco a que los hombres que la rodean están dispuestos a saltarse una o dos normas con tal de robarle un momento de su tiempo.

Increíble. Estaba flirteando con ella, y lo hacía bien.

Pasó una página del inexistente expediente.

—Tengo aquí apuntado que hace algunos años alguien robó su identidad. ¿Es eso cierto, señor Sharp?

Él se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró.

—Vaya, eso pasó hace mucho mucho tiempo. ¿Por qué lo pregunta después de todos estos años?

—¿Quién era el hombre que le robó la identidad? ¿Se acuerda?

Él no respondió; en cambio, la estudió con creciente curiosidad, como si estuviera a punto de sumar dos más dos.

—Déjeme decirle por qué lo pregunto, señor Sharp —continuó Kay—. Hay varios delitos que se cometieron en las últimas tres décadas, casos aún abiertos que tienen su nombre como sospechoso. Una agresión con agravantes —fingió leer—, un par de allanamientos, unos cuantos robos. —Cerró la carpeta y puso las manos encima—. Se investigaron un par de ellos y se demostró que no era usted el responsable. Nos gustaría atrapar al hombre que sí lo es. Para otros delitos, no sabemos si usted no fue el autor material. ¿Recuerda haber sido interrogado en alguno de estos casos?

Los ojos del detenido se abrieron de par en par y se llenaron de preocupación.

—No, no lo recuerdo. Como ha dicho, es un nombre muy común. ¿Quizá sea una coincidencia?

—O tal vez el hombre que robó su identidad cometió esos delitos. Nos gustaría interrogarlo. ¿Seguro que no recuerda quién es?

La miró fijamente.

—No, nunca supe su verdadero nombre. Empezaron a pasar cosas a mi alrededor, como esos crímenes de los que habla, pero no era yo. Como aceptar un trabajo y que me digan que alguien con mi nombre acababa de dejar el mismo, y que no podía ser una coincidencia porque había dado el mismo lugar de nacimiento que el mío. Una vez, alguien había cambiado la dirección de mi carné de conducir. Cosas así, extrañas.

—De acuerdo —dijo ella, frustrada por no poder sacarle nada. Pero decía la verdad; ella le creía—. Queda una cosa por discutir entonces, señor Sharp, y es el cargo de estupro.

Él asintió con los labios apretados.

—Verá, creo que mis colegas tenían prisa cuando redactaron la orden. Debería haber sido por solicitación de una menor, que es con mucho un cargo más pequeño, uno que se puede alegar hasta la nada,

en realidad.

Él volvió a asentir, entrelazando los dedos y frotándose los pulgares con nerviosismo.

—Jenna es muy guapa, inteligente y sensible. No podía no hablar con ella. Está pasando por un momento muy difícil y lo único que necesita es un amigo, alguien que la escuche e intente hacerla sonreír. Es una joven maravillosa.

—Era.

—¿Cómo dice?

—Jenna fue asesinada la semana pasada, el martes.

Él se levantó de un salto y empezó a pasearse por la habitación con inquietud.

—Oh, Dios mío. Le juro que no tuve nada que ver con eso. Por qué ella... —Se tapó la boca con la mano durante un instante y se volvió hacia Kay—. Lo juro. El martes yo estaba...

—No me importa, señor Sharp. Sé que no la mató usted. Sé quién lo hizo. Siéntese y acabemos con esto.

Visiblemente aliviado, acercó la silla y se sentó.

—Durante esta investigación, descubrimos su relación con usted y sabemos que se vieron en persona en varias ocasiones.

—Sí, lo hicimos.

—¿Cuántos años tiene, señor Sharp?

Se aclaró la voz antes de hablar y bajó la mirada.

—Tengo cincuenta y seis años. Seguro que ya lo sabía, y sé lo que va a decir, pero...

—¿Seguro? —Kay estalló—. ¿De verdad sabe lo que voy a decir?

Sacudió la cabeza y la miró, implorante.

—No, tiene razón. Lo siento mucho, no debería haber dicho eso. Por favor, continúe.

Kay suspiró y se levantó, sintiendo el impulso de poner más distancia entre ella y el pervertido sentado enfrente. La idea de que las manos de aquel hombre hubieran tocado a Jenna la repugnaba, despertando recuerdos que no quería volver a tener frescos en su mente.

Sin embargo, unos meses más y la relación habría sido legal, y la sociedad moderna habría considerado al hombre de cincuenta y seis años un jugador y un cabrón con suerte, en lugar de un pervertido, por salir con una chica de dieciocho. Qué diferencia por solo unos meses. Otros estados tenían una edad de consentimiento más baja, de diecisiete o incluso dieciséis años en algunos. ¿Lo había tenido en cuenta? ¿O se habría acostado con Jenna aunque tuviera catorce años o doce? Por suerte para su propia tranquilidad, ella solo tenía que hacer cumplir la ley, no tomar decisiones tan difíciles. Ese era un trabajo para los tribunales.

—Durante dicha investigación, hemos descubierto que usted hizo

mucho más que solicitar a una menor a través de internet. De hecho tuvo sexo con una menor en varias ocasiones. —Él empezó a moverse en su asiento como si tuviera ganas de hablar, pero ella lo detuvo levantando la mano. Se quedó inmóvil, con la boca ligeramente abierta—. Hemos descubierto un diario en el que Jenna escribió que le había dicho que era mayor de edad, así que está libre de culpa si tuvo sexo con ella. Porque no sabía que tenía diecisiete años, ¿verdad, señor Sharp?

—No, no lo sabía, lo juro. Y solo tuvimos sexo cuatro o cinco veces, no más. Quería venir a vivir conmigo a la ciudad, pero yo no, no antes de que terminara el instituto, para que la gente no viniera a buscarla.

Y con esas pocas y apresuradas palabras, había confesado el estupro. Kay se sintió bien sabiendo que pagaría por lo que había hecho y que sería registrado como delincuente sexual. Y sin embargo, un pensamiento seguía preocupándola mientras terminaba la entrevista.

El hombre sentado frente a ella era el único que había ofrecido a Jenna un poco de calor en los últimos meses. De una manera depredadora, pero se lo había ofrecido. Los que habían hecho de su vida un infierno seguían ahí fuera, libres de ocuparse de sus asuntos sin ser molestados.

—Señor Sharp, le acusamos de estupro y solicitación de una menor. Le sugiero encarecidamente que busque un abogado antes de decir nada más.

Atónito, la vio salir de la habitación y empezó a aporrear la puerta, que se cerró tras ella.

—¡Maldita zorra! No tenías derecho... Confié en ti. Malditos policías mentirosos. Consígueme un abogado.

Ella escuchó un momento, contenta de saber que él no seguiría por ahí buscando a otra menor de edad a la que seducir, al menos no por un tiempo.

Elliot salió de la sala de observación mientras Gavin Sharp seguía gritando insultos a través de la puerta cerrada.

—¿Entro a enseñarle modales?

—No, compañero, está todo bien.

Excepto por una cosa de la que no quería hablar, ni siquiera con él.

Su padre. ¿Quién era? ¿Y qué había hecho para robarle la identidad a un pervertido tan hábil? ¿Tenía el valor de asomarse a ese abismo?

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Conciencia

La comisaría estaba casi vacía. La mayoría de los agentes que trabajaban los domingos estaban vigilando los límites de velocidad mientras oleadas de turistas subían y bajaban por la costa para aprovechar al máximo el fin de semana. En cualquier caso, alguien acababa de calentar comida mexicana en el microondas, llenando el aire con el apetitoso olor de una quesadilla de pollo recién hecha.

Kay ignoró el rugido de su estómago y cogió las llaves de su escritorio.

—¿Quieres visitar al doctor Whitmore? Tengo algunas preguntas, pero no todas están relacionadas con el caso. De todas formas, tengo que parar a comer algo.

Elliot la miró un momento, como si intentara averiguar si quería que la acompañara o solo estaba siendo educada. Ella tampoco lo sabía.

—Por supuesto. —Mantuvo la puerta abierta y pareció esperar a que ella recordara que habían conducido hasta la comisaría en el todoterreno de él, porque era evidente que lo había olvidado. No pudo ocultar una sonrisa mientras se metía las llaves en el bolsillo.

—Conduce tú, compañero.

Ella subió al todoterreno, preguntándose si lo que estaba a punto de hacer podría ser un error costoso. Tal vez había que dejar que las aguas ser calmaran y solo era cuestión de fuerza de voluntad dejarlo pasar. ¿A quién le importaba la verdadera identidad de su padre, cuando no suponía ninguna diferencia? O quizá por eso no se le ocurría otra cosa que hacer con su vida que ser policía. Necesitaba saberlo.

Un Lexus azul se detuvo junto a ellos y la mujer que iba al volante los saludó. Era la madre de Kendra. Elliot se acercó al lado del conductor y le dio la mano a través de la ventanilla bajada, pero ella salió del coche y lo abrazó. Kay se acercó rápidamente, con el corazón latiéndole con fuerza por miedo a que hubieran llegado demasiado tarde.

—¿Kendra está...?

—Sí —dijo la señora Flannagan, soltando a Elliot para aplastar a Kay en un abrazo—. Gracias, detective, salvó a mi pequeña. Quería que supiera lo agradecidos que estamos los dos. Mi marido sigue con ella, en Redding, a donde la llevaron. —Se apartó justo cuando Kay se estaba sintiendo incómoda. Rara vez la abrazaban; no disfrutaba de la

cercanía física como otras mujeres.

La señora Flannagan dio un paso atrás y miró a Kay, luego a Elliot, con las manos juntas en un gesto suplicante.

—Por favor, encuentren al bastardo que le hizo eso a mi pequeña y hagan que lo pague. Prométanme que lo harán. Nunca volverá a ser la misma, mi pobre niña. —Lloriqueó y se pasó la mano por los ojos—. Pero al menos está viva. Le conseguiremos un terapeuta, lo que necesite. Dicen que se recuperará del todo, pero estaba... —Un sollozo surgió en su pecho, ahogándola—. Una hora más, y mi niña se habría ido. —Se mordió el labio, posiblemente en un intento de controlar las lágrimas—. Prométanme que pagará.

—Lo hará —respondió Kay—. No pararemos hasta atraparlo.

—¿Y qué es eso que estoy escuchando en las noticias sobre la pobre Jenna? ¿Eran dos?

—No con Kendra, no. —Kay apretó la mano de la mujer—. Se lo prometo.

En el corto trayecto hasta la morgue, Kay se preguntó si podría mantener su palabra. ¿Dónde estaba Richard Gaskell y por qué no mordía el anzuelo?

—Esperaba que Gaskell padre aterrizara ya en nuestra puerta, con algún que otro montón de papeles. Una orden de silencio, una rendición planeada, cualquier cosa que ayudase con la situación de su hijo. Debería saber que un fugitivo buscado corre el riesgo de que le disparen.

—Es pronto —respondió Elliot, entrando en el aparcamiento de la oficina forense—. La noticia salió anoche. No todo el mundo es tan rápido como tú. Si fueras más rápida, llegarías a ayer y volverías a empezar.

Ella se rio entre dientes, entrando en el sombrío edificio. Como siempre, el entusiasmo de Elliot disminuyó al cruzar las puertas de cristal.

El mostrador de recepción estaba vacío y en el depósito reinaba un silencio inquietante. La luz de la sala de autopsias estaba encendida. Kay empujó la puerta de acero inoxidable y entró. El doctor Whitmore levantó la vista de un impreso que estaba leyendo acercándoselo demasiado a los ojos, un indicio seguro de que el médico necesitaba ver pronto al optometrista.

—Buenos días, doctor. —Kay se acercó y le dio un rápido abrazo. Algo de la intensa emoción de la señora Flannagan aún le tiraba del corazón, o tal vez el miedo a lo que estaba a punto de descubrir.

—¿Qué os trae por aquí tan temprano un domingo? —preguntó el doctor Whitmore—. No es que no aprecie la compañía, porque me siento solo aquí hablando conmigo mismo.

—Necesito un favor, extraoficial —pidió Kay, justo cuando Elliot

entraba en la sala de autopsias, probablemente aliviado al ver que las dos mesas de examen estaban vacías.

—Claro, cualquier cosa en la que pueda ayudar será un placer. —El doctor Whitmore la miró por encima del borde de sus gafas.

—Mi ADN está en su base de datos, para exclusiones de escenas del crimen y cosas así.

—Correcto.

—Bueno, me gustaría que lo pasaras por el sistema y buscaras coincidencias familiares.

—Oh. —El médico se puso de pie y esta vez la miró fijamente a través de las lentes—. ¿Qué estoy buscando? —Ladeó un poco la cabeza y se rascó el pelo justo encima de la oreja izquierda—. Creo que ya lo sé, pero no puedo suponerlo. Mejor dicho, no debería.

—A mi padre. Quizá pueda averiguar quién era en realidad —se burló con amargura—. No era Gavin Sharp, eso seguro.

—De acuerdo —dijo el doctor, y empezó a teclear en su ordenador. Momentos después, la búsqueda estaba en marcha—. No creo que tarde mucho. Quizá recuerdes de tus días en el FBI que estas bases de datos buscan por condado y luego por estado. Como era de aquí, tardará un par de horas, no más.

—Gracias, doctor, te lo agradezco. ¿Lo mantendrás en secreto?

—No veo por qué no.

Ella le dio un beso rápido en la mejilla y se dio la vuelta para marcharse, pero él le dijo:

—No tan rápido, jovencita. Tengo más resultados para vosotros dos.

El humor de Kay cambió, dejando atrás la oscuridad de su problemático pasado. Elliot se acercó, interesado. El doctor Whitmore cogió el mando a distancia y lo pulsó. El televisor cobró vida, mostrando una foto de la cara de Jenna. Una laceración le atravesaba la mejilla, desde la sien derecha hasta casi la punta de la nariz.

El forense señaló la laceración con la punta del dedo.

—El rastro de sustancia en la laceración de la cara de Jenna era esmalte de uñas rosa con purpurina. Fue el brillo lo que me llamó la atención, pero luego el espectrógrafo de masas encontró trazas de resina, acetato de etilo, benzofenona y mica. Ese último era el brillo. El color era rosa, tono 2 43, que coincidía con la uña encontrada en la escena, pero no con el tono que llevaba Jenna.

Un momento de profundo silencio invadió la sala. El caso aún no había terminado, y aún no terminaría, aunque encontraran y detuvieran a Richard Gaskell. Algo más le había pasado a Jenna mientras estaba en Wildfire Ridge.

Kay miró a Elliot y luego al doctor Whitmore.

—Las fibras capilares y la pinza de pelo rosa apuntan a un sudes femenino, y ahora el esmalte de uñas en sus heridas. También había

una huella de zapato que no coincidía con nuestra narrativa.

El doctor Whitmore revisó algunas imágenes en la pantalla, hasta que encontró la foto de la escena del crimen que buscaba.

—Ahí, la huella de zapatilla de correr que vino después de las Converse de Jenna. —El dibujo fácilmente reconocible de las Converse estaba algo oscurecido por otra huella de zapato, talla de mujer—. Es una zapatilla de la marca Nike, por cierto, una Streetgato, para ser exactos.

—Estaba ahí mismo, delante de nosotros, pero no lo veíamos a causa de la violación y el semen —murmuró Kay. Volviéndose hacia Elliot, le dijo—: Vamos, compañero, tenemos que atrapar a una asesina. ¿Alguna noticia de esos registros telefónicos?

Él comprobó rápidamente su correo electrónico.

—Todavía nada.

—Entonces, tenemos que hacerlo a la antigua. A patear las calles.

Casi habían llegado a las puertas de acero inoxidable cuando sonó el ordenador del sistema de identificación de ADN. Kay se quedó inmóvil un momento y volvió a la pantalla.

—Tenemos una coincidencia —preguntó el doctor Whitmore, volviéndose hacia ella y bloqueando la pantalla con la espalda. Su voz era suave y llena de preocupación, como la de un padre. Le apretó el hombro con la mano mientras fruncía el ceño—. ¿Estás segura de que quieres saber esto?

A Kay se le cortó la respiración.

—Sí, doctor, estoy segura. Tengo que saber quién es.

Se hizo a un lado, permitiéndole leer la pantalla. A unos metros, la expresión de Elliot era de firme apoyo.

Kay leyó rápidamente la información y sus ojos recorrieron los campos de la base de datos que le eran familiares.

—Jonas Solomon Castigan —susurró—, ese es realmente mi padre.

Pero el nombre no le contaba toda la historia. Leyendo sobre él, se dio cuenta de que ya sabía quién era su padre. Un bruto. Un asesino.

Tres años antes de que naciera Kay, Jonas Solomon Castigan había sido detenido por cuarta vez por el asesinato de su maltratada esposa y sus dos hijas pequeñas, dos niñas de cuatro y siete años. Las fechas de la muerte eran varios días posteriores al informe del incidente; en el momento de la detención, había sido acusado de malos tratos en el ámbito familiar, agresión y lesiones. De algún modo, consiguió pagar la fianza y desapareció. Las órdenes de detención habían sido modificadas a asesinato en los tres cargos, después de que su esposa y sus hijas pequeñas sucumbieran a sus heridas. Y nadie lo había visto desde entonces.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, se quedó mirando la pantalla, muda, perdida en un trance, hasta que sintió la mano del

doctor Whitmore apretándole el hombro.

No había aprendido nada nuevo, salvo un nombre que no significaba nada para ella. Si no hubiera apretado el gatillo hacía dieciocho años, probablemente otra mujer y sus dos hijos habrían corrido la misma suerte.

Con una rápida sonrisa ladeada, miró al doctor Whitmore antes de borrar la búsqueda. El hombre asintió con la cabeza. Pulsó el botón del ratón y la pantalla se aclaró.

Y con ella, lo que quedaba de su mala conciencia.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Derramado

Kay había pasado todo el día del domingo presionando a los proveedores de telecomunicaciones para que enviaran los registros que había solicitado. Al ser día libre para la mayoría, no consiguió nada más que dejar varios mensajes en un tono de voz inflexible e irritar a unos cuantos operadores. Lo mejor que podía hacer era esperar a mañana, a más tardar para el almuerzo. Ya había oído eso antes, a través de Denise Farrell, y ya habían roto esa promesa.

Frustrada y agotada tras lo que había resultado ser una montaña rusa emocional durante toda la semana, declinó la invitación de Elliot de ir a cenar, preguntándose cómo era posible que su Miranda aguantara ese tipo de ausencias en casa. Pero no era asunto suyo lo que aquella mujer hiciera o dejara de hacer; el simple hecho de que existiera la había sacado del juego.

Pero ¿había estado realmente en un juego? ¿Ella y Elliot? ¿O estaba todo en su imaginación? ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Deseo, debía haber sido eso. Lo que sintió cuando le tocó la mano. La forma en que la miraba y sonreía. La cercanía que sentía cada vez que él estaba cerca.

—Percepción motivada —murmuró, quitándose los zapatos en su desierta cocina y encendiendo las luces. «*Es nada más que eso*», se dijo a sí misma, pensando que no había perdido nada, porque para empezar no había tenido nada, solo una amistad malinterpretada por parte de su compañero. Entonces, ¿por qué sentía una insoportable carga de tristeza que le pesaba en el pecho hasta impedirle respirar?

Jacob estaba en una de sus citas habituales con su novia, una joven que iba a convertirse en su esposa si sabía lo que le convenía. Estaba perdidamente enamorado de ella, pero, al típico estilo masculino, no se había parado a reconocerlo y a contar nada sobre su relación. Probablemente estaría fuera el resto de la tarde, una buena oportunidad para hacer algo en esa cocina. Como pintarla.

Observando las paredes remendadas con la mirada fija de un depredador a punto de abalanzarse, se preguntó si sería capaz de terminar el trabajo ella sola, en lugar de esperar a Jacob. Se había tomado la tarde libre el martes para ayudarla, pero ¿qué se suponía que tenía que hacer ella? ¿Ver la televisión?

Se puso el uniforme de pintor, la camiseta manchada y los pantalones cortos a juego, y luego trajo el kit de rodillo de pintura que había comprado en la ferretería donde Renaldo solía trabajar. Después de dejarlo todo ordenado sobre la mesa de la cocina, cogió el bote de pintura amarillo merengue de limón con acabado mate y luchó un poco para abrir la tapa con la espátula. Luego removió bien la pintura, siguiendo las precisas instrucciones del antiguo jefe de Renaldo, el mismísimo viejo ferretero señor Harry.

Con cuidado de no dejar caer el pesado cubo, lo inclinó ligeramente y vertió un poco de pintura en la bandeja. Luego limpió el borde del bote y volvió a taparlo. A continuación, giró el rodillo a fondo y probó suerte en una parte de la pared que pronto quedaría cubierta por el frigorífico. Por si acaso se equivocaba.

La puerta se abrió detrás de ella, pero no reaccionó, pensando que era Jacob.

—Justo a tiempo para ensuciarte — bromeó, admirando su obra.

—Justo a tiempo para aclarar una cosita, zorra. No puede ser que Rennie me delate.

El rodillo se le cayó de las manos, golpeó contra el suelo y dejó caer gotas amarillas de merengue de limón sobre sus piernas.

Sobresaltada, giró sobre sus talones y se encontró mirando el cañón de una pistola. Richard Gaskell le sonreía con una mirada lasciva y llena de odio. Podía sentir su mirada lujuriosa y pegajosa recorriendo su cuerpo, sus piernas desnudas, su escote.

Instintivamente, se palpó el costado en busca de su arma, pero no estaba allí. La había guardado en el cajón, como hacía siempre al llegar a casa.

—Sí, buen intento. ¿No crees que tú y yo deberíamos hablar? — Richard señaló con la pistola hacia una silla. Kay seguía de pie, calculando sus movimientos—. ¡Siéntate! —gritó.

Kay levantó la barbilla en un gesto de abierto desafío que estaba segura de que el violador no toleraría.

—¿Estás listo para la silla eléctrica, Richard? Porque eso es lo que te pasará por matar a un policía. Ningún abogado del mundo puede salvarte de eso. Ni siquiera tu papá.

Un atisbo de miedo dilató sus pupilas. La mano que sostenía la pistola vaciló un poco. Kay aprovechó la oportunidad y se abalanzó, agarrándole el brazo de recho con ambas manos y empujándolo hacia arriba, para conseguir que el arma apuntara al techo en lugar de a su pecho.

Jugador de fútbol americano, Richard era mucho más fuerte y alto que ella. La agarró del pelo con la mano izquierda y al mismo tiempo su rodilla encontró su estómago. Al caer, Kay agitó los brazos y derribó la espátula y el cubo de pintura, que cayeron al suelo. La tapa

se abrió y el merengue amarillo limón se derramó en un río de pintura que cubrió los periódicos que había dejado.

Cayó de costado y se hizo un ovillo de dolor, jadeando. A pocos centímetros de su cara, los pies de Richard casi tocaban la espátula caída. Tosiendo, se acercó a esta y la recuperó, sujetándola con fuerza y escondiéndola bajo su cuerpo.

Él la agarró del brazo y tiró hacia arriba. Se hizo peso muerto, inerte.

—Levántate —ordenó.

Cuando ella no obedeció, él levantó el pie derecho para apartarse y patearla, para que obedeciera, pero ella estaba preparada. A la velocidad del rayo, le clavó la espátula en el tendón de Aquiles del pie izquierdo.

Richard gritó y cayó al suelo salpicando y resbalando en la pintura derramada, gritando insultos desarticulados con voz entrecortada y ronca y sujetándose el tobillo con ambas manos. Sus dedos adquirieron rápidamente el color de la sangre que goteaba de su herida. Cerca de donde se retorcía de dolor, el amarillo merengue de limón tomaba prestados tonos de rojo carmesí.

La pistola se había deslizado bajo la mesa, y Kay no dudó. Se arrastró hasta allí y cogió el arma, luego apuntó a Richard, alejándose de él con los pies. Cuan do por fin pudo ponerse en pie, se acercó a él, con cuidado de no resbalar y caerse en la superficie deslizante.

El dolor de estómago había disminuido hasta convertirse en un sordo latido, y se puso el brazo sobre el vientre como si eso pudiera aliviarlo de algún modo. Mirando a Richard, al tamaño de sus bíceps, se asombró de haber conseguido derribarlo.

«*Debo estar loca*», pensó, dándose cuenta de que podría haber sido totalmente distinto si él hubiera reaccionado una fracción de segundo más rápido.

Sopesó sus opciones. Si apretaba el gatillo, nadie dudaría de su decisión. Sería absuelta en el tiroteo de un fugitivo buscado y sospechoso de asesinato que había irrumpido en su casa sin que nadie se lo pensara. Solo que ella sabría que no sería así.

—Dispárame —dijo él, con la voz entrecortada por las lágrimas y la garganta carraspeada por sus anteriores gritos de dolor—. ¿A qué demonios estás esperando?

Ella le regaló una sonrisa.

—Te irá bien en la cárcel, Richard, no te preocupes. Tardarás un año, o veinte, pero le cogerás el truco. Les encantan los *quarterbacks*.

Acercándose un paso más, lo golpeó con fuerza. El chico cayó inconsciente en el charco de pintura manchado de sangre a sus pies.

—Y eso por derramar mi pintura, hijo de puta.

CAPÍTULO CINCUENTA

Rastro

Richard Gaskell llevaba un traje color carbón con camisa blanca y corbata azul. Tenía el pie izquierdo vendado y elevado sobre una silla, inmovilizado en una férula de aire que le sujetaba la pernera del pantalón. Su pelo caía desordenado sobre su arrugada frente, mientras que sus espesas cejas convergían sobre su nariz en ángulo, recordando a Kay las alas de un pájaro en vuelo dibujadas por un niño de preescolar.

A su lado había otro hombre vestido con un traje caro, más viejo, más bajo y más corpulento, con una mirada amenazadora y un caro maletín de cuero delante de él.

Como de costumbre, Kay estudió el comportamiento del sospechoso antes de entrar en la sala de interrogatorios, preparando su estrategia e intentando hacerse una idea de su estado de ánimo. Habría tensión en esa sala. Sentimientos duros. Ella le había herido el día anterior; el corte en el tendón de Aquiles requirió una intervención quirúrgica que duró hasta bien entrada la madrugada.

Sin embargo, estaban allí, muy probablemente en contra del consejo médico, deseosos de responder a cualquier pregunta que Kay tuviera y hacer que el «malentendido se arreglara», en palabras del propio Gaskell. Kay negó con la cabeza; otro de esos malentendidos que serían fáciles de aclarar, al menos en opinión del sospechoso.

—No tan rápido.

Ella cogió una taza de café de la mano de Elliot y le dio las gracias.

—¿Podrías por favor seguir el rastro del dinero de la web y esos registros telefónicos mientras lucho con ellos un rato?

—Captado —respondió él, y luego desapareció. Últimamente estaba cada vez más ilegible, más callado, su sonrisa habitual rara vez se veía. No era culpa suya si las cosas se ponían un poco incómodas entre ellos después de su visita a su casa. No era ella la que ocultaba una relación.

Cogió los dos expedientes que había colocado sobre la mesa de la impresora y entró en la sala de interrogatorios con paso decidido. El aire, normalmente viciado y maloliente, apestaba ahora a *aftershave* caro en una amalgama de olores que no combinaban bien. La frente del abogado estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor. Por un momento, pensó en refrescar la temperatura con el aire acondicionado. Pero, pensándolo mejor, decidió sentarse frente a los

dos hombres y juntó las manos sobre las dos gruesas carpetas.

—Señor Gaskell, iremos rápido.

—Abraham Ackerman, represento al señor Gaskell —dijo el abogado, extendiendo una mano regordeta y medio levantándose de su asiento.

Kay fingió no percatarse del saludo, temiendo que su mano estuviera tan sudorosa como el resto del abogado defensor.

El hombre suspiró.

—Mi cliente desea aclarar varias cosas.

—¿Desea hacer una declaración formal?

Hubo un instante de duda.

—No en este momento.

—Entonces, ¿por qué no me deja primero hacerle unas preguntas a su cliente?

Ackerman apretó un momento sus finos labios, haciéndolos desaparecer.

—Por favor, proceda.

—Señor Gaskell, los testigos lo sitúan con Jenna Jerrell la noche en que fue asesinada. Concretamente, en el restaurante Alpine Subs. —Hizo una pausa.

Gaskell la miró fijamente, imperturbable.

—¿Hay alguna pregunta que le gustaría hacer? —Ackerman se tocó el nudo de la corbata, probablemente deseando poder aflojárselo un poco.

Kay se tragó un juramento. Catorce horas después de irrumpir en su casa, Gaskell era una persona completamente diferente. Tranquilo, calmado, fortalecido por el abogado de mil dólares la hora a su lado, probablemente la mejor defensa legal que el dinero y las relaciones de papá podían comprar.

—Encontramos dos envoltorios de condones con sus huellas en Wildfire Ridge. Su semen fue hallado en la víctima. Por favor, haga un relato de lo que pasó el martes pasado, empezando por cuando llamó a Jenna y la invitó a salir.

El abogado susurró algo al oído de Gaskell. El joven asintió con el ceño fruncido. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y esperó en silencio.

—Mi cliente solo está dispuesto a responder preguntas sobre los envoltorios de condones encontrados en Wildfire Ridge.

Kay asintió.

—Por favor, responda a esta pregunta, entonces. ¿Estuvo en Wildfire Ridge con Jenna Jerrell y Renaldo Cristobal?

Ackerman tocó el brazo de Gaskell justo cuando hablaba.

—Sí, estuvimos allí, y sí, tuvimos sexo. Sexo consentido, para ser claros. Su testigo puede confirmar que tomamos unos sándwiches juntos antes de eso, y ella estaba allí de buena gana, pasándolo bien.

—¿Fue en Alpine Subs donde drogó a Jenna con Rohypnol?

Los dos hombres juntaron sus cabezas durante un breve instante, susurrando algo que Kay no pudo descifrar.

—No sabía que Jenna había sido drogada con Rohypnol o cualquier otra droga —respondió Richard.

—¿Qué pasó después de tener sexo con Jenna?

—Me fui. Estaba muy viva y quería quedarse un poco más en la montaña. No puedo responsabilizarme de lo que otros hicieron después de irme.

—En realidad, sí puede. Los forenses han determinado más allá de toda duda razonable que las supuestas relaciones sexuales consentidas fueron, de hecho, una violación. La ley estipula que el consentimiento no puede obtenerse ni implicarse cuando la víctima ha sido drogada con una sustancia de violación. Además, el sexo fue violento, causando hematomas y laceraciones, como documentó el médico forense en su informe.

Gaskell soltó una risita y se encogió de hombros.

—A algunas chicas les gusta duro.

Kay apretó la mandíbula durante un breve instante.

—Como tal, se considera que su muerte se produjo durante la comisión de un delito, inculpándolo a usted, su violador, de su asesinato. Pregúntele a su abogado.

Había preocupación en los ojos de Gaskell cuando se inclinó hacia Ackerman y se reanudó el cuchicheo.

—Detective, usted sabe muy bien que todo este asunto de la agresión sexual es circunstancial en el mejor de los casos y no se sostendrá en un tribunal. La reputación comprometida de esta víctima en particular me facilitará mucho ese trabajo. Ningún jurado creerá la acusación de violación en la que basa su acusación de asesinato.

Kay se sintió mareada durante un breve instante al ver cómo todas sus convicciones se hacían pedazos ante sus ojos. Necesitaba pruebas sólidas, como rastros de Rohypnol en la ropa de Gaskell. La orden de registro había sido presentada para la residencia Gaskell y el vehículo de Richard. Hasta entonces, tenía a Kendra.

—Su cliente también secuestró, violó y torturó a otra de sus compañeras.

—Me ofende la insinuación —dijo el abogado.

—¿Qué insinuación?

—Cuando ha dicho «a otra». Estás insinuando que secuestró, violó y torturó a Jenna Jerrell. Mi cliente no hizo tal cosa.

—Bueno, su cliente será acusado de ello, no obstante. Dejaremos que el jurado decida. Me han dicho que si a la víctima le dieron Rohypnol, y se fue con los dos chicos a la montaña mientras estaba drogada, eso podría interpretarse como secuestro. Ya sabes, el tema del

consentimiento y todo eso.

—No puede probar que mi cliente estaba en posesión de Rohypnol o le dio la droga a la víctima.

Gaskell tocó el brazo de su abogado. Algún susurro más mientras la papada del abogado se movía rápidamente, en parte oculta tras la mano que había levantado para taparse la boca. Cuando enderezó la espalda, parecía un poco menos confiado.

—Además, está la cuestión de agredir a una agente de policía en su propia casa —dijo Kay en voz baja, con un atisbo de sonrisa en los ojos.

—No hubo tal agresión —respondió fríamente el abogado—. Mi cliente fue invitado a entrar en la casa cuando se puso en contacto con el detective principal del caso para hablar de su entrega. El arma que portaba está registrada a su nombre y no fue utilizada en dicho asalto. No hay evidencia de entrada forzada.

Aturdida por un momento, Kay jadeó. Era absurdo. El descaro de ese hombre, del mismísimo Richard Gaskell. Se quedó sentado, mirándola fijamente, jugando con su llavero. Cuando terminara la entrevista, saldría de allí y tendría tiempo de destruir cualquier prueba que aún quedara de la noche en Wildfire Ridge. En cuestión de horas, le procesarían y ya habría pagado la fianza, mientras que su orden de búsqueda aún podría tardar un poco.

El abogado sonrió y cerró su maletín.

—Si no hay nada más, nos vamos.

Kay se rio, mirando fijamente a Gaskell a los ojos. Él se estremeció.

—No, no se van —respondió Kay—. No voy a presentar a su cliente para la acusación todavía; tenemos derecho a retenerlo durante cuarenta y ocho horas antes de procesarlo, y eso es lo que estamos haciendo. Se queda aquí.

—Detective —gritó el abogado, poniéndose en pie de un salto, sin aliento y con un tono morado oscuro que presagiaba futuros problemas cardiovasculares.

—Han decidido jugar a esto ustedes mismos. Pues ahora empezamos. Disfrute de su estancia.

Un golpe detrás del espejo unidireccional llamó su atención. Ella se puso en pie y se llevó consigo los expedientes de su caso, luego se giró hacia Ackerman.

—Un cargo de violación puede reducirse a uno o dos años, abogado, pero un cargo de asesinato no. Su cliente se enfrenta a una dura condena en una prisión de máxima seguridad. Le sugiero que le diga que le conviene colaborar antes de que lo haga Renaldo Cristobal. —Ella le regaló una sonrisa—. Ya tiene algo en lo que pensar durante las próximas cuarenta y ocho horas. Puede que ese chico sea el más listo de los dos, después de todo.

No hubo respuesta, solo la misma actitud arrogante de Gaskell, aunque su fachada empezaba a resquebrajarse.

Salió de la sala de interrogatorios y cerró la puerta tras de sí con suavidad, aunque le habría gustado dar un portazo lo bastante fuerte como para hacer temblar las paredes y, con ellas, la arrogancia de Gaskell.

En cuanto entró en la sala de observación, su mirada se clavó en la de Logan. No estaba contento.

—Te lo dije, Sharp, guantes de seda con este perpetrador.

—Sheriff, no creo que tengamos muchas opciones. Es un mentiroso, un saco de...

El sheriff rio.

—Por supuesto que lo es. Cómo de diferentes serían nuestros trabajos si los delincuentes solo dijeran la verdad. —A su comentario siguió una rápida carcajada sarcástica.

—Jefe, si no conseguimos que Renaldo admita la violación y no encontramos ninguna prueba de Rohypnol en la ropa de Gaskell, no podremos acusarle de nada sobre Jenna Jerrell. Esa chica no tendrá la justicia que se merece.

—Veinticuatro horas —dijo Logan, consultando su reloj—, a partir de ya. Ni un minuto más. Y deja de utilizar los medios de comunicación a tu antojo sin consultármelo antes. ¿Es verdad que le prometiste a Barb Foster que le avisarías cuando encontraras a Kendra?

Kay se mordió el labio.

—Lo olvidé por completo, pero sí, se lo prometí. Lo arreglaré.

—Creo que has arreglado suficiente por hoy, Sharp. Ni un equipo entero puede limpiar los fragmentos que dejas a tu paso. Consígueme las pruebas que nos faltan y cierra este caso de asesinato de una vez. La gente empieza a preguntarse qué demonios hacemos aquí. He estado recibiendo llamadas del fiscal del distrito todos los días, y no pregunta por mi salud.

—Sí, señor —respondió ella, haciéndose a un lado para que Logan pudiera salir de la pequeña sala de observación sin rozarla. El aire olía a cigarros rancios a su paso.

A cigarros rancios y derrota.

Deseó poder borrar la sonrisita arrogante de los labios de Gaskell, pero sabía que no podía. No con tantas preguntas sin respuesta, la mayoría de las cuales apuntaban a que una mujer estaba involucrada en ese lío de alguna manera. Una mujer con el pelo largo y rubio, las uñas pintadas de rosa y calzado deportivo del cuarenta.

Al salir de la sala de observación, se topó con Elliot.

—Lo siento —murmuró ella, ocultando el fuego que encendía sus mejillas—. Hemos terminado aquí... Dejemos que estos dos se coman la cabeza un rato.

—¿Cómo ha ido? —Un destello de la misma diversión secreta iluminó los ojos de Elliot, pero su rostro permaneció serio.

—Uf —gimió ella—, me pone enferma que vaya a saltarse la acusación de violación de Jenna, y con ella también la de asesinato. Todavía no estamos seguros de lo que pasó allí, en Wildfire Ridge, y quién era la otra mujer...

—¿Qué mujer?

—La que dejó los mechones de pelo y el esmalte de uñas rosa en el cuerpo de Jenna. Las huellas que vinieron después de la Converse de la chica.

—Esto podría ayudar —le dijo Elliot, entregándole el informe que tenía en la mano.

Lo leyó rápidamente en la penumbra. Había sido emitido por las Fuerzas de Seguridad contra Delitos Informáticos del Norte de California. Habían rastreado el dinero detrás de la web que había arruinado la vida de Jenna. Siguiendo una serie de maniobras dignas de un mafioso en las que intervenían PayPal y tarjetas de crédito de prepago, habían identificado la dirección de correo electrónico que estaba detrás de la fuente originaria de los fondos, y ese correo estaba registrado a nombre de Alana Keaney.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Celosa

Alana Keaney, la amiga de Jenna, en cuyos brazos la pobre chica había encontrado consuelo.

Sentada en el todoterreno de Elliot, que se dirigía a toda velocidad hacia la residencia Keaney, Kay echaba humo. El delito en sí, el ciberacoso, ya era bastante grave. Pero seguir fingiendo que era amiga de Jenna y aceptar su dolor, sus lágrimas, eso era patológico. Sadismo, puro y simple. Esa chica se excitaba con el sufrimiento de Jenna y volvía a por más, una y otra vez, sin saciarse.

El informe de las Fuerzas de Seguridad contra Delitos Informáticos había confirmado que las imágenes de desnudos utilizadas para el sitio de Jenna eran fotos de archivo, pero a Kay no le importaba. Ella iba a tirarle de la lengua a esa pequeña perra sádica.

Y seguía creyendo que había más sobre la muerte de Jenna de lo que había podido descubrir. Por eso había rechazado la oferta de Logan de llevar refuerzos y arrestar a Alana. En su lugar, quería hacerlo de otra manera.

—¿Y si hay algo más? —preguntó Kay, lanzando una rápida mirada a Elliot. Él estaba concentrado en la carretera, sorteando el tráfico con las luces intermitentes encendidas—. ¿Y por qué lo hizo? Ambas tenían novio, ¿verdad? Entonces, eso significa que los celos están fuera como motivo... —Kay se mordió la punta del dedo, pensando. Las piezas del rompecabezas no encajaban tan bien como a ella le hubiera gustado.

—Sí —respondió Elliot—. A veces, la gente se pone celosa por cosas que no importan o que en realidad no existen. Por suposiciones, digamos.

—¿Qué quieres decir?

—Las cosas rara vez son lo que parecen. La gente se imagina historias y empieza a creérselas. Luego el motivo se basa en eso.

—Vale, eso habla del motivo, quizá. Pero me temo que hay más malas noticias.

Elliot le lanzó una rápida mirada.

—¿Cómo cuáles?

—Como una violación por poderes —suspiró Kay, y agarró la manilla de la puerta del coche mientras Elliot giraba hacia la calle de Alana—. Estoy pensando ¿y si Alana instigó a Gaskell a violar a Jenna? Ya lo has visto... solo tienes que apuntar en la dirección correcta y apretar el

gatillo. Lo haría, especialmente si creía todos esos chismes sobre Jenna.

Sorprendido, Elliot volvió a mirarla mientras se detenía junto a la acera.

—Imagínate, Jenna le dice que no, y él cree que se acuesta con todo el mundo pero no quiere acostarse con él. Eso debió cabrearlo mucho. —Agarró la manilla, dispuesta a salir del coche—. Necesitamos esos registros telefónicos tanto como respirar.

—Los operadores han dicho que los tendremos hoy —dijo Elliot en voz más baja, alcanzándola en la entra da de la familia Keaney—. Con los mensajes de texto y todo lo demás.

—Eso espero —susurró Kay, llamando al timbre—. Ya son las cinco. Mantén los ojos en esa bandeja de entrada, por favor, quizá tengamos suerte. Necesito un as o dos en la manga para probar que esta chica le tendió una trampa a Jenna para que la violaran.

Alana abrió la puerta de par en par y se quedó helada al reconocerlos. Llevaba una minifalda de cuero negro con cremallera delantera y una camiseta transparente blanca de encaje sobre un top sin mangas apenas más grande que un sujetador deportivo. De su cuello colgaban innumerables cadenas finas de plata, y brazaletes adornaban sus dos muñecas. Parecía lista para salir, calzada con sandalias de tiras y tacón de siete centímetros y agarrada a un pequeño bolso a juego.

—¿Podemos entrar? —preguntó Kay, mostrando su placa con un rápido movimiento.

—Tengo que irme, no tengo tiempo para esto —dijo Alana.

—Pues me temo que esto no puede esperar, y sería mejor para todos los implicados tener esta conversación dentro. —Kay dio un paso adelante, pero la chica no se movió.

—Es aquí, en tu propio sofá, o en la comisaría, esposada —dijo Elliot con frialdad.

La chica puso los ojos en blanco, mascando chicle ruidosamente.

—Tío. Necesitas calmarte un poco. Vale, pasen.

—¿Quién es? —llamó Alexandria con voz débil.

Al entrar, la mujer apareció a la vista de Kay, tumbada en el sofá con un albornoz de rizo blanco junto a una mesa de centro donde una copa y una botella casi vacía de *cabernet* contaban su historia. Las cortinas estaban casi completamente cerradas, manteniendo el salón inmerso en una luz filtrada, probablemente la única que su resaca podía soportar.

Sin piedad, Kay alcanzó el interruptor de la luz y lo encendió. Alexandria se levantó, parpadeando y protegiéndose los ojos entrecerrados con la mano. Sus dedos temblaban ligeramente.

Alana estaba de pie junto al sofá, con las manos apoyadas en las

caderas.

—¿Podemos terminar con esto ya?

Elliot se acercó a la puerta, probablemente por si quería salir corriendo, aunque con esos tacones no llegaría demasiado lejos.

—Su hija es menor de edad, ¿correcto? —preguntó Kay.

—Sí. —Alexandria se lamió los labios secos y agrietados, mirando alrededor de la habitación en busca de algo. Se ajustó el fajín de la bata a la cintura, se dirigió descalza a la nevera y cogió una lata de Coca-Cola. Le quitó el tapón y bebió una buena porción con sed, luego volvió al sofá y se sentó, apoyando la frente en la palma de la mano—. ¿De qué va esto?

—Hemos hecho dos arrestos en el caso de violación y asesinato de Jenna Jerrell.

—Sí, lo oímos en las noticias —dijo Alexandria, decidiendo ponerse de pie después de todo. Entró rápidamente en el cuarto de baño—. Discúlpenme un momento, ahora vuelvo.

Tras la puerta cerrada, Kay oyó correr el agua.

—Vale, pregúntenme lo que quieran para que pueda irme —dijo Alana, paseándose por el salón como un animal enjaulado.

—Esperemos a tu madre. —Lo último que Kay nece sitaba era que algún abogado listillo alegara que había interrogado a un sospechoso menor de edad sin la presencia de sus padres.

Cuando Alexandria salió del baño, tenía la cara roja como si se la hubieran limpiado enérgicamente con una toalla. Mechones de su pelo revuelto seguían húmedos donde habían tocado su cara.

—Decían que han hecho algunos arrestos, eso es genial —dijo Alexandria, sonriendo amablemente—. ¿Qué tiene eso que ver con mi hija?

—Tanto Renaldo Cristobal como Richard Gaskell intentan retirar sus cargos. En ese proceso, están haciendo declaraciones juradas, y algunas tienen que ver con la implicación de su hija en este caso.

Alana golpeó la madera con los tacones y se acercó a Kay. Se detuvo a un par de metros delante de ella con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Qué implicación? Yo no he hecho nada.

Kay la ignoró y se hizo a un lado, para tener línea de visión directa con la madre.

—Parece que Alana los ha estado instigando, soltando palabras al oído de Richard Gaskell sobre lo accesible que era Jenna y lo mucho que le gustaba el sexo.

La mujer se quedó boquiabierta y se volvió para mirar a su hija.

—¿Alana?

—Yo no he hecho eso, mamá —dijo la chica, con la voz unas notas más aguda que su tono habitual—. Fui una idiota, vale, y solo repetí

lo que oí, ya saben, lo que otra gente decía de ella. Pero *nunca* les dije a esos tipos que la violaran. Tienen que creerme —dijo, subiendo aún más el tono mientras miraba a Elliot y luego a Kay.

Elliot estaba ojeando algo en su teléfono y parecía completamente absorto en lo que hacía.

—Me cuesta mucho creerlo, pero eso no importa. —Kay se encogió de hombros y fingió indiferencia—. Lo que de verdad importa son las pruebas, no la opinión de un policía. Y rastreamos la IP del ordenador desde donde se originaron esos mensajes. Vinieron de aquí —mintió, manteniendo la mirada fija y esperando que se le quedara grabado.

El pánico bañó el rostro de Alana, dejando tras de sí un rastro de palidez mortal que afloraba a través de su maquillaje.

—¿Por qué? —preguntó Kay suavemente. Necesitaba su confirmación. En algún lugar, enterrada en montañas de datos, estaba la prueba de que Alana había tendido una trampa a Jenna para que la violaran.

Alana empezó a llorar, sus sollozos carecían de sinceridad.

—Fui estúpida, por eso. Le echaba el ojo a mi novio y no quería perderlo.

—También rastreamos la web que tan concienzudamente diseñaste para Jenna. El dinero salió de tu cuenta —continuó Kay con calma.

Alexandria enarcó las cejas.

—¿La web de adultos con las fotos de Jenna desnuda? ¿Esa web?

Kay sonrió y se volvió hacia Alana.

—¿Qué tal la página web de Kendra? ¿Cuándo sale?

Alexandria se acercó y miró a Kay.

—Mi hija no contestará a más preguntas sin un abogado presente. —En un gesto de desafío, Alexandria se echó su larga melena por encima del hombro. Volaba en mechones ondulados y sedosos, más o menos de la misma longitud que las fibras capilares encontradas en el cuerpo de Jenna, y dejaba al descubierto una pinza para el pelo de color azul pálido con forma de mariposa.

A Kay se le cortó la respiración. Sus ojos encontraron las uñas de Alexandria. Estaban pintadas con esmalte de uñas rosa con purpurina, del tipo que habría esperado que llevara una adolescente. Las uñas de Alana estaban pintadas en un tono morado intenso.

En una fracción de segundo, hizo inventario de las pruebas restantes, hasta entonces inexplicables. Pero todo estaba ahí, y lo había estado, delante de sus ojos, desde que interrogó a Alana la primera vez. Solo que no tenía ningún sentido. ¿Por qué la madre de Alana habría subido a Wildfire Ridge para matar a Jenna después de haber sido agredida?

—Bueno, no me jodas —murmuró Elliot, mirando la pantalla de su teléfono—. No conseguirás ganar la batalla así, no importa cuánto

tiempo aguantes.

Kay lo miró y vio que se ponía rojo bajo su mirada.

—¿Qué ocurre?

La miró con los ojos muy abiertos, en un visible callejón sin salida, con las mejillas aún más sonrojadas. Ella se acercó y cogió el teléfono. Él vaciló un poco, pero ella hizo un gesto de impaciencia con los dedos y él cedió.

Los registros telefónicos habían sido entregados al correo electrónico de Elliot, claramente resaltados donde el contenido tenía relevancia para la investigación. Las Fuerzas de Seguridad habían hecho un gran trabajo de selección y síntesis de cientos de páginas de contenido. Sus notas incluían historiales de localización comunes para los números de teléfono citados.

Apoyada un momento en la pared, pasó rápidamente unas cuantas páginas y luego volvió a la que Elliot estaba revisando, aún abierta en segundo plano. Las fotos adjuntas a la transcripción del chat dibujaron una leve y furtiva sonrisa en su rostro. Volvió a poner el teléfono en manos de Elliot con la cara seria y un brillo de diversión en los ojos.

—No hay de qué preocuparse —les dijo a las dos mujeres, que se habían acercado. Alexandria había rodeado los hombros de Alana con el brazo—. Su hija será acusada de algunos delitos menores. Distribución de pornografía infantil, para empezar.

—¡Esas fotos no son de Jenna! —gritó Alana. No pueden hacerme esto.

Kay sonrió.

—Claro que sí. En la página web que construiste afirmas que lo son. Hasta que solucionemos esto, vendrás con nosotros. Luego hay dos cargos de instigación a un acto violento. Ooh, tengo que acordarme de mencionar eso a los equipos de defensa de los chicos. Es un gran hallazgo. *Tengo* que hacerlo.

—No te preocupes, cariño. —Alexandria apretó con fuerza a su hija —. Te conseguiremos un buen abogado. Es solo una idea equivocada, una travesura infantil, nada más —añadió, mirando a Kay, suplicante.

Alana se volvió y enterró la cara en el hombro de su madre, sollozando con fuerza, esta vez de verdad.

Elliot sacó las esposas que llevaba en la parte trasera del cinturón y se acercó a Alana.

—Es hora de irnos, vamos.

—También está el asunto de una molesta acusación de asesinato — añadió Kay.

Alana se giró como si la hubiera mordido una serpiente.

—¡Yo no maté a Jenna! Estaba con...

—Ella estaba aquí, conmigo —dijo Alexandria.

—No, no lo estaba. Estaba con su novio, Nick, en el momento del

asesinato.

—¿Entonces? ¿Por qué acusan a mi hija de asesinato?

Kay se rio.

—La acusamos a usted, no a Alana.

Alexandria soltó los hombros de su hija y dio un paso atrás. Se llevó la mano al pecho.

—¿A mí? ¿Qué razón podría tener para matar a esa chica?

—Una de las más antiguas que existen —respondió Kay—. Los celos. ¿Cuánto tiempo lleva acostándose con el novio de su hija?

Alana dejó de llorar al instante, sus ojos se llenaron de una rabia que le secó las lágrimas.

—¿Qué? ¿Es eso cierto? —No esperó su respuesta, simplemente se abalanzó sobre su madre, intentando tirarle del pelo con ambas manos —. ¡Te odio!

Alexandria la empujó hacia atrás, colocando las manos contra la garganta de Alana y apretando hasta que la chica se empezó a ahogar.

Elliot agarró a Alana, sujetó sus brazos agitados y la alejó de su madre. Kay alcanzó a Alexandria, pero antes de que pudiera agarrarla del brazo, la mujer se abalanzó sobre Kay, tratando de abofetearla en la cara. Kay esquivó el golpe y agarró la muñeca de Alexandria, luego le puso las esposas.

—Eso es exactamente lo que la va a meter en la cárcel de por vida, señora Keaney, el tipo de golpes que me ha propinado —dijo Kay, llevándose a la mujer fuera—. Así es como Jenna aterrizó en la parte inferior de Wildfire Ridge, ¿no? ¿Fue porque los chicos no acabaron con ella como esperaba?

—Un abogado —siseó Alexandria, tratando de liberarse del agarre de Kay.

—Sí, tendrá uno, no se preocupe. Creo que sabía por los mensajes de su hija que a Nick empezaba a gustarle Jenna. Creo que leyó los mensajes de Alana a Nick, donde le decía que no podía salir con nadie más que con ella, con referencia específica a Jenna y a cierto momento en que charlaron en el instituto un poco más de lo que a su hija le hubiera gustado. Eso fue en marzo pasado, justo antes de que empezara la campaña de desprestigio contra Jenna.

Se detuvo un momento. Alana la miraba boquiabierta, perpleja, pero su atención se centraba en Alexandria, que se había puesto mortalmente pálida.

—Supongo que, en su retorcida mente, estaba bien que Nick estuviera con su hija, pero nadie más, ¿eh? También creo que descubrió que Alana estaba instigando a esos chicos para que fueran a por ella, y subió a la cresta para asegurarse de que hacían un buen y minucioso trabajo.

—¿Revisaste mis mensajes? —gritó Alana—. ¿Lees mis cosas?

¡Maldita zorra! Papá tenía razón, eres una puta. No quiero volver a verte —espetó entre sollozos—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Cualquier padre responsable sabe lo que su hijo hace en internet —dijo Elliot, con un toque de humor en la voz—. Muy pocos llevan las cosas tan lejos como tu madre. Es la primera vez que lo veo. —Abrió la puerta y condujo a Alana hasta los agentes que esperaban en la entrada—. Tengo que conocer a ese tal Nick. Parece saber cómo llegar al corazón de una dama.

Kay se tragó una risita y luego miró a su compañero. Acababa de entregar a Alana al agente Hobbs, que le estaba leyendo sus derechos antes de subirla a su vehículo. El rostro de su compañero volvió a la normalidad, pero, cuando sus miradas se cruzaron, él volvió a sonrojarse. Tardaría en olvidar que ella le había enseñado la foto de la polla de otro hombre.

La agente Farrell apartó Alexandria de Kay. Esta seguía luchando por liberarse.

—Vehículos separados —instruyó Kay—. Celdas separadas también. —Luego miró a los pies de Alexandria y le preguntó—: ¿Qué número de zapatos usa?

—Quiero un abogado —espetó Alexandria—. Eso es todo lo que diré.

—Lleva un cuarenta —respondió Farrell—. ¿Por qué?

—Después de dejarla en el coche, mira a ver si encuentras un par de zapatillas de esa talla en su casa. Embólsalas, etiquétalas y tráelas. Apuesto a que coinciden con las huellas que encontramos en la escena.

—Lo haré —respondió Denise Farrell, poniendo la mano en la cabeza de Alexandria mientras la subía a su todoterreno.

Kay miró a Alexandria con curiosidad. Lo había tenido todo. Una casa perfecta, una hija preciosa, ninguna preocupación por llegar a fin de mes económicamente. Buena salud y buen aspecto. Aun así, había tirado todo por la borda con las dos manos en el momento en que se había acostado con el novio de su hija.

Entonces sus pensamientos se dirigieron a Jenna. Probablemente ni siquiera se había interesado en Nick. Ella había amado a Tim. No había ninguna mención de Nick en su diario. La habían acosado, violado y matado por nada, por un producto de la imaginación de Alana. Y todos los que rodeaban a Jenna se habían unido a ella para hacerla pedazos.

Kay enderezó la espalda y llenó sus pulmones de aire fresco cargado del aroma del ciprés de Monterrey. Elliot se acercó a ella, frotándose las manos, satisfecho.

—Adivina qué. Encontraron restos de Rohypnol en una chaqueta que Gaskell dejó en su Jeep. Lo atrapamos por la violación de Jenna.

Kay sonrió ampliamente.

—¿Cuándo pediste refuerzos? —preguntó.

—Después de ver las transcripciones telefónicas. Respondí al correo electrónico de Farrell y pedí dos unidades. Sabía que iba a ser como pelear con gatos el atrapar a estas dos. —Cambiaba el peso de un pie a otro, parecía indeciso sobre algo—. Oye, necesito tu ayuda —acabó diciendo—. Estoy pasando un mal momento con alguien.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Derechos

—¿Qué ocurre? —preguntó Kay en cuanto Elliot puso en marcha el todoterreno.

Elliot no habló de inmediato. Miró a lo lejos, aparentemente perdido en sus pensamientos, como si intentara averiguar qué debía compartir.

—Desde hace unos días, desconfían de mí y me tratan como si fuera un mentiroso. —Lanzó una rápida mirada en su dirección y luego se centró en la carretera. Tomó la rampa de acceso a la autopista más despacio de lo habitual—. Miento a los delincuentes durante los interrogatorios, como hacemos todos, pero no es eso. Las cosas de las que hablo son personales.

Kay frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo de cuando la gente ya no me mira a los ojos, como si mi palabra no valiera ni una lata de cebo para buitres. Son personas en las que confío y a las que aprecio, cuya opinión me importa, y no les sale del corazón decirme lo que está mal. Puede que sea más tonto que un carro de piedras de río y puede que se me escape algo, pero seguro que no miento.

Pasó por delante de la salida de su casa, pero ella no dijo nada, preocupada por sus palabras.

—¿Quién te lo hace pasar mal? ¿Es alguien con quien trabajamos?

Él le lanzó otra mirada rápida.

—Eres tú.

A Kay se le cortó la respiración.

—Oh. —Apenas susurró la palabra. Pero tenía razón. Era un policía inteligente, con grandes instintos, y en algún momento se daría cuenta. Debería haberlo visto venir. Se merecía algo mejor que lo que ella le había dado últimamente. Mucho mejor. Pero ser abierta con él significaba mostrar sus sentimientos, y ella no estaba preparada para eso.

—No sé qué decir. Lo siento. Debería haber...

—¿Me ayudarás con mi problema? —preguntó, con una sonrisa aleteando en sus labios y tiñendo su voz.

Solo podía hacer una cosa, aunque ya lo estaba temiendo al ver que él frenaba, dispuesto a tomar la salida hacia su casa.

—Claro, compañero, ¿por qué no?

Condujeron el resto del trayecto hasta su casa en un cargado y tenso

silencio mientras Kay se preparaba para lo que estaba a punto de ocurrir. Ya había insistido en que conociera a Miranda, y probablemente era lo que planeaba hacer, aunque no se le ocurría ninguna razón por la que eso pudiera ayudar.

Cuando llegaron, la casa parecía vacía. No había luces encendidas, aunque el sol había pasado por encima de la arboleda y estaba a punto de ponerse. Las sombras eran largas, tan largas como los segundos que se eternizaban, crispando los nervios de Kay.

Elliot salió del todoterreno y le hizo señas para que lo siguiera. Lo hizo, luchando por mantener el corazón firme y el rostro relajado, cuando por dentro se estaba encogiendo. ¿Qué pasaría si ella fuera esa mujer y su pareja arrastrara a una rubia treintañera del trabajo a reunirse con ella después de quedarse hasta tarde todos los días? Se le echaría al cuello en un santiamén.

Sorprendentemente, Elliot rodeó la casa y se dirigió hacia el terreno vallado que él llamaba patio trasero. Vivía en una pequeña granja, situada en una hectárea de exuberantes pastos. La casa estaba igual de oscura por detrás, pero siguió caminando hasta dejarla atrás, en dirección al granero.

—Espera aquí —dijo—, dentro está oscuro.

Abrió el granero y entró. Momentos después, salió sujetando un caballo por las riendas.

—Kay, ella es Miranda. —Acarició el cuello de la yegua y susurró junto al oído del animal—. Miranda, ella es Kay.

Se sintió aliviada y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se rio a carcajadas.

—¿Miranda es una yegua? Pensé...

—Sí, lo sé. —La miró con una pizca de esa diversión secreta en los ojos.

Todo este tiempo ella había estado echando humo sobre su mujer secreta, y él sabía exactamente lo que estaba pasando. Quería estrangularlo, pero no era culpa suya. Se había ofrecido a presentarle a Miranda la primera vez que lo visitó.

—¿Me permites? —Señaló hacia la yegua. Era preciosa, su Miranda, de color marrón rojizo con una estrella blanca en la cabeza. Bufaba y olfateaba el aire hacia ella, luego asintió una vez, despacio, como saludando.

—Permíteme leerte tus derechos sobre Miranda —dijo Elliot sonriendo—. Tienes derecho a visitarla cuando quiera. Tienes derecho a montarla y darle de comer una manzana al día para mantener alejado al médico de caballos. Tienes derecho a llevarle zanahorias *baby*, le encantan.

Kay volvió a reír y se acercó a la yegua. Extendió la mano, dejando que el fino animal la olfateara, y luego le tocó el costado del cuello,

rascándole suavemente. El animal se acercó y la miró sin pestañear.

—¿Puedo montarla? ¿De verdad? —No podía dejar de reírse de sí misma, de lo tonta que había sido.

—Sí, de verdad, si te apetece. —Puso las riendas de Miranda en su mano y entró en el establo, luego volvió con una silla de montar. La puso sobre el lomo de la yegua y apretó las cinchas. Después la miró durante un largo momento—. Y tienes derecho a decirme siempre lo que está mal.

Kay bajó la cabeza, avergonzada, sintiendo que le ardían las mejillas, temerosa de que él la descubriera. Probablemente ese momento ya había pasado, o ella no estaría allí. Por un instante, deseó que la agarrara y le derritiera el corazón con un beso.

Él no se movió, y ella se quedó esperando, deseando, hasta que por fin se apartó, y luego volvió a acariciar el cuello de Miranda.

—Lo pensé porque la lámpara de noche estaba encendida al otro lado de la cama, y las sábanas eran, um, no importa —se rio.

—Lo asumiste cuando no había pruebas reales. —Acarició la silla de montar—. Aquí, súbete. ¿Has hecho esto antes?

—Cuando tenía ocho años, mi madre me llevó a dar un paseo en poni por mi cumpleaños —admitió humildemente—. Podría caerme. Es alta.

—También es muy gentil, no te tirará. Sujeta las riendas, sí, así. Agarra esto, se llama cuerno. —Señaló en la parte delantera de la silla algo que parecía un asa vertical—. La mano derecha, en la parte posterior de la silla de montar. Pie izquierdo aquí.

Kay deslizó el pie izquierdo en el estribo, saltando sobre un pie mientras el caballo se movía y sintiéndose ridícula. Iba a hacer el ridículo.

—No... no...

—Ahora, levántate como si estuvieras saltando un gran obstáculo. Cambia tu peso a tu pie izquierdo, luego enderézalo y lanza tu pierna derecha sobre su grupa.

Demasiado avergonzada para echarse atrás, hizo lo que se le ordenaba y sintió las fuertes manos de él en su cintura ayudándola; su tacto le hizo arder la sangre. Se acomodó en la silla y sonrió, cogiendo las riendas y tirando suavemente de ellas. El mundo parecía diferente a lomos de un caballo, y a ella le encantaba cada momento.

—Recuerda que es muy amable —añadió Elliot, mirándola de pies a cabeza con un orgullo tácito en los ojos—. Ahora, sujeta las riendas así, entre el meñique y el anular, y luego pon los pulgares arriba. Así se consigue un control excelente. No tires de las riendas, o caminará hacia atrás. Endereza la espalda, bien erguida, y apriétale un poco con las piernas cuando estés lista.

Lo hizo, y Miranda se puso en marcha despacio. Tras unos pasos, tiró

un poco de las riendas y se detuvo. Emocionada, sonrió a Elliot.

—¿Puedo decir «yiiiiha»?

Él se acercó y se detuvo a su lado.

Kay se inclinó ligeramente hacia delante y acarició el cuello de Miranda, familiarizándose con la sensación de estar en la silla de montar.

—¿Qué? —preguntó ella al ver cómo la miraba. Había intensidad en su mirada, algo que ella nunca había visto antes.

—Te falta algo —dijo, luego se quitó el sombrero y se lo puso en la cabeza.

UNA CARTA DE LESLIE

Muchísimas gracias por leer *La chica de Wildfire Ridge.* Si te ha gustado y quieres estar al día de todas mis novedades, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfie

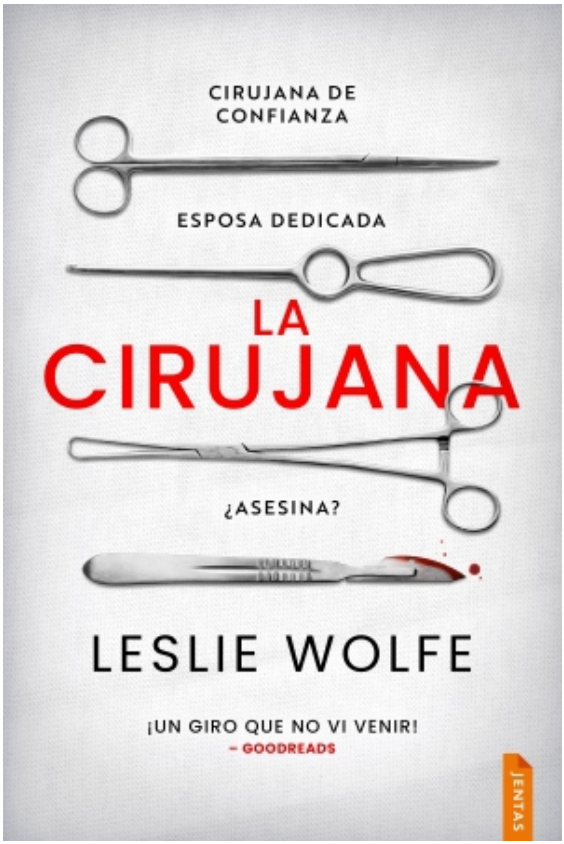
Cuando escribo un nuevo libro pienso en ti, el lector, en lo que te gustaría leer a continuación, en cómo te gustaría pasar tu tiempo libre y en lo que más aprecias de estar en compañía de los personajes que creo y de experimentar indirectamente los retos que les planteo. Por eso me encantaría saber tu opinión. ¿Te ha gustado *La chica de Wildfire Ridge?* ¿Te gustaría que la detective Kay Sharp y a su compañero, Elliot Young, regresaran en otra historia? Tus comentarios son muy valiosos para mí y te agradezco que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que encontrarás a continuación. El correo electrónico funciona mejor: LW@WolfeNovels.com. Nunca compartiré tu dirección de correo con nadie y te prometo que recibirás mi respuesta.

Si te ha gustado mi libro, y si no es mucho pedir, tómate un momento y deja una reseña. Puedes recomendar *Las chica de Wildfire Ridge* a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos o autores por primera vez. Gracias por tu apoyo, y espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. ¡Hasta pronto!

Gracias,

Leslie z

www.LeslieWolfe.com
facebook.com/wolfenovels
bookbub.com/authors/leslie-wolfe



La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa,

donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura. Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!… ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!… ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!… Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ☆☆☆☆☆

«**Me estaba aferrando a cada palabra**… **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y**

algunos giros inesperados… ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro… ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido… Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐⭐⭐⭐⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cinco minutos a solas

Cleave, Paul
9788742812778
566 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Carl Schroder y **Theodore Tate**, a quienes los medios de comunicación llaman los Policías del Coma, por fin están recuperando sus vidas. Tate ha vuelto al cuerpo de policía y está agradecido de que su mujer, Bridget, haya regresado a casa.

Sin embargo, para Schroder, las cosas no son ni buenas ni malas; hace seis meses recibió un disparo en la cabeza que lo ha arrojado a un desierto emocional casi tan mortífero como la bala.

Cuando un violador convicto es encontrado sin vida tras ser arrollado por un tren, Tate tiene que determinar si se trata de un caso de asesinato o de un suicidio. A la noche siguiente, otros dos violadores desaparecen y la investigación se intensifica. Pero es difícil investigar cuando parece que todos los miembros del cuerpo de policía apoyan al asesino.

Hay una súplica común que los detectives reciben de los seres queridos de las víctimas: «Cuando encuentres al hombre que hizo esto, dame cinco minutos a solas con él». Y eso es exactamente lo que está sucediendo: alguien se está tomando la justicia por su mano ayudando a estas víctimas a tener sus cinco minutos. Pero, cuando comienzan a morir personas inocentes, Tate y Schroder se enfrentan a objetivos distintos, y pronto no solo luchan contra un asesino desconocido, sino también entre sí.

«Paul Cleave es lectura obligatoria para mí». *—Lee Child*

«Intensamente cautivador, deliciosamente retorcido y con un toque de humor oscuro como el infierno».*—Mark Billingham*

«Impresionante narración que te hace pensar y sentir».—*The Listener (Nueva Zelanda).*

«[Un] thriller diabólicamente retorcido… La brillante escritura de Cleave se combina con una velocidad y un desarrollo de personajes sobresalientes». —*Publishers Weekley (reseña destacada).*

«Breaking Bad reimaginado por los hermanos Coen».—*Kirkus Reviews (reseña destacada).*

«Una historia poderosa… Un thriller apasionante de principio a fin». —*Booklist (reseña destacada).*

«Me cuesta encontrar palabras para describir lo perfecta que creo que es esta novela… Si eres fanático de los thrillers rápidos y descarnados y nunca antes has leído a Paul Cleave, pide prestado/compra todo lo que ha escrito. ¡No te arrepentirás!». —*The Sweet Escape.com*

«¡Cinco minutos a solas es lo mejor de lo mejor! Un thriller criminal realmente cautivador, intenso, emocionante y trepidante. Brillantemente escrito y pronosticado como "thriller criminal del año"». —*reseña en Goodreads*

«Cleave ofrece una novela profunda y bien escrita, involucrando al lector de principio a fin. Un thriller oscuro con personajes profundos y complejos». —*reseña en Goodreads*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Unas vacaciones inolvidables

Swain, Heidi
9788742813133
406 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un largo verano. Un escenario perfecto. ¿Puede la ficción inspirar la vida real?

A veces, un libro te llega al alma y se hace un hueco en tu corazón. Para Emily, Rachel y Tori ese libro es

Hope Falls . Por eso, cuando después de mucho tiempo por fin tienen la oportunidad de pasar el verano en la casa donde se grabó la adaptación cinematográfica, intuyen que van a ser las vacaciones de su vida.

Pasar seis semanas fuera les permitirá reevaluar sus vidas. Emily necesita decidir qué camino tomará su carrera: ¿el camino seguro o la opción creativa pero más arriesgada? Rachel tendrá que decidir si se va a vivir con su novio, Jeremy. Muy a su pesar, Tori tiene que abandonar en el último momento, y su lugar lo ocupa Alex, que también es amante de *Hope Falls* .

Pero, cuando llegan a la casa, las vacaciones dan un giro inesperado y, a medida que el verano avanza, también lo hace su amistad. ¿Será aquí donde sus vidas cambien de rumbo para siempre?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Grito del silencio

Marsons, Angela
9788742812167
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa

de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre… Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mente que mata

Marsons, Angela
9788742813119
425 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todo parecía tan sencillo… Entrar, conseguir la información, salir. Pero ahora se estaban metiendo en su mente, y no sabía cómo detenerlos…

Han llamado a **Kim Stone** para que acuda a casa de

Samantha Brown. La joven ha aparecido tendida en la cama, degollada y con un cuchillo en la mano. Nadie parece haber forzado la entrada, no hay signos de lucha. Kim dictamina que la muerte ha sido un trágico suicidio. Pero una visita a los padres de Samantha hace saltar las alarmas: hay algo que no le están contando. Entonces, Kim descubre una pista en una fotografía. Se da cuenta de que ha cometido un grave error: lo de Samantha no ha sido un suicidio, ha sido un asesinato. Poco después, en un lago local, aparece el cadáver de un joven. Y, aunque no parece haber ninguna relación con Samantha, los detectives pronto averiguan que también ha sido degollado. Ambos chicos habían pasado algún tiempo en la Granja de la Unidad, un retiro para personas que buscan un modo de vida alternativo. Kim y su equipo descubren que, bajo la acogedora fachada de ese refugio, existe una siniestra comunidad, un lugar que se aprovecha de personas emocionalmente vulnerables.
Kim es consciente de que enviar a uno de los suyos de incógnito a la Granja de la Unidad supone un alto riesgo, pero, en su empeño por atrapar al criminal, sabe que no tiene alternativa. Está convencida de que las víctimas conocían a su homicida y confiaban en él. Con Bryant distraído por la reactivación de un desgarrador caso —algo muy cercano a su corazón— y una agente encubierta pesando sobre sus hombros, la cordura de Kim está más comprometida que nunca. ¿Podrá proteger a sus seres más queridos antes de que el asesino se cobre otra vida?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)